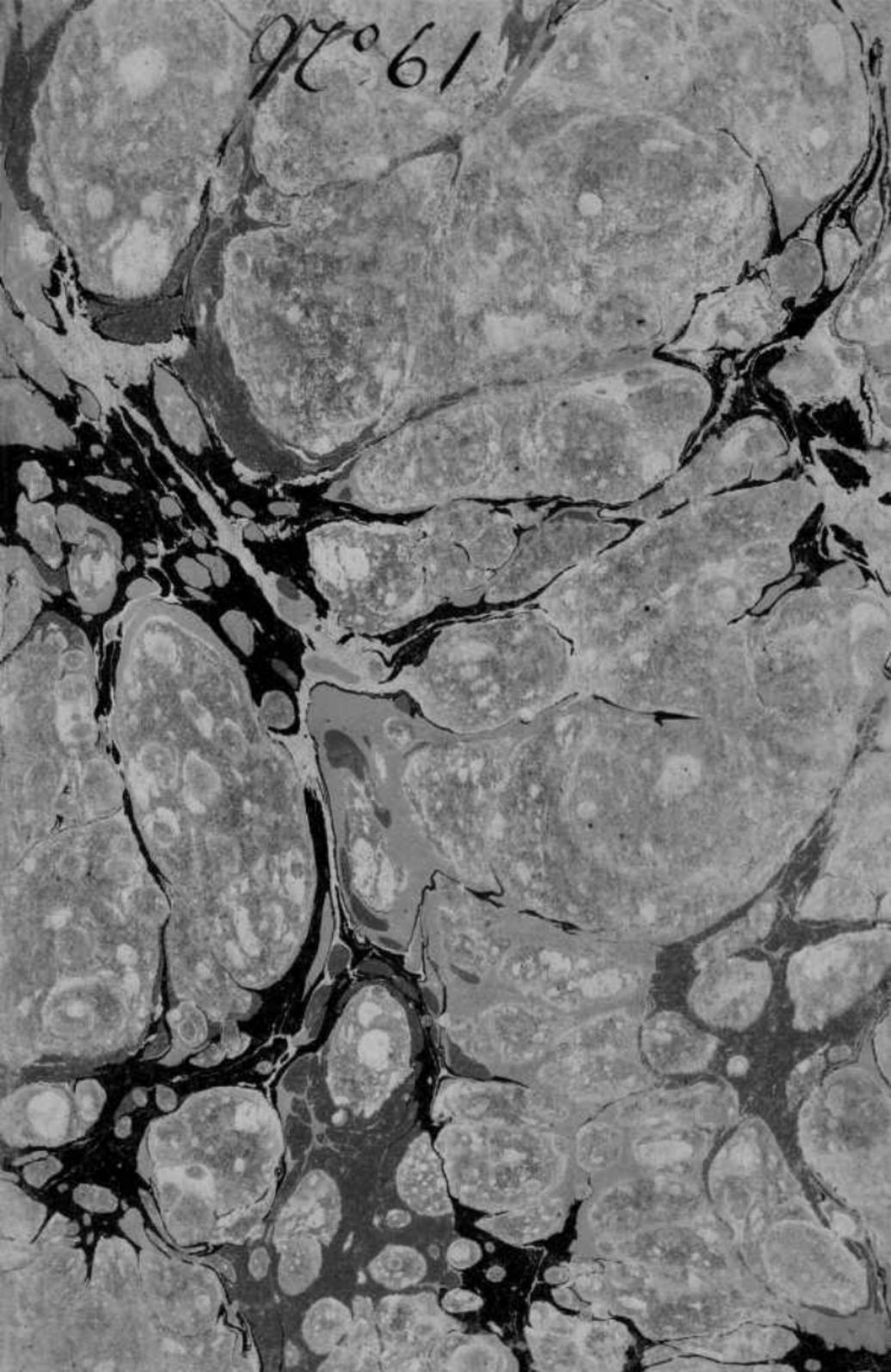


19076



DGCL

A

+ 166848

c. 1214575

286 12

VIAGES

DE

FR. GERUNDIO,

POR

**Francia, Bélgica, Holanda y orillas
del Rin.**



MADRID, 1842.

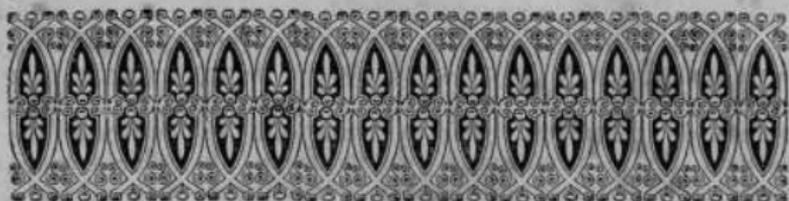
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
calle del Sordo, número 11.

Advertencia.

Este tomo contiene los artículos publicados en el *Boletín de Fr. Gerundio*, ó sea desde la salida de Madrid hasta la salidad de París. —El tomo 2.º comprenderá el viage á Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, y la vuelta á París y á España; su publicacion se anunciará oportunamente.



2. B1599



Ahí te envío, lector hermano, esta última página del tomo 1.º de mi *Viage...* y no te asombre el vice-versa de llamar *última página* á la que para tí aparecerá la *primera*, y así se presenta en efecto en el orden de foliación; pues para mí ha sido la última, puesto que te la escribo despues de terminado el tomo y como no se trataba de adjudicacion de mayorazgo por derecho de primogenitura, no he tenido reparo, yo Fray Gerundio, en dar la primacía de lugar á la que ha sido la postrera en nacer.

Digo que te envío, lector amado, esta primera y última página, para preparar tu ánimo á que mires con indulgencia esta serie de artículos de viage que no se como llamar, si relacion, ó reseña, ó apuntes, ó memorias, ú observaciones, ó recuerdos, que no sé en verdad qué nombre merezcan, y tú les darás el que en tu discrecion y buen juicio te parezca mas acomodado, ó bien los dejarás sin nombre, que por eso ni ellos ni yo nos habremos de querellar.

Ellos han sido escritos para amenizar algun tanto un periódico diario, y de consiguiente con la precipitacion que exige esta clase de publicaciones. Por tanto no podrán menos de resentirse del desaliño que es consecuencia natural de la premura y de la falta de espacio para poderlos exornar y pulimentar. Pero júrote por mi santo hábito que no quisiera verte á ti tan desnudo de numerario como yo lo estoy de pretensiones de ningun género. Yo no me he propuesto mas que dar á conocer á mis compatriotas llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y paises que he recorrido, y de que no habia visto ocuparse otras plumas que á haber querido tomarse este trabajo, lo hubieran desempeñado tanto mejor que yo.

Lo que si te protesto es que he procurado decir verdad, y presentar las cosas tales como ellas se presentaron á mi pobre gerundiana investigacion. Si no las conocí bien, habrá habido error, no falsedad. Esto no sé si admite indulgencia; á tu generosidad lo dejo, hermano lector.

El segundo tomo deberá comprender el paseo por Bélgica, Paises-Bajos, y márgenes del Rhin hasta la vuelta á España. Algo menos conocidos son estos paises para la generalidad de los españoles que la Francia, y de consiguiente algo mas curiosa podrá ser tambien su descripcion. Si Dios me permite escribir este segundo volúmen, y si me concede poderlo hacer con menos precipitacion y mas aplomo, quizá consiga que salga tambien algo menos desaliñado. Así lo quisiera, lector carisimo, tu reconocido y devoto hermano

FR. GERUNDIO.

Viages

DE FRAY GERUNDIO.

LA SALIDA DE MADRID.

Era la noche del 16 al 17 de agosto de 1841; el sol y la ley habian sufrido eclipse aquel dia; parcial é invisible el uno, total y visible la otra. La luna nueva habia entrado á las nueve y cuarto de la noche, y á la misma hora habia salido Tirabeque de la celda con los aprestos de viajar; el equipaje y la capillada 363 quedaban en prensa, el uno en la vaca de la silla de posta y la otra en la imprenta de la calle del Sordo; hacia una hora que san Roque y san Jacinto, que estubieron de guardia el dia 16, habian dejado la consigna á san Pablo y santa Juliana que entraban el 17; los latigazos y voces del mayoral José Maria interrumpieron las campanadas del reló del Buen Suceso que sona-

ban la una, y á esta hora en punto arrancó el coche de la *Mala* de la casa de correos con la redaccion de Fray Gerundio junta y entera via torcida de Francia.

Las causas de esta salida pertenecen ya á la historia, y punto redondo.

Fumando el conductor, voceando el mayoral, durmiendo Tirabeque, y envuelto yo en mi capote y en mis pensamientos, llegamos á Alcobendas á la hora en que se levantan los aldeanos y se acuestan los de la córte, sin haber despertado Tirabeque hasta que estrañó la falta de movimiento del coche que paró cerca de una especie de venta.—

«¿Qué es esto, señor?» preguntó bostezando.— Qué ha de ser? le dije; que en atencion á haber sido robado hácia este sitio el último correo, parece que aqui nos paramos á tomar escolta de un destacamento de infantería que de resultas ha dispuesto el gobierno establecer aqui.—Señor, segun eso todavia estamos en España. Y diga V., mi amo; el robar una vez el correo en un sitio ¿es señal de que en aquel sitio y no mas estará el peligro siempre?

El ruido del carruage que volvió á rodar me impidió darle la respuesta. Un cabo y un soldado á pie que se volvió á los cien pasos, en lo cual obró con la prudencia de un general, constituian nuestra nueva escolta. Yo le pregunté á Tirabeque si un tal refuerzo de infantería no le parecia oportunísimo para quien va corriendo la posta, pero él, picado sin duda de que no hubiera contestado

yo á su pregunta anterior, calló como un cartujo, ó bien creyó prudente dejar la respuesta al gobierno.

Las siete nos dieron en la aldea de Ventura-
da á los 33 años justos de haber sido quemada
por los paisanos de Mr. Salvandy en su retirada
de Madrid. Entramos en las ásperas sierras de la
Cabrera; enseñé á Tirabeque el ex-covento de
franciscanos que se deja á la izquierda, de no muy
grata recordacion para cierto título de Castilla, que
probó allí las delicias del claustro y las dulzuras
del gobierno absoluto; dimos vista al famoso *pico
de la miel*, que en lo del *pico* pudiera bien apos-
társelas al mas charlatan saca-muelas ó al mas pa-
labrero diputado, pero en lo de *la miel*, por mi pa-
dre San Francisco que asi tiene usurpado el atribu-
tivo como esos que se suelen decir *pico de oro*, y
no le tienen sino de muy mediano ó ínfimo metal.
Pasamos por entre aquellos inmensos montones de
sueltas piedras, tan desordenadamente por la natu-
raleza unas sobre otras colocadas, como yacen en
nuestros interminables fárragos hacinadas al desgai-
re nuestras leyes; y llegamos á desayunarnos á
Buitrago.

Modelo de administracion.

La calle por que teniamos que entrar en aque-
lla antigua y sonora villa estaba en reparacion, y
tres maderos colocados á su embocadura en forma

de horca Caudina intimidaban la prohibicion de entrar por allí los carruages. Sin embargo el intrépido zagal, que en su escrupulosidad por la observancia de las leyes parecia un subdelegado del gobierno, comunicando á las mulas sus enérgicas órdenes acompañadas de interjecciones espresivas, se entró de rondon, y conquistamos á Buitrago en agosto de 1841 con mas decision y en menos tiempo que pudo conquistarla de los moros D. Alonso VI de Castilla en 1083. Nadie se metió con el atropellador: en España el que acomete vence, aunque sea un zagal.

Allí manifestaron el mayoral y Tirabeque su deseo de desayunarse, en cuya virtud entramos en la posada de Presas, y echando mano Pelegrin al chocolate que iba de repuesto mandó hacer dos pocillos. Tomados estos y pedida la cuenta, resultó importar cuatro reales, lo cual escandalizó á Tirabeque y dió ocasion á serias contestaciones entre el posadero y él.—«¿Cómo qué? decia Pelegrin rebosando de ira; ¿con que aqui la administracion cuesta largas dos terceras partes mas del valor del capital?— Si señor, respondió Presas, y en esto no hago mas que acomodarme al sistema de administracion que felizmente nos rige.

A tal contestacion nada tuvo Tirabeque que replicar, convencido de que aquel Presas no era sino uno de tantos Presas de nuestra administracion; satisfizo el pedido, y continuamos nuestro viaje.

Somosierra.

—Creo que ningún español que tenga entrañas de sentir y alma española podrá ver sin dolor y sin compasión el triste y miserable cuadro que ofrecen á su vista los infelices pueblos y los no menos infelices habitantes del país y puerto de Somosierra. Aquellas aluminadas cabañas, aquellas chozas ó tugurios que llaman casas, aquellas mujeres envueltas en toscos sayales, aquellos niños desnudos, aquellas abarcas de cuero á medio adobar que los hombres se ajustan á las piernas con correas del mismo género, aquellos pálidos y macilentos semblantes en que sin necesidad de inscripciones se leen el hambre y la miseria, no pueden menos de escitar sensaciones dolorosas é impresiones de amargura y compasión.

Lamentábame, yo Fr. Gerundio, de aquellos desgraciados, y oyéndome Tirabeque repuso: «la verdad, señor, yo no sé porqué estos ciudadanos han de estar así, porque ellos han tenido Estatuto, ellos han tenido Constitucion del 12, ellos tienen ahora Constitucion del 37, ellos han tenido gobiernos moderados, ellos han tenido gobiernos exaltados.... Señor yo no sé que les puede faltar ni que mas pueden apetecer.—¡Ay, Pelegrin, Pelegrin! esclamé: eso prueba bién lo poco que se han ocupado, lo nada que han cuidado unos y otros de mejorar la suerte de los infelices pueblos, que ¡ojalá en esto y no

atjgosasé interminables cuestiones y quisquillas de partido hubieran pensado alguna vez!— Ande vdm., señor, que estas gentes no van á los ministerios ni se dejan ver en los salones de las córtes.— ¡Pero no los vé alguna vez el ministro que pasa por aqui, ó el diputado que viaja por estos lugares?— Si señor, pero los ven de prisa y paran poco la atencion; y aunque los vean, llegan luego á Madrid y.... ya sabe vdm. la virtud del agua de la Cibeles.

Distrayéronnos algun tanto de estas reflexiones las cristalinas aguas que se deslizan de aquellas tierras, que en otra parte servirian para fábricas y manufacturas y alli sirven para cristalizar é inutilizar el camino en tiempo de invierno, y tropezando con la venta de Juanilla advertimos que habiamos salido ya de la provincia de Guadalajara y entrado en la de Segovia.

Y prosigue su camino.

A nadie le importará mucho saber si comimos bien ó mal en Castillejo, sino á la empresa de postas, y á esta supongo yo que le bastará saber que se podia comer mejor. Ni el viajero tiene gran cosa que observar en Boceguillas, Fresnillo, Serezuela, Caravias, Honrubia y Milagros, sino los pocos milagros que nosotros hemos hecho con tantos y tan limpios riachuelos y torren'es como de aquellas colinas se desgajan, y cuyos caudales, nosotros los españoles como bastante acaudalados ya, dejamos

correr en plena libertad sin coartársela de modo alguno con esos estorbillos que llaman fábricas con que suelen tiranizar las aguas los tontos de los extranjeros.

Al mismo tiempo que nos alcanzó á nosotros la noche alcanzamos nosotros á Aranda de Duero. Si como era Fr. Gerundio hubiera sido Cervantes, me hubiera alegrado mas de entrar en aquella antigua villa, bastára que hubiese nacido en ella su casi único protector el arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas. No me pesó sin embargo el verla, aunque á media luz, y mucho menos el que se nos agregaran allí dos hermanos Arandinos con el niño Moises (1), los cuales cenando juntos en Bahabon tubieron la bondad de ocuparse en hablar de Fr. Gerundio y Tirabeque recordando algunas de sus capilladas, sin que ellos supiesen, ni por la imaginacion se les pasara, ni nosotros nos diéramos por entendidos de que Fr. Gerundio era el que les estaba haciendo plato, y Tirabeque el que cuidaba de suministrar el vino.

La noche me impidió ver al pasar por Lerma el palacio de los duques, y por consecuencia el sitio en que Felipe V en 1722 entregó á la infanta doña Mariana para esposa del rey Luis XV de Francia; justamente de aquel reyecito dichoso,

(1) Hago aqui mencion de este Moisés, porque como verán mis lectores en el discurso de estos viages parece que estoy destinado á viajar con nombres del antiguo testamento.

cuyos papeles nos trae ahora el señor Salvandy para dorarnos su tenacidad en no querer presentar sus credenciales de embajador al regente de España sino precisamente á la reina Isabel, pues dice que así lo hizo entonces el embajador español con el susodicho niño Luis XV, siendo regente del reino el duque de Orleans, que por cierto que el tal antecesor del amigo Luis Felipe tubo ingenia-tura para acomodar sus dos hijas con los dos in-fantes hijos de nuestro rey, á la manera que su descendiente mi amigo habrá calculado mas de una vez, y acaso estará calculando ahora mismo, endo-sarnos algunos de sus hijos (líbranos, señor, de to-do mal, por mas que ellos sean unos guapos mu-chachos) con nuestra Reinita, que por lo visto le viene de familia la tendencia á estos enlaces y con-yugios. Y volviendo al Sr. Salvandy... pero volva-mos á nuestro camino, que no es este el lugar de ocuparnos de Salvandys, y capilladas tiene nuestra reverencia que sabrán ocuparse de él.

Fuimos pues dejando atrás á la antigua Termes, y la salida del sol nos proporcionó ver á lo lejos las torres de Búrgos, pero aquí me permitirán mis lec-tores descansar un poco, porque llevo andadas 41 leguas mortales, que me parece una jornada re-gular.

Entrada y salida de Burgos.

—Yo te saludo, patria del Cid y de Fernan González, cuna de Pedro el Cruel y del tercer Enrique, de Lain Calvo y Nuño Rasura, de la primera Leonor, y de San Julian obispo de Cuenca....—Y de San Lesmes su limosnero, señor, que si santo fué el amo, no lo fue menos su Tirabeque, y tan burgalés fué el uno como el otro, y sin quitar la gracia de la santidad al obispo, mas gracia encuentro yo en que llegára á ser santo el que le administraba la hacienda, que tengo para mí que no se aviene muy bien la santidad con el oficio de administrador de la hacienda de otro, á lo menos en estos tiempos que nosotros tocamos.

Así interrumpió Tirabeque el saludo que al divisar las agujas de la catedral de Búrgos dirigia yo Fr. Gerundio lleno de emocion, á la antigua capital de Castilla la Vieja. Sin embargo, despues de la competente reprehension por su imperfinencia prosegui. «Yo te saludo, ciudad de recuerdos y de glorias, rival de la imperial Toledo, que mereciste que en las Cortes de Alcalá te otorgara el Rey D. Alonso XII la primacia en hablar cuando dijo: *«Hable Búrgos, que yo lo haré por Toledo.»* á ti ciudad de los concilios y de las córtes, de los Alonsos y los Fernandos, de los Mendozas y los Pachecos: á ti patria de los valientes y sóbrios castellanos que armados

de carabinas y de chuzos, y vestidos de calzon corto y media de seda salieron á batir y domoñar el año ocho de este siglo las formidables huestes Napoleónicas, orgullosas con los laureles de Austerlitz, Jena y Friedland, cuya noble arrogancia si no fué coronada por el éxito, demostró al menos el ciego ardor de los castellanos por la independenciam de su patria; á tí, que lo mismo diste en los siglos pasados campeones y adalides en las guerras que has dado en este siglo Diezes y Collantes en los pronunciamientos.»

De esta manera saludaba yo Fr. Gerundio á aquella ciudad de memorias históricas desde las orillas del espeso monte que poco antes de llegar se encuentra, cuando el buen Pelegrin me llamó de repente la atención diciendo: «Señor, señor, mire vd. como corre y como brinca por allí un conejito; viva la libertad absoluta! Si tubiera aquí una escopeta, desde aquí mismo le alumbraba un tiro que le hacia caer dando vueltas.—Bravísimo, señor lego, bravísimo! Con que «viva la libertad, y si tubiera aquí una escopeta desde aquí mismo le alumbraba un tiro?» ¿Así entienden muchos la libertad, Pelegrin; libertad para perseguir al inocente cuando bien les venga, y para tirarle un tiro cuando desu destruccion les pueda resultar provecho. Y sobre todo, ¿te parece que un miserable conejito es cosa para llamar la atención de un viajero observador y reverendo que va buscando cosas de

bulto y de sustancia? — Señor, ésta de mucho bulto no es, pero de sustancia debe serlo, que los conejos de esta tierra tienen fama de muy sustanciosos; además que un viajero pienso que no debe despreciar nada de cuanto vea, aunque parezcan cosas menudas, que todo podrá venirle bien, y de cosas menudas se sirve Dios, y á veces hace con ellas mas que con las grandes.

En esto observó un gran edificio que á la derecha en una colina se veía. ¿Qué es aquello de la derecha, mi amo? me preguntó. — Aquella, le contesté, debe ser la famosa Cartuja de Burgos, ó sea de Miraflores, que este nombre la dió D. Enrique III su fundador, mientras que fué palacio de recreo suyo, pues monasterio nó fué hasta que el Rey D. Juan el II lo cedió á la orden de Cartujos. — Y diga vd., mi amo:

¿qué se hizo el Rey D. Juan? — Los infantes de Aragon. ¿que se hicieron? —

— Válgame, Dios, Pelegrin, y qué importunamente has traído esos versos de Juan de Menal Si preguntáras:

¿qué se hicieron los Cartujos?

Los bienes que poseían

¿que se hicieron?

Y sus cuadros y dibujos,

y las rentas que tenían,

¿dónde fueron?

Por lo demas ese rey D. Juan y su hijo le in-

fante D. Juan ahí deben estar en dos magníficos sepulcros que poseía la Cartuja, y de los cuales no sé qué habrá hecho el gobierno. — Señor, yo no pregunté á vd. lo que habia sido de esas rentas y demás, porque supongo habrán pasado á la *Mortificación* como las de todos los conventos. — Asi lo creo, Pelegrin, aunque en eso pudiera haber sus mas y sus menos, pues ahí tienes bien cerca el monasterio de las famosas Huelgas, que es ese que está ahí á la izquierda... — ¿Cuál, mi amo? ¿Ese que se ve ahí abajo? — El mismo: las cuales según me han informado, todavía están en posesion de sus bienes y sus rentas lo mismo que antes del decreto de su aplicacion al estado. — Señor, ¿vd. qué dice! ¿Y qué privilegio tienen estas señoras Huelgas sobre todas las otras religiosas que no huelgan para que á todas las demas se les haya echado la nación sobre sus bienes y á estas nó? ¿Porque sean señoras acaso? Pues tan señora pienso yo que era una monja ricoleta de lo poco que tubiese como estas Huelgas de lo mucho que puedan tener. — Ya ves, hombre; como estas señoras tuvieron por abadesas allá en tiempos antiguos, nada menos que á una Doña Sol, á una Doña Leonor de Castilla, y otras Infantas de Castilla y de Leon: como en su iglesia se coronó el rey D. Alonso el Onceno; como en ella D. Juan el I armó de caballeros nada menos que á 100 señores etc. etc. — Si señor, pero con todas esas *etceteras* y esas armaduras, ¿al cabo por eso no dejan de ser

unas religiosas como las demás, y si á las otras les han quitado sus bienes, no veo yo razon para que se los conserven á estas, si es cierto lo que á vd. le han informado. Y vaya vd. tomando apuntes de viages, señor, que ésta no dirá vd. que no es cosa de bulto y de sustancia.

En esto advertí que estábamos pasando el puente que da entrada á la ciudad, y por bajo de cuyos arcos se deslizan las aguas del rio Arlanzon que bañan los bordes del afamado *Espolon* de Burgos. A lo largo de éste y á nuestra izquierda avistamos cuatro estatuas de piedra que miran hácia la ciudad, y las cuales si no me engaño han de representar á los Reyes D. Alonso undécimo y D. Enrique tercero, á Rodrigo Diaz de Vivar, y Fernán Gonzalez. Las unas con el cetro y las otras con la espada en la mano, todas están en una actitud amenazadora y como apostándolas al pueblo y diciendo: «yo os sujetaré, fieros y orgullosos castellanos.» Cuya aplicacion, que parece deducirse naturalmente de la actitud, no sé hasta qué punto y con qué justicia pudiera entrar en la mente del escultor.

Apenas pudimos llegar á divisar el elegante arco de triunfo erigido al emperador Carlos V en memoria y al poco tiempo de haber destruido las comunidades de Castilla; el cual artísticamente considerado es de un relevante mérito por su grandiosidad y belleza, pero mirado políticamente, no deja de ser un perdurable padron del despotismo con

que el hermano aquél tuvo el gusto de empañar las proezas suyas y las grandezas nuestras de aquella era. De sentir es que los hermanos Burgaleses no puedan enseñar al viagero aquella lámina hermosa de piedra sin obligarle á leer una página de la historia de España grabada con el hierro del despotismo y la opresion.

En las dos horas que allí tenia que detenerse el correo, Tirabeque era de sentir que lo primero que debiamos hacer era almorzar, pero yo le obligué á que diéramos antes un ligero repaso á la gran notabilidad de Burgos, á la Catedral. Y siendo como fue y no podia menos de ser un ligero repaso, ya se supondrá que no voy á hacer aqui una descripcion artística y facultativa de ella; que si la desea el gerundiano lector, autores tiene á quienes poder consultar y que lo han hecho con mas inteligencia que lo podria yo hacer. Guiábanos un sacristan, al parecer de la escala mayor de los sacristanes, con permiso sea dicho del hermano D. Joaquin Maria Lopez, que como no reconoce escala alguna en los empleos del gobierno, no sé si la reconocerá en los empleos de los cabildos. Entre las curiosidades que nos enseñò aquel conductor sacro-profano (pues si bien por un concepto pertenecia á la iglesia, por otro era del estado civil, puesto que tubimos ocasion de conocer á su cónyuge, ó como quien dice, hombre de disciplina exterior eclesiástica como los arreglos y disposiciones que con tanto *beneplácito* del clero está

dando á toda prisa y á raja tabla el ministro de Gracia y Justicia) una de ellas fue *el cofre del Cid*, que se conserva colgado en la pared de una de las capillas laterales de la entrada, y delcual parece que aprecian mucho los extranjeros cada astilla que de él puedan llevar, por llevarnos hasta las astillas de los cofres viejos de nuestros héroes. Y esto no hay que estrañar, porque no solo las astillas, sino los huesos mismos de los cadáveres de nuestros insignes varones nos arrebatan de los sepulcros, si nos descuidamos, como sucedió con los restos del Gran Capitan, que yacian en el ex-monasterio de San Gerónimo de Granada, que cuando fueron el año pasado los académicos comisionados á exhumarlos, se encontraron solamente con medio Capitan, y creíase con fundamento que la otra mitad habian hallado algunos extranjeros el medio de estraerla y apropiársela. Con que si los huesos no están seguros en los sepulcros, ¿qué harán los cofres colgados? Y si los cofres viejos corren peligro, ¿qué hará lo que se guarda en los cofres nuevos?

Contemplaba yo embebecido aquel monumento de nuestras glorias, cuando adverti que faltaba Tirabeque de mi lado. Dímonos á buscarle por toda la catedral, y al tal niño perdido le hallamos en el templo; pero ¿cómo y en qué lugar? Frente por frente del *Papa-moscas* y mirándole de hito en hito con un palmo de boca abierta; que no sé quién de los dos estaba hecho mas *Papa-*

moseus. Aguardaba Pelegrin á verle mover las mandíbulas y dar las bocadas al tiempo de sonar la hora del reloj, pero en vano; habíanle los canónigos impedido el ejercicio mandibular para que no sirviese de entretenimiento á los aldeanos y hobalicones, y de estorbo al recogimiento de los devotos. Valiérale mas al diputado electo de cuya admision se trató en el Congreso ayer haberse interceptado espontáneamente el uso de la palabra como el ciudadano de la catedral de Búrgos, y ahorrárase el bochorno de las contestaciones que tan desgraciado resultado le dieron.

Recobrado Tirabeque de su embaucamiento, nos volvimos hácia la capilla del célebre *Santo Cristo de Búrgos*, al cual vimos de lejos, absteniéndonos de acercarnos en razon á estarse celebrando en ella el sacrificio. Tirabeque le rezó muy devotamente un *Credo*, aplicándole, segun me dijo, por el buen resultado de la ley de culto y clero, y levantándonos los dos, y entablando relaciones inmediatas entre el bolsillo gerundiano, mi mano izquierda, y la derecha del sacristan conductor, que se estendieron en silencio, salimos de la catedral, tomámos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel dia, ¡cosa rara! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianísima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputacion religiosa y española de aquel pueblo), aquel dia no se recibió en Búrgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos y desengaño á Gerundios periodistas.

«Al coche, señores», dijo el mayoral; obedécimosle como doctrinos, y salimos de Búrgos.

Vamos andando.

Mucho me detuve ayer en Búrgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡Ah! las intenciones buenas son, ¿pero cómo he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tubimos que apearnos todos, y usar de martillos, y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del *gato*, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruajes, y trabajamos todos como *negros* (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contrario á su sistema de emancipación), y nos llevó la operacion larga media hora?

Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruajes la empresa de postas; porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en tercero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi

ningun peso: circunstancias todas que prueban que el carruaje iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse, y el mayoral, siguiendo el ejemplo de las cortes del año pasado que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por dia, cuando no saliamos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, asi á lo Balmaseda, por la Brújula, que se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri, por el fertil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una calzada de los romanos, llegamos mas pronto de lo que habiamos creido á Bribiesca; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los reyes católicos la ciudad de Santa Fé en la vega de Granada, y en que tuvieron su orijen el título de *Principe de Asturias*, para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y Presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, asi á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en aguinaldo á los Pedros Fernandez de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leido la topografia de aquella villa, ni visto la feracidad, de su terreno, hubiérame

bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra Don Pedro el Cruel y su hermano Don Enrique duque de Trastamara; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 pies de circunferencia cada uno, y cuyos nombres parecen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidiable frescura.

Entre dos peñas feroces.

Al traves de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando fuimos desde el pequeño pueblo de Santa Maria hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca*, por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas mas septentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel pais que dá entrada á la provincia de Alava, pues no veo que otra razon pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurreccion Alavesa. Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad importuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas fero-

ces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pie está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece van á desplomarse sobre el viagero, y que efectivamente forman uno de los pasos mas imponentes de España, perdió un poco el color, y mirando al cielo dijo: «Señor Dios de las alturas, yo soy un miserable mortal....» y como el estrecho no es mas que de 10 á 12 pasos, al llegar al «mortal,» se vió fuera del peligro y continuó: «que no temo pasar por los sitios mas peligrosos del mundo.»

El viajero intenta ya en vano descubrir con la vista los restos de la famosa bateria de Santa Bárbara, que estuvo en una eminencia sobre el costado derecho del pueblo, y que tan célebre y tan temible se hizo en tiempo de las irrupciones de los moros; y apenas podrá divisar los vestigios de los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Animas, Cruz etc. que en el mismo sitio se construyeron despues, y que destruyeron hasta no quedar piedra sobre piedra los cien mil *Angulemos* dichosos que en el año 23 vinieron á traernos las cien mil simpatias de acero absoluto de parte de la vecina.

San Isidro y un comisario de guerra.

Apretaba el sol tan sin piedad como una comision militar por la llanura que desde la Garganta de Pancorbo conduce á Miranda de Ebro, punto

constantemente guarnecido de nuestras tropas durante la pasada guerra civil, de la cual se veían á cada paso reliquias en los fuertes y casas aspilladas que frecuentemente se encontraban.

Mientras el conductor despachaba su correo en aquella oficina, Tirabeque y yo nos dimos á echar *una mirada por Miranda*. Nuestros devotos pies nos llevaron insensiblemente al pórtico de un templo, que si no me es infiel la memoria era la parroquia de San Isidro. Daré las señas; es la iglesia en cuyo portal hacen ahora los carabineros de Hacienda y dependientes de la Aduana el registro de los efectos y mercancías, de manera que á veces acontece que el párroco va á decir misa y halla interceptada la puerta de la iglesia con un malleton revuelto ó con un fardo de géneros de algodón decomisado. Un venerable anciano, al parecer sacristan jubilado sin sueldo, tubo la bondad de franquearnos la entrada en la iglesia, que es ciertamente bien pequeña y humilde. Hacía de pila del agua bendita una aljofaina de loza como la que ordinariamente usa Tirabeque para su *toilette*, sin exageracion alguna; verdadero emblema de lo que nuestros legisladores han cuidado de subvenir á las atenciones del culto. Enseñónos el anciano un San Isidro que en un altar de la derecha, al lado opuesto de un San Agustin buen mozo, habia, y del cual nos dijo: «este San Isidro tenia antes un baston de mucho valor en la mano.—¿Qué se hizo pues? le pregunté yo.—Se lo llevó,

me dijo, un comisario de guerra que hubo en esta plaza diciendo que á él le venia muy bien.— Que me gusta, replicó Tirabeque, la confianza del Sr. comisario, pero en parte les está á vds. bien empleado, para que otra vez no pongan vds. bastones de precio en manos de un labrador en quien estaria mejor una ahijada y una reja.—Y si la reja era de plata como la merece el santo bendito, repuso el sacristan, ¿estaria segura de comisarios?—Punto para el sacristan, le dije á Pelegrin; y tomándole del brazo volvimos á buscar la silla de posta.

Bien seria, pero no es necesario.

Al pasar la columna de piedra que demarca el límite extremo de Castilla y la entrada en la provincia de Alava, teatro de una guerra sangrienta de siete años entre hijos de una misma patria, no puede dejar de espermentarse una sensacion difícil de definir, porque no sé cuál de las dos impresiones opuestas es mayor y mas fuerte, si la del doloroso recuerdo de su larga duracion y sus horrores, ó la de la dulce satisfaccion de verla terminada y fenecida.

Es de suponer que al llegar aquí esperarán mis lectores, y parece que tienen derecho á esperarlos, que puesto que entro en un pais tan fértil en recuerdos históricos recientes, que cada paso que por él se da trae á la memoria un brillante hecho de

armas, ó un contratiempo lamentable, ó una imperdonable sorpresa, ó la apatía de un general de division, ó la actividad de un gefe de columna, ó la muerte gloriosa de un héroe, ó el arrojo de un soldado desatendido, ó el bárbaro martirio de un prisionero, ó la valentía de un fanático carlista, ó la peregrinacion de un Pretendiente ambulante, ó los decretos sanguinarios de una junta rebelde; en un pais en que cada cerro es una historia, cada colina un catálogo de sucesos, cada valle un compendio de vicisitudes bélicas, cada pueblo un libro de calamidades y desgracias, y cada comarca una galería de cuadros ensangrentados; esperarán digo, que haya yo de exornar mis observaciones de viajero con la reseña de los principales sucesos acaecidos durante la guerra en cada pueblo de mi tránsito.

Bien sería, hermanos míos, pero no es necesario; lo que en la presente ocasion equivale á decir, «no es posible.» Y esta imposibilidad, de que no tiene la mas mínima culpa Fr. Gerundio, puesto que él ni ha sido ni es general, ni gefe de estado mayor, ni coronel, ni comandante, ni auditor de guerra, ni comisario, ni siquiera alférez, ni físico, ni capellan de regimiento siquiera, ni jamás ha pertenecido al ministerio de la Guerra, ni sido oficial de ninguna inspeccion; esta imposibilidad pues, me hizo esclamar entonces (y es idea que ha hecho conmigo todo el viage de ida y vuelta): «¿es posible, Señor Dios de los ejércitos, que despues de

dos años de concluida la guerra, entre tantos militares ilustrados como tenemos, no haya habido una buena alma, sea de brigadier, ó coronel, ó comandante, ó capitán, ú ordenador, ú oficial de secretaria, ó ayudante, ó cabo furriel que fuera, que haya concebido el pensamiento de hacer una *guia del viajero* con una sucinta historia de los principales hechos de armas que hacen interesantes los pueblos de esta carrera: lo cual daría instruccion y entretenimiento al viajante, curiosidad y conocimiento al extranjero, importancia á estas poblaciones, datos á nuestra historia, gloria á nuestras armas, y hasta provecho y aumentos al bolsillo del escritor? ¿Es posible que el pasajero que quiera recordar algunas noticias de este célebre país, haya de tener que brujulear la *Revista militar* de San Miguel, el escaso folleto titulado *El campo y la corte de Don Carlos*, ó *les Memoires du Prince Lichnouivski*, tan extranjeras como son, ó bien consultar al tomo á la rústica del zagal que arrea las mulas, ó á la provinciana en media pasta que asiste á la mesa y sirve la comida?»

Ello es que así sucede, y que el viajero que por aquellos históricos pueblos transita, echa de menos un manual de recuerdos para sí, cuanto mas para transmitirlos á otros, y no puede dejar de entonar un *Laudamus* á la desidia española que así ha descuidado un punto de que los extranjeros hubieran sacado un partido incalculable en provecho

particular y del país. En fin lavo mis manos en la materia, y prosigo mi ruta.

Provincias Vascongadas.

Desde la fértil y deliciosa llanura de la Puebla de Arganzón, bañada por el río Zadorra de abundante y sabrosa pesca, se divisaba á lo lejos en una altura el famoso castillo de Guevara, que sufrió mas ataques que le esperan ahora al ministerio, y le esperan muchos. Pasamos por el desfiladero de las dos montañas llamadas *las conchas*, solo comparables á las conchas de cierto galápagó francés que figura en primera línea entre los hombres de la Europa moderna; y llegamos á Vitoria á tiempo de poder ver con la luz del día la famosa plaza, que aunque hermosa no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mi entender tiene que rendir párias á la de Salámanca, permóneme este parecer el hermano Obaquibel su arquitecto y director.

Miraba yo á Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña, allí concebidos ó desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tubieron la misión de concluir la guerra, y de los cuales los noventa y nueve sabe el curioso lector la bienandanza que tubieron, y del uno restante los peritos juzgarán. La Vitoria de mediados de agosto indicaba ya sobrado á quien entenderlo quisiera lo que prometia ser

la Vitoria de primeros de octubre, pero como el gobierno no viajaba por allí estaba *inocente*. Y mientras el gefe político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posición en que le tenían los fueristas, Tirabeque debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino á interrumpirnos diciendo: «Señor, bien me decían á mí, que en esta tierra encontraría ya otra clase de doncellas en las posadas: estas ya son mas guapas, y mas curiosas, y de mejor genio que las de atrás; no tienen mas sino que defienden sus fueros como unas perras.—Retírate de ahí cuanto antes, le dije, impertinente: respeta siquiera á este caballero, ya que no me respetes á mí.

A este tiempo entró tambien el mayoral llamándonos al coche, y aunque sentia igualmente su interrupción, los mayores están facultados para no ser impertinentes, y obedecimos sus órdenes con viajera humildad y religioso silencio.

Pasé rezando completas por Ulibarri-Gamboa; y no habia acabado los maitines de San Bernardo cuando nos vimos en la cumbre de la cuesta de Salinas, así llamada (la villa) de las fuentes y manantiales de sal que á corta distancia de ella brotan en abundancia, y en cuyas fábricas se pueden elaborar hasta millones de fanegas en caso necesario.

Culebreando el coche por entre los montes de Muzru, Arrambizar, Bedoñalarna é Itturricipi

(esto indica bien que estamos ya en el país de *turris eburnea*), dimos vista al Mont-Dracón de Don Alonso X, y al Mondragón que fué de Don Carlos, caminando por un terreno sembrado de *geodas* y piedras de águila enclavadas en las pizarras y capas ferruginosas de que está bordado, dando aquí principio las colinas sembradas de robles, hayas, castaños y manzanos, lino, judías, nabos y esquisitas berzas, alternadas con las casas de campo, fuentes, arroyuelos, deliciosos paseos, molinos harineros y ferrerías, movidos la mayor parte por las aguas del Deva. Mi paternidad saludó reverentemente á la patria del famoso historiador de España D. Esteban de Garivay y Zamalloa, que segun las crónicas de familia y la cronología de los apellidos debió ser uno de mis progenitores maternos, fuera de lo que tengo de Gerundio, mientras Tirabeque, á quien di noticia de esta relacion de consanguinidad se dió á buscar el alma de Garivay que decia debería permanecer por aquellos sitios puesto que no la habian querido ni en el cielo ni en el infierno (lo que no quiera Dios suceda con la de este su pobre descendiente); y dejando á un lado los famosos baños de Santa Agueda, donde anualmente concurre la mitad de Madrid, unos á dejar allí sus mórvidos humores, y otros á pasar una temporada de buen humor, nos fuimos dejando deslizar hasta dar vista á la renombrada cuesta de Descarga y á un pueblo que merece

Artículo aparte.

¿Qué buscas, Pelegrin? le pregunté á mi lego, al ver que no hacia sino asomar la cabeza por la ventanilla del coche.—¿Qué he de buscar, mi amo? me respondió: busco el monumento, que debe ser lo mas curioso de esta villa.—Pero, hombre, estamos por ventura ahora en semana santa para andar buscando monumentos? Cuanto mas que los monumentos en este pais supongo que estarán en las iglesias como en todas partes, y en vano intentaría verle desde el camino.—No señor, que este deberá estar en el campo, porque en el campo y no en la iglesia fué donde se dieron el abrazo el hermano Baldomero y el primo Maroto.»

Esta contestacion me hizo conocer que el pueblo á que dábamos vista era *Vergara* y el lugar en que nos hallábamos *el campo del abrazo*, cuya noticia habia dado á Tirabeque el conductor antes que á mí. Entonces yo pasé tambien la vista por todas partes á ver si encontraba algun monumento que recordára á nacionales y estrangeros el suceso mas notable y de mas consecuencias que ha acaecido en la época, pero en vano. Uno de tela ó de carton se ha puesto provisionalmente en los dos años que se ha celebrado en aquel memorable sitio el aniversario *del Convenio de Vergara*, y ni una triste señal se ve que recuerde al transeunte el acaecimiento prodigioso que cambió la faz

de la España y ofreció al mundo un testimonio sorprendente de la hidalguía española. Cuando queramos reprender á los estrangeros su estudiada economía en la promulgacion de nuestras glorias y de nuestros rasgos sublimes, miremos al *Campo del abrazo*, echémonos á nosotros mismos la culpa, y callémos. A mi tambien me hizo callar el sentimiento y la indignacion.

Pero adelante.

Ya no tuye humor para hablar á Tirabeque del antiguo Seminario patriótico de Vergara, ni de los ornamentos con que celebró la primera misa San Francisco de Borja, que diz se conservan en él, ni de las sierras de Arlaban, que aun recordaria con orgullo el general Cordoba si no hubiera pasado ya al mundo donde le habrán resuelto la cuestion de si fue ó no prudente en no seguir hostilizando al enemigo en la retirada, y si sacó ó no todo el provecho que de la victoria debiera, cosa que cuestionan todavia en este mundo los que dicen que lo entienden. Y con aquel mal humor pasé la cuesta de Descarga; subimos despues á Villareal de Zumarraga, donde nos dieron un mediano desayuno de café frente á la casa en que el ex-pretendiente (si es que el pobre hombre se ha convencido ya de que puede aplicase un EX mayúsculo) se llevó algunas temporadas agotando sendos pocillos de chocolate realista de Caracas.

La niebla sostuvo aquel día una reñida y cruda batalla con el sol, defendiendo aquella obstinadamente los fueros que de muy antiguo ejerce casi todas las mañanas en aquellas provincias, y sustentando este por su parte con no menos tesón sus derechos constitucionales y la facultad de entender sus rayos con *unidad solar* igualmente por todos los ámbitos de la monarquía sin reconocer privilegios ni esenciones. La lucha corrió sus alternativas, inclinándose la victoria ya á un lado ya á otro, como acaecia frecuentemente en años anteriores á los ejércitos contendientes en aquel país.

En los lucidos intervalos, ó sea en los ratos en que el sol lograba ventajas sobre la niebla, teníamos ocasion de recrear deliciosamente nuestra vista en aquel pintoresco panorama que forman las colinas y bosques de manzanos agobiados del peso de la fruta á guisa de nuestros pueblos agobiados del peso de las contribuciones; en aquellos rientes valles en que crecían los maizales mas espesos que los vicios en la sociedad, y mas verdes que las poesías eróticas de Quevedo y la novela del Barón de F...; en aquellos riachuelos mas torcidos que la marcha de nuestros gobiernos y mas claros que puede verse nunca la verdad; en aquellos linderos mas bordados que sobrepelliz de capellan de monjas; y en aquellas tierras mas labradas que corazón de pecador arrepentido. Chocábale á Tirabeque el ver las laderas de los cerros cubiertas de lindas Guipuzcoanas, con sus vestiditos aseados de percal, su sombre-

rito de paja ó su pañuelito de puntas de cuarto de luna á la cabeza, y sus pies desnudos, trabajando la tierra y desmenuzando los terrones. Embelesado iba él de su laboriosidad y su belleza, mientras yo contemplaba con admiracion un pais trabajado por siete años de guerra civil, y en cuyo aspecto nadie conocería que habia habido semejante guerra, ni nadie lo creería sino lo testificasen los partes exagerados de la Gaceta, los infelices mutilados que piden limosna por las calles, los quinientos mil ascensos que ha producido, y los miles de millones que figuran en números arábigos en los presupuestos, y en metálico sonante en las gabetas de los hermanos contribuyentes.

Pelegrin iba de continuo dialogando larga y entretenidamente con los zagales, que vestidos con su blusa azul y su boina encarnada ó celeste, tenían la paciencia de responder con admirable amabilidad á las impertinentes preguntas con que sin cesar los molía relativas á hechos de la pasada guerra, en que ellos mismos acaecia haber sido actores, confesándolo con ingenuidad y franqueza. A veces le contestaban en un chapurrado misto de castellano y vascuence, de que me pedia á mí interpretacion como si yo pudiera ser espositor de aquella lengua mas que de la que hablan los paisanos de Confucio, aunque hubiera llevado á la mano el diccionario trilengüe, latino, castellano y vascuence, del jesuita Larramendi.

Asi fuimos dejando atrás los pueblos de Villa-

franca, Alegría, Tolosa, Andoain, Urnieta y Hernani, hasta que paramos á comer en Astigarraga, pequeña villa situada en terreno elevado en las riberas del Urumea, y rodeada del monte Santiago. La comida fué abundante, delicadamente condimentada, y servida con el mayor aseo. A Tirabeque le gustó extraordinariamente la cidra, ó sea vino de manzanas, que nos presentaron, y se embaulaba vasos que era un alabar á Dios. Pero lo que le gustó todavía mas extraordinariamente fué la hermana Magdalena, que con una especie de plumero ó manojito de tiras de papel se ocupaba graciosamente en espantar las moscas de los platos de vianda mientras nosotros comiamos, ejemplo que no he podido hacer que siga Pelegrin en la celda en nuestra vida normal. Efectivamente, la hermana Magdalena tenia toda la gracia, finura y amabilidad de una guipuzcoana que merecia bien ocupar en la sociedad una escala menos humilde; y en sus contestaciones á los requerimientos é interpelaciones que á su modo le dirigia Pelegrin, poseía el talento de las evasivas con una maestría y oportunidad que apetecería ciertamente para sí un presidente del consejo de ministros para responder á los cargos é interpelaciones de un diputado cargo faciente, é interpelador.

Menos agradable y alhagüeño aspecto presentaba la villa de Urnieta con sus casas quemadas y sus edificios derruidos; rastros y reliquias de la filantropía del hermano O' Donell, que la hizo incendiar

con sus casas de campo despues del desastre de Andoain. Ni era mas halagüeño el que ofrecia Hernani, que habiamos dejado un cuarto de legua antes de Astigarraga. Divisábase á la izquierda el fuerte del alto Oriamentendi: dejarnos á la misma mano el camino que conduce á San Sebastian, y subiendo por una larga y penosa línea de cuestas y derrumbaderos llegamos á Oyarzun, pueblo aseado y alegre, colocado á la falda y junto á las peñas en que concluye el Pirineo occidental, que va descendiendo por aquella parte con una aparente humildad desmentida por los riscos que todavía ostenta orgulloso al modo del gigante caído que nos describe Milton. Circúndanle espesos y vistosos bosques de manzanos, nogales, robles y otras maderas de construccion, y rodéanle huertas de esquisitas frutas, especialmente de peras que se cultivan de cuenta del comun.

Mientras se verificaba el cambio de ministerio de las mulas, yo me entretube en examinar una lápida que se vé en la pared de la iglesia en que hay grabadas hondas y lanzas, cuyo emblema pasa para el vulgo por el antiguo escudo de los cántabros; pero Tirabeque se paró menos en este exámen que en el del juego de pelota, y en verdad no sin razon, pues se tiene por el mejor de Guipúzcoa, y quizá de toda España. Asi se lo aseguro yo á Tirabeque segun las noticias que de él tenia, pero él me replicó: «ah, no señor, eso nó; en Madrid tenemos muchos mejores y en que

se juega mejor que en este.—Mejores que este!.— Si señor; tenemos allí seis ministerios, que son otros tantos juegos de pelota, en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aquí los vizcainos estos, por buenos jugadores que sean.

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado mas si no me hubieran distraído las agitadas olas del Oceano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irun va el viajero continuamente distraído con una escena que pienso sea original en su clase. De repente vé entrar hasta el interior de su asiento ya la vistosa flor, ya la yerba aromática, ya el racimito de uvas, que unas veces le caen entre las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo, sin que vea la mano que le dirige tan estraña y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene ó bien un par de manzanas, ó bien una sabrosa pera, ó bien un melocoton recién arrancado del arbol. Son muchachos de ambos sexos, procedentes de los caseríos, que desnudos de pie y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo con la esperanza y á cambio espontáneo del cuarto ó los dos cuartos que en premio de su fineza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad,

y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irún, que todos estos re-tumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la gloriosa victoria que el 31 de agosto de 1313 ganaron 12,000 españoles al mando del general Freire sobre 18,000 franceses mandados por el general Soult en los célebres *campos de San Marcial* que tenemos á la vista á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irún, pues en el año 1522 en el propio mes de agosto y en el mismo monte de San Marcial dieron los españoles otra lección igual á otro ejército de Franceses y Alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles.—Los pasaportes.—Tómelos vd.—Está bien: ¿llevan vds. dinero?—Si á vd. le parece, iremos al estrangero sin él.—Es que tienen vds. que pagar tres reales por cada mil que vds. lleven.—Tome vd. lo que corresponde.—Vayan vds. con Dios.—Queden vds. con el mismo.

Dando tumbos y vaivenes bajamos por la cuesta de Irún, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafío que en ella tubieron el emperador Carlos V y Fran-

cisco I; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfin y Duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entre vistas de príncipes de ambas naciones que en ella se han hecho; isla hoy de término neutral; llegamos al puente del Bidasoa, mitad español y mitad francés. Permítanme vds. detenerme un rato en medio del puente, porque tengo algunas cosas que contemplar.

FRANCIA.

El paso del Bidasoa.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera de 17 arcos, construido el año 23 para que pasáran con mas comodidad y menos riesgo los cien mil hijos de San Luis que á las órdenes de D. Luis Antonio duque de Angulema vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba yo poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni menos volvía la vista al pueblo de Andaya que detrás de mí tenia, célebre por sus anisetes y aguardientes destilados.

Con el pie izquierdo en territorio francés y el derecho en término español, pintábaseme en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaida y humilde gor-

rilla de cuartel, mientras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la casaca nueva y el morrion de gala del centinela francés, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre mis dos gerundianas piernas mediaba; haciendo la cabeza un cuarto de conversión á la derecha, veía la miserable garita del compatriota; y convirtiéndola otro cuarto á la izquierda, distinguía la sólida y cómoda garita del extranjero. Notable y triste contraste que el gobierno pudiera bien evitar á poca costa, y debiera evitar en pró del decoro nacional.

A pesar de todo eché mano al corazon, le dejé depositado en territorio de España, llené su hueco de amor patrio, lancé un «á Dios, hermano mio, hasta la vista,» al centinela, y marché pensativo hasta el extremo del puente, donde encontré ya á Pelegrín mirando embobado á un alto y fornido gendarme, que con su talla de cinco pulgadas sobre los cinco consabidos, su espeso *moustache*, su sombrero á lo Napoleon, su casaca de largos faldones y su correa amarilla tenia en respeto á Tirabeque pidiéndole el pasaporte. Llegué yo, y hecha exhibicion y entrega del documento, entramos en Behovia.

Conocimiento y reconocimiento.

El coche estaba á la puerta de la aduana y se habia dado principio á la operacion de bajar los equipages. Cada uno echó mano á la llave de su cofre-maleta, y púsose de manifiesto nuestro haber de viajar á la disposicion de los escrutadores sostenidos por las naciones libres. El más escrupuloso capuchino no escudriña la conciencia del penitente, ni el más intolerante censor de imprentas del siglo XVII examinaba los escritos con más minuciosidad que escudriñaron los rincones de nuestras maletas los empleados de aquella aduana, que por cierto no llegan á la mitad de los que nosotros tenemos en las nuestras. Nada debiamos nosotros llevar que no fuese de lícita y permitida introduccion: no así un hermano que se nos habia reunido en un pueblo de Guipúzcoa, el cual llevaba para su entretenimiento unos libritos franceses, entre ellos *El libro del pueblo* y las *Palabras de un Creyente* del P. Lammenais, á los cuales les pusieron entredicho, por ser, decian, contrahechos en Bruselas: respecto á lo contrahecho en Bélgica son inexorables los franceses. Pero los dejaron en depósito para que el interesado los pudiese recoger á su regreso, que esto es lo que hacen con los artículos cuya entrada está prohibida: y no hay que temer, eso no, que desaparezca nada de lo que allí depositado queda: á

la presentacion del resguardo se devuelve infaliblemente el artículo detenido.

Preguntáronnos si llevábamos cigarros, porque esta es mercancía con cuya introduccion no transigen las aduanas francesas, á no pagar un exorbitante derecho; y lo mas que permiten al viage-ro introducir son diez ó doce cigarros contados. Pero nosotros íbamos ya advertidos de esta circunstancia, y habíamos tenido buen cuidado de arreglar el gasto de este renglon con relacion á distancia, de lo cual no les pesó al conductor, al mayoral y al zagal. Sin embargo, sospechando uno de los aduaneros del volumen que presentaban los bolsillos de la chaqueta y pantalones de Tirabeque se acercó á él diciendo; «*voyons, Monsieur, voyons, s' il vous plait: pardon; je crois que vous portez des cigarres aux poches:*» y comenzó á palparle y reconocerle.—¿Que va vd. á hacer, Monsieur? le replicó este asaz amostazado; yo soy de un pueblo de España que llaman *Mirame* y no me toques, ¿entiende vd.?— *Ah, pardon, s' il vous plait: mais je voudrais bien voir si vous portez des cigarres aux poches*— No señor; no llevo *cigarros pochos*, y haga vd. el favor de no tocarme, que basta que yo lo diga: y sobre todo hable vd. de manera que nos entendamos, y no en ese chapurrado que vd. gasta; es muy extraño que un empleado del gobierno no sepa hablar mejor el Español.»

«Por San Hermenegildo bendito, Pelegrin, le

dije; ¿ya empiezas á comprometerme con necesidades? Temprano comenzamos por vida mia: ¿no ves que estás ya en Francia? ¿en qué idioma te han de hablar estos señores sino en francés, badulaque? Sométete al registro y calla, que estás en tierra estrangera.»

No bien habia empezado el reconocimiento de Tirabeque, cuando acercándose á mí otro de los empleados me dijo: «¿y cómo es que habeis dejado de escribir?—¿De escribir qué? le pregunté yo.— El diario *Fr. Gerundio*.—Pues qué, ¿me conoce vd.?— He visto vuestro nombre en el pasaporte: ¿dónde teneis á vuestro lego Tirabeque?— Aquí le tiene vd.; este es.

Tirabeque que se oyó nombrar, «señor, me dijo, esta gente nos ha conocido; ¿si estaremos todavía en España?—Ahí verás, hombre, ahí verás, si tu fama ha penetrado mas acá de los Pirineos.—Si señor, pero con eso y con todo me registran los bolsillos.»

Efectivamente todos los empleados de la aduana y de la oficina de pasaportes mostraron estar muy al corriente de nuestras gerundianas misiones: cesó el reconocimiento de Pelegrín, y rodeáronnos todos, no ya á reconocerle sino á conocerle; refanse mucho; nos hicieron mil preguntas sobre el objeto de nuestro viaje, y antes de poderles satisfacer fuimos llamados al coche dejándolos con la risa en los labios y la curiosidad en el cuerpo.

La mano del gobierno.

Desde que se sale de Behovia se empieza á conocer que se camina por un pais donde hay gobierno, pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento á la mas pequeña hoyo que se forme, y para reemplazar á la primera piedra que falte. De trecho en trecho se encuentran los peones camineros «*pontoniers*» con su chaqueta de uniforme y su sombrero encerado, al cual rodea una prolongada laminita ó cinta de metal amarillo en que se lee el oficio y número que á cada uno corresponde: estos trabajan incesantemente en allanar y reparar el camino al pie de una estaca clavada á la orilla en cuyo extremo superior hay una targeta de madera barnizada de negro en que se ve repetido el número en blanco. Este sistema es el que con poca diferencia ha adoptado últimamente nuestro actual director de caminos el Señor Don Pedro Miranda.

El terreno sin embargo es todavía desigual por aquella parte, y conserva la fisonomía de las Provincias Vascongadas, si bien las colinas y cerros de que está sembrado son ya de mas fácil acceso y de un declive mas suave. Hijos raquíticos del gran

Pirineo, no parecen ya descendientes de tan robusto padre: son como los descendientes de nuestros grandes de España, que si no conserváran el nombre patronímico de la familia nadie diría que eran hijos de padres de tan gran provecho y valía.

Aunque el país conserva todavía cierto sabor y tinte español, presenta ya no obstante un aspecto más risueño y animado: es una entrada que indica la prosperidad y riqueza de un gran pueblo. Los frutales, las viñas, el aseo y blancura de las casas, los árboles alineados, las mugeres con cófias y sombreros de paja, los rótulos de las tiendas y posadas, los carruajes que se cruzan, todo demuestra más movimiento, más vida, más animación, si se exceptúa los campanarios de las iglesias cuyas troneras tapadas con maderas ennegrecidas de las aguas hacen una vista lúgubre y sombría, semejante á la de algunas mugeres que se suelen encontrar á la entrada de los templos envueltas en una larguísima y oscura capa con su correspondiente capuchon, que así esconde sus rostros á los ojos del curioso como las monteras de las torres ocultan las campanas y se tragan su sonido.

De tiempo en tiempo se van viendo á la izquierda las agitadas y peligrosas aguas del golfo de Gascuña, que parece entretenerse en jugar al escandite con el viajero, apareciendo y desapareciendo alternativamente según que se suben ó se bajan los frecuentes repechos. Así se camina antes y después del pequeño pueblo de

Urruña situado entre Behovia y San Juan de Luz. Esta última villa (donde se casó el hermano Luis XIV en 1660), aunque pequeña, es hermosa y alegre; pero colocada á la desembocadura del rio Nivelles que la separa de su arrabal, está sufriendo continuamente el azote de violentas ráfagas y las sacudidas perpétuas de las olas del Océano, que se estrellan mugiendo en sus murallones de piedra al modo de las que azotan los muros de Cádiz, y á semejanza de los furiosos embates que de todos los lados del Congreso está sufriendo actualmente el ministerio Gonzalez, que no sé si tendrá fuerzas para resistir y rechazar las embravecidas olas del salon de Oriente, que no llevan trazas de aplacarse ni con el ministerio Gonzalez ni con otro que le sucediera, porque el estado normal de aquel golfo parece ser la agitacion.

Pásase en seguida por Bidart, en cuya costa acaba de perderse ahora la barca española *Josefa*, que quiera Dios no suceda tal á la barca del Estado con la divergencia que reina en los innumerables sistemas de bogar de sus pilotos, que todos creen entenderlo mejor, y el resultado es que ninguno entiende gran cosa la aguja de marear.

¿Y Tirabeque?

¡Oh! A Tirabeque no le ha faltado que observar en la ruta de Bayona: desgraciado de mí que tenia que contestar á sus mil y una preguntas y á su millon y medio de observaciones.—Señor, estos postillones ya no son como los nuestros; parecen unos señores con estas botas de montar y estos uniformes que traen. Y los atalajes de los caballos tampoco son lo mismo.—Todo es verdad, Pelegrin.—Pero parecen muy tontos, señor, no saben decir á los caballos mas que *híu*: aqui no hay *coronela*, ni *colegiala*, ni *pulido*, ni todos esos nombres con que nos divierten los zagales nuestros.—Ni pienses ya volver á oír esa letania de animacion hasta que vuelvas á España.—¡Ay, mi amo! ¿y qué cõpete es el que trae aquella diligencia alli encima tan empingorotado? Calla, calla, y viene lleno de gente.—Eso deberá ser la *imperial* que llaman, que son unos asientos que tienen las diligencias francesas sobre la berlina.—Señor, señor, mire vd. qué coche tan raro viene allí..... aqui viene otro de otra figura todavia mas rara..... ¡oh Dios mio, qué carro tan grande! Válgame Dios cuánto vé el que anda por reinos estrange..... ¡ay, ay, ay! señor! ¿ve vd. aquel hombre y aquella muger metidos en dos cestos puestos en un caballo á modo de

aguaderas, uno á un lado y otro á otro? (1)

Aqui, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas.—¡Ay, que bonita casa de campo, señor! Mire vd. otra aqui á la izquierda..... otras dos estoy viendo allá mas lejos.—Y verás mas probablemente cuanto mas nos vayamos acercando á Bayona.—¿Qué es esto señor? ¿Otra vez estan bajando los equipages?—Esta será regularmente la segunda línea de aduanas, donde segun me han informado se hace una especie de segundo registro ó reconocimiento; pero verás como no tocan á nuestras maletas, porque vienen emplomadas y selladas de la de Behovia.—Diga vd mi amo, ¿qué quiere decir aquel letrero?—A ver: «*on donne ici á boire et á manger:*» que aqui se dá de beber y de comer.—¿Con que primero de beber que de comer! Señor, ya veo yo que tambien en Francia hay vice-versas: allá regularmente primero se come que se bebe.—Pues asi he advertido que están todos los rótulos de esta clase que he visto hasta ahora.—Pues si dan todo eso, aunque sea contra el órden, vamos allá, señor, á que nos den algo.—Bien, pero ten entendido que no lo dan gratis sino por el dinero.—Entonces ¿para qué dicen que *se dá*?—Esto te indicará, Pelegrin, y sírvate de gobierno, que hemos entrado en un pais donde todo es mentira,

(1) Estas cabalgadas son las que llaman allí *cacolets*, parecidas á las *artolas* de las provincias vascongadas.

y sobre todo en un país donde nada es *gratis*.

El «*chiv*» del postillon puso otra vez en movimiento los caballos, y sufriendo otras doscientas preguntas de Tirabeque, nos hallamos á las puertas de Bayona á las seis y media de la tarde. En uno de los puentes de su entrada encontramos al hermano Marliani, que se hallaba allí de camino de París para la corte de España, desde cuya fecha data el pensamiento que se le atribuye de asestar sus tiros á una de las poltronas ministeriales. Nosotros nos apeamos en la casa de postas, y nos encaminamos despues á buscar albergue y descanso en el *Hotel du Commerce* ó *Fonda del Comercio*, que así lo reza en ambos idiomas el tablon de sobre la puerta.

BAYONA.

Cosas generales.

Que Bayona es una plaza fuerte, como ciudad fronteriza; que es puerto de mucho comercio, distante una legua del Oceano y seis de la Frontera de España; que pertenece al departamento de los Bajos Pirineos; que está situada en la confluencia del Nive y del Adour, los cuales la dividen en tres partes casi iguales que se llaman *Bayona la grande*, *Bayona la chica*, y el barrio de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por comerciantes judios (si es que el «comerciantes» no está demás

hablando de judíos) de origen españoles y portugueses; que tiene una hermosa plaza llamada de *Grammont*; que goza de una campiña sobremanera pintoresca, sembrada de cómodas y lindísimas casas de campo; que posee una buena ciudadela, un delicioso paseo llamado las *Marinas*, y un apéndice de ciudad, ó aldea de recreo nombrada *Biarritz*; que en ella tuvieron origen las *bayonetas*, y que hoy mas que por las *bayonetas* de aguda punta es conocida y honrada por las *Bayonesas* de esbeltos talles y agraciados rostros, son cosas generales y sabidas de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquiera descripcion geográfica de aquella ciudad.

Que hay en Bayona muchos españoles, establecidos unos y muebles otros; que ha sido, es y será el *refugium fugitivorum* de nuestras cien emigraciones pasadas, presentes y futuras; que para ella fue una cucaña nuestra guerra de siete años, y que no le pesaría que hubiera durado otras siete semanas de años como las de Daniel; que era el cuartel general franco-hispano de los carlistas que no eran de armas tomar pero sí de conspiraciones urdir, como despues lo fue de los liberales exaltados perseguidos, como en seguida lo fue de los vencidos moderados, como ahora lo está siendo de los del aplastado movimiento de octubre, y como mas adelante lo será Dios sabe de quiénes, porque todavia no hemos concluido; que pocos habitantes de Bayona dejan de hablar algo ó al menos de entender

algo el español por el frecuente roce que con ellos habemos, y que se ven muchas inscripciones y rotulatas en ambos idiomas para la mejor inteligencia de indígenos y de exóticos, cosas son tambien generales y que facilmente se saben, inferen ó suponen.

Cosas particulares.

Pero lo que nadie hasta la presente sabia es, que cuando nosotros llegamos al Hotel del Comercio se nos dijo que no habia habitacion desocupada por aquella noche para nosotros (tal era entonces la afluencia de forasteros en aquella ciudad), pero que la habria al dia siguiente, y que entretanto podriamos, si gustábamos, alojarnos por una noche en otra casa de la confianza y satisfaccion de *Madame*, á lo cual no tuvimos inconveniente en acceder: y condújonos el mozo-viejo *Cadet* á la *rue d' Orbe*, núm. 9, donde tomamos posesion de la primera celda provisional francesa. Mas como todavia era temprano, acordamos salir á lo que en España llamamos dar una vuelta y en Francia *faire un tour* por la ciudad.

Tropezamos al acaso con un gabinete de lectura y determinamos entrar un rato en él: pero Tira-
beque se me detubo á la entrada diciendo: «*aquí no entro.*»—¿Y porqué? le pregunté yo.—Señor, me respondió, mire vd. bien: el primero que he visto de frente es el hermano Muñoz Maldonado

con un *Cangrejo* (1) en la mano.—Y eso ¿qué importa? si tales encuentros te retraen, será posible que no entremos en parte alguna. Pero en fin te daremos gusto: iremos á beber al café si te parece.

Ibamos á entrar en el café italiano, cuando advierto que se me detiene Pelegrin á la puerta diciendo:—Señor, *aquí no bebo.*—¿Y porqué motivo, hombre?—Señor, el primero que veo aquí á la entrada es el hermano Parejo, el gentil-hombre nombrado por la reina Cristina que no ha sido admitido en palacio.—¿Y qué tenemos con eso? Pues si en esas me andas volvámonos á casa á dormir.

Dirigímonos en efecto á la *rue d' Orbe*; yo pasé á mi habitacion, y cuando Tirabeque volvió á pedir una luz me dijo: «Señor, *aquí no duermo.*»—Pues estamos habilitados á fé mia; tú en ninguna parte quieres entrar, en ninguna quieres beber, en ninguna quieres dormir: ¿pues qué hay?—Que acaba de decirme madama la criada que habla español, que aquí encima de nosotros en esta habitacion de arriba duerme el conde de Cleonard.—Duerma muy enhorabuena, nosotros dormiremos aquí.—Señor.....—Vaya, déjame en paz, y á descansar: en pais extranjero no debe haber diferencia de opiniones: aquí la única opinion debe ser la de que somos españoles todos.

Por esta ligera muestra conocerá el gerundiano lector que en Bayona en aquel entonces no podia

(1) Periódico de Madrid correspondiente á su título.

darse un paso sin topar con un hermano de cuenta de la cofradia emigrada: si quereis saber lo que allí hacian, no me lo preguntéis á mí: sucesos trajo octubre que os sabrán responder.

La misa.

Tan luego como nos levantamos dispuso mi paternidad como buen religioso ir por primera salida á ver la catedral, que es un edificio gótico de muy buen gusto, y á oír misa si la encontráramos. Desde el momento se empieza á notar en los templos franceses otro aire y otro estilo que el de los españoles; en sus capillas y altares domina generalmente una sencillez que ya suele degenerar en desnudez y desamparo: el *altar mayor* que nosotros llamamos, y que ellos llaman *maitre-autel* es por lo general, no el mayor sino el menor, pues consiste comunmente en una mesa con muy pocos adornos: detrás de él está el coro, tambien muy sencillo, y á veces pobre.

Pero lo que á Tirabeque le hizo mas novedad fué el gran número de mugeres de todas clases que en el templo habia, con elegantes sombreros unas, con altas cófias otras, y otras con sencillos pañuelos á la cabeza, ni una sola con mantilla, y todas ó bien sentadas sobre las sillas ó bien arrodilladas sobre ellas; fijos los brazos en una tablita que tienen en la parte superior del respaldo, en que suele estar escrito el nombre de la

familia ó persona á que cada silla pertenece, y casi todas con su librito en la mano. Salió un celebrante, y pusímonos á oír misa arrodillados á la española. El sacerdote llevaba el pelo del occiput largo en forma de garnacha, y divisábasele por bajo de la casulla la cola de la sotana que tubimos por signo de que pertenecia al gremio canonical.

Concluida la misa, le pregunté á Tirabeque qué le habia parecido.—Bien, me respondió: las ceremonias son como las de España, pero en cuanto al latin una de dos, ó el latin frances no es como el latin español ó sé yo mas latin que los canónigos franceses.—En cuanto á lo primero, Pelegrin, te dispenso la simpleza solo porque estamos los dos solos, pues el latin lo mismo es en Francia, que en España, que en todo el mundo: y no te suceda hacer esa observacion delante de gente: y en cuanto á lo segundo, no sé porqué lo puedas decir.—Señor, á lo menos yo digo *«dominus vobiscum»* claro, y ellos dicen *«dominus vobiscóm»*; y tan bueno debia ser el acólito como el cura que respondia, *«et cum spiritu tuo»*; ¿si lo saben, ¿qué trabajo les cuesta decir *«et cum spiritu tuo»*, asi clarito como yo?—¿Pero no ves, simplóte, que ellos tienen que arreglar la pronunciacion al acento que exige la *u* francesa y á toda la modulacion de su idioma?

Cositas varias.

Aunque Bayona todavía no es Francia para el español que va buscando novedad en todo, nótese ya sin embargo otra fisonomía y otro gusto en las calles, en los comercios, en las tiendas, en los hoteles ó fondas, y en el afán de rotular y escribir en todas partes, de que mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos con mas detenimiento. Pueblo esencialmente comercial, no es notable ni en establecimientos literarios, ni en hombres de reputacion científica, ni en el gusto por los espectáculos de público recreo. Estábase concluyendo un magnífico teatro de nueva planta, pero la mayor parte del tiempo tendrá que ser una casa sin inquilinos, porque apenas puede sostenerse allí por temporada una compañía dramática. Las señoras cristianas concurren poco de temor de incurrir en la formidable censura de los predicadores de la fé de Cristo, y solo las judías son las que asisten con mas frecuencia al teatro, como que allí no van á oír el evangelio, ni creo que los cómicos se propongan estraviar á nadie de su creencia y religion. Tal es allí la influencia clerical: ¡y hay quien se queje de ella en España!

Tienen los Bayoneses una sala de conciertos sostenida por aficionados, á uno de los cuales tubo mi paternidad la honra de asistir: no sé que

tal les parecería á los sacerdotes anti-espectaculistas. Había muy buena orquesta, y en este ramo no ha dejado de producir Bayona algunos profesores sobresalientes.

Asaz sentidos y disgustados hallé á los comerciantes, lo mismo franceses que españoles, de la nueva ley de aranceles de España, por la que se les ha privado del beneficio de bandera que gozaba aquel puerto, y por la cual, decían, se perjudica á las arcas del tesoro, se perjudica á los intereses del consulado, se paraliza el comercio de lo lícito, y se fomenta el del contrabando; que son las mismas quejas que á mi paternidad le dan de Gibraltar, y las mismas que le dan de todas partes, porque la tal ley de aranceles ha tenido la buena fortuna de disgustar lo mismo á nacionales que á extranjeros, que es todo lo que se puede apetecer.

Pasaportes.

El español que llegue á Bayona, cuente con que antes de apearse se le presentará un gendarme en demanda de su pasaporte, en cambio del cual le dará un billete con que pueda reclamarle en la *Maire* ú oficina del alcalde. Si el viagero pasa á otro punto de Francia, recogerá de la *Mairie* su pasaporte; procurará visarle del cónsul español; pasará con él á la sub-prefectura; aquí dejará el pasaporte español, y con una papeleta del sub-

prefecto se trasladará otra vez á la oficina del *Mairie* ó alcalde; este le proveerá de un pasaporte nuevo mediante unos francos, y el primitivo llegará por el correo, antes que el viajero, á la prefectura del punto á que se dirija donde le hallará y podrá reclamar. Hermanos, así se anda en Francia de casa de Anás á casa de Caifás, de casa de Caifás á casa de Herodes, y de casa de Herodes á casa de Pilatos.

Terminadas estas diligencias, y tomados billetes para la *malle-poste* ó silla de correo, al precio cada uno de 40 francos y 2 sous (como unos 160 rs. y 26 mrs.), emprendimos el camino para Burdeos á las dos de la tarde, que es la hora en que diariamente y en punto sale la posta de una á otra ciudad.

La Malle-poste.

Desde Bayona á Burdeos, aunque se cuenten 54 leguas francesas de posta, solo se invierte, yendo en el correo, de unas 15 á 16 horas. Esto bastará para que suponga el lector la celeridad con que marcharán estos carruajes. El viajero que desee ó necesite para sus negocios ó su comodidad la mas ligera detencion, el que piense ó quiera contar con un pequeño descanso para tomar una taza de té ó un vaso de agua; renuncie desde luego á viajar en la *malle-poste*, porque no le complacerá el conductor aunque fuese el gran Miramolin de

Persia. Los caballos de tiro esperan preparados á la orilla ó en medio del camino la llegada del correo : la operacion del relevo, ó sea de desenganchar unos y enganchar otros, es cosa de medio minuto (un minuto es lo que tengo entendido les concede el reglamento), y ya está el coche andando. Al relevo siguiente sucede lo propio; se encuentran los caballos dispuestos en el camino, se emplea otro medio minuto en el cambio de gobierno, y el movimiento del carruaje sigue instantáneamente al *hix* monótono del conductor.

Desgraciado de aquel á quien ocurra de relevo á relevo uno de los menesteres urgentes á que está sugeto todo fiel cristiano, lo mismo en Francia que en Moseow, porque lo pasará muy mal el infeliz. Y pobre del que incurra en la imprevision de no racionarse antes de emprender la marcha proveyéndose de las competentes municiones de boca sólidas y líquidas, porque llegará al término del viaje mas estenuado que cesante español.

Desgraciado tambien del carretero que al acercarse la silla de posta no desvie su carruaje para que el correo pueda seguir su marcha sin obstáculo ni detencion: ya puede contar de seguro con 50 francos de multa, y con el doble en caso de reincidencia, sin perjuicio de las penas corporales á que están sugetos por el reglamento de policia. Pero pobre tambien del conductor que trate con groseria á los viajeros, ó tuviese la debilidad de embriagarse, ni aun siquiera de llegar al *semi*, ó no

se presentase con su uniforme y su placa correspondientes; el reglamento le marca las penas en que incurre, desde dos dias de cesantia hasta la absoluta destitucion.

Los cochés de la *malle-poste* son sumamente cómodos, holgados, perfectamente acondicionados y sólidamente construidos, con blandos cojines en los asientos, y no duros reclinatorios para recostar la cabeza. Asi es que son los carruajes que usan en Francia para viajar las personas regularmente acomodadas, si bien con el inconveniente de tener que asegurar el asiento con bastante anticipacion, pues de otra manera no es fácil lograrle, por lo mismo que es el método de caminar preferido. El que quiera gastar menos, que tome la *diligencia*, pero ármese de resignacion para ir *more testáceo*, esto es, á paso de tortuga, para que lo hagan dias y horas, para no descansar de noche ni de dia, para que el conductor le prescriba templanza y sobriedad en la mesa no dejándole llegar á los postres ni á las copas, y para tener acaso que alternar con Monsieur el zapatero y Madame la requesonera, que suelen ocupar su competente núm. 1.º de interior. En Francia las *diligencias* son como las *galeras* en España: son unas galeras decentes: los únicos asientos que se conservan un poco aristocráticos son los de berlina: en los demas es muy espuesto encontrarse con la democracia de los caminos.

Las Landas.

Hechos dos padres maestros íbamos amo y lego dejando atrás los amenos contornos de Bayona, que terminan en *Ondres* para dar entrada al país llamado *Las Landas*.

Estas *Landas* que se dividen en grandes y pequeñas *Landas*, son unos vastos arenales que comprenden una porcion de leguas de terreno, en que crecen casi esclusivamente bosques inmensos de pinos y alcornoques, y que pueden llamarse la Siberia francesa. Empiezan á las dos leguas de Bayona, y abarcan como las dos terceras partes del camino de Burdeos. Como que el terreno es tan blando y esponjoso, ha habido necesidad de construir en una gran parte del camino lo que los franceses llaman *pavé*, que es un pavimento de piedras cuadradas como de cuarta en cuadro, si bien muy sólido, igual y seguro, pero sumamente incómodo para el viagero, no tanto por su dureza como por el estrepitoso y fastidiosísimo ruido que hace la cristalería del coche, intolerable para una cabeza delicada. De estos hay en Francia muchos.

¿Sabes, PELEGRIN, (le dije á mi lego), que este trozo de camino es incómodo y molesto en demasía?—Verdad es, mi amo, me respondió; pero diérame yo con una piedra de estas en los pechos con que los arenales de allá de Olmedo

y Valladolid tubieran un camino así empavado como este.—¿Qué es lo que has dicho? Porque con el ruido que hacen los cristales no se oye bien.—Digo que diera yo gracias á Dios si el camino de Valladolid á Olmedo, que es un terreno al simil de este, tuviera un empavonado así.—Hombre, yo no percibo mas sino que hablas de empavado y empavonado, y supongo que querás significar el pavimento ó empedrado en español y el *paré* en francés.—Señor, llámese como quiera, que es lo que menos importa, digo que ya me contentára yo con que el camino de Olmedo á Valladolid estuviera como este.—Habla un poco mas alto.—Señor, ¿qué mas alto he de hablar si doy unas voces que estoy para mi que si no me oye el gobierno español es porque se hace el sordo á estas cosas?

Efectivamente, á nuestro regreso hemos visto que no oyó el gobierno á TIRABEQUE por mas que voceaba. Sin duda se lo impidió el ruido de las ruedas y los cristales. Ahora que se lo decimos más de cerca y sin ruido, y probablemente no lo oirá tampoco.

Así que llegamos á *Ondres*, que es donde principian las *Landas*, «¡poder de Dios, mi amor (esclamó PELEGRIN), y qué de alcornoques hay tambien en Francia!—Si que se ven muchos, le dije: ya tenia yo noticia de que en este pais de las *Landas* habia unos alcornoques muy solemnes, pero repara como los mas estan descortezados.

—¿Y porqué estarán así, señor?—Porque sus cortezas las aprovechan para corchos.—Landas y corchos..... Landas y corchos..... diga vd., mi amo; ese senador nuestro que fué ministro, y que llaman el Sr. *Landero Corchado* será natural de aqui supongo yo.—¡Válgame Dios, y qué sandio te conservas en pais extranjero, PELEGRIN! Merecias estar plantado ahí entre esos árboles que estamos viendo y de que vamos hablando, ese ilustrado y juicioso senador que tan sin cuento has traído á cuento, no es natural de las Landas sino de nuestra Estremadura. Quien nació en las landas, ahí en esa villa llamada *Dax* que tenemos á la vista, fué S. Vicente de Paul el fundador de los Lazaristas.—Señor, buen gusto tubo en venir á nacer á una tierra como esta.

Lo que yo digo es, mi amo (continuó), que si á muchos hombres les quitaran la corteza como á estos árboles, lléveme el diablo sino quedaban reducidos á meros....—Alcornoques veo yo, PELEGRIN (le dije sin dejarle acabar), tan desnudos que si las verdades se dijieran como están ellos, serian pocos los que las sufririan. Mas te digo, si los franceses se desnudaran de la corteza de la cortesania..... y aun digo mas, si á muchos de nuestros patriotas se les despojara de la corteza exterior del patriotismo, habiamos de ver..... vaya, no se puede hablar con este diablo de sonsonete que hacen los cristales.

En *Dax*, mientras se hacia el relevo tuvimos

proporcion de ver una fuente cuyas aguas son como los discursos de nuestro diputado Lopez, tan calientes que á diez pasos del manantial no se puede soportar el calor que despiden. La catedral solo pudimos verla de lejos, y de ningun modo el gabinete de mineralogia y el hospital civil.

Internados en el corazon de las Landas ya no veíamos en derredor nuestro sino inmensos pinares, cuyas cortezas rajadas desde las cuatro ó cinco varas de altura hasta la raiz en el ancho de un palmo, hacian con su blancura una visibilidad estraña, y que decia TIRABEQUE remedaba un ejército de blanquillos en emboscada. Hácenles estas cortaduras para que por ellas destile y fluya la resina ó trementina, que se recoge en unos recipientes especie de artesoncillos que se ponen al pié de cada pino, de cuyo artículo se hace en el pais un ramo de comercio de no poca utilidad. Oida esta esplicacion, me decia TIRABEQUE: «Señor, allá tambien tenemos abundancia de pinares en la provincia de Soria y otras del reino, pero nosotros no somos tan crueles como esta gente.—¿Pues en qué está la crueldad?—Si señor, aqui estan haciendo llorar á los pinos todo el año de Dios para despues convertir sus lágrimas en oro; allá no hacemos llorar á los pinos, porque seria una inhumanidad; allá, lo único que hacemos llorar son las viudas de los patriotas y otras gentes asi, pero á los pinos los

dejamos que crezcan y se rian de nosotros.—Si porque no sabemos sacar partido de ellos, tienes mucha razon: ¡ cuántas y cuantas producciones hay en nuestro suelo que dejamos se rian de nuestra incuria y flojedad!

Pasados *Tartas* y *san Severo*; donde está el sepulcro del famoso general *Lamarque*, se encuentra la capital del territorio de las Landas *Mont-de-Marsant*, pequeña y linda ciudad de 4000 habitantes, situada en la confluencia de los rios *Douze* y *Midou*, el primero de los cuales empieza allí á ser navegable hasta Bayona, y da principio al canal de las Landas. Era de noche y no pudimos ver las afamadas bellezas cuya delicada tez y sonrosado color dicen algunos escritores franceses que contrasta tanto con la aspereza y arenosidad del pais.

Encuétrase despues *Roquefort*, donde terminan las Landas, rodeado de rocas, y no tan notable por su cera y su miel, su queso, su cáñamo y sus hornos de cal, como por las hermosas bestias que tiene la honra de producir.

Se entra en seguida en el departamento de la Gironda, ya mas ameno y feraz. El semblante de Tirabeque tambien se iba animando gradual y sensiblemente, y competía en lo risueño con el de la aurora que empezaba á alumbrarnos, y estoy por decir que con el del mismo sol que alli en aquella tierra parece ya que sale siempre un poco disgustado.—Se conoce que te alegra la venida del dia,

Pelegrin, le dije.—No señor, no es eso lo que me alegra.—Será acaso el hallarte en el país de los Girondinos tan célebres en la asamblea francesa.—No señor, tampoco: es que hemos entrado en tierra de viñas, que cada vez van siendo mejores, y esto me va oliendo ya á vino de Burdeos.—Así es, que si no me engaño, este que hemos pasado hace poco ha de ser *Langon*; y no debe quedarnos ya mas que *Castres* y algun otro pueblecito.

Así entretenidos llegamos á dar vista á la hermosa y sobre manera pintoresca campiña de Burdeos: y entramos en la ciudad sin que en todo el camino nos hablára una sola palabra el viajero que se nos habia reunido en *Mont-de-Marsant*.

El que no habló.

Antes de sentar nuestros reales en Burdeos, justo es que digamos algo (ya que él no quiso decirnos nada) del viajero de mi párrafo precedente á quien no mencioné antes porque en nada alteró nuestras relaciones itinerarias. Era este un francés que se nos reunió en *Mont-de-Marsan* ya muy entrada la noche; único caso en que los conductores se detienen mas del minuto, cuando sube algun nuevo viajero.

Entró sinsaludar, y sin saludar se colocó en el asiento del medio; cosa que ya empezó á estrañar Tirabéque. A los pocos minutos de marcha yo Fr.

Gerundio en uso de la costumbre española me tomé la libertad de preguntarle el nombre del pueblo de donde él había salido, á que me contestó: «*Mont-de-Marsan.*» Hícele otra pregunta con objeto de entrar en conversacion como en España se acostumbra, y tuvo la bondad de callarse la respuesta. Sin duda no me percibió. En vano esperé oír de su boca alguna otra palabra. «*Mont-de-Marsan;*» hé aquí la única voz que articuló el consocio agregado en todo el camino.—Señor, ¿es mudo este hombre? me preguntaba Tirabeque.—Calla, le decia yo, que nos podrá entender.—Diga vd., mi amo (me volvía á preguntar); ¿son mudos todos los franceses que andan por los caminos? —Calla, hombre, no me comprometas.—Si lo digo en español, mi amo, no tenga vd. cuidado.

Sin pronunciar mas palabra que «*Mont-de-Marsan*» llegamos al término de nuestro viage: nos apeamos juntos en la casa de postas, se marchó sin despedirse, en lo cual tubo el mérito de la consecuencia, y el de corresponder los fines á los principios, que no es cosa comun, y no he vuelto á saber mas del compañero de viage de *Mont-de-Marsan*.

Si alguno quiere conocer el tipo de los viajeros franceses, aquí le tiene: en España desde que entramos en un carruage nos contamos mutuamente nuestras historias, y nos hacemos amigos: en Francia los viajeros se vuelven mudos, como decia Tirabeque; y no estrañe el español viandante hacer un viage entero con un francés, y no oírle decir mas

que *Mont-de-Marsan*; y para eso le costará el trabajo de preguntárselo.

Idea general.

BURDEOS, la capital del departamento de la Gironda, es una de las ciudades mas bellas y mas importantes de Francia. Si se la considera por su posicion topográfica, Burdeos se presenta magnífica y sorprendente. Colocada á la orilla del Garona en forma de un grande arco cuya cuerda tiene una legua de longitud, con su estensa manzana de soberbias casas de sillería, su admirable y atrevido puente de piedra de 17 arcos, su bello malecon para contener el rio, su puerto guarnecido de mil velas y cien chimeneas de vapor, su fertilísima y pintoresca campiña, sus paseos, sus quintas, sus pabellones y sus jardines, el panorama que ofrece Burdeos á la vista del espectador poco dejará que desear á la imaginacion mas avara de ilusiones.

Si se la considera por la parte monumental, Burdeos ostenta orgullosa su cuartel de *Chapeau Rouge*, sus plazas Real, Delfina y de Tourny, su casa consistorial ú *Hotel de Ville*, su palacio de la prefectura, el grandioso edificio de la lonja, sus templos, sus baños y todo el bello conjunto de casas de la ciudad moderna; sin que haya necesidad de llamar la atencion del viajero hácia el *Gran Teatro* construido por Luis XIV, puesto que el extranjero que entra por primera vez en Burdeos no pue-

de menos de preguntar naturalmente: «¿qué edificio es este de tan sólida y elegante arquitectura, rodeado de tan magníficas arcadas y cuyo magestuoso frontis decoran esas doce esbeltas estatuas sobre otras tantas robustas columnas?» Pero antes que el conductor revele que es el gran teatro suele adivinarlo el viajero si no desconoce en los trajes y emblemas de las estatuas á las hermanas habitadoras del Parnaso.

Si se la considera por la parte de establecimientos de pública utilidad, enseñanza y beneficencia, el observador curioso puede visitar la casa moneda, la banca, la universidad, la biblioteca de Lebel con sus 105 mil volúmenes, la academia real de ciencias, el museo, el gabinete de historia natural y el de antigüedades, el colegio de sordo-mudos, el hospicio, las escuelas de medicina, de comercio, de náutica, de hidrografía y de equitación etc. Sin contar otros ciertos colejos acaso de los mas bien regidos y administrados que se pudiera desear, pero de que no puede ocuparse un escritor por ventajosas noticias que tenga de su mérito intrínseco.

Si se la considera por la parte mercantil, sabido es que el puerto de Burdeos es uno de los mas concurridos de Europa, y á que arriban embarcaciones de todos los puntos del globo. Y aunque en el dia esté experimentando una sensible decadencia, al paso que va creciendo su rival el *Havre*, merced á la no muy acrisolada nota de bue-

na fé que de un tiempo á esta parte han adquirido algunas de sus casas de comercio, Burdeos cuenta siempre con un fondo seguro de riqueza mercantil en la abundancia de los apetecidos vinos que produce su suelo. Por lo demas el rico mercader de Burdeos siempre ha servido de tipo y hecho un papel muy principal en las comedias de costumbres francesas, y aun en la última del inagotable Scribe titulada *Una cadena* no falta la novia de cajon hija de *un rico comerciante de Burdeos*.

Dos comparaciones le asaltan naturalmente al español que visita por primera vez á Burdeos: con Madrid por la parte de edificios, carruajes, teatros, tiendas y paseos; y con Sevilla por la del campo, el rio y las producciones. No falta quien recuerde la Vega de Granada, pero esta la reservo, yo Fr. Gerundio, para otro término mas adecuado de comparacion que mas adelante se presentará.

Siendo Burdeos una poblacion de 100 mil almas poco mas ó menos, ocupa una estension como para 200 mil ó mas: asi es que á pesar de toda la animacion que es consiguiente á una poblacion mercante, se está siempre esperando ver mas gente, y esta gente no viene porque no la hay; era menester para eso, ó aumentar los vivientes ó apiñar las viviendas.

JEAN Y JEANNETTE.

ó Juan y Juanita.

Cuando nosotros entramos en la patria de Ausonio y de Montaigne llovía en francés que era una maravilla, cosa que parecerá no guardar mucha consecuencia con el sol que dejamos en Langon y Castres, pero que es muy comun en aquella antigua residencia del parlamento y del gobierno de la Guiena. Apenas nos apeamos en la casa de postas nos vimos rodeados de emisarios ministeriales de los Hoteles, que venian á ganar nuestro voto con halagos y pomposas promesas. Yo di el mío al ciudadano *Jean*, comisario regio del *Hotel de France*, tanto porque llevaba noticias de que era el mejor hotel de Burdeos, como porque me atrajo el oír chapurrar español á dicho recadero, ó *commissionnaire* que llaman. El tipo de estos *commissionnaires* se describirá mas adelante, porque no deja de ofrecer bastante novedad.

El bueno de *Jean* trasladó nuestro equipaje en un carretoncito... y esto de carretoncitos es una circunstancia que como tenia sus ruedas se me ha venido aqui rodada para empezar á notar cómo los franceses han simplificado desde las cosas mas pequeñas el sistema de transportes conduciendo de una sola vez y con la mayor facilidad los bagajes

de tres ó cuatro viajeros, para lo cual necesitaríamos en España la cooperacion de tres mozos de cordel, que desde que hay en el mundo cordeles y mozos no ha alcanzado su talento á inventar otro sistema que el de la simple, ó por mejor decir, de la doble y robusta costilla.

Trasladó, como digo, nuestro equipage al hotel de Francia, en donde se nos dió un par de habitaciones de las que corrian á cargo de la seccion de la hermana *Jeannette*, que allí está tambien el servicio dividido en secciones por *chambres* ó departamentos á cargo cada uno de una oficiala de cobachuela, á estilo de secretaria del despacho, y todos bajo la presidencia de *Madame Baron*, que es la dueña ó dueño (pues uno y otro se podrá decir de una señora que se llama *Baron*) de aquel hotel; sito en la calle del *Espíritu de las leyes*: y cito esta calle, porque como luego se verá, parece que mi horóscopo en esta parte de Francia era seguir constantemente las huellas al Baron de Montesquieu.

Dejemos por ahora á Juan y Juanita (por cuya muestra inferimos que no era solamente la España la tierra de los Juanes), que ellos volverán si les habemos menester.

La Mesa Redonda,

Llevamos unos cuantos dias en Francia, y todavía no hemos dicho cómo comen los franceses,

á pesar de ser uno de los puntos que llevaba mas en mientes mi buen Pelegrin. Ahora lo veremos en la mesa redonda del *Hotel de France*, que es en comun sentir la mesa mas provista y abundante de Burdeos.

Pero antes de ir á comer diremos algo de la vida y trato que se dá y se pasa en los hoteles.

Estos son generalmente edificios vastos hechos al intento, y distribuidos en veinte, treinta, cuarenta ó mas habitaciones, segun su capacidad y segun la poblacion, todas numeradas y provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero, como papelera, cómoda, mesa con espejo y avíos de tocador, chimenea ó estufa, cama elegantemente colgada, cubiertas las paredes de papel de color y alfombrado el piso si es invierno, ó limpio y bruñido si es verano. En el portal está el cuarto del portero, que lleva el libro de entrada y salida de los huéspedes, y entrega ó recoge las llaves cada vez que uno entra ó sale de casa, si bien cada una tiene su número y se coloca en el correspondiente de la tabla llavera. Cada habitacion tiene su llamador de campanilla, las cuales todas concurren al cuarto de la portería, en donde el número de la que se oye sonar ó se ve vibrar avisa el del huesped que ha llamado.

Tan luego como el portero anuncia la llegada de un recién venido sale la señora del hotel á recibir al viajero y preguntarle qué clase de habitacion es la que desca. Y esta y la salida suelen

ser las únicas ocasiones en que el huésped vé, como no sea por casualidad, á *Madame* que se presenta á preguntarle si ha estado contento del servicio, y á rogarle muy dulcemente que no olvide la casa si se le ofrece volver á pasar por allí. Al arribo del viajero acuden presurosos los obsequiosos *garzones* ó sirvientes, disputándose quién ha de ser el primero en echar mano á la maleta y demás utensilios de viajar y en llevarlos á la habitación á que están destinados sin olvidarse de preguntar: «*avez vous quelque chose á me commander, Monsieur? ¿qu' est ce que vous desirez?*» ¿Tiene vd. algo que mandarme, caballero? ¿qué es lo que vd. desea?» Esta obsequiosidad es todavía mas exagerada en París, y mas todavía en las ciudades del norte.

El servicio está reducido á hacer la cama, dar de almorzar y comer, y cada vez que se vuelve á casa de noche, encender el portero la bugía (tambien numerada porque este gasto es cuenta aparte, y cada huésped paga lo que consume), y entregarla en propia mano, siendo del cargo del huésped llevarla humildemente á su morada, teniendo que hacer oficio de criado de sí mismo, lo cual forma un vice-versa con la finura y atencion que despliegan en otras cosas, que mas de una vez produjo altercados entre Tirabeque y monsieur el portero diciéndole: «Señor monsieur, cargue vd. con esa vela, que asi se usa en España y aqui ni el amo ni yo venimos á ser criados de vd., que aqui los

dos somos amos porque los dos pagamos, y el que paga quiere ser servido, y á mi no me enseñará vd. como se sirve, que lo tengo yo bien estudiado, que he seguido esa carrera toda mi vida menos ahora que estoy de vacaciones y me toca ser señor.» Pero ni esto bastaba á corregir tan inveterada costumbre y tan tolerado abuso.

Regularmente en todos los hoteles se come á la *table d' hote* ó mesa redonda, á la cual suelen concurrir no solo los huéspedes sino muchos otros que viven de asiento ó por temporada en un pueblo, porque los franceses son muy aficionados á comer fuera de su casa; y estos, ó bien pagan diariamente los tres, ó tres y medio, ó cuatro francos de la mesa, ó bien se abonan por mensualidades, en lo cual hacen algun ahorro. Y esto de comer en la mesa redonda es para ellos un ramo de economía, que si economia no fuera es de fé francesa que no lo hicieran ellos.

El almuerzo, que por lo comun consiste en dos platos fuertes de libre eleccion, con sus correspondientes postres, no está circunscrito á hora tan fija y determinada como la comida. Respecto á esta, no bien ha sonado las cinco el reloj del hotel cuando ya la campana está llamando á refectorio á la santa comunidad. Mala suerte le cabe al hermano que se descuide unos minutos en acudir al comedor: los franceses no esperan por nadie, cargan á discrecion, y avanzan de tal modo y se municionan con tal prisa que el que se demore un poco se espone á en-

contrar pasado en autoridad de comida juzgada el plato que mas pudiera apetecer.

Algo pagamos nosotros el aprendizaje de este ejercicio de guerrillas manducatorias, hasta que la experiencia nos enseñó saludables lecciones teórico-prácticas de puntualidad, aplicacion y aprovechamiento. Otra leccion de economía de tiempo nos enseñó tambien la experiencia. Al principio seguíamos la práctica española de certificar la terminacion de cada vianda con el aspa ó equis que se forma sobre el plato con el cuchillo y tenedor en signo y demanda del competente relevo que aconseja la decencia. O se desestimaba la solicitud, ó se nos devolvian los documentos impurificados en primera y segunda instancia, ó se nos declaraba cesantes por una porcion de tiempo, y entre tanto nuestros comensales embutian sus almacenes interiores como si estuviesen en peligro de nunca mas comer. Hasta que nos convencimos que era costumbre en la culta Francia no mudar de cubierto y hacer la campaña entera sin limpiar las armas.—Señor, me decia Tirabeque, este es un vice-versa de cuatro puntas que deja atras á todos los de allá.—Y cuidado que esto mismo sucede en París como no sea en los *confortables* de primer órden.

Los primeros dias miraba Tirabeque con mucha atencion el curso que se daba á los platos, y chocábale que ninguna deferencia se tubiese con las señoras (porque tambien van señoras á comer á la *table d' hote*), sino que aquello era *primo capientis*,

del primero que lo tomaba, como los bienes que en el derecho se dan *pro derelictis*. Ninguna consideración, ninguna preferencia, ninguna galantería se tiene con las señoras: reina una completa igualdad de sexos: finura francesa.

Cada vianda que veia Tirabeque haberse adelantado otro á tocar antes que él, le parecia que debería ser cosa sabrosa y delicada, «Señor, me decia con frecuencia, aquello deberá ser cosa exquisita.—A tí, Pelegrin, todo te parece exquisito antes de probarlo.—Señor, como veo que se chupan los dedos.—Eso no te sirva de regla, porque segun yo he observado es costumbre del pais.—Señor, allá nadie se chupa los dedos sino en metáfora, pero aquí veo que se los chupan de veras.—Por eso dicen bien, que cada pais tiene sus costumbres; y calla no nos oigan, que facilmente habrá quien nos entienda.»

Esta ligera descripcion bastará para dar una idea de la finura de los franceses en la mesa. Y cuenta que en la *table d' hotel* del hotel de Francia se reunian diariamente treinta ó cuarenta personas que por su clase debia suponérseles de la mas esmerada educacion.

Inútilmente se esperarí en las mesas de Francia la franqueza y la animacion que reina en las españolas. El sistema de individualismo que domina para todo en el pais trasciende tambien á las mesas; cada uno come para sí, y el refran de «oveja que bala bocado pierde,» parece hecho ó nacido en los comedores franceses. Si en una mesa, si en

un carruaje de camino se oye una conversación animada, téngase por cierto que allí comen ó viajan españoles... ¡Y luego los califican á ellos de ligeros y habladores y á nosotros de graves y un si és no és taciturnos! ¡Con cuántos vice-versas de estos nos tenemos que encontrar!

Carruages de ciudad.

Ninguna de las ciudades de Francia que yo he visto, inclusa Paris, y creo que ninguna de las que dejé de ver, presenta una coleccion de carruajes de alquiler tan cómodos, decentes y vistosos como Burdeos. Son carruajes que no se desdenarían arrastrar las mulas de nuestros Grandes de España por muchos humos aristocráticos que se les quiera suponer. Comparados con ellos nuestros saudo-coches, anti-carretelas y calesines elementales de la calle de Alcalá, y plazuela del Angel y las Descalzas, seria como comparar una obra en pergamino con otra en tafilete.

Divídense en tres principales clases, todas bajo el nombre genérico de *voiture* (carruaje); á saber, *fiacres*, *citadines* y *cabriolés*, que es como decir, coches, berlínas y birlochos. Allí no hay necesidad, como en España, de ajustes y regatéos, tratos y contratos con los cocheros: dentro de cada *voiture* hay una targeta clavada ó colgada en que se lee el precio fijo ó coste determinado del carruaje, bien sea por carreras ó bien por horas, á cuya

tarifa tienen que arreglarse alquilante y alquilador. El precio suele ser de un franco 25 céntimos (cinco rs.) por carrera, y de franco y medio (seis rs.) por la primera hora, si por horas se toma, y un franco por las siguientes, todo con muy corta diferencia según el género de la *voiture*. Este sistema es general en toda Francia, y ni general, ni particular en toda España, donde no ha habido una buena alma que le adopte á pesar de ser de una utilidad reconocida.

Mas ahora recuerdo que no ha muchos dias intentó un ensayo de este sistema la empresa de bailes de máscara del Circo Olímpico, fijando el precio de 2 rs por persona y carrera desde los puntos determinados de partida hasta el local del baile para cada carruaje de los ajustados, que se distinguían por una bandera blanca. Pero esta loable tentativa escitó la rivalidad de los comprofesores, hirió su delicadeza y susceptibilidad, produjo una conspiracion cochera, fermentó la conjuracion, y rompió en un borrascoso pronunciamiento la noche misma que se habia puesto en práctica el ensayo, y al grito de «*abajo los privilegios, afuera las reformas, viva la libertad de los trasportes,*» emprendieron á pedradas, palos y latigazos con los del convenio; estos trataron de repelar la fuerza con la fuerza; fueron vencidos en el combate, y pereció la reforma locomotiva la noche misma de su nacimiento. Entreme vd. al pueblo éste con reformas útiles y mejoras positivas.

Omnibus.

En España no se conocen mas *Omnibus* que los que anuncia todos los dias en el Diario de Avisos y demas periódicos el profesor de cirugía don Melchor Ibarrondo al lado de las pezoneras y biberones aspirantes. La razón que haya tenido el hermano quirúrgico para bautizarlos con este nombre, él la sabrá mejor que yo. Esto no quita que los *omnibus* sean una cuarta especie de carruage de ciudad generalizado por toda Europa (*Hispania excepta*), cuyo servicio corresponde perfectamente al título que llevan. Son unos carruages largos con dos filas de asientos colocados á la larga tambien, comunmente para catorce personas, y algunos para diez y seis, los cuales sirven para el transporte de las gentes de unos á otros puntos notables de las poblaciones. En ellos entran *todos* los que quieren (que por eso se llaman *Omnibus* ó *para-todos*) hasta completarse el número de las plazas, por la módica retribucion de seis *sous* en París, y de cinco ó menos en los pueblos de provincia; de manera que por esta pequeña cantidad hay la proporcion de trasladarse cómodamente de un extremo á otro de la poblacion, que á veces suele esceder de media legua ó tres cuartos, y aun una entera.

A cada cinco minutos parte el *omnibus* del punto que tiene marcado, y este corto periodo es el

máximun que tiene que aguardar la persona transferible ó que va en solicitud de plaza.

El sonido de un clarin tocado por el conductor responsable avisa cada minuto á los que se hallen en ocasion de optar á alguna plaza la proximidad del momento de partir. Cada empleado que entra á tomar posesion de su destino es anunciado por una campanilla y sentado en el libro manual de entradas y salidas que lleva el conductor; especie de guia de forasteros poco mas variable que la que en España se hace cada año para el conocimiento de los empleados del Estado, pues asi como en aquella son pocos los que llegan al término de la carrera de cada *omnibus*, sino que los mas van descendiendo y quedándose en los puntos intermedios del tránsito, asi los empleados de nuestra *Guia* son pocos los que llegan al término del año y figuran al siguiente en el mismo lugar.

Y esto me sugiere á mi Fr. Gerundio, una idea cuya adopcion pudiera ser de una inmensa utilidad en España. Ya que no prohibáramos aqui el servicio de los *omnibus* á pesar de sus in calculables ventajas para la traslacion de unos á otros puntos distantes de las poblaciones, especialmente en Madrid por ejemplo desde la Puerta del Sol á los Ministerios, desde el paseo del Prado y desde los teatros á las calles mas distantes y habitadas, adoptáranse á lo menos los *omnibus* desde la córte á las capitales de provincia, y de una á otra capital entre sí, con las correspondencias co-

mo en los sitios cruceros de las ciudades de Francia ; exclusivamente para la traslacion de los empleados del gobierno ; que bien seguro es que aunque salieran, no diré cada cinco minutos pero sí cada segundo dia, no les faltaria nunca con que llenar las plazas, y no perderia nada cualquiera empresa que en esta especulacion entrase, á lo menos mientras el gobierno no deje el divertido sistema de jugar con sus empleados al juego de las cuatro esquinas.

Los *ómnibus* son un centro fecundo é inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y facil adquisicion de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay mas ley, ni mas categoria, ni mas derecho de preferencia que los cinco *sous*. Bajo un código de legislacion tan sencillo sucede comunmente que cada *ómnibus* es una congregacion moviliaria y accidental de las piezas mas eterogéneas que en la sociedad se conocen. El propietario que tiene su casa en reparacion suele tener que sentarse al lado del albañil que acaba de rebocarle la pieza de comer, y ahora por variar le reboca la falda y manga de la levita con la masa que conserva tierna en su blusa, y monsieur el propietario tiene que sufrir callando el segundo reboque de monsieur el albañil, porque dentro del *ómnibus* ya son iguales, y no media entre ellos la categoria del canto de una pala de embadurnar. El juez de la *Cour d' assises* que acaba de sentenciar

á una multa de cien francos al dueño del café del barrio, entra en el *ómnibus*, y le toca rozarse codo con codo ó sufrir un pisotón del multado teniendo que aguantarle silenciosamente, sin que le valgan todos los artículos del código penal. Y el capitalista que intenta regresar á su casa en el *ómnibus* que encuentra al paso se ve precisado á ir á pie, porque la última plaza la ocupó *Mademoiselle* su doméstica que viene de hacer la compra y entró con su cesta de huevos y ensalada, de cuyo importe sisa los cinco sueldos que le proporcionan la comodidad de ir sentada mientras su amo regresa pedestremente y con paciente humildad.

«*Arretez, cocher, s' il vous plait;*» cochero, páre vd. si gusta» grita un jóven desahogado que va bebiendo los vientos; «¿hay plaza?»—*Oui, Monsieur, oui; montez, s' il vous plait;* si señor, sí, suba vd. si gusta.» Es un enamorado que ha visto entrar en el *ómnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasion de decirle dos palabras al oído; entra, y ¡ó fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linon que los impide mirarse y con su seron de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo mercader judío que va dando sendos desahojos naróticos á la tabaquera; ítem mas, el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo y es el confesor de la familia de la señorita.

¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *Omnibus* que atraviesa?—Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamás: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *omnibus* los cobija.

Donde hay *omnibus* nadie puede decir «de esta agua no beberé.»

El Paseo de Tourny.

Luego que comimos, determinados Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un paseo acompañados de un español, vizcaino honrado que la providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacía seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la gerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los días en tierra estraña, aunque viva los años de *Matusalen*.

Llevónos primero al hermoso paseo de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*; dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin público*, y volvimos a recaer al llamado de *Tourny*, desahogado salon dentro de la poblacion misma, y remedo del Prado de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que

tenian incesantemente dividida nuestra atencion. Por una parte las lindas y agraciadas *grisetas* (1), tan renombradas en toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marques de Valdespina, ex-ministro de D. Carlos, con su brazo manco y su sanguinario entusiasmo; por otra los *Alcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo y haciendo saltos difíciles, por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; estos mismos *Alcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programas y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la corte: por otra el héroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de la Carlisteria andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras: por otra Gomez y Villarreal que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los *Palillos* ni los *Orejitas*, ni los *Basilios*, ni aun con el mismo Valdespina del arremangado brazo; por otra las voces y algaravia de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: «*la bou-*

(1) Dase en Burdeos el nombre de *grisetas* á las modistas, damas de mostrador, y otras mugeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el pais por su general belleza y por su aseo, sencillez y buen gusto en el vestir.

tique; á quatre sous la piece;» la tienda; á cuatro sueldos la pieza.»

Todo era nuevo para nosotros; pero mas nuevo y mas inesperado era todavia que aquel Villareal, defensor consecuente de D. Carlos á quien veíamos todos los dias en agosto pasear por *Tourny*, fuera en setiembre invitado y buscado por O'Donnell y aun por la misma reina Cristina para que tomase parte en la intentona de octubre, á que él caballerosamente se negó; y todavia mas inesperado debia ser, si en estos tiempos hubiese cosa alguna inesperada, que aquel Palillos que veíamos allí, y aquel Cabrera que no veíamos porque estaba en otra parte, hubiesen de hacer causa comun con los Estatutistas de España y los Cartistas de Portugal, y que al efecto habia de ser llamado Cabrera á París; para colmo de honor y complemento de gloria de retrógradas conspiraciones.

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los Alcides substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trobas acompañadas de un chirriante violín; los otros haciendo juegos de manos; y llamándonos sobre todos la atencion un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fue colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó

en medio del gran corro de espectadores á quienes servian de meta las bujías; sacó misteriosamente unos mamotretos que en una caja encerrados llevaba; los puso en el suelo, abiertos unos y cerrados otros, y en seguida colgándose al cuello la guitarra comenzó á entonar desafortadamente alegres canciones. Centenares de franceses le oían entusiasmados, reían como tontos, y llovian cuartos al farsante trovador, que entre estrofa y estrofa se entretenia muy serio en recoger el fruto de sus cantares.

«Señor, me decía Tirabeque, pareceme que es tierra de mucha farsa esta.—Esto no es, le dije, sino el anuncio de la que nos espera ver. Y con eso nos retiramos aquella noche á descansar.»

Momias.

Una de las curiosidades que ofrece Burdeos son las *Momias* del subterráneo de S. Miguel. Yo manifesté á Tirabeque deseos de verlas, y aun de que me acompañara, puesto que tanto debían ser objeto de curiosidad para él como para mí.—Y diga vd., mi amo, me preguntó; ¿esas *Momias* son casadas ó solteras? ¿y son francesas ó españolas? Porque si no hablan el español, yo no haré en la visita el mejor papel.—No seas fátuo, hombre, no seas fátuo: ¿no has oido hablar de las *Momias* de Egipto?—Algo he oido, si señor; y aun me alegro que sean de allí, porque podrán darme no-

ticias de mi amigo Ibrahim-Bajá, que hace mucho tiempo que no sé de él, y no parece sino que le han enterrado.—Ensarta, ensarta necedades, que á bien que no me cogen de sorpresa.

Las *Mómi*as de Egipto, Pelegrin, se llaman los cadáveres embalsamados que de muy antiguo se han encontrado en aquel país, especialmente en la llanura de Saccara; y aunque estos de Burdeos ni son de aquella procedencia ni están embalsamados como aquellos, sino que se han hallado incorruptos en los sepulcros de un templo despues de un largo número de años de estar enterrados allí, se les da igualmente el nombre de *Mómi*as por la analogía de la incorruptibilidad.—Segun eso, mi amo, esas señoras están muertas. Pues entonces haga vd. el favor de ir solo por un dia, porque hoy tengo yo poca gana de hacer visitas. Ademas que vds. tendrán acaso que hablar alguna cosa, y yo no serviré allí mas que de estorbo.—Ni aun siquiera tienes el talento de cohonestar el miedo, hombre. Por lo mismo me empeño en que has de venir conmigo.—Señor, si es empeño, le acompañaré á vd. y le esperaré en la antesala, como corresponde á un criado.—No, si allí no hay antesala; entrarás conmigo, que puedes hacerlo con toda franqueza. Bien, señor, bien; iré con mucho gusto (aparte); como si me sacaran las muelas.

Salimos por el muelle, y la casualidad de haber encontrado allí un español que solia entrete-
ner el dia en ver entrar y salir los vapores, nos

proporcionó ver al paso la hermosa fragata *Chateaubriand* de mil toneladas, que se hallaba varada en el puerto: era nueva, pues parece se había botado al agua un año hacía; y solo había hecho un viaje á la India. Lujó ya mas bien que aséo se notaba en sus lindas cámaras de esquisito gusto y elegante ornato. Adornaba la mesa de comer el retrato de *Chateaubriand* orlado de los símbolos del Genio del Cristianismo y de los Mártires.

¿Qué te parece de esto, Pelegrin?—Señor, si fueran asi las *Mónias*, yo las veria de buena gana.—Cada cosa tiene mérito por su estilo, hombre; también creo te han de gustar.

Encaminámonos siguiendo la derecha del muelle hácia la parroquia de San Miguel, y antes de bajar á las catatumbas entramos á visitar el templo, que nada ofrecia de particular y curioso sino se quiere que lo sea una inscripcion que en el tronco ó cepo se leía: *Aviso á los estrangeros que visiten esta iglesia.*—Hola; Pelegrin, esto va con nosotros.—¿Y qué es lo que se nos avisa, mi amo?—Ahora lo veremos. «Se invita á los estrangeros que visiten este monumento á que depositen en este tronco una ofrenda en favor de los pobres de la parroquia que son en gran número.»—Señor, me gusta el aviso: ¿y por qué no invitan también á los del país y no que solo á los estrangeros? Como tontos, señor; á ver si podemos mantener los pobres de la parroquia á costa de los de estrangis: como si cada uno no tuviera en su

tierra pobres que mantener. Diga vd., y las Mómias las mantienen tambien á costa de los estrangeros?—Algo hay de eso, Pelegrin.—No, pues si comen mucho....—Ahora lo verás.

Pasamos á la torre del telégrafo, debajo de la cual está la bóveda en que se conservan los incorruptos cadáveres. Ya la entrada á la habitacion del conserje indica bien lo que ofrece aquella lúgubre mansion; manifesté al guarda-muertos el deseo y objeto que allí nos llevaba, y él acostumbrado á gastar poca conversacion con la falange que está á su cuidado procedió silenciosamente á encender su mugriento farol, y haciéndonos con la cabeza un signo de que le siguiéramos, nos condujo por una humilde y lóbrega escalera al sarcófago de las *Mómias*. Representábaseme, á mi Fr. Gerundio, la escena de la exhumacion en las *Noches lúgubres de Cadalso*; á Tirabeque creo que nada se le representaba, porque lo mismo fué ver aquella colección de enjutos cadáveres que rodean la catacumba que la actitud de D. Bartolo en el barbero de Sevilla es menos inmóvil que la en que él se quedó.

Un si es nó es recobrado se hallaba ya cuando nuestro Cicerone comenzó á esplicarnos la historia de cada momia poco mas ó menos en estos términos.

«Este primero que está de pié tiene quiniientos años.

«Este otro fue enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraor-

dinarias que hizo en la tumba. Ved su actitud. (Tirabeque sobresaltado dió dos pasos atrás, y entonces le dijo el conductor: «os advierto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho pies de huesos).

«Estos que veis aquí, continuó, son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido estas (*champignons*): este es el padre, está es la madre; estos los dos hijos.

«Este que sigue tiene 800 años. Este otro tiene 80: reparad, todavía conserva los retazos de la camisa con que fue enterrado.

«Este es el cadáver de una negra: aun se le puede reconocer en la frente y en la nariz: ella conserva todavía algunos dientes.

«Este otro de tan enorme y ancho pecho era un mozo de esquina ó porta-cargas (*porte-faix*); sucumbió bajo el peso de dos mil libras: tiene cinco pies y medio.

«Este es un antiguo general que murió en un desafío; ved perfectamente la herida al costado derecho; todavía conserva la barba; reparad qué rubio era.

«Esta es una muger que se enterró hace 300 años, y aun conserva los dientes y algunos cabellos.

«Aproximáos á este otro, meted por aquí un dedo y aun tocareis el corazón.»—Muchas gracias, amigo, respondió Tirabeque ya mas recobrado; aunque soy español, estas cosas no las veo

con las manos, que me basta y aun me sobra con los ojos.

Por este estilo nos fue el hombre informando de la historia tradicional de cada uno de aquellos cuarenta ó cincuenta personajes, que sentados unos, en pie otros, y otros en diferentes actitudes circundan aquella fúnebre morada, en que reposan ademas fragmentos bien conservados de muchos otros centenares de cadáveres. Luego que pareció haber concluido, le preguntó Tirabeque: «y diga vd. señor calavérico, ¿no tiene vd. por aqui algunas viudas ó cesantes españolas?—Ah, no señor, le respondió; al menos si los hay no conozco yo su historia.—Pues yo si, le replicó Tirabeque; y aseguro á vd. que estarian aqui grandemente y nadie los distinguiria de estas otras *Mémias*: vd. podia enriquecer bien con ellos esta coleccion.»

El conserje no entendió, ya porque Pelegrin no se explicára bien, ya porque no estuviera en antecedentes, que todo contribuiria; y con otro signo de cabeza acompañado del «*allons, Messieurs, s' il vous plait,*» nos intimó la retirada. Obedécimosle sin repugnancia: subimos, y al entregarle el franco de costumbre creció nuestra sorpresa viéndole principiar á registrarnos, no sin preceder el *perdon* de ordenanza, y no contentándose con tocar los bolsillos de la levita, sino exigiendo tambien que nos quitáramos el sombrero. A la verdad un poco me amostazó, á mi

Fr. Gerundio, la estraña operacion del hombre del sepulcro, y Tirabeque le hizo un ademan algo mas significativo diciéndole: «mire vd. señor sepulturero, que si abajo me ha alumbrado vd. á mí, aqui le voy á alumbrar yo á vd.: ¿le parece al guarda-mómas que acostumbro yo á robar muertos?»

Entonces el hombre conociendo nuestro aire, y pidiéndonos mil perdones, nos esplicó que el dia anterior habia sorprendido á un estudiante de medicina con una cabeza de *Mómia* dentro del sombrero, que llevaba robada por encargo, á lo que dijo, de su maestro. Dímonos por satisfechos con la esplicacion, y despidiéndonos del hombre sepulcral salimos otra vez al mundo de los vivos.

Guia del extranjero en España.

A galos y españoles
mis capilladas tocan;
á hispanos y franceses
gerundiaré yo ahora.

El lector habrá observado que en lo poco que hasta el presente llevo escrito de mi *viaje* he procurado examinar con imparcialidad y despreocupacion lo bueno y lo malo de cada país, y consignar, mal que me pese, las cosas en que ellos nos llevan

ventaja, y poner de manifiesto, mal que les pese á ellos, las cosas en que les aventajamos nosotros.

Conforme á este sistema, cuando acaeciére encontrar al paso tal cosa en que ellos y nosotros merezcamos una comun sacudida, no dejaré de cumplir con la obligacion que como Fr. Gerundio me tengo impuesta, asi en la celda como viajando:

Pues como soy Fr. Gerundio, yo no sé lo que me dá, que aunque vaya de viaje no dejo de gerundiar.

Es el caso que habiendo cuidado de proveerme, como á todo viajero le es necesario é indispensable si no quiere viajar á ciegas, de la *Guía del extranjero en Francia*, me dirijí con Tirabeque á una librería donde nos informaron que las encontraríamos, que por mas señas recuerdo haber sido en la calle llamada *Fossés de l' Intendance*, n.º 61. En efecto no se habia equivocado el informante: tomé mi *Guia* mediante la traslacion de dominio de ocho francos, y como sea antigua costumbre en mí cada vez que en una librería entro (y lo peor es que la mala maña se estiende no solo á las librerías públicas sino á las particulares tambien) calarme las antiparras y brujulear cuantos rotulajes y títulos de obras están al alcance de mi gerundiana vista, atisbé uno que decía: «*Guide du voyageur en Espagne et en Portugal.*» ¡Tate! dije

para mí; ¡la Guia del viajero por España y Portugal escrita en francés! Bueno fuera que te escapáras tu de mi reconocimiento y examen.

Hízose el cambio del tomo por otros ocho francos divididos en otros tantos volúmenes, y llevámosle para irle leyendo en los ratos que la inspeccion de otros objetos de curiosidad no nos lo impidiera.

Estrañamos los españoles, y de ello nos quejamos agriamente y hacemos un artículo de acusación á los franceses, porque siendo la nacion mas vecina y con quien estamos en mas inmediato y frecuente contacto, conocen menos la España y estan menos informados; y tienen ideas mas equivocadas de nuestras costumbres que pudieran tenerlas de los habitantes del Indostan. ¿Qué han de hacer sino tenerlas? ¿Y de parte de quién está la culpa? Nuestra es tanto como suya, y suya tanto como nuestra; la podemos partir, y no sé quien saldrá favorecido en la particion: examinemos la *Guia*.

Cuidado que esta es del año 1841, décima-octava edicion, por *Quetin*, revisada por *Richard*, que es como decir que está administrada con los sacramentos de fé moderna.

Pues bien: dice la *Guia*, hablando por ejemplo de la administracion de justicia en España:

«Todas las ciudades, villas y aldeas tienen un «corregidor, un alcalde mayor, ó bien un simple «alcalde; todos son nombrados por el Rey. Los

«corregidores estan encargados de la policia de las
«ciudades, y de la de su distrito: del mando de
«la fuerza armada; de la ejecucion de las órde-
«nes de la córte; de la tasacion ó precio de los
«comestibles; de las provisiones y alojamientos de
«las tropas, y juzgan sin cobrar derechos de las
«causas de poca importancia.»

Figúrese el hermano lector la idea que traerá de
nuestra administracion de justicia un frances que
viene á España, y que lo primero que hace es pro-
veerse de la *Guia* y foliarla y estudiarla para co-
nocer las costumbres y el sistema de administracion
del pais que vá á visitar.

Continúa la *Guia*: «Los alcaldes mayores tie-
«nen poco mas ó menos las mismas funciones que
«los corregidores en las ciudades en que faltan es-
«tos. Unos y otros llevan la espada al lado y el bas-
«ton en la mano: honor que no se concede sino
«á los magistrados de los supremos tribunales, á
«los oficiales de estado mayor y de ejército; á los
«médicos y á algunos aguaciles.»

Señor, interrumpió aqui Tirabeque, por vida
de S. Meliton bendito que esto ya no se aguanta:
las mentiras tienen tambien sus límites, y el des-
cario debe tener sus términos como todas las cosas.
—Y la exaltacion, Pelegrin, debe ser tambien con-
tenida por una buena dosis de calma: tenla pues,
y vamos leyendo.»

Habla de las audiencias y chancillerías en el
año 41, como pudiera hablar en el año 26 ó en el

1782: para los franceses no se ha hecho novedad. Las Universidades están bajo el mismo pie que en el siglo 17 y las fuerzas militares de mar y tierra no han pasado de 1830.

Se dicen en España, según la *Guia*, sesenta mil misas por día, y veintiun millones por año; de ellas la mitad son de fundaciones; la otra mitad, á cuatro rs. producen 43 millones 800 mil reales al año; se predicán 410 mil sermones, que á 20 rs. cada uno dan la suma de 8 millones 200 mil rs. anuales: los rosarios, votos y exorcismos producen 2 millones de reales, los derechos de estola 30 millones, las cuestraciones, imágenes y alforjas (asi dice la *Guia*; no tiene ella malas alforjas) 34 millones, que con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español mil cincuenta y un millones y medio de rs. al año.

He aqui un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputados tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En artículo de *costumbres* dice la *GUIA*: «Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y aficion á la danza. «En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en voga: ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo estos dos

«bailes se dividen el entusiasmo casi inexplicable de todos los españoles cualquiera que sea su rango y su calidad. *Townsend* en su *Viage á España* dice: «Que si se entrase de repente en una iglesia ó un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, serios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar.»

Coñozco, Pelegrin, que estás rebentando, y que te cuesta no pequeño trabajo el callar.— Señor, no lo sabe vd. bien; el fandango y el bolero me está bailando á mí el corazón, y el alma me está rebrincando de corage. ¿Quién les ha dicho á esos autorcillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candil. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el fandango y el bolero en algun templo ó tribunal, se pondrían tambien á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el Sr. Quetin, ó Quintín, y el Sr. Richard, y el señor Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó les baila á ellos el bolero y el fandango sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡Habrás visto cosa como ella! No parece sino que escriben por hacer burla.—Pues

así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta GUIA. Asi pues no es extraño que los extranjeros tengan tan equivocadas ideas de nuestro pais.

Si tratamos de indagar la causa de este mal, la encontraremos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles: en aquellos por su atrevimiento en escribir á rosa y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y apatia de no haber escrito una *Guia del extranjero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez á que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro caracter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viagero que visitó la Península en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se les vino á las manos. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el extranjero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en España se comen peras, si visiten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para pre-

guntar si los españoles andamos con dos pies, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mí mismo me han hecho no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está lejos, ya nos van conociendo un poco.

Y con respecto á *Guias*, sé con satisfaccion que el Sr. Mellado, impresor y del comercio de libros de esta corte, piensa publicar una del *viage-ro en España*, que aunque no sea al pronto una obra perfecta en su clase por la dificultad que todavia ofrece la administracion del pais para la reunion de los competentes datos, al fin tendremos ya y tendrá el extranjero que viaje por España algo por que guiarse, y abriendo un camino para que otro trabaje en su perfeccion y complemento hará un servicio importante á su patria.

Los Templarios.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que decir en su levantamiento y tanto dieron que escribir en su caida, no; sigo hablando de Fr. Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el dia siguiente domingo les dió por visitar templos, y no solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del traje y maneras de los

CLÉRIGOS FRANCESES.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola sujeta á la cintura con una faja ó ceñidor ancho, comunmente de seda. En la parte superior del pecho, ó sea á la inmediacion del cuello llevan dos tiritas negras con su filetito de cinta blanca en derredor, circunstancia comun á todas las clases del clero alto y bajo. Sombrero de los que en España llamamos de *tres candiles*, si bien no deja de irse introduciendo ahora una especie de canóa, imitando á los de nuestros eclesiásticos, aunque hasta ahora mas pequeños, y muchos usan el redondo ó de copa alta, el cual hace con el resto del traje una visualidad harto inarmónica, repugnante y plebeya. Los mas llevan el pelo en cerneja ó garnacha á la parte occipital, lo cual decia Tirabeque que le olia un poco á pelo de la dehesa. No iba en esto del todo infundado, puesto que los clérigos actuales en Francia salen comunmente de los caserios, aldeas y pequeñas poblaciones.

Escusado es pensar en que haya de encontrarse un sacerdote francés sin su breviario, ó diurno debajo del brazo. En las calles, en los paseos, en los caminos, de dia, de noche, á todas horas y en todas partes, *semper et ubique*,

con su diurno debajo del brazo, parece haberse hecho para ellos el verso de Horacio:

Nocturna versate manu, versate diurna.

Yo llegué á sospechar si dormían con él. Tan apegado le veía siempre á su costado izquierdo, que á veces dudaba ya si era un lobanillo de papel, y si la sagrada ordenación en Francia imprimía dos caracteres á un tiempo, uno espiritual é invisible en el alma, y otro visible y de bulto en el cuerpo: tanto mas, cuanto se le veía abrir pocas veces, en lo cual no dejaba de entrever, yo Fr. Gerundio, un cierto síntoma de hipocresía.

No me es fácil calificar, á mí pobre viajero, si es esto, ó es verdadera virtud la que hace que la vida exterior y ostensible de los clérigos franceses aparezca mas morigerada y canónica, mas evangélica y anti-secular que la de los eclesiásticos españoles; el que no vistan nunca trages profanos, ni asistan á los paseos concurridos, ni se presenten en espectáculos públicos, ni ostenten el aire marcial y las maneras civiles y militares que se observan en nuestros clérigos de sociedad: puesto que por otra parte su vida privada no debe ser del todo austera y penitente, si hemos de juzgar por los rubicundos semblantes y rollizas cervicales que generalmente se encuentran, y que con frecuencia hacían decir á Tirabeque que los curas de Francia estaban todos de buen año.

En cuanto á su exterior apartamiento del siglo tambien tube ocasion de observar que no le llevaban á tal extremo en la vida doméstica, pues no en una sola casa me llamó la atencion el cuadrito bordado en cañamazo por *Mademoiselle* y dedicado «*á mon Pasteur,*» el paisaje trabajado de felpilla ó de pelo por la hija de confesion con destino á *Mr. le curé*, y la fuente de delicada crema para suavizar la garganta reseca con la peroracion del panegírico de San Luis y hecha de la mano y pluma de una hermana devota, aplicándose ellos grandemente el «*butyrum et mel comedet*» de la escritura.

Segun mi paternidad pudo colegir de los informes tomados en averiguacion de causas, el clero de Francia despues de la restauracion conoció y calculó que para reconquistar la influencia en el pueblo que durante la revolucion le habia hecho perder el estravio, las locuras y la inmoralidad de muchos de sus individuos le era necesaria una reaccion, á lo menos exterior, en el sentido ascético y de religiosa y modesta compostura; y de aqui el haber adoptado un género de vida al parecer edificante y ejemplar, de que todavia se conserva un resto, que en unos será quizá hipocresia, en otros será acaso virtud.

Lo cierto es que los clérigos, que en el mediodia de la Francia no escasean ciertamente, siguen ejerciendo en el pais un influjo no pequeño, especialmente en las clases populares y en

el sexo mas dado á la devocion, en las mugeres. En punto á ilustracion, pienso que en general estan distantes de poseerla en el grado que á su ministerio compete, y los sacerdotes españoles que hay alli empleados gozan de bastante aprecio y veneracion, y aun obtendrian mas altos é importantes cargos en la iglesia por su instruccion y moralidad si para ello no fuera un motivo de retraccion la cualidad de extranjeros. Por lo mismo me fue mas sensible, á mi Fr. Gerundio, el haber sido testigo cuasi presencial del poco noble comportamiento de algun otro eclesiástico compatriota, que nunca ha de faltar quien nos lo eche á perder.

Sermon protestante.

Oida aquel dia nuestra misa á lo católico rancio español, nos encaminamos al mejor de los templos protestantes de Burdeos sito en la *Rue Notre-Dame* del arrabal *des Chartrons*. Al doblar la esquina de la *Rue du Pavé* advertimos un bando ó edicto á los Bordeleses que empezaba: «*L' autorité est en force:*» embadurnado con cosa que la decencia no permite nombrar. Era que los dias antes de nuestra llegada habia habido en Burdeos un simulacro de pronunciamiento con motivo de la ruidosa cuestion del nuevo censo (*recensement*), pero que se habia reducido á cuatro voces, á romper las vidrieras de la

Mairie, y á pintar del modo que llevo indicado el bando del *Maire*, en que decia que la autoridad estaba en su fuerza y vigor.

Asi es que me decia Tirabeque: «Señor, estos franceses han perdido ya los memoriales en esto de hacer pronunciamientos; si quieren recibir algunas lecciones, que vayan, que vayan allá á nuestra tierra; pero nos las han de pagar bien, que si nosotros hemos salido maestros, nuestro trabajo nos ha costado, y si buenos pronunciamientos tenemos, buenos azotes nos cuestan. Y si no quieren molestarse en ir allá, que lo paguen como compete, y verán qué pronto viene una junta que se lo arregle todo.»

En esto llegamos al templo, que encontramos bastante concurrido, especialmente de señoras, de las cuales decia Pelegrin que era una compasion de Dios que unas hermanas que tanto le gustaban, fueran del protestantismo, se hubieran de condenar todas las pobrecitas solo por no profesar la misma religion que él.—Punto es este, Pelegrin, le dije, para tratado en otro sitio y mas despacio que aqui.»

Con la gravedad, circunspeccion y prosopopeya que los sacerdotes protestantes acostumbran predicaba *Mr. Monod* sobre el tema: «¿*Pouvet-vous mourir tranquille?* ¿Podreis morir tranquilo?»—Si señor, respondió Tirabeque en voz perceptible; mas que vd. y que todos los que estan en este templo, que á lo menos nosotros somos ca-

tólicos como Dios manda; y aunque somos españoles, sepa vd. que podemos morir tranquilos, porque nosotros ni hemos sido ministros, ni intendentes, ni contratistas siquiera, ni malos empleados, ni conspiradores, ni diputados ambiciosos, ni hemos hecho mas que trabajar lo que hemos podido por aquella pobrecita patria; Dios nos premie los malos ratos.»

Las caras se iban volviendo á escuchar al imprudente extranjero que así hablaba, lo cual me movió á tomarle de un brazo y sacarle fuera. A la puerta vimos un cartel de la función del día, que entre otras cosas decia: «precio del sermón 75 céntimos (tres reales).»—Señor, me dijo Pelerin, arregladitos andan los sermones de los protestantes.—Vamos, anda, que eres un reparon imprudente; no se puede ir contigo á ninguna parte.

Vísperas católicas.

Entre la visita al templo protestante y á otros católicos, era ya la hora de vísperas cuando llegamos al de santo Domingo. Las vísperas, que tan desairadas y desiertas de gente se celebran siempre en España, son una de las funciones religiosas á que mas concurrencia, especialmente del bello sexo, asiste en el reino vecino. La iglesia, que es harto capaz, se hallaba ya plagada de lujosos sombreros femeninos de las elegantes Bordelesas,

y de los enormísimos bonetes blancos de las mujeres de la campaña. Paseaba las naves del templo con mesurado paso y ridícula gravedad el reverendo *Suizo*, personaje extravagante, especie de gendarme de iglesia, actor infalible y altamente dramático en toda función religiosa, que armado de pica y espada, sombrero á lo Napoleón, casaca militar de larga falda, calzon encarnado, media blanca, y correa con escudo á guisa de inspector guarda-bosque, cuida de la conservación del orden en los templos.

Distinguíase entre los devotos muy particularmente uno que arrodillado estaba con un rosario en la mano, cuyas cuentas de enorme magnitud solo podia compararse á las que hace una docena de años debian dar y no dan nunca los ministros de España. El movimiento de sus labios y mandíbulas estoy por decir que era mas exagerado que el de la vieja y esteril *Ana* madre de *Samuel* cuando tan fervorosamente pedia á Dios en el Tabernáculo que le concediera el hijo que la habia prometido. Pregunté al compatriota que me acompañaba si conocia al rezador de las cuentas gordas, y me informó que era el mas furibundo individuo de la ex-junta carlista de Navarra. — Reza, reza, hermano, exclamó entonces Pelegrin, que si á fuerza de rosarios has de purgar los rosarios de males que por allá has causado, bien puedes darte prisa á menear las quijadas, y quiera Dios no los ofrezcas porque se verifique la boda aquella que os

hace conservar vivas las esperanzas.»

A poco llegó *Monseñor el arzobispo* seguido de un numeroso acompañamiento de curas, que durante los oficios le tributaban un homenaje que pudiera dar celos á la misma divinidad si la divinidad fuera capaz de celos, al cual contribuian por su parte los niños de coro con sus casquetes y sus bonetes encarnados.

Este *Monseñor Donnet*, que tal es el nombre del actual arzobispo, es hombre de mediana edad, participante de la robustez clerical francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estampería en que no se encuentre el retrato de *Monseñor* ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferente. Cuando *Monseñor*, entraba en el local donde se hacia la distribución de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaban diciendo: «¡*Vive Monseñor l' Archeveque!* ¡*Vive le protecteur des infants!*» Cuando asistía á los de las alumnas pobres de las religiosas de Sta. Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imagen de la santa fundadora para recibirle. Mi paternidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*, y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra andubo rodando el nombre de Fray Gerundio mezclado con la cuestion de los límites

del sacerdocio y el imperio, de que gracias sean dadas á su bondad no salió mi reverencia mal librado.

Si quieres silla, daca la monedilla.

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos franceses; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos, la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; las cuales concluida la función se amontonan en un rimero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y muy opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan en uno, dos ó tres sueldos cada una segun la naturaleza de la función, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó menos en los términos siguientes:

Precio de las sillas.

En una misa rezada 2 sous.

En misa cantada 3

En misa de primera clase con sermón. 5

En vísperas comunes. 2

En vísperas solemnes. 4

Y así de lo demás. Al medio de la misa una ó mas mugeres con un saco en la mano vá cobrando la contribucion de cada concurrente, ni mas ni menos que pudiera hacerlo un cobrador de banco, ó como pudiera un titerero ir recogiendo de cada asistente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, «si quieres silla, daca la monedilla.» Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pude conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

El castillo de Montesquieu.

Al otro dia se dispuso entre varios amigos una expedicion al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal Baron de *Montesquieu*, distante tres leguas y media al Sur de Burdeos, y un tiro de bala á la derecha de la *Breide*. A esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pavellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruaje en toda su belleza. La temperatura del dia animaba el paisaje, el paisaje animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor, y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas ani-

maciones hicimos el camino sin sentir, y llegamos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hotel de Montesquieu*, donde *Madame Des-sombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios con sus correspondientes adiciones, enmiendas y sub-enmiendas de postres que no nos dejó nada que desear. *Madame Des-sombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

Y aqui en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir, que no hay aldea miserable donde el viajero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestacion numeraria á su discurso de artículos de consumo, y dejando el carruaje en la *Brede*, nos encaminamos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guia por las frondosas calles de árboles que á él conducen una niña de 10 á 12 años, que aunque de cuna humilde, como lo atestiguaban sus pies descalzos y su sombrerito de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecia haber alcanzado á su educacion la influencia del *Espiritu de las Leyes*.—«Vuélvete, niña, que ya se vé desde aqui el castillo.—Ah, perdon, señores, yo debo acompañar á vds. hasta allá, porque podrán vds. equivocarse la entrada.» Lo haria, si se quiere, por la es-

peranza de recibir un par de sous mas, pero el resultado es que esta amable obsequiosidad que se vé hasta en las criaturas, no puede menos de agradar sobremanera al extranjero.

El castillo de Montesquieu es uno de aquellos monumentos cuya sola vista causa una impresion honda y sublime de recuerdos y de filosóficas contemplaciones. Colocado entre magestuosos bosques, espesos viñedos y alegres praderas, con sus almenas y sus cubos, sus puentes levadizos y sus anchos fosos cuyas aguas le circundan, presenta un cuadro sublime en que lo severo disputa sus encantos á lo risueño y alegre, en que las ideas de las leyendas del siglo XVI alternan con las graves sensaciones del *Espiritu de las Leyes*, con las profundas de las *Causas de la grandeza y de la decadencia de los Romanos*, y con las ligeras y punzantes de las *Cartas Persianas*, que allí nacieron en el siglo XVIII.

«Tal vez bajo este árbol, decia yo, conversó algunos ratos en el *patois gascon* del pais con el humilde labrador de la Breda *el legislador del género humano*, como le llama con disimulable exageracion un escritor compatriota suyo. Tal vez á la sombra de este roble se ocupó en dirimir sus querellas ó en resolver sus consultas como de costumbre tenia.»

Entramos en el castillo, y no bien habiamos llegado al primer patio cuando entró tambien el baron de Montesquieu, nieto y sucesor del escri-

tor insigne, con sus jóvenes hijas. Despues de los saludos de urbanidad y ordenanza, un francés de nuestra comitiva le manifestó que yo era un español, escritor tambien (aunque indigno), que queria tener el gusto de visitar con su permiso la morada de su ilustre progenitor, pagando en ello el tributo debido á la sabiduria y á la virtud. El Baron nos otorgó su beneplácito, y señalándonos á una de sus sirvientas y diciendo que la siguiéramos, nos hizo un cumplimiento de despedida con la cabeza, y se subió con su familia. Nosotros en observancia de su insinuacion seguimos á nuestra *servicial* castellana, que nos condujo á una habitacion del piso bajo, que habia sido la vivienda del escritor inmortal.

Compónese esta de tres ó cuatro piezas cuyo pavimento y paredes son todas de madera. En ellas se conserva todo el menage de casa tal y conforme se hallaba á la muerte de su habitador ilustre. La cama con sus ropas, las cortinas y pabellones, las sillas, las mesas, los juguetes, y hasta la cuna en que fué mecido, todo se conserva en el mismo ser y estado en que él lo usó desde su infancia hasta su muerte. Yo Fr. Gerundio lleno de curiosidad hacía todo lo que tenia relacion con el grande hombre, dirigía mil preguntas á la *Cicerona* que nos habia endosado el Baron del año 41 del siglo XIX, pero ella á todo respondia: «*je ne sais pas*:» con lo cual me convencí de que mejor que á preguntas de la historia tradicional de un sábio me hubiera

respondido si la preguntára cómo se hacía un *fri-candeau* con tomates, ó una costilla de carnero á la salsa blanca, y que sin duda su amo habia creído que los extranjeros íbamos á visitar la cocina, y no la morada de su progenitor. Yo esperaba sin embargo que él mismo bajaría, y entonces podría satisfacer mi curiosidad.

Afortunadamente el francés que nos acompañaba conocia bastante aquel lugar y toda su tradicion. «¿Veis, Fr. Gerundio, me dijo, esta piedra de la chimenea gastada y rebajada como á tres cuartas del suelo del continuo roce que se conoce ha tenido?—En efecto que si.—Pues bien; aqui es donde, sentado en esta silla, fijaba el pie el ilustre baron de Mostesquieu, y aqui es donde, en esta postura al amor de la lumbre se pasaba largas horas escribiendo las obras que le hicieron inmortal.»

Entonces yo sentándome en la misma silla y fijando el pié en el propio sitio en que el célebre publicista á fijarle acostumbraba, «aquí, decia yo entusiasmado, aqui nació aquel Código de derecho de las naciones, que él tituló humildemente *Es-píritu de las leyes*: aqui se escribió acaso el profundo artículo de *Alejandro*: aqui el de *Carlo Magno*, que en solas dos páginas encierra mas principios de política que todas las obras de Baltasar Gracian: aqui el de la *esclavitud de los negros*, en que bajo el disfraz de una ironía festiva se encierran mas admirables reflexiones de humanidad que en un sério y pesado volúmen: aqui se escribieron acaso

aquellos pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen despues de dos siglos las naciones que se dicen mas libres : aqui las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los romanos* ; obra que en espresion de un escritor ilustré no la hubiera hecho mejor un romano de los tiempos florecientes de la república que hubiera reunido el alma de Tácito y la imaginacion de Corneille: aqui la fina y delicada sátira de las *Cartas Persianas*, en que fue lástima vertiera algunas ideas poco religiosas que con razon le produjeron el desvio del piadoso cardenal de *Fleury*, á pesar de que algo cohonestó con haber dicho al tiempo de morir que siempre habia respetado la religion, y que «la moral del evangelio era el mas bello presente que Dios habia podido hacer á los hombres: aqui en este mismo sitio....»

Pero nuestra conductora, que acaso estaria ya temiendo que durante mis meditaciones se le pegara el guisado, vino á interrumpírmelas preguntando si gustaba escribir mi nombre en el libro de los visitantes. En efecto, sobre una mesa tienen un libro en que los curiosos que van á visitar aquella venerable morada suelen escribir sus nombres al pié de algun pensamiento dedicado á la memoria de su célebre habitador. Habia un numeroso catálogo de nombres franceses, muchísimos de ingleses, muchos de otros países, y poquísimos, muy contados de españoles. Yo tambien consigné el gerundiano nombre debájo de un corto tributo de «ho-

nor, admiracion y respeto al inmortal autor del Espiritu de las Leyes»: y hecho lo mismo por los de la gerundiana comitiva, y escritos unos cuantos caracteres de plata en la mano de nuestra lega Cicerona, que fueron aprobados sin discusion por el jurado de sus cinco dedos, salimos de aquella respetable mansion sin que hubiese parecido Monsieur el descendiente del Baron de Montesquieu, y con el disgusto de no haber podido ver su heredada y rica biblioteca.

Estrañando mi paternidad el comportamiento del Sr. Baron con unos estrangeros que hacian un viaje solamente por pagar un tributo de su respeto á la memoria de un ascendiente suyo, en lo cual suponía yo que tendria un placer, exclamó uno de aquellos hermanos. «¡Ay, P. Fr. Gerundio! hombres hay que tienen la suerte de no heredar de sus antepasados mas que el título y las tierras de labor; si quiere vd. un ejemplo de la dejeneracion de las castas, aqui le tiene vd. en la corta línea de abuelo hasta nieto, en el corto espacio que divide el piso alto del que acabamos de visitar: el abuelo haciéndose querer por su amabilidad y dulzura en la sociedad, como captándose la admiracion por la grandeza de sus obras en el mundo de las ciencias; el nieto dando una criada por conductora á los estrangeros que vienen á rendir admiracion á la memoria de su abuelo: el baron del siglo XVIII dulcificando las penalidades de los infelices aldeanos y colonos; el baron del siglo XIX meditando como

acrecerá las rentas de las tierras de pan llevar: el publicista filósofo echando los cimientos de una legislación nacional y libre para el gobierno de los pueblos; el propietario de la *Brede* soñando con el triunfo de los legitimistas, y temblando siempre con el miedo de una revolución en que pueda padecer la riqueza y la propiedad.....»

Un aviso de apremio mandado por monsieur el cochero sobre lo adelantado de la hora cortó la autítesis de los dos barones, y obedeciendo todos al superior mandato nos metimos en nuestra *cabaña rodante* como la llamaba el *Chactas* de Chateaubriand, y dimos la vuelta á Burdeos.

Aventurillas de un día de ausencia.

Medianamente habia pasado Tirabeque aquel día, según me dijo, echando de menos á cada instante la presencia de su amo. Habíale sucedido una porción de aventuras, la mayor parte por efecto de haber tenido que entenderse él solo con estrangeros en un idioma que no poseia ciertamente en el mayor grado de perfección.

Desde la hora de almorzar habia empezado á sentir los resultados de los infinitos *quid pro quo* que en sus esplicaciones cometia, en cuyos cambios perdió unas veces y ganó otras. Habia comenzado pidiendo un par de huevos, y en su lugar le presentaron una perdiz, de lo cual infirió que en el estrangero era una cucaña el no ser bien en-

tendido, especialmente habiendo un amo sobre cuya bolsa recaía la responsabilidad del exceso en gastos de partidas equivocadas. No fue tan feliz en el segundo plato, puesto que por pedir pescado pidió veneno, cosa no muy estraña en un recluta de idioma frances, por la mucha semejanza en la pronunciacion entre *poison* (veneno) y *poisson* (pescado): pero como él no sabia la significacion de la primera voz, y yo no habia tenido la precaucion de advertírselo, parece que se entabló entre él y el garzon Antonio una polémica bastante acalorada, diciéndole éste: «perdone vd. Monsieur Pelegrin, que aqui no se sirve *poison* á nadie.—¿Cómo que nó? replicaba Tirabeque: ¿no acaba vd. de servírselo á este Monsieur que está almorzando aquí á mi derecha? ¿O piensa vd. que los españoles no tenemos ojos en la cara?—Perdone vd., que eso no es *poison* sino *poisson*. Si le diera á vd. *poison*, se moriria vd. infaliblemente, y la responsabilidad caeria sobre mi.—Pues mire vd., yo quiero morirme con el *poison* que está comiendo aqui este ciudadano de al lado, y si me muero, yo le relevo á vd. de toda responsabilidad: cuando me vayan á tomar declaracion diré que no me lo dió vd., sino que lo tomé yo mismo.»

El bueno de Antonio, en quien deberia haber mas de socarroneria que de falta de comprension, llevó el pescado á Tirabeque, que sin embargo aquel dia no las tubo todas consigo, recelando si en efecto habria comido algo que pudiera hacer-

le mal. En seguida pidió una taza de café, y cuando él esperaba que le llevasen manteca que creyó haber pedido, se encontró con una botella de cerveza, y le faltó poco para romper con ella los cascos á Antonio, achacándolo á que queria divertirse á costa suya, cuando toda la culpabilidad habia estado de parte de él por haber trastrocado las voces *biere* y *beurre*. Con estas y otras equivocaciones habia tenido el pobre Tirabeque un almuerzo azaroso y de continuo chocar con el *garzon*.

En seguida salió á hacerse la barba, para lo cual, aunque habia oido nombrar mucho y aun leído muchas veces la muestra de la peluquería de *Bessieres* (1), no quiso ponerse en sus manos sospechando si aquel *Bessieres* sería el mismo general que tan ingratos recuerdos habia dejado en España, y que por término de su carrera habria venido á parar en peluquero. Y por esto y por estar vecino, en la misma calle d' *Esprit des lois*, prefirió la de *Mr. Desclaux*. Preguntóle desde luego el artista si iba á cortarse el pelo, y como usase la frase de *«la taille des cheveux,»* me refirió Tirabeque que le habia respondido: «si señor, ciertamente que aqui son de buena talla los caballos (confundiendo el *chevaux* caballos con el *cheveux*

(1) En Francia se ejercen simultáneamente las dos profesiones composilógicas, barbería y peluquería, cosa mas conforme á la analogía de las dos artes que la costumbre española de encomendarse la primera á los aprendices de cirujano.

cabellos, y el *taille* corte, con el *taille* talla), lo cual me aseguró que habia producido la mas graciosa escena entre el peluquero y él, primero que habian logrado comprenderse.

Al fin le hizo la barba, y seguidamente sin prevenirle de modo alguno comenzó á sacarle las canas de barba y cabello con unas pinzas, sutileza que él no esperaba y que le hizo saltar de la silla, hasta que se enteró del objeto de la oficioso operacion. Segun cuentas que ajustó despues, le salió á dos *sous* cada cana que le echó al aire el peluquero; item mas catorce ó diez y seis francos que empleó en botes de pomada, jabon de olor y otras chucherías, no habiendo podido resistir á la charla insinuante y cuasi coactiva de *Mr. Desclaux*. Si bien es verdad que éste en cambio tuvo la atencion de regalar al parroquiano un programa de la fiesta que celebraba aquella noche el gremio de peluqueros.

Con este motivo, y para consolarle de estas y otras aventuras de aquel dia, tal como la que le pasó con uno de los judíos cambiantes de monedas, y otra con el zapatero por no haber acertado ni con la horma ni con la forma que exige la particular estructura de su pié cojo, determiné aprovechar tan buena ocasion y oportuna coincidencia, llevándole á la mencionada funcion.

La fiesta de los peluqueros.

Acostumbran los artistas y artesanos Bordeleses á celebrar por aquella estacion sus fiestas populares divididos en clases, gremios ó profesiones. Tocábale aquel dia á la de maestros peluqueros, reunidos en número de 30; algunos dias despues tuvieron tambien la suya los oficiales del mismo arte.

Los dos sitios destinados á la celebracion de estos regocijos eran los *Campos Eliseos* y la *Renaissance de Vincennes*, que es como si dijéramos en Madrid el *Jardin de las Delicias* en el paseo de Recoletos, y el de *Minerva* en *Chamberí*, lugares de *gaudeamus* y recreo para caballeritos de prima tonsura, damas meritorias, y gente de entre merced y señoría.

Franqueósenos la entrada mediante la modicísima retribucion de seis sueldos por persona. Una abundante y vistosa iluminacion de vasos y farolitos de colores colocados con arte y simetría en las calles de árboles de aquellos vastos jardines hirió nuestra vista agradablemente: bucles y tirabuzones luminosos con que los peluqueros habian sabido ataviar ingeniosamente las cabelleras de los árboles. Sin embargo como el jardin era tan estenso, aun quedaba mucha parte por iluminar, y no era por cierto la menos concurrida de gentes, que en todas partes hay quien haga del oscuran-

tismo un sistema de especulación , y no son solo los ministerios de Hacienda donde se huye de la pública subasta para celebrar contratos y sacar mas partido de la negociacion. Concurridísimos estaban los *Campos Eliseos* , tanto de *grisetas* como de galanes de mezcla gris , y como de aldeanas de escofietas superlativas.

Entramos en el grande y espacioso salon de baile , donde el partido del movimiento dominaba sin oposicion. En los walses y rigodones se advertian unas ideas tan exageradas , unos proyectos de postura , unas proposiciones de pies , unas enmiendas de contorsiones , unas actitudes tan estra-reglamentarias , y unos trages tan de nueva legislacion , que al golpe se traslucia ser una fiesta de peluqueros. Sin embargo nada habia alli de *descabellado* ; eran peluqueros , y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco , á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policia comunicado por medio de un robusto y estenso renglon que en derredor del salon se leia y decia asi : *«il est defendu des gestes et des actions indecents: ceux qui les feront seront immediatement faits sortir du salon: está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas ; los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon.»* No nos prometiamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros , cuyo lema *capital* es la decencia y el aseo.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegria al oir tocar á la orquesta la sinfonia del *contrabandista español*, oida la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla despues por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *campos Eliseos* le podia ser provechosa en los *infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones.

Hubo despues su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la funcion con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.

Las Montañas rusas.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas por *Mr. Populus* de París en 1816, asi llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los inviernos resbalando suavemente por ellas sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia que son de madera, y

que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se descende rápidamente desde una enorme altura en pequeños carritos cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se descende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiracion y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza que á veces se arrojan dos personas simultaneamente y descenden por los dos carriles en pié y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decia: «Señor, esto si que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, señor.—Si, pero dura poco, Pelegrin; y asi como el que mucho abarca poco aprieta, asi tambien el que mucho corre pronto pára.—Señor, yo queria echar una carrerita, no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado cuando hasta mugeres bajan por la montaña.

Eché en efecto Tirabeque su par de carreras, y hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro dia si yo no le hubiera dado la orden de retirarnos á descansar.

El Cementerio.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutaban los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto el cementerio católico de Burdeos; acaso es el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida no se desdennan de acompañar asiduamente sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó menos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbustos que crecen tambien humildemente sin orden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pie de ellas, que hasta al sepulcro llevan los hombres el orgullo de la distincion de gerarquias y la ostentacion de las riquezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas, y rodeados muchos sepulcros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello

paseo de recreacion si donde quiera que se dirija la vista no se leyese una inscripcion fúnebre, ó si no se divisase de trecho en trecho una muger vestida de luto que arrodillada delante de la tumba de su hijo ó de la lápida que cubre las cenizas de su esposo llora el desamparo de la viudez ó el desconsuelo de la maternidad.

Sin embargo, quizá no hubiera hecho mencion del cementerio de Burdeos, habiendo de tener que describir despues el sin igual del padre *Lachaisse* de Paris, si pudiera dispensarme de consignar la triste y agradable impresion que senti al encontrar en él la tumba de un célebre artista español. Leía, sí, con admiracion y respeto las inscripciones con que la posteridad honraba la memoria de los hombres célebres del pais (que los monumentos consagrados á la grandeza y la virtud debe interesar á los hombres de todos los paises), tal como la que la guardia nacional habia hecho esculpir en el túmulo del bravo *Deschamps* coronel de la legion del Sud, muerto en 1833; y aquellas sus últimas y sublimes palabras: «*Camaradas: os dejo en legado la corbata de mi vieja bandera. Mas de una vez ha visto retroceder al enemigo. Colocada de hoy mas en medio de vosotros, confio en que sabreis mantenerla en el camino del honor.*»

Pero cuando leí: «*aquí yace el famoso pintor español FRANCISCO DE GOYA,*» senti una emocion de alegria y de tristeza que no pude disimular. De alegria, por ver veneradas en el estrangero las

cenizas de un distinguido compatriota; y de tristeza, al contemplar que los artistas españoles alcanzan en pais extranjero siquiera una piedra y una inscripcion que recuerda y perpetúa su nombre, cuando en España yacen tantos hombres célebres ignorados bajo una capa de tierra y de yerba que pisa el pueblo con ruda planta sin imaginar siquiera que está conculcando los restos de quien en vida supo admirar á sus conciudadanos. Y entristecíame tambien, porque quisiera que los grandes hombres españoles ni vivos ni muertos faltáran de España, y en vida con sus obras y talentos, y en muerte con sus monumentos y sus tumbas estuvieran perpetuamente honrando y ensalzando el pais que tuvo la gloria de verlos nacer.

Dirigiendo estaba, yo Fr. Gerundio, la última mirada de cariño y respeto al célebre autor de *los caprichos*, cuando se acercó Tirabeque á preguntarme; «Señor, ¿qué quiere decir aquel letrero que se lee alli en aquella pared?»

BIENTOT ON DIRA DE VOUS:

CE QU' ON DIT DE NOUS:

¡ILS SONT MORTS!

—Eso es muy sencillo, hombre.

Pronto dirán de vos
lo que hoy dicen de nos:

«¡han muerto!»

—¡Hola, hola, mi amo! La advertencia es un poco seria; vámonos de aquí sí á vd. le parece, que estos muertos aunque hablan poco suelen decir mas verdad que los vivos. Y ahora me ocurre que no sería malo que allá en España se pusiera en uso esta máxima para algunos casos, como por ejemplo cuando los ministros que caen dan posesion á los ministros que suben, debian despedirse siempre diciendo:

Bientôt on dirá de vous

ce qu' on dit de nous:

«¡ils sont morts!»

Quedad, hermanos, con Dios,

que pronto dirán de vos

lo que hoy se dice de nos:

«¡CAYERON!»

Aun reia yo de la aplicacion de mi buen lego cuando llegamos á la puerta de la salida: el guarda ó portero deberia estrañar el verme salir riendo de un lugar tan fúnebre, pero él tambien se sonrió al leer la inscripcion y divisar el busto de Luis XVIII en el anverso de un franco que pasaba á su dominio; y vayan apuntando partidas menudas los que se hallen con ánimo de viajar.

El Hospicio.

De regreso acordamos entrar á ver el hospicio ú hospital civil moderno, elegante y suntuosa obra de arquitectura, y en que si bien se admira el gusto y material magnificencia del edificio, admira mucho mas, y deleita y encanta el orden, aseo, esmero y buena administracion interior, tal que pienso no seria aventurado el decir que pudiera tomarse por modelo de esta clase de establecimientos de beneficencia. Llamáronnos la atencion las máquinas para lavar ropa, otra máquina para hacer moler un molino con agua caliente, y mas que todo el ver la oficina de farmacia desempeñada por una seccion de las mismas hermanas de la caridad que tienen á su cuidado la asistencia de los enfermos, siendo testigos por un buen rato de la facilidad y soltura con que despachaban cada receta que llegaba, que en aquella hora menudearon bastante. —Señor, me decia Pelegrin, aqui en Francia las mugeres son hombres fuera del sexo.—Vaya una explicacion singular, hombre!—Señor, dígolo, porque ellas son botilleras, ellas son comerciantas, ellas son escritoras, ellas son boticarias, ellas son....—Son de mas provecho que tú: y vámos, porque estamos sirviendo de estorbo á estas señoras.

Salámonos procurando acreditar que los espa-

ños no miramos con indiferencia á la humanidad doliente, y despedímonos por último del portero de la manera que en Francia, aviso á los viajeros, hay que despedirse de los porteros de todos los establecimientos de cualquiera especie y condicion que sean.

Visitamos ademas aquel dia el colegio de Sordomudos, el de señoritas huérfanas, y varios otros institutos tan útiles como bien organizados, siendo de notar en todos ellos la limpieza y el aséo. Pero ya es tiempo que digamos algo de lo que en Burdeos sorprende mas y deja mas duradera y estraña memoria al extranjero, principalmente si es español.

Los Teatros.

Hay dos en Burdeos, el llamado *des Varietés* ó *petit theatre*, donde se representan los alegres *Vaudevilles* y las piezas cómicas ligeras y de menor cuantía, y el *Grand Theatre*, de que queda hecha mencion en otro artículo, destinado á la ópera, al gran baile y á los dramas de mas importancia, ejecucion y espectáculo.

Pero antes de pasar á describir las nuevas y singulares escenas que tube ocasion de presenciar en cada uno de ellos, debo decir dos palabras de la costumbre que hay en punto á espendicion de billetes y distribucion de localidades.

El extranjero que se llegue á la ventanilla

del despacho á pedir sus billetes, en vano esperará ver salir su pedido por el pequeño y único agujero que deja abierto la cerrada reja de la ventana.—¿No me ha entendido vd., señora? Dos billetes de *primeras*.—*Oui, Monsieur, oui; deux billets des premieres*.—Pues bien, hágame vd. el favor.—*Oui, Monsieur, oui; deux billets des premieres: les voilà*.—Pero, señora, ¿me da vd. los billetes?—*Oui, Monsieur, oui*.—Si señor, si, pero vd. no me los dá.—Y así se estará eternamente mientras no vea los francos en la tabla del mostrador. Y esta costumbre de no entregar los billetes sin que vaya por delante la paga es extensiva á los despachos de diligencias, de caminos de hierro, y cualesquiera otros en que los billetes fueren menester.

No hay que temer que en los despachos de teatros falten nunca billetes de entrada de cualquier localidad que se pidan: jamás dicen: «no hay billetes»; si el teatro está lleno, si no es posible ya entrar, tenga paciencia el curioso aficionado si perdió su dinero y se ve privado de ver la función. No hay como en España billetes numerados correspondientes á determinado asiento y con derecho esclusivo é individual inamisible á él: allí un billete de *primeras* faculta para ocupar un asiento de *stalles* ó lunetas, ó uno de palcos principales (*premieres loges*) ó de *primeras galerias* (porque la estructura de los teatros tampoco es igual á la de los de España), y uno de *segundas*

dá opcion á cualquiera de los palcos segundos, ó de las galerias de segundo órden y otras localidades, como los de *parterre* (patio) la dá á cualquiera de los asientos de su clase, á libre y absoluta eleccion del comprador; de manera que allí la ventaja y la comodidad está de parte de los que se adelantan, ó de los mas atrevidos, ó de los mas forzudos empujantes y empellonistas. El que se descuida un tantito aunque vaya provisto de su billete de *primeras*, ó tiene que quedarse en pié derecho, ó si ni aun asi halla cabida, salirse mustiamente á buscar otra diversion.

Ni aun la eleccion de un asiento da un derecho de posesion permanente y seguro. Si le abandona en un entreacto, escusa de contar con él, porque se habrá posesionado muy frescamente un inmediato sucesor, á no ser que haya dejado alguna prenda, como el pañuelo, el sombrero, un guante, ó cosa tal, que ésta se respeta y acata, siempre que el primer poseedor vuelva á ocupar su asiento antes que se levante el telon; pues de otro modo ha prescrito el derecho y no hay ley que le favorezca y ampare.

No es raro ver á los cumplidos y urbanísimos franceses con el sombrero encasquetado en el acto de la representacion. En el segundo órden de *loges* ó palcos hay algunos destinados *por ley de buen gobierno* á las colegialas de ciertos establecimientos no literarios ni científicos pero sí industriales, las cuales se presentan en uso de su prerogativa

teatral con la confianza y el encantador desembarazo que dá la virtud y el ascetismo de su vida colegial.

Quejámonos en Madrid, y muy justamente, del abusivo comercio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de algunos de los teatros de Burdeos, si es que sus oidos estan dotados de tan fuertes tímpanos que puedan sufrir la algaravia de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar: «*une premiere; deux secondes; trois parterres: secondes, parterre, premieres.*» Y esto no solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque alli hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir solo á la tercera y cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa en que sufre el papel mil altas y bajas, alternativas y oscilaciones, segun la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desaforados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos llega á tal punto, que antes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas

por lo menos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del 5 por 100 de la deuda.

Yo veía sin incomodidad este desorden y llevaba sin alterarme estas impertinencias por el placer de decir: «loado sea Dios que encuentro una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad.»

La plaza de toros.

Al leer este epígrafe estoy seguro que nadie creerá que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. He aqui el mérito del viajero; encontrar en un pais extraño lo que nadie vé, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y media de la tarde en Burdeos; aun no habia anochecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores; se me habia olvidado espresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada correspondiente á la magnificencia del edificio: déjase el baston en depósito á un guarda-bastones con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alce el depósito en el último intermedio de la funcion, mediante una

retribucion módica; el mio me habia costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte: subí por uno de los dos ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta; una muger tubo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta estan cerrados con llave para que no se escapen, y las mugeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas, y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí sala de espectáculo, es tan grandioso por dentro como da derecho á esperar su exterior suntuosidad y grandeza. Egecutóse primero el *Sakhespeare enamorado*, y en seguida se dió principio á la ópera *Lucia di Lamme-moor*. Era la primera salida (*debut*) de *Mr. Mezeray*, barítono, y la segunda de *Madamoiselle Prevost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Duluc*, primer tenor. En la santísima trinidad solo padeció la segunda persona, en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor á mi con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos como en otros muchos de Francia, segun el cual el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este

exámen. Si el público aplaude al candidato en estos ejercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo hecho declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático; la soberanía reside esencialmente en el pueblo: el poder legislativo, el egecutivo y el judicial estan reasumidos en uno solo, el pueblo; república lírica completa.

El primer acto se habia pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pro ni en contra de los *debutants*; la cámara popular habia vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura; no podia asegurarse quién obtendria la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que esta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en todos los teatros de Francia hay una seccion de aplaudidores de oficio, que llaman *claqueurs*, ganada por los actores, y que les es siempre devota (*devovée*); especie de prensa ministerial pagada y sostenida á sueldo, ó bien comprometida por medio de alguna plaza ó asiento *gratis*, lo cual si bien hace resentirse, como es consiguiente, los fondos públicos teatrales y que los ingresos no correspondan á los gastos, esto les importa poco á los actores, que tienen asegurados sus buenos sueldos; lo que les

interesa es procurarse una mayoría que los aplauda, ganar las votaciones y asegurar sus plazas en la empresa.

Mademoiselle Colom habia corrido sus riesgos de caer; *Duluc* se sostenia por respeto á sus buenos antecedentes y á los méritos que habia contraído otra noche en el papel de judío en la ópera *la Judia*: *Mezeray* era el que tenia contra sí una oposicion mas fuerte, por mas que se esforzaban en apoyarle los coros. Y todos tres estaban como unos pobres ministros puestos á discrecion de la pública censura y esperando el fallo de la opinion.

¡Oh pobres ministros!

¡Oh pobres actores!

¡Ah, cuantos sudores
os hacen pasar.

Con vuestros discursos,
con vuestros gorgoros,
á todos cual reos
os hacen estar.

Así se pasó todo el primer acto, sin que se pudiese asegurar cuál sería el resultado de aquella acalorada discusion.

Tres recios y furibundos golpes sacudidos con un mazo sobre el tablado del foro en señal y mandato de que se alce el telon, anunciaron que la segunda sesion iba á abrirse. Y en efecto se abrió,

pero bajo los mas funestos auspicios para el pobre *Mezeray* que hacia el papel de *Asthon*, no del embajador inglés que tenemos ahora en Madrid, sino de *Enrique Asthon*, hermano de Lucia; pues al cantar aquello que dice á Normando acerca de su hermana: «*Tremante l' aspetto*, la espero temblando,» comenzó una silva tan horrorosa (y aqui principia *la plaza de Toros*), que aunque despues Normando le decia: «*non temer*, (no hay que temer),» bien sabia el barítono *Mezeray* que tenia que temer, y no poco.

Harto justificó sus temores la segunda escena con su hermana en el gabinete de su casa. Al decirla:

Appressati, Lucia.

*Sperai piu lieta in questo dí vederti,
in questo dí, che d' imeneo le faci
si accédono perte (1).*

Aproxímate, Lucia.

Creía verte mas alegre en el dia que Himeneo enciende para ti su antorcha:

volvió la grito en todo su furor, y con tal fuerza que no le iguala la de nuestro circo táurico cuando Roque Miranda pone como una criba á fuerza de estocadas dirigidas á *deum dedére* la piel

(1) Copio la letra en italiano, por ser mas conocida esta ópera en España en este idioma que en el francés como alli se cantó.

de un inocente animal. Asi es que la buena Lucía contestaba trémula, y con sobrada razon aquello de:

«*Il pallor funesto, orrendo,
che ricopre il volto mio,
ti rimpróvera tacendo
il mio strazcio.... il mio dolor.*»

«La mortal palidez que cubre mi rostro te acusa bastante: ella te dice que eres la causa de los martirios que sufro.» Y ciertamente que lo era el pobre *Mezeray*.

«*Cessa,*» le decía despues, «no prosigas.»—«Si, si, que cese, que cese,» gritaba desaforado el público. Y los silvidos se aumentaban, y crecia la algaravía y la confusion.

«Fuera *Mezeray*, fuera *Mezcray*.» gritaba la cámara democrática, ahogando los aplausos de oficio de la fraccion ministerial. Pero ¡lo que ciega el amor propio! Cuando la *Colom* cantaba: «*che fia.... ¿qué será?*» respondia el bueno de *Mezeray*:

«*Suonar di giúbilo
senti la riva?*»

«¿No oyes sonar los vivos de júbilo?»

Continuaban los silvidos y tambien el siguiente canto:

Lucia.—

Un brívido

mi corre per. le vene.

Un frio de hielo corre por mis venas.

Enrique.—

A te s' appresta il talamo.

Se va á celebrar tu desposorio.

Lucia.—

La tomba á me s' appresta.

Se celebrará mi funeral.

«No, no, el de Mr. Mezeray, el de Mr. Mezeray,» gritaba el público, acrecentándose los silvos horrorosamente. Entonces se convenció Mezeray que el voto de censura era lanzado á él, y tocándole cantar:

«Ora fatale é questa!

Sonó la hora fatal!

volvió la espalda al público, y se retiró precipitadamente abandonando la escena.

Hizo pues dimision solemne de su cargo el ministro barítono. La pobre Lucia se sentó en la silla que le estaba preparada para cuando desfalleciese de dolor; la escena por parte de los actores se quedó muda, y por parte del público tomó nuevo incremento la algazára, silvando no ya con los labios solo, sino con chiflatos, y aun con trompetillas que para estos casos preparados

llevan. Y cuando á Lucia le tocaba cantar la siguiente romanza,

*Tu que vedi il pianto mio...
tu que leggì in questo core,
se respinto il mio dolore,
come in terra, in ciel non é;*

*Tu mi togli, eterno Iddio,
questa vida disperata....
io son tanto scontentata,
che la morte e un ben per me!*

«Tú que ves mi llanto, eterno Dios... Tú que lees en mi corazón.... líbrame del peso de una vida que detesto, si es que mis plegarias no son desoidas en tu soberana mansión como en este aborrecido mundo.... Soy tan infeliz que considero como un bien la muerte!»

Esto no lo cantaba ya la *Colom*, sino que lo recitaba *Mezeray* allá tras de las bambalinas, aplicándolo á su situación muy oportunamente. No parece sino que la escena del *Spartito* se hizo de intento y proféticamente para el caso en que se vieron aquella noche *Mademoiselle Prevost-Colom* y *Mr. Mezeray*.

A todo esto el telón permaneció alzado y Lucia inmóvil sentada en su silla, porque así lo prescribe en tales casos al reglamento teatral según el cual nadie puede abandonar la escena.

Contemple el piadoso hermano
en esta triste estacion
;cuál de la infeliz Lucia
estaria el corazon!

Contemplad, almas piadosas,
en media hora que duró
;cuánto el alma padeciera
de *Mademoiselle Colom*!

El público gritaba y chillaba á su sabor y talante, sin que allí se viera aparecer para nada la autoridad: la soberanía residia esencialmente en el pueblo. Sin embargo, conociendo sin duda que el gobierno republicano no podia sostenerse sin degenerar en anarquía; oíanse algunas voces pidiendo «*la police, la police* (la policia).» Y asi como en nuestras plazas de toros se grita algunas veces, *fuego!* ¡*fuego!* ó *perros!* *perros!* asi se gritaba tambien en aquella plaza de toros, «*le regisseur! le regisseur!*» Yo no sabia qué casta de pájaro podia ser este *regisseur*, y me figuré si seria acaso el *Maire* presidente de la municipalidad, ó bien el magistrado de policia. Tirabeque decia que era una de dos cosas, ó el regidor ó el corregidor. Hasta que ví salir al proscenio un hombre gordo, vestido de negro con cabos blancos, de toda etiqueta y ceremonia. Pregunté qué cosa fuese el tal *regisseur*, y me informaron que era el administrador de la empresa, especie tambien de director de escena, que

está siempre preparado y vestido para cuando ocurran casos tales. El buen *regisseur* se dirigió muy urbanamente al público, y al pronunciar: «*Messieurs...*» una silva descomunal le impidió proseguir su peroracion. Esperó á que calmára la tempestad, y volvió á intentar hablar, pero otra vez se quedó en el «*Messieurs*». A la tercera consiguió que se le escuchase lo siguiente: «señores, quieren vds. que vuelva *Mr. Mezeray* á desempeñar su papel?—«No, no,» se le respondió de todos los ángulos del teatro. El público admitió definitivamente la dimision de *Mr. Mezeray*, y el *Regisseur* se retiró á comunicar al gabinete la resolucion del pueblo.

A poco rato volvió á salir el *Regisseur*, y preguntó «señores, ¿quieren vds. que sustitaya á *Mr. Mezeray* en el papel de *ASTHON Mr. Derivis*?»—Sí, sí, que salga *Mr. Derivis*.» *Mr. Derivis* era otro primer cantante *bariton* de la *Grande Opera* de París, que se hallaba accidentalmente en Burdeos. Ya tenemos pues otro ministro reemplazando en comision á *Mr. Mazeray* por la voluntad del pueblo.

Entonces se bajó el telon: el público tubo que esperar pacientemente otra media hora, en cuanto se avisaba y se ponía el uniforme ministerial *Mr. Derivis*. Llegó este, se corrió el telon, y se volvió á principiar por el segundo acto. La salida de *Mr. Derivis* fue aplaudida con un estrépito solo comparable á los silvidos anteriores. La marcha

ministerial siguió por el resto de la función sin oposición notable, si bien con parciales muestras de desaprobación á algunos miembros del gabinete lírico en varios párrafos del discurso de la ópera. Concluyóse ésta; *Mademoiselle Bellon* bailó la *Crakowiana* y la *Cachucha* española con gracia y aplauso, aunque un tanto desfigurada, y nos fuimos á acostar á las doce y media en Burdeos, habiendo entrado en el teatro á las seis y media en Burdeos, debiendo advertir que esta escena pasó en Burdeos, que ya se me olvidaba espresarlo.

Hasta ahora no hemos visto padecer mas que á dos personas de la trinidad *debutante*. El tenor *Duluc* no habia salido del todo mal librado, y tenia esperanzas de conservarse en el ministerio, pero le faltaba la tercera salida de prueba. Esta se verificó á las pocas noches con la ópera *Los Hugonotes*. Pero ¡lo que son los partidos! En los pocos dias que habian mediado de una á otra sesión la fracción ministerial que parecia tan compacta y que tan esforzadamente habia sostenido á *Mr. Duluc* se habia pasado á los bancos de la oposición, y se habia formado contra él una coalición horrorosa: el candidato se encontró con muchos *tránsfugas*, como decia no há muchos dias por acá un gefe de la coalición anti-ministerial.

¡Oh pobres ministros!

¡Oh pobres actores!

¡Ah, cuantos sudores

os hacen pasar.
Fiad en partidos,
creed en alianzas,
fundad esperanzas,
tendreis un azar.

No tardó la coalicion en desplegar y hacer alarde de todas sus fuerzas; y aunque *Mr. Duluc* habia cantado bien la primer aria de su discurso, fue tal la oposicion sistemática que se levantó en la segunda, que todo el favor que le habia dispensado la versátil cámara cuando era Judío se convirtió en guerra cruda cuando le tocaba ser Cristiano, aunque Hugonote ó Calvinista. La famosa y sangrienta jornada de San Bartolomé en el año 1572, en que tan horrorosa matanza hicieron los Católicos capitaneados por el Duque de Guisa en los Hugonotes ó protestantes, cuyo suceso se representaba en la ópera, pienso que fué menos ruidosa que la noche del 15 de setiembre de 1841 contra un pobre tenor; y la suerte de *Mr. Duluc* no fué menos azarosa que la del Almirante de Coligni. El desgraciado *Duluc* se retiró en medio de los mas atroces silvidos, gritos y demostraciones de desaprobacion de la nueva liga. La sesion se suspendió, y otra vez se pidió desentonadamente en aquella plaza de toros el *regisseur* y la *police*. El *Regisseur* salió al cabo de largo rato, y puso en conocimiento del pueblo soberano «que *Mr. Duluc* no accedía á continuar

la representacion, por mas instancias que le habia hecho el gabinete entero y aun la misma autoridad, que hacia decididamente dimision, y que tenia el sentimiento de anunciar que no habia podido encontrarse quien le reemplazara.»

La gritería y el desorden del pueblo soberano llega á su colmo pidiendo que continúe la representacion, y que sino hará un pronunciamiento en que correrá peligro todo el gabinete filarmónico, que le está privando de una funcion á que tenia un derecho imprescriptible mediante haber pagado su dinero. Entonces el *regisseur* ó heraldo volvió á salir y dijo: «Señores, tengo el honor de anunciar al público soberano, que en atencion á que no puede continuarse la representacion por esta noche con motivo de no hallarse quien reemplace á *Mr. Doluc* á quienes vds. en uso de su soberanía acaban de exonerar, se salgan vds. cuanto antes del teatro, recojan á la salida sus billetes, y acudan mañana de diez á cuatro á las oficinas del despacho, y se les volverá religiosamente su dinero.»

El pueblo chilló, voceó, se desahogó, pero al fin se sometió humildemente á una orden de la policia. Algunos grupos de rebeldes iban quedando que deshacia la fuerza armada, y todos fuimos saliendo pensando no mas en recoger nuestro dinerillo al dia siguiente.

Cayeron pues dos de las personas de la trinidad *debutante*; y solo quedó, por una de aquellas com-

binaciones raras que en las votaciones populares suelen ocurrir, *Mademoiselle Precost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta, que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

Primer camino de hierro.

Los dias que el temporal no estaba á propósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *chapeau rouge*, destinábalos á hacer alguna excursion por las cercanías de la capital.

Una de ellas fue á *La Teste*, pueblecito distante unas 13 leguas francesas al sur-oeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Landas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veiamos los dos exclaustrados viageros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo no me detendré ahora á hacer la descripcion de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el pais en

que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á la Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar este de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viages de ida y vuelta simultaneamente como en los demas, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y solidez comun á todos los carruages de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-á-banes, wagones y furgones que constituian el convoy expedicionario, abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo: «¡qué barbaridad, mi amo!—¿Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodáran las 300 personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos corresponde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha.—Deje vd., señor, que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mi que no deberán ser menos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este tren.....—*¡Oh terque quaterque stultus laicus!* ¡Oh tres y cuatro veces estólido lego! ¿Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de

hierro no son tirados por caballos sino por esa máquina de vapor que ves humeando ahí?—Señor, es verdad que yo habia oído que andaban por vapor, pero creí que era por medio de caballos de vapor.—Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español: entra ahí cuanto antes y enmudece.

Entramos; sonaron las ocho y media, y púsose en movimiento el convoy. Apenas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla: le tiré del brazo, y le dije: «dece, si sabes, ese escrito.» Leyó y decia: «Se prohíbe fumar dentro del carruage. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sugetaren á estas prevenciones.»—¡Hola, hola, mi amo! exclamó Tirabeque; está visto que aquí no hay que andarse en bromas; recojámonos hácia adentro, que no me hariagracia desmembrarme á vapor.—No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podia por una incidencia casual hallarse algun tropiezo, y entonces no te costaria mas que dejar la cabeza ó el brazo, lo que llevases fuera, y tu seguirias muy sereno hasta concluir la jornada; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaria que te se chamuscára la cabellera.—No señor, no; asomaré cuando mas un cuarto de nariz.

La rapidez con que se marcha apenas nos permitia ver los camineros que de media en media legua, colocados en pie á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo estendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado: asi como desaparecian instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas, y sobre las cuales treman en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del convoy. Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Gerundio, con otro compañero de viaje sobre la suavidad del movimiento de los coches cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa: «Señor, señor, ¿qué diablos de tierra es esta en que los pinos bailan la *bolancheira* como si fuesen cristianos?» Yo no pude menos de echarme á reir de la ocurrencia, pues efectivamente con la celeridad que llevaba el carruage parecia que los bosques de pinos que quedaban á los lados se movian bailando circularmente.—¿Qué es lo que dice *Monsieur*? me preguntó oyendome hablar con el viajante francés.—Observa, le respondí yo, y estraña el uso de los habitantes de este pais en esto de andar en zancos.

Esta contestacion hizo á Tirabeque reparar lo que hasta entonces no habia observado. Y era cosa que le divertia en gran manera ver á los pastores y pastoras de aquellas Landas, con sus sombreritos de paja las últimas, marchar por

aquel terreno pantanoso y arenisco sobre altos zancos, sintiendo en el alma que la velocidad del convoy no le permitiera contemplarlos detenidamente y á su sabor. En las cortas detenciones que hacíamos en cada *estacion* contemplábamos tambien las miserables chozas y rústicas cabañas construidas de ramas de árboles, esparcidas por aquellos estériles y cenagosos campos, en que se cobijan los infelices habitantes del pais, pescadores la mayor parte, que mas que moradores de una nacion grande, rica y civilizada, parecen en su trage, ocupaciones y modo de vivir los primeros pobladores que vinieron al mundo á poco de la creacion.

Monseñor Dennet el arzobispo, que tambien iba en la expedicion, se nos separó en la *estacion de Mestras*, donde ya le esperaba una numerosa comitiva eclesiástica, con la cual partió á una feligresia de la comarca. Nosotros continuamos nuestra férrea ruta, y llegamos á *La Teste* á las diez y cuarto, lo que equivale á decir que empleamos siete cuartos de hora en andar las 13 leguas francesas, ó sea unas 8 $\frac{1}{2}$ de España, incluidas las paradas en las diferentes *estaciones*, alguna de las cuales se hizo mas larga por consideraciones á *Monseñor*.

No bien nos habíamos bajado del carruaje cuando nos vimos circundados de una nube de *Testaceos* (habitantes de *La Teste*), que se disputaban la primacia en ofrecernos sus hoteles,

discurriendo cada cual el medio de comprometernos á dar la preferencia al suyo. El uno nos ponía en la mano su billete ó *adresse*, ponderándonos las comodidades y baratura que en él íbamos á gozar; el otro nos le acercaba á los ojos para que nos enteráramos del buen servicio de su fonda nueva, desacreditando al anterior; el otro nos metía un puñado de ellos en el bolsillo, diciendo que los dos que nos hablaban eran unos charlatanes; el otro nos decía que no nos fiáramos en ninguno de los tres, y tomándonos por la mano añadía que si la queríamos acertar le siguiéramos al hotel de *Chaumont*; el otro nos tiraba de la levita, diciendo que el único hotel acreditado era el de la *Providencia*; el otro decía que en el de *Burdeos* había una asistencia esmerada y casi gratuita, y que todo lo demás que nos dijeran era pura charlataneria; el otro trataba de persuadirnos por medio de una arenga que nada era comparable al del *Capon fino*, donde había un hermoso jardín para nuestro recreo, hecho casi ex-profeso para nosotros; y todos nos hablaban, y todos nos alargaban billetes, y todos nos asian del brazo, y todos nos empujaban, y todos se disputaban nuestro hospedaje, y casi se venían á las manos.—¿Qué te parece, Pelegrin? le dije á mi lego; ¿dónde opinas tú que vayamos?—Señor, me respondió, aquí no hay mas que echarse en manos de la providencia.

El del hotel de la *Providencia* que oyó pronunciar una cosa que le sonaba á *Providence* se dió por preferido, y repartiendo empellones entre sus cofrades, «señores, dijo, *Monsieur* ha optado por el de la *Providencia*; respetad su fallo, y permitid á estos señores que me sigan.» Y volviéndose á nosotros, «seguidme, dignísimos viajeros, nos dijo; seguidme, que seguro estoy de que me habreis de dar las gracias.»

Seguímosle pues, no sin que los otros continuaran dirigiéndonos instancias con la esperanza de que todovía se revocára la sentencia. Entramos en el hotel; almorzamos lo que la providencia se sirvió depararnos, y nos dispusimos á ir á visitar los baños de *La Teste*.

El infante D. Francisco de España.

Desde *la Teste* á los *Baños* hay una legua de todos los diablos, no por la distancia que haya de los olmos á los álamos como dice el castellano cantar, puesto que allí no se hallan álamos ni olmos, sino pinares y mas pinares, pero por la naturaleza del camino, que es un continuado arenal entrecortado de lagunas (*marcageux*) y de esponjosas praderas, donde se hundian hasta el eje las ruedas de un malaventurado coche que pudimos encontrar. Nuestra marcha era como la discusion del proyecto de contestacion al discurso de la corona que aqui acaba de terminar, porque cada

paso era un pantano, ó un párrafo de dificultades, y gracias á la resolucion del jóven *Michel* que como otro Mendez Vigo cortaba por el atajo sin aprension alguna, fuimos saliendo de ellos, é internándonos por la estrecha y mas enjuta via, que por entre espesos pinos á los Baños conduce.

Consisten estos célebres baños de mar en dos grandes, aseados y bien distribuidos establecimientos situados á la orilla de una vasta ensenada de mas de dos leguas de estension que forman las aguas del Golfo de Gascuña, y otro tanto distante de la embocadura del Océano. Tanto como ofrece la rada de seguridad y comodidad á los bañistas, otro tanto tienen aquellos sitios de tristes, melancólicos é inanimados, á lo que ayudaba tambien lo nebuloso del dia. Las únicas embarcaciones que circulan por aquella ensenada son miserables barquillas y botecitos de pescar remados por mugeres. Ni una mediana poblacion á sus inmediaciones, ni un pedazo de campo por donde poder pasear, ni en carruage, ni á caballo, ni á pie: aislados los establecimientos entre las aguas de una parte y los arenosos pinares de otra, por donde no pudiera darse un paso sin embutirse hasta la rodilla y sin rozarse con ásperos arbustos y matorrales, tienen aquellos baños todo el aspecto de un destierro, solo habitable por la necesidad de recobrar la salud.

«Malencónico es esto por demas, mi amo, me dijo Tirabeque; bien desesperado deberá estar el

que venga á habitar estas soledades.— Asi es la verdad, Pelegrin, le respondí. Pero has de saber que en estas soledades existe una familia cuya conservacion puede influir grandemente en la suerte de nuestra España.—Acaso algunos desterrados, señor.—No estoy lejos, Pelegrin, de darles esa calificacion, porque destierros hay que aunque no hayan sido dispuestos por leyes ni sentencias de los tribunales no por eso dejan de ser destierros mistos de espontáneos y forzosos. ¡Quién sabe si la mano misma de la Reina de nuestra España estará destinada por la providencia para un individuo de esta familia! ¡Y quién sabe tambien si entre los muchos inconvenientes que la grave cuestion de este enlace ha de suscitar será acaso este el menor, el que ofrezca menos escollos! Por que al cabo, Pelegrin, de optar entre príncipes estraños que hubieran de acabar de aherrojarnos con los grillos de las estrañeras influencias, quizá fuera el menor mal que nuestra Reina compartiese el trono con otro príncipe español, y príncipe cuya familia está comprometida é identificada con las instituciones y la marcha que hemos adoptado y que no podemos menos de seguir.

Señor, segun eso son personas de cuenta las que están aqui; y por lo que vd. se esplica, ó yo soy un bodoque muy completo, ó es la familia del infante D. Francisco: pero si asi es, estraño mucho que no me ha dicho vd. una palabra hasta ahora....—*Voilà, Messieurs, le voilà le Prince es-*

pagnol, dijo el cochero Miguel, que le conocia de los frecuentes viages que hacia á los Baños.—En efecto, Tirabeque, héle alli al Infante asomado á una de las ventanas.—Señor, ¿aquel de las barbas rubias?—Aquel, si, á lo menos antes *rubicundus erat Infans*: no hay duda, aquel es.

Iba ya mas de dos meses que los Príncipes vivian en aquel angustioso desierto, siempre pensando, siempre ansiando, siempre soñando con volver á su patria: y allí permanecieron humilde y oscuramente retirados por desavenencias y desacuerdos que hubieran debido mucho antes prescribir, hasta que el Regente y el gobierno les abrieron las puertas de España en el último octubre. ¿Quién pensára entonces que habia de volverios á encontrar en Burgos, cerrada todavia para ellos la entrada en la Corte, desairada, humillada allí su alta clase y dignidad, aun mas humillada que en el desierto de *la Teste*, porque allá estaban entre estraños, y acá viven entre compatriotas, testigos presenciales de su postergacion. Si existia alguna cãusa, alguna razon política ó de familia porque no conviniese su presencia en España, ¿á qué acceder á su afanoso deseo franqueándoles las puertas de la nacion? Si esta causa no existe, á qué inhibirles la residencia en la Corte, privándolos de un derecho que no se niega al último español, como no sea criminal? ¡Y pluguiese al cielo no se albergára impunemente en la Corte un enjambre de criminales, mientras los únicos

príncipes de la sangre real que se han pronunciado en favor de nuestras instituciones, sufren un ostracismo cuya causa no se acierta á explicar!

Y cuenta que ni la mas remota afeccion personal me liga á ninguno de los individuos de la ilustre relegada familia, y harto lo demostré cuando estendí mi gerundiana crítica al mismo Príncipe en aquello de la felicitacion que dirigió al Regente del Reino, por lo mismo que me pareció que rebajaba en los términos y en el modo su alta dignidad (1). Pero por la propia razon me da grima que así se abata y degrade á personajes ilustres que han llevado espontáneamente tan adelante como puede haber llevado cualquiera sus compromisos por la causa constitucional. ¿Tan sobrados estamos de príncipes españoles que hayan abrazado la causa del pueblo, para cuando llegue el caso (que no fuera malo ir pensando en ello) de buscar un esposo á la Reina Isabel? Y sin meterme ahora en prejuzgar la cuestion ¿tan de sobra tendremos príncipes extranjeros que no ofrezcan sérios y graves temores de menoscabo para la independencia nacional (2)?

Mirábale Tirabeque de hito en hito desde lejos diciendo; «¡pobre hermano Paquito, y qué vida tan tonta te deben estar haciendo pasar aqui

(1) Capillada 339.

(2) Despues de escrito este artículo y antes de esta publicacion tubimos el gusto de ver á SS. AA. en Madrid.

en este triste solitario albergue, de la inocencia venerable asilo!—¿De la inocencia, hombre?— Si parece un pobrecillo, señor; á lo menos mirado desde aqui.....

Entramos luego en su vivienda, que consistia en la mitad de uno de los establecimientos que tenia arrendada. Visitamos su gabinete de lectura, donde nos entretubimos en leer algunos periódicos españoles, y evacuada nuestra visita de pura curiosidad é inclinacion española, volvimos á tomar nuestro coche tumbon, y regresamos á *La Teste* á esperar la hora de la salida del convoy de vapor para Burdeos.

Esta hora estaba señalada para las cinco en punto, pero se prorrogó hasta las cinco y media por consideracion á Monseñor el arzobispo que habia avisado tomaria alli el camino de hierro, y aun no habia llegado. «¡Siempre esperar por Monseñor! decia Tirabeque ya un poco amostazado: ¡válgate Dios por Monseñor! ¡Y dicen estos del clero de España! Pues alli no se gasta tanta solfa con los Monseñores.»

Al fin llegó *Monseñor*, sentado muy apostólicamente en una hermosa carretela, seguida de una numerosa cohorte eclesiástica en multitud de coches evangélicos y de briosos caballos de pobreza religiosa; agolpáronse las gentes todas á besuquearle la mano, diéronle algunos vivas, entró en el convoy, entramos tambien nosotros, y á poco mas de las siete dieron nuestras huma-

nidades reverendas cima y cabo á la jornada en la casa-administracion del camino de hierro de Burdeos, y trasladándonos á uno de los *omnibus* que alli esperan la llegada de los convoyes, descendimos en el *restaurant de Richelieu* con el piadoso objeto de yantar.

Otra escursion en vapor.

Era menester neutralizar la impresion del monotonos pais que habiamos recorrido aquel dia con la de otro mas delicioso y pintoresco. Pocos mas á propósito pudieran proporcionarse para el objeto que las riberas del Garona; los vapores ofrecian facilidad, por nuestra parte habia disposicion, habíala tambien por la de algunos amigos, y vencidas todas estas dificultades se acordó dar un paseo hasta *Langon*, distante unas diez leguas al sur de la capital.

Multitud de vapores viajan constantemente por las aguas del Garoná en una y otra direccion. Hacen la carrera por la parte del mediodia, por donde nosotros habiamos de ir, *el Telégrafo*, *la Picardiu*, *la Esperanza*, *el Montesquieu*, como una docena titulados *el Rayo*, varios con el nombre del *Garona*, y otros muchos que no tengo presentes. A nosotros nos tocó viajar á la ida en *la Pacardia*, que aunque supongo tomaria el nombre del pais de Francia asi llamado, Tirabeque lo atribuyó á que era largo y angosto como sepul-

tura de pícaro. Ibamos á bajar á la cámara de popa, cuando nos detubo el capitán diciendo: perdon, señores, que no es esta la cámara de vds. ¿Cómo que no? le contestó Pelegrin: ¿me enseñará vd. á mi cual es la primera cámara?—Ah, perdon, Monsieur; en los demas barcos la primera es la popa, pero en *la Picardia* es al revés.—Diga vd. Monsieur capitán, ¿y trae vd. ánimo de hacernos muchas picardias como esta? Pero á bien que no me sorprenden estos vice-versas en las cámaras, porque allá tambien algunas veces la primera cámara va delante de la segunda y andan al reves.—Qué ¿tambien en la España hay Picardías?—No señor, alli no hay Picardías vapores; si las hay, son de otra clase: cuanto mas que yo hablaba ahora del Senado y el Congreso, que á veces va delante el que debia ir detras.—Perdon, Monsieur, no os entiendo.—Pues si vd. no me entiende, ¿qué le he de hacer yo?—Vamonos, Pelegrin, le dije; y cuida de nuestro pequeño equipaje, porque vé lo que dice ese letreiro: «no se responde de los efectos de los señores viajeros.»

Y acordamos ir sobre la cubierta para disfrutar mejor de la encantadora perspectiva de las deliciosísimas y fértiles colinas de la margen izquierda, y de los frondosos y amenos paisages de la derecha del rio. Si deleitosa y pintoresca era la vista de los viñedos, bosques de frutales, caserios de recreo, sotos, castillos, fondas, cafés y

lindas poblaciones que á cada vuelta del tortuoso curso del rio se presentaban, no era menos variada y curiosa, aunque de muy diferente género, la que hacia la comitiva viajera. Las bromas, diversiones y pasatiempos de los franceses en los viages de agua y tierra se reducen á sacar cada uno, tan pronto como se acomoda en su plaza, un periódico ó un libro y ponerse á leer. Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedicion, y apenas seria el diezmo el que no leia algo: las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion era esclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leia cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvian de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordelés*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos*, la *Revista de ambos mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*: tal señora recorria las páginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de 16 años leia los *Deberes de las madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones; y tal barbudo varon foliaba

con mucha curiosidad el *Manual de Manuales* ó *diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice-versa: la hija eia lo que debia leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un ánade ó un faisán y el modo de hacer una nueva salsa de yervas, que le pertenecia de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estarian mejor al varon del espeso vigote. Todo esto nos divertia grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de esclamar: «¿cuándo veremos tan generalizada en nuestra España la aficion á la lectura! Y ya que no fuese la aficion, cuando lográremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer!»

Tambien nosotros al cabo de un rato quisimos sustituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragones, en la eleccion de la obra parecia catalán, sacó las entregas que acababa de recibir de la «*Historia criminal del gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos*, por *Elias Regnault*. La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas guiados por el espíritu de conquista universal que les domina, y escita y provoca á una cruzada general contra ellos, y espone la necesidad

de abatir y humillar al coloso britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas seriamente de lo que á un viaje de recreo competía en la suerte futura de nuestra patria, sino acabamos de apereibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los Irlandeses y envenenaron á los Chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda.

Asi llegamos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon y á la bellísima esplanada de san Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viaje, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcamos pues, y entramos en Langon, donde permanecemos hasta la misma hora del dia siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu*; y he aqui justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espiritu de las leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principal-

mente una en que para decir: «aquí se aloja á pie y á caballo, *ici on loge á pied et á cheval*,» lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma: «ICI ON... (y enseguida *una casa pintada* para significar LOGE: A (esta A la formaban dos hombres separados por los pies y tocándose con las cabezas); seguía *un pie pintado* para sustituir á la palabra PIED: el ET le hacían otros dos hombres en actitudes que formaban una *S'c.* y el CHEVAL estaba representado por un *caballo blanco*. Si así discurren para llamar la atención en las miserables aldeas, figúrese el lector cuánto inventarán en las populosas ciudades.

El puente de Cubzac.

Ya que de escursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á París, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto que hay en toda la Francia, y no sé si en otra parte alguna, no deje de hacer una escursion ex-profeso á *Cubzac*, 4 leguas de Burdeos camino de París, pues visto con la rapidez que es forzoso cuando se va de paso, no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza.

Pasado el puente de piedra, en el arrabal de la Bastida, encontrará de seguro el carruaje que guste y de los asientos que le acomode, que le lle-

varán á *Cubzac* en unas dos horas por un precio convencional, siempre mas económico y moderado que si ajustára un carruaje ó *voiture de ville* como hicimos nosotros. Y puede estar cierto que dá un paseo de los mas deliciosos y entretenidos que pudiera apetecer.

A derecha é izquierda del camino encontrará establecimientos cuyos títulos pomposos no dejarán de divertirle. «*Taberna del monte Parnaso.*» Que solo los franceses han podido discurrir hacer borrachas á las musas, y convertir en depósito de vino el limpio y claro manantial de la fuente Helicon por dar realce á una taberna. «*Cuadras y cochera de la manzana de oro.*» ¡Ah, pobre Venus, y en lo que ha venido á parar el premio que te valió tu hermosura! A ser pisado por los caballos á trueque de bautizar pomposamente una cuadra. «*Depósito de carbon de la bella Aurora.*»

¡Fuerza de ponderar, á lo que obligas
Al nectar encerrar en cantimplora,
y á llenar de tiznones á la aurora.

Y por este orden otros muchos que fuera largo enumerar.

El viagero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado *punte de Cubzac* sobre el Dordoña. Desde luego no se sabe qué admirar mas, si la elegancia, riqueza, gusto y solidez de la obra, ó el osado y al parecer teme-

rario pensamiento del que se atrevió á proyectar y ejecutar un puente de tan gigantestas dimensiones. Consta de cinco cuerpos suspendidos, sobre cada uno de las cuales descuellan cuatro columnas huecas de hierro en forma de obeliscos basadas sobre otros tantos mazizos ó pilastras de piedra; á uno y otro extremo del puente hay dos magníficas arcadas de sillares de á 27 arcos dobles cada una, que juntos componen 108 elegantes y sólidos arcos. Por debajo de cada uno de los cinco cuerpos colgantes pasan sin tropiezo las embarcaciones, hasta bergantines y fragatas. La longitud del puente desde el principio de una arcada al extremo de la otra es de 2123 metros y 83 centímetros (mas de un cuarto de legua de España).

El puente de *Cubzac* visto por bajo asombra, y visto por encima encanta, á lo cual contribuye además de su magnífica esbelteza el color blanco de que están barnizados sus obeliscos, sus tirantes de alambres, y sus barandillas, que á lo lejos le hacen semejar un puente de filigrana. Empezóse esta atrevida obra en 1835 y se concluyó en 17 de agosto de 1839, y le pasaron los primeros el duque y la duquesa de Orleans, según consta de una inscripción que se lee en uno de los pilares de un extremo; á cuyo frente se ven esculpidos los nombres (que bien merecen estarlo en letras de oro sobre mármol) de los Sres. *Du-Vergers, Quenot, Rayard de la Ving-*

trie, ingenieros directores de la obra.

Tirabeque le contemplaba absorto, si bien receloso de que se hundiera aquella obra aérea, y diera con su legua humanidad en las aguas del Dordoña como otro Icaro, sin que bastára á tranquilizarle el ver pasar por él cuatro ó cinco diligencias á un tiempo, antes le asustaba mas el ver como tan enorme peso le hacia cimbreadse.

Sobre la capa ó barniz blanco se leen infinidad de inscripciones, que se conoce ser de los viajeros de todos los paises (porque las hay en todos los idiomas) que gustan dejar escritos allí sus nombres, pelados los unos, y los otros precedidos de alguna observacion sobre el mérito admirable de tan grandiosa obra. Entre ellos noté el del duque de Nemours, y los de otras notabilidades que habian participado tambien de aquello del «*nómina stultorum*....» Mr. Neuville redactor del *Nacional* de París habia dejado escritos estos versos.

*¡Miserable cretin, qui passant sur ce pont,
ne trouves rien de mieux que d' y mettre ton nom!
¿N' as tu donc pas songé, miserable hirondelle,
que s' etait un outrage á sette æubreilmort elle?*

Que vuelto al español, con permiso del cofrade Parisiense, equivale á decir: «hombre mezquino y ruin que al pasar por este puente no encuentras nada mas digno que dejar en él escrito tu nombre, ¿no has pensado, miserable golondrina, que esto

era hacer un ultrage á esta obra inmortal?»

La inscripcion del hermano periodista picó un poquillo la emulacion gerundiana; y cayó mi reverencia en la tentacion de echar tambien su musa á puentes; y sacando el lapiz, dejé allí escrita para que la leyera otro curioso la siguiente española:

Tu no tienes, España, patria mia,
puentes como este puente todavia;
mas ten gobierno, y júrote que al menos,
si no mejores, los tendrás tan buenos.

De sobra estaba yo convencido que lo que escribia no era mas que una fanfarria poética española, y que para tener nosotros puentes como aquél necesitábamos tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen mas aficionados á manejar la azada y el martillo que á rozar capas en las esquinas tomando el sol como los de nuestros dias: pero yo dije: ahí os queda eso, y el gobierno que lo pague, que hartas deja de pagar mereciéndolo, y al cabo al cabo si bien se apura, la falta de gobierno es la causa primordial de todo.

«Señor, señor, me voceó Tirabeque desde una de las columnas, aqui hay un nombre de español legítimo; venga vd. á acá, que se va vd. á reir.» Me acerqué y habia en efecto un letrero que decia: «*Joaquin del Olmo con su pichona.*» Todos los de la expedicion celebramos á grandes risas el innegable

españolismo del hermano que tal habia puesto. Tirabeque escribió tambien su nombre, y para que nadie dudase la patria del autor puso: «*Fr. Pelegrin Tirabeque de España, lego de Fr. Gerundio de España.*»

Con esto dispusimos el regreso á nuestro cuartel general Bordelés, no pudiendo olvidar en todo el camino, ni mucho tiempo despues, ni dejar de celebrar siempre que de ello nos acordamos, el *Joaquin del Olmo con su pichona.*

Telégrafos.

Hé aquí uno de los ramos é instituciones que desde nuestra entrada en Francia habian sido objeto de nuestra atencion y curiosidad, y uno de los que (pasémonos la mano por la cara para decirlo, porque es un poco vergonzosilla la cosa) llaman la atencion de todo español que vá por primera vez. Y no digo un poco vergonzoso, sino un mucho bochornoso y ruboroso debe sernos el pensar que cuando todas las naciones de Europa, incluso Portugal, están cruzadas de líneas telegráficas en todas direcciones, solo la España carece todavia de este importante medio de comunicacion. ¡Solo la España, cuando hasta el mismo Mehemet-Alí tiene ya su línea de 177 telégrafos desde Alejandria al Cairo por medio de los cuales pueden recibirse avisos de una á otra ciudad en 40 minutos!

Curiosas por demas fueron las primeras escenas que con Tirabeque pasaron cuando vió jugar por primera vez los telégrafos y el modo de corresponderse unos con otros. «Señor, señor, ¿no ha reparado vd. las figuras que hacen aquellos cañones de chimenea que hay en aquella torre? Mire vd., mire vd.; unas veces los ponen en figura de H, otras en figura de Z, otras en figura de N.... ahora parecen un trinchante.... pues aguarde vd., mi amo, que en aquella cuesta que se vé al otro lado del rio hay otros cañones de estufa, ó lo que sean, haciendo las mismas figuras. Asi Dios me salve que está divertido esto, señor: no parece sino que se mueven por mágica: algun diablo de algun *franchute* se está divirtiendo en hacer juegos de manos. Vaya, vaya, cuando el diablo no tiene que hacer.... vd. se ríe, señor, pero á mí me vuelve loco la diversion esta. ¿Quién mueve esas máquinas? pregunto yo. Pues dígole á vd. que está bueno esto. Mire vd. á la cuesta. Pues ahora mire vd. á la torre. Vuelva vd. á mirar á la cuesta. Ahora parece una horca el diablo de la estufa. Pero vd. no hace mas que reirse, mi amo.

¿No me he de reir, hombre? ¿Con que todavía no conoces lo que es esto?—Señor, yo no conozco mas que debe ser alguna brujeria.—Calla, calla, infeliz é ignorante que tú eres: ¿no conoces todavía, desgraciado, que son dos telégrafos que están haciendo sus comunicaciones?—¿Con que son

estos los telégrafos, señor? ¿Y qué dicen, qué dicen los señores telégrafos? que así Dios se encargue de mi alma como deben ser gente lista cuando por señas tan enrevesadas se entienden.— Ya se vé, cuando tu fuiste á Madrid ya no existían los imperfectísimos que *hubo* establecidos de la córte á los sitios reales, ni tampoco has estado en las provincias vascongadas durante la guerra donde *hubo* también algunas líneas de telégrafos, de consiguiente no has podido ver los únicos que *hemos tenido* en España.

Yo no te podré explicar lo que ahora se comunican, porque esto solo lo pueden comprender los empleados en el ramo ú otros que hayan hecho sobre ello estudio particular. Lo que puedo decirte es que esos cañones de estufa que tu llamas son compuestos de tres piezas, una grande llamada *indicador* y dos pequeñas con el nombre de *reguladores*: cada *regulador* puede tomar cuatro posiciones, vertical, horizontal y dos oblicuas (derecha é izquierda;) el *indicador* puede tomar ocho, que vienen á reducirse á siete, porque una de ellas vuelve á entrar horizontalmente en la línea del *regulador*; tres se elevan hácia el cielo, que es el trinchante que tu decías, y tres se bajan hácia la tierra (que son la horca tuya). Con arreglo á estas posiciones, y simplificando el sistema de locucion, en lugar de decir por ejemplo, «15 grados hácia el cielo ó 45 grados hácia la tierra,» se dice: «ángulo agudo (oblicuo

de la izquierda),» que equivale á cinco «ángulo derecho (vertical),» que significa diez : «ángulo obtuso (ú oblicuo de la derecha),» igual á quince. Y para designar la direccion del signo , se añade la palabra *cielo* ó la de *tierra*, y así se dice: «cinco cielo : quince tierra etc.

Y así se van trasmitiendo las comunicaciones por medio de estos signos , que representan otras tantas letras, ó palabras, ó frases: porque hay signos geroglíficos, alfabéticos, numéricos, verbales, frásicos, geográficos, patronímicos, y demas que sea menester. Algo mas pudiera explicarte acerca del mecanismo é inteligencia de los signos telegráficos, pero creo que estas ligeras indicaciones te bastarán y aun te sobrarán para que hayas formado una idea clara y esacta del telégrafo.—Señor, lléveme Judas Iscariote si de toda esa gerigonza que acaba vd. de ensartar he entendido una palabra mas sino que quince cielos son como un obtuso.—El obtuso, y el torpe y el bôtarga eres tú, y el que tiene que proveerse de paciencia contigo soy yo.

Y diga vd. mi amo, y no se me enoje : si los telégrafos son tan útiles como dicen, ¿cómo es que no se adoptan en España? ¿Es que no hay allí quien entienda esta monserga, ó es que no prueba el género en el pais?—En cuanto á la utilidad de los telégrafos, Pelegrin, es tanta y tan incalculable, que un hombre célebre de estado llegó á decirle al Doctor *Julio Guyot*: «sin el te-

légrafo es imposible el gobierno.»—Señor, perdóne el hombre de estado, sea quien fuere, porque en España sabemos bien pasarnos sin telégrafos.—Así va ello, Pelegrin. Y en cuanto á haber quien lo entienda, no puedo decirte mas sino que no solamente tenemos persona que lo entiende, sino quien lo entienda mejor aun que los mismos franceses, y mejor que los mismos *Mr. Flocon* y los hermanos *Chappe* á quienes debe la Francia la perfeccion que han alcanzado sus telégrafos. ¿No conociste á aquel *D. Manuel de Santa Cruz* que tantas veces favorecia nuestra celda?—Si señor, si, uno pequeñito: algunas veces le abrí la puerta y le llevé lumbre para encender el cigarro.

Pues bien, aquel hermano *Santa Cruz*, director de los telégrafos que hubo en las provincias del norte durante la pasada guerra civil, ha inventado un sistema telegráfico mucho mas ventajoso y mas sencillo que todos los conocidos hasta ahora, incluso los que estás viendo: baste decir que estos no pueden jugar mas que de dia y cuando está despejada la atmósfera, y los del hermano *Santa Cruz* pueden hacer el mismo servicio de dia que de noche y en cualquier estado en que la atmósfera se encuentre. De manera que los deseos de *Mr. Eugenio Briffault* cuando exclamaba: «la telegrafía nocturna es la sola que puede acabar la obra imperfecta; no tenemos mas que la mitad del telégrafo, completémosle,» estan ya

cumplidos merced al ingenio de un español. Yo mismo, Pelegrin, he tenido el gusto de examinar el nuevo telégrafo de Santa Cruz, y de verle practicar en el modelo facilísima y sencillamente multitud de combinaciones con arreglo á las comunicaciones que yo al capricho le dictaba, y estoy convencido de que su telégrafo tiene sobre los conocidos hasta el dia las ventajas siguientes.

1.^a El telégrafo francés sirve solo durante el dia. El nuevo español, inventado por Santa Cruz, juega igualmente de noche con el auxilio de cuatro faroles comunes. ...

2.^a El telégrafo de Santa Cruz ejecuta las comunicaciones en una tercera parte de tiempo menos que el francés. Es decir, que un despacho que este trasmita en 90 minutos de París á Bayona, aquel le transmitiría en el espacio de una hora solamente.

3.^a Los telégrafos franceses tienen que colocarse precisamente en proyeccion horizontal unos de otros para poderse distinguir sus signos. El de Santa Cruz en cualquier proyeccion, aunque sea sombría, da igual resultado.

4.^a La mayor distancia á que pueden situarse los telégrafos franceses es á poco mas de legua y media francesa de uno á otro. El telégrafo español de Santa Cruz puede jugar á distancia de mas de dos leguas y media españolas en proyeccion sombría; y en proyeccion horizontal hasta de seis á siete leguas. De consiguiente la línea telegráfica de Bayo-

na á París que la forman 120 puestos, estaria servida con 70 á lo mas bajo el nuevo método español: lo cual produciria un considerable ahorro de empleados y de tiempo; y ya conocerás que la rapidez de las comunicaciones y las contingencias que puedan detenerlas ó interrumpirlas se hallan en proporcion del tiempo que es necesario invertir y del mayor ó menor número de telégrafos para trasmitirlas.

5.^a El material, mecanismo y colocacion del nuevo telégrafo español tendria de costo sobre 450 francos; cantidad mucho menor que á la que asciende el telégrafo frances, segun á mí me han informado.

6.^a La maniobra del telégrafo español es tan sencilla y facil, que el hombre mas rudo se encuentra en disposicion de comprender y ejecutar sus signos á los tres dias de instruccion, poseyendo antes de un mes toda la práctica necesaria. Y no puedo decirte mas sino que yo mismo el dia que tube el gusto de ver su modelo ejecuté por mi mano, oidas sus esplicaciones, algunas comunicaciones sencillas, entre las cuales me acuerdo que fué una: «Las cortes se han abierto el 19 sin que ocurriese el mas pequeño disgusto.» Y los empleados superiores encargados de la glosacion y descifracion de las comunicaciones, suponiéndoles un poco de aplicacion y despejo, podrian desempeñar sus funciones con solo un mes de estudio teórico y otro de práctica.

Cree, Pelegrin, que en España no faltan hom-

bres é ingenios; lo que falta es proteccion, proteccion.—Y diga vd. mi amo: ¿que ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz?—¿Qué ha de hacer, Tirabeque? Lo que con todos los que hacen algun descubrimiento artístico interesante. Despues de haber establecido y dirigido en el año 36 su línea telegráfica en las provincias del norte para el servicio del ejército, en que hizo mas de 2000 comunicaciones importantes con pocos auxiliares y escasos medios, concluida la guerra tuvo que retirarse con el desconsuelo de reclamar en vano los sueldos, que á él y á todos los empleados habían quedado á deber. Las casetas de los telégrafos ó estarán ya caidas ó se estarán cayendo. Invitó despues al gobierno á que estableciese líneas telegráficas en los puntos principales, señaladamente desde Madrid á Bayona, garantizando su poquísimos coste, y prestándose á abrir y desempeñar una escuela telegráfica, para lo cual habia trabajado ya dos libros con 32.450 combinaciones cada uno, representadas por uno, dos, tres y cuatro signos; el primero de palabras, voces, frases, direcciones y formularios de participaciones, el segundo de geografia, nombres propios, apellidos, numeracion, quebrados, pesos, medidas, monedas etc. Pero el gobierno asi lo ha oido todo como quien oye llover.

¿Y sabes lo que en cambio ha hecho el gobierno con el hermano Sta. Cruz? Darle un destino en loterías.—Bien hecho, señor, nuestro gobierno lo

entiende: lo mismo pudo haberle hecho vista de aduanas, ó promotor fiscal de un juzgado, ó secretario de la Bula de la Cruzada, que al cabo allá viene á dar todo, y los telégrafos poco importan; sin ellos hemos vivido hasta aqui, y sin ellos iremos tirando como Dios nos dé á entender, que si todas las demas naciones los tienen menos nosotros cada uno vive contento con su pobreza, y si ellas saben en dos horas lo que pasa á las 200 leguas, nosotros para comunicar lo que pasa á las dos leguas enviamos un propio montado en un pollino cojo con el recado, y sinó nunca falta un peaton que con una peseta y un trago en cada ermita que encuentre en el camino, lleve la noticia por extraordinario ganando horas, y suele salir mejor cuenta, porque si la noticia es mala, cuanto mas tarde en saberse mejor.—Buena es la broma, Tirabeque; pero no dudes que á un español amante de su pais le afecta demasiado el contemplar el atraso en que respecto de las demas naciones nos encontramos, no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno.—Ta, ta, tá, tá; pues si se vá afligiendo asi por cada cosa de estas, se vá vd. á secar antes de volver á España. Pecho ancho, señor, que no faltará por ahí alguna cosilla en que les podamos dar nosotros quince y mano y entonces nos vengaremos.

Agua, vino, cerbeza, helados, y otras cosas potables.

Omision fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demas en un viajero observador de minuciosidades el no hacer conmemoracion esplicita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero antes es fuerza decir algo del agua, que no es á fé mia artículo que merezca pasarse en silencio.

A cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vocingleria de los mayores (como atras queda observado), á la franqueza en el trato, al agua buena, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este último artículo debe hacerse una escepcion honrosa en favor de el del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos. El viajero recorrerá toda la Francia, y aun irá mas adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: «limpia, fija y dá esplendor:» sino que ó bien tendrá que azucararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, mas que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algun otro modo, porque *sola* es de desagradable y no muy sana potacion; es como los desengaños y las verdades; si se quiere que no amarguen y no hagan mal estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulci-

ficarlas un poco y suavizarles la crudeza. La mala calidad de este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun mas máxime todavía si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo nadie puede decir: «de esta agua no beberé,» pues harto vemos todos los días que quien mas la echa de *puritano* viene á parar en beber de la fuente mas turbia, y no asi como quiera á sorbos y á cortadillos, sino de bruces y á trago recio.

Con todo no era esto lo que mas afligia á Tirabeque, ni la privacion que mas le hacia sufrir. «Asi en todas partes, decia, pudiera suplirse esta falta como en Burdeos.» Y en efecto por vida mia que sabia suplirla muy bien; y cuando yo le apercibia por la brevedad con que daba cuenta de las botellas, «¿qué quiere vd., señor? me respondia: como el agua es tan mala, y este vino de Burdeos es tan flojito y tan limpio, me veo en la triste necesidad de usar de este suplefaltas y pasar estos trabajos mas á menudo de lo que quisiera.» Y la enmienda era pedir otra botella y decir: «¡cómo ha de ser! Vengan trabajos: ¡hay tan malas aguas en este pais!» No hay duda que los vinos de España son mejores de mas sustancia y mas fuertes; pero no están trabajados con la limpieza que este, señor, asi es que aquellos no apagan la sed como este vinillo.

Muy sabia es la providencia, mi amo; en todas partes dá á los hombres con qué suplir lo que no hay.»

A los dos dias de estancia en aquella capital ya conocia él la nomenclatura de todos los vinos y estaba al corriente de sus calidades y diferencias. Yo me quedaba asombrado de ver la maestría con que fallaba si el *Saint Julien* era mejor que el *Ordinario*, si el *Chateaula-Tour* era mas ó menos apreciado que el *Medoc*, si el *Leoville* y el *Brannemouton* eran de inferior calidad al *Chateu-Laffite* y al *Chateau-Margaux*, si era todo vino tinto, ó si lo habia tambien blanco en *Grave* y en *Sauterne*, con todo lo demas que á la materia atañe.

En la tierra de los ciegos el tuerto es el Rey: por eso en París, en el norte de Francia, y en los reinos que siguen, el vino de Burdeos es muy apreciado, y sucede con él lo que con las reputaciones de los hombres, que la estimacion y el precio crecen en razon de la distancia.

Otra de las bebidas que estan mas en uso en aquellos paises es la cerveza; pero en vano se busca una que pueda reemplazar á la de Sta. Bárbara de Madrid, inclusa la celebrada de Strasburgo: generalmente es como la política española; fea, revuelta y desagradable.

Los helados no están tan en voga como en España, porque no los hace tan necesarios el clima, y están bien lejos de esceder en calidad y delica-

deza á los nuestros. En cambio se hace mucho uso de las bebidas gaseosas que son muy comunes, de las limonadas, la grosella y otros refrigerantes: pero el fuerte en los cafés franceses, como el tiempo no esté demasiado caluroso, son el café, el té, y los *vinos de licores* que ellos llaman: así como sus pasatiempos son la lectura de periódicos y el juego del dominó. Hombre hay que antes de acabar una taza de café se ha echado al cuerpo todos los diarios de la capital, y antes de apurar una copa lleva apurados ya los periódicos de todos los departamentos. Yo no he visto una afición al periodismo como la de aquella gente, y el café que no estuviera suscrito á todos los diarios por ejemplares dobles ó triples, *ipso facto* se vería desierto de consumidores.

Mi buen Tirabeque quiso reasumir las noticias acerca de las bebidas usuales en aquel país, y entre sus apuntes encontré las décimas siguientes, que son.... como tuyas.

Español, si á Francia vas,
 y sed por acaso llevas,
 agua sola no la bebas,
 ó te lleva Barrabás:
 mézclala con algun gás,
 ó no te andes en rodeos,
 bebe vino de Burdeos,
 que no es como el de San Lúcar;
 ó échale un terron de azucar,

y dale cuatro menéos.

Y te digo con franqueza
que encontrarás buen café,
muchos licores, buen té,
pero muy mala cerbeza:
y las de acudir con presteza
si te gustan como á mí
los helados, porque allí
si te andas con dilaciones,
te responden los garzones:
«pardon, Monsieur, c' est fini.»

LA RAQUEL,

y el gracioso de brocha gorda.

Dos notabilidades dramáticas habia entonces accidentalmente en Burdeos, de aquellas que en las temporadas de verano salen de París á las provincias á recoger algunos miles de francos por via de recreacion y pasatiempo. Era la una la célebre *Mademoiselle Rachel*, esa jóven judía, nacida de humilde cuna, que hace pocos años se dió á conocer en uno de los teatros subalternos de París, y á los 22 de su edad está siendo un prodigio del arte declamatorio, ocupando muy merecidamente el primer rango en el primer teatro frances. Esa inimitable trágica, por cuya boca habla Corneille, y cuyo acento es el pensamiento de Racine. Esa jóven admirable, que á la gracia de la juventud une la magestad de una Reina y la dignidad de

una matrona ; cuyos triunfos se cuentan por el número de representaciones ; que con una naturalidad que asombra sin concebirse , parece que tiene en sus labios el secreto de imprimir las sensaciones en el corazón de los espectadores : que aterra cuando quiere , y cuando quiere impacienta , y enternece cuando le conviene enternecer , y consuela cuando es menester consolar , y siempre conmueve , y siempre admira , y siempre arrebatada : que si arranca aplausos en *Mitridates* y en *el Cid* , si la arrojan coronas en *Cinna* y los *Horacios* , no alcanza menores triunfos en *Bernice* y *Atalia* , y solo el «*je crois*» en *Polieucte* , dicho de una manera que solo ella lo puede decir , y nadie sino ella lo puede espresar , bastaría para que Corneille , si pudiera alzarse de la tumba , viniera á ceñirla de laureles por su mano. . . .

Yo tuve el gusto de convencerme en Burdeos y en París de la justicia con que ha alcanzado *Mademoiselle Rachel* su fama colosal. Y hoy es el día que Tirabeque no puede recordar sin entusiasmo á la admirable y agraciada Judía , á pesar de que asegura y confiesa que de la mayor parte de lo que la oía se quedaba en ayunas : y añade todavía : «como soy cristiano que no puedo echar de la memoria la Rabina aquella , señor.»

La otra notabilidad dramática era *Mr. Odry*, el *Cubas* francés del teatro de las *Variedades*. En él le vimos ejecutar los *Saltimbanquis*, su pieza

favorita, que le ha conquistado hace muchos años en los teatros de París la fama del *primer bufon del bajo género*, ó sea del mas sobresaliente entre los *graciosos de brocha gorda*. Su salida en Burdeos se habia anunciado con pompa y con estrépito, y las noches que representaba nos atronaban los espendedores de periódicos en los entreactos con *la biografía y el retrato de Mr. Odry*, pintado en ademan de tocar unos atabales y dirigiendo y ensayando una compañía de *saltimbanquis*. Y era de ver aquellos franceses de tan refinado gusto por una parte en las representaciones dramáticas, celebrar con entusiasmo y reir con locura las vulgarísimas gracias, ademanes grotescos, y tabernarios equívocos de *Mr. Odry*, que acaso en España no hubiéramos tenido paciencia para escuchar porque *los Saltimbanquis* no pasa de un estravagante saineton.

Asi con razon me decia Tirabeque: «Señor, aqui tambien hay vice-versas de mucho balumbo, y á esta gente yo no acabo de entenderla nunca. Por un lado mucha delicadeza, y mucho gusto, y mucha finura en las comedias, y por otro se rien como tontos con estas inajaderías, y les gustan que se relamben.»

Y era la verdad en el fondo, pues por una parte el lujo y elegancia en lo material de los teatros, asi como en los trages y decoraciones, la propiedad y el desembarazo en el decir, la aplicacion oportuna de cada papel á cada actor, aquellas maneras tan

dulces é insinuantes sin menoscabo de la bella naturalidad, y aquellas piezas en que se pintan hasta en sus mas pequeñas sombras con delicado pincel y refinada maestría las costumbres de la alta sociedad (todo lo cual tendremos todavia ocasion de admirarlo mas en los teatros de París), descubre la cultura de un pueblo, que ademas de ser por su natural caracter aventajadamente dispuesto á todo lo que sea cómico, lleva subidos muchos grados en la escala de la civilizacion: y por otra parte se vé á este mismo pueblo de tan refinado gusto escénico gozar maravillosamente y entretenerse como un niño, ó como un aldeano con la farsa mas grotesca y con los espectáculos de mas ordinaria calidad. Tan cierto es que el excesivo refinamiento del gusto conduce á la estravagancia y á la relajacion.

Dos cosas le hacian á Tirabeque mucha novedad en los teatros franceses en un principio: la facilidad y propiedad con que se hacia anochecer, ó amanecer, se figuraba la noche cerrada, ó el dia claro, ó alguno de los crepúsculos por medio del alumbrado de gás; y la frescura y marcialidad con que los actores solian regalar sendos y muy verdaderos ósculos á las bellas actrices, no ya solo en la frente, que esto es alli costumbre admitida en la buena sociedad entre personas de los dos sexos un tanto por algun motivo allegadas, sino que en el *Medecin malgré lui* (ó sea nuestro *Médico á palos*) el tal pseudo-mediquito llevaba la cosa á tal punto de naturalidad que mas

de una docena de veces, á vista, ciencia y paciencia del público aplicó muy resueltamente sus labios á las mejillas del ama de gobierno alternando muy docemente entre la derecha y la izquierda: cuyo besuqueo no sólo se dejaba ver sino que tambien se dejaba sentir. Cosa era esta que ofendia y no podia tolerar el natural pudor de Tirabeque, y decia que si el tal *Médico á palos* viniera á hacer aquello á España, podia contar de seguro con salir del teatro hecho *Médico á palos* ó *Médico á silletazos* de veras.

La muerte del viagero.

Tomados tenia ya los billetes en una de las diligencias llamadas *messageries royales* para salir de Burdeos á París, y evacuado este negocio acababa de retirarme á mi celdita provisional con el objeto de arreglar mi maleta, quando entró el *factor* (cartero) con el correo de España. Le abrí.... ¡ah! ¡cuán ageno estaba yo de esperar tan fatal noticial! *¡El viagero que esto escribe habia muerto!* Jamás el verbo *morir* habia tenido pretérito perfecto en primera persona hasta entonces: jamás habia podido decir nadie, «*mori,*» como puedo yo decir ahora: jamás se encontró nadie con nueva tan fatal al abrir el correo.

Algo se me resistia á la verdad el dar fé á la noticia de mi fallecimiento, pero el documento en que se me comunicaba y que me enviaba

un amigo, parecia fehaciente. Era un impreso que se habia publicado en Madrid y espendido á grandes voces por todas sus calles, en el cual se daban tan individuales y minuciosas señas de las circunstancias que habian acompañado á mi defuncion, que casi no me daban lugar á dudar á mí mismo.

«En este instante (decia) acaban de entristecerse con la funesta noticia de que el redactor del *Fr. Gerundio*, bastante quebrantado en su salud durante el viage que emprendió para Bayona, acaba de exhalar el último suspiro en aquel punto. Añaden igualmente que luchando con la agonía de la muerte, abrió sus labios el antes tan festivo *Fr. Gerundio*, y no queriendo pasar á mejor vida sin dejar un pequeño recuerdo á los numerosos suscritores que le honraron, dijo como delirando en el último momento: «Yo voy á un mundo desconocido para mí... voy á ser juzgado ante el Dios de las misericordias.... pero confio en su gracia, porque mi conciencia está tranquila.... Quise hacer algo en beneficio de mi patria.... hice cuanto pude... etc. Aquí (continuaba) diz que se cortaron sus palabras permaneciendo en un largo silencio hasta que se entregó al descanso de la tumba.»

Venia en seguida un panegírico del difunto, en que se encomiaban magníficamente sus virtudes, y se reseñaban los merecimientos á la buena fama póstuma que se habia conquistado en su car-

ra de escritor, y los beneficios que con su pluma habia hecho al pais, que no hay como morirse un hombre si quiere verse honrado y favorecido y que se hagan lenguas de él sus semejantes. Pero yo, desconfiando aun despues de la muerte, y poco crédulo de las alabanzas de los hombres, desde aquella tumba donde descendí vislumbraba el objeto interesado y siniestro que debia guiar en los elogios la pluma del panegirista anunciador. «Dejarán, decia yo desde el sepulcro, dejarán estos *laudemus* que me tributan en muerte de ser de la misma casta y calidad que los que me prodigaban en vida muchos de los que entonces acudian á mi morada á entonarme salmos de alabanza y despues se descubrieron enemigos, sin contar otros que todavia no se han descubierto? ¡Ah, míseros mortales! añadia yo desde la huesa: ¡cuándo dejareis de ser falaces y engañadores!»

Aquella debia ser la época de las muertes de mentirillas, porque recuerdo que aquel mismo dia llegó á aquella capital la noticia de la muerte del Duque de Burdeos, que para dar un testimonio público de que murió de veras se halla ahora el mocito arreglando su boda con la princesa imperial de Rusia; cosa que parece le hace algunas cosquillas al hermano Luis Felipe, que quisiera mas que el mancebo no hubiera muerto tan de chanza, y que es causa de que no reine en la actualidad la mejor inteligencia entre los gabinetes de San Petersburgo

y las Tullerías, pero de lo cual se le dará un pito á la hermana princesa con tal que el ciudadano dé señales inequívocas de estar vivo.

Por entonces anunciaron tambien los diarios franceses la muerte del distinguido escritor Silvio Pellico que se hallaba tomando el fresco en las montañas de Suiza, y de consiguiente recibió la noticia con mucha frescura.

Pero el caso mas parecido al mio fue el de *Mr. Desoré Cornillet* en la comedia *Las segundas nupcias* que se representó por primera vez el 18 de mayo de aquel año en el teatro de *Palais Royal* de Paris, cuando él mismo leyó en un diario: «Ayer se han celebrado las exequias de *Mr. Desiré Cornillet*, peluquero premiado por S. M. que vivia *rue Saint-Marc*.... Su oracion fúnebre ha sido pronunciada por *Mr. Seraphin*, su discípulo, que continúa su comercio y acaba de obtener un *brevet* de perfeccion por el tinte de las patillas y bigotes (1).

La cosa era cómica en verdad; y el Duque de Burdeos, Silvio Pellico, M. Cornillet y Fr. Gerundio debemos desear no morirnos nunca mas que de este modo, y ciertamente que casi debiamos tener un derecho á ello, porque nadie está obligado á morirse mas que una vez.

Escusado será pintar la graciosa escena que pasó con Tirabeque cuando le di la noticia de mi fallecimiento, la cual no creyó sin embargo tan

(1) Acto segundo, escena segunda.

fácilmente como *Mistriss Patterson*, la muger del tal *Cornillet*, sin duda porque no le interesaba como á ella, ni como á ella le punzaba el deseo de pasar á segundas nupcias, que es una buena predisposicion en una muger para creer fácilmente ó hacer que cree la muerte de su marido. Digo que será escusado pintar aquella escena, porque puede muy bien figurársela el lector conociendo el caracter de mi lego. Convencidos por fin uno y otro de que yo vivia, proseguimos en el arreglo de nuestras maletas y nos preparamos para salir de Burdeos.

Antes de salir.

Antes de salir debo aconsejar á todo viajero español que si no quiere morir de veras no cometa la indiscrecion de enfermar en los *hoteles* de Francia, donde mientras se conserve sano y pague muchos francos tendrá no solo quien le sirva, sino quien le estudie los pensamientos y le prevenga los deseos, y quien por darle gusto ande mas por el aire que por la tierra; pero si hace la tonteria de caer enfermo, cuéntese *pro derelicto* en latin, ó por *abandonné* en francés, que allá viene á dar en español. Esto es por regla general, y por consiguiente admite excepciones; pero por vida mia que á mi no me tocó en suerte la excepcion en una indisposicion con que me favoreció la providencia en el *Hotel de*

France, en prueba de que se acordaba de mi, como dicen los místicos. La providencia se acordaría, no lo dudo, pero tampoco dudo que *Mademoiselle Jeannette* (la doméstica que dije en otro capítulo me había cabido en suerte por camarista) maldita la miaja que se acordaba del pobre enfermo: sin duda era un poco ascética también, y creía bastante el acuerdo de la providencia.

«Hija mia, hágame vd. favor de un caldito.—*Pardon, Monsieur, il n' y a pas bouillon*; perdone vd., no hay caldo ahora.—¿Me hará vd. la gracia de una tazita de té?—*Pardon, Monsieur, il n' y a pas du feu maintenant*; perdone vd., no hay lumbre ahora: es tarde y se han acostado ya los cocineros.—Tirabeque, hombre, llama á *Jeannette* que traiga el cocimiento ese.—¿Qué Juaneta ni Juanete, señor, si en toda la mañana he podido dar con ella?—Toca esa campanilla á ver, hombre.—Señor, es escusado.... aquí viene ya.—¿Trae vd. la medicina para el amo?—*Pardon, Monsieur, c' est le bouillon*.—¿Qué bullon ni qué Cristo si lo que le toca ahora es la medicina? A ver, á ver.... pero hombre, si esto está como la nieve.... diga vd. señora Juaneta, ¿se cuida así á los enfermos en Francia?—Ve, Pelegrin, vé y caliéntalo tú.»

Gracias á que tuve á Tirabeque á mi lado, que sinó fácil hubiera sido que acertára el ciudadano que me envió al otro mundo en el artículo anterior. Semejante asistencia, ó por mejor decir, semejante desasistencia me movió á dejar tan luego

como pude el renombrado *Hotel de France*, y á trasladar nuestras humanidades á la *rue de la Petite Taupe*, casa de *Mr. Bonnin*, destinada casi esclusivamente á hospedage de españoles, donde se obtiene una asistencia de mas confianza y esmero, y mas de casa particular, y donde Tirabeque estaba en grande en razon á que *Mademoiselle Eloyse* en fuerza de asistir á españoles se entendia con él en español, á pesar de que algunas veces tambien parecia Tirabeca en el modo de producirse, como cuando le decia: «*pardon, Monsieur, que ce tenedor no es el de vd.*»

Argulema.

iii Cuatro diligencias salen diariamente de Burdeos á París, dos de la compañía de *Messageries royales* y dos de la de *Laffitte-Caillard*, item mas la silla de correo ó *malle-poste*, y el mismo orden se observa vice-versa, de París á Burdeos. Por lo general este es el sistema fijo de comunicaciones entre la capital y los departamentos: cuatro diligencias y un coche-correo salen todos los dias de París para cada capital de departamento, y otras tantas salen cada dia de cada departamento á París, y á veces no bastan para el trasporte de los viajeros: tal es la vida moviliaria de aquel pais.

Las ocho y media de la mañana serian cuando nos despedimos de los españoles bordeleses nuestros amigos, y al cuarto de hora ya estábamos

dando vista al pabellon en que almorzó D. Carlos cuando iba camino de Bourges. Pasamos á pie, segun costumbre, el ya descrito puente de Cubzac; y volvimos á subir al coche frente al ruinoso castillo de *los cuatro hijos de Aimond*, que ha visto pasar la friolera de 27 siglos. La lectura de algunas obritas y la diseccion anatómica de un par de pollos suplieron la falta de interés y la poca curiosidad que ofrecen los ocho ó diez pueblecitos que se encuentran hasta llegar á ANGULEMA. Miré el reloj, y eran las seis de la tarde.

Diga vd., mi amo, me preguntó Tirabeque; ¿es esta la patria de aquel buena alhaja que nos llevó á nuestra tierra el año 23 los cien mil amigos?—¿De quién, del duque de Angulema? No es precisamente su pueblo natal, pero de aqui toma el título.—Pues entonces no quisiera parar mucho en este pueblo, porque esta gente deberá ser muy realistona.—Lo que serán ahora estos naturales no lo sé, ¡pero si supieras qué realistas tan lindos ha producido en otros tiempos esta ciudad! De aqui fué *Poltrót de Meré*, asesino del Duque de Guísa; de aqui fué tambien el famoso *Ravaillac*, asesino de Enrique IV.—¡Hola, hola, mi amo! Parece que datan ya de algo antiguo estas bromas pesadas con los reyes. Bien hará el hermano Luis Felipe en no venir por esta tierra.—Pues sábete que el bueno de Enrique IV puede decirse que fué el Luis Felipe de aquel tiempo, porque si este ha tenido *Fieschis* y *Alibaus* que hayan

atentado á su vida, aquel tuvo tambien á *Juan Chatel* y *Pedro Barrera* que intentaron asesinarle antes que *Ravaillac*, al modo que *Jacobo Clemente* asesinó á *Enrique III* y *Baltasar Gerad* al príncipe de Orange. Solo que todos estos atentados de aquellos tiempos eran nacidos del fanatismo religioso y de las máximas y doctrinas jesuíticas, y los de estos tiempos proceden de una especie de fanatismo político; que en política como en religion hay fanatismo, y uno y otro conducen á los mismos resultados, y no sé cuál de los dos será mas peligroso.

Pero no creas por eso que Angulema ha producido solamente rigicidas y criminales, pues aquí nació tambien el famoso poeta *Balzac*, y la célebre *Margarita de Valois*, hija tambien de un duque de Angulema, reina de Navarra, y hermana de Francisco I, que fué á Madrid á consolar á su hermano en la prision, y habló á Carlos V con tal entereza que le obligó á guardar al rey prisionero todas las consideraciones propias de su rango. ¡Oh amigo! La reina Margarita de Valois fué una reina de mucho provecho: ya me contentára yo con que nuestra Isabel II cuando llegue á la mayor edad fomentára la agricultura, alentára los artistas, protegiera los sabios y embelleciera los pueblos como ella lo hacia. Y no solamente era buena reina, sino tambien una poetisa terrible, como que la llamaron en su tiempo *la décima musa*, y las obras suyas que recopiló su ayuda de cáma-

ra Juan de la Haya las tituló *Margaritas de la Margarita de las Princesas*.

En esta conversacion íbamos entretenidos cuando nos encontramos subiendo el repecho que conduce á la meseta sobre que está situada la ciudad á una elevacion de 256 pies sobre el *Charente*, que corre al pie de uno de sus arrabales. La vista que se goza desde la muralla y desde el hermoso paseo de Artois es deliciosísima. Desde allí se domina la playa y valle del Anguiena, y los muy justamente celebrados molinos de papel sobre los riachuelos llamados Aguas-claras; el Charran y Boheme. Por lo demas la capital del departamento del Charente, de 15.000 almas de poblacion, no tiene ni hermosas calles, ni edificios notables. Lo mejor que tuvo Angulema para nosotros fué que paramos allí á comer.

No bien habíamos dado principio á esta ocupacion vital, cuando se nos presentaron cuatro filarmónicos, dos de cada sexo, que recorriendo las cuerdas de un arpa, un violin y dos guitarras, comenzaron á recrear los oidos de la comunidad manducante, alternando entre lindas sonatas y alegres concioncillas, siguiendo despues lo que Tirabeque llamaba el *«hagan bien por las benditas ánimas»* que es el platillo que hacen recorrer al rededor de la mesa para que cada hermano se sirva depositar en él lo que á bien tenga; cuyo oficio no ejerce nunca el mas viejo de la compañía lírica, antes bien se encomienda siempre á la mas jóven y mas

agraciada de las musicantes, que no es la parte menos principal de la especulacion.

Estas orquestas ambulantes, especies de *murgas* que llamamos en Madrid, son muy comunes en los hoteles y cafés de Francia, y no es raro el ver aparecer en un café á una pseudo-señorita elegantemente ataviada, que con su guitarra colgada del cuello, toca, canta y baila á un tiempo con la mas resuelta marcialidad y desparpajo ante los concurrentes, con la esperanza de los productos que le proporcione despues el platillo de ánimas que va presentando sobre cada mesa. Al principio todas le parecian á Pelegrin locas, y aun á mi tambien, pero despues llegamos á no hacerles caso, sin que por eso las tubiéramos por mas cuerdas.

Comiendo en Angulema, es de suponer que no nos faltaria el artículo de empanadas de perdiz con criadillas de tierra, porque este es el renglon de fama de aquella ciudad y pais. Solo que nadie pudo entrar de lleno en la cuestion, porque la política y consabida intimacion del conductor, «*allons, Messieurs, en voiture, s' il vous plait,*» cerró de repente la sesion manducatoria, y cada hermano se levantó lo mas breve que pudo á ocupar su respectiva plaza en el carruaje.

Poitiers.

Aunque viniendo de Poitiers á Angulema se encuentran varios pueblos, yendo de Angulema

á Poitiers no habia ninguno; y la razon de esta que parece una paradoja es muy sencilla, porque á la vuelta los pasamos de dia, y á la ida los pasamos de noche y durmiendo, llegando á esta capital del departamento del Vienne á la hora del desayuno; desayuno que tubo que limitarse á una taza de té ó de café, pues aunque otra cosa sólida y de mas mantener quiera tomar el viagero, como le sucedió á Tirabeque y á algun otro, la empresa de diligencias lo tiene prohibido en el *hotel de France*, que como decia muy bien mi Pelegrin, no parece sino que la tal empresa se compone de doctores *Tirteafueras*.

Sin embargo de ser *Poitiers* una poblacion de cerca de 22 mil habitantes, y una de las ciudades mas históricas y mas antiguas de las Galias, antes y despues de la conquista de Julio Cesar, y de tener muchísimos tribunales, establecimientos y corporaciones científicas, industriales, comerciales y literarias, es una ciudad de mucha estension, sí, pero de construccion irregular y de no muy bello aspecto. Está situada en una colina pedregosa en la confluencia de los dos rios Clain y Boibre, que la circuyen casi enteramente.

Pasaron los diez minutos y al coche.

Santa Cruz de Mudela.

Seguramente estrañará el lector español, que hallándome en el departamento del Vienne, ó sea

en la antigua provincia de *Poitú* de Francia, haya encabezado este artículo con el nombre de una villa de la *Mancha* española. No lo he hecho por otra cosa sino porque al pasar por la ciudad de *Chatellerault* á las 5 leguas de *Poitiers*, en una pequeña detencion que hicimos nos salieron al encuentro una porcion de habitantes con cuchillos, puñales, navajas, tijeras y otras garantías españolas, no con el fin de ofendernos con ellas, sino con el de invitarnos á comprarlas; como hacen tambien en *Santa cruz de Mudela* al paso de la diligencia. Y es que entre las varias fábricas que hay en aquella ciudad, de encajeras, de blanquéos de cera, de tenerias, de armas blancas etc. hay tambien una muy acreditada de navajas, cuchillos y puñales de mil formas y caprichosos adornos. No sé si serian de allí aquellos tantos miles de puñales que soñó el general Seoane habian desembarcado hace un año en España para los republicanos de Valencia. Tirabeque se empeñaba en tomar uno de aquellos utensilios no con otro objeto que con el inocentísimo de picar de cuando en cuando á un hombre gordo que iba en el asiento del medio de la berlina, que ademas de no hacernos la mejor vecindad asiduamente, se aumentaba la molestia de noche haciendo de nuestros hombros y mas principalmente del de Tirabeque centro de gravedad y almohada de descanso de su pesadísima y dormitante corpulencia. Trabajo me cos-

tó disuadirle de su punzante pensamiento.

El jardín de la Francia.

Buenas ganas se me escapaban, á mi Fr. Gerundio, al pasar por el pueblecito de *les Ormes*, de alargarme á la *Haye*, que dista un pequeño paseo, á visitar el sitio en que nació al mundo el gran filósofo de la Francia *Renato Descartes*: pues si su celebridad movió á la reina Cristina (no á la Madre de Isabel II de España, sino á Cristina reina de Suecia) á enviar un embajador con la exclusiva misión de invitar al filósofo á que le complaciera en ir á su córte, ¿qué extraño es que Fr. Gerundio sintiera no poder visitar el lugar de su nacimiento teniéndole tan cerca? (1). Pero éntrele vd. á los conductores de diligencias con proposiciones de entretenerse en visitar patrias de hombres célebres, cuando no dejan tiempo ni aun para hacer lo que la naturaleza, que manda mas que to-

(1) Curiosa es la respuesta que dió el hermano *Descartes* al embajader *Chanut* cuando le hizo la invitacion de parte de la Reina. «Un hombre (dijo) nacido en los jardines de la Turena, y retirado en una tierra en que hay menos miel que verdad, pero en que acaso hay mas leche que en la tierra prometida á los Israelitas, no puede facilmente resolverse á dejarla para ir á vivir al pais de los osos, entre rocas y entre hielos.» Pero apesar de todo esto el resultado fue que vino á acceder á las instancias de la Reina, y se fue á Stokolmo, y se pasaba sendas horas con S. M. desde las cinco de la mañana en su biblioteca, y la tierra de los osos ya no le parecia tan áspera.

dos los conductores del mundo, prescribe muchas veces con imperiosa necesidad.

No tube pues remedio sino quedarme con las ganas. Continuamos por *Sainte Maure* y *Montbazon*, y llegamos á las 4 de la tarde á *TOURS*.

En *TOURS* se come, y se come bien en el *hotel d' Anglaterre*, especialmente en los ramos de volatería y frutas de que abunda el pais. Pero yo no quiero comer, ni quiero detenerme á contemplar la *calle real*, que atraviesa la ciudad de un extremo á otro, por mas que sea admirable por su anchura, rectitud y aséo, y por el gusto y uniformidad de sus magnificas casas; ni quiero recorrer sus otras calles, plazas, fuentes y edificios, inclusa la hermosa y ligera catedral gótica; ni quiero ver las ruinas del castillo en que estuvo preso Enrique el acuchillado; ni me importan los recuerdos de S. Martin y de S. Gregorio Turonense; ni quiero fijarme ahora en las fábricas de paños, y de cintas, y de gorros, y de grós y de otras mil manufacturas, incluidas las cuerdas de instrumentos músicos por mas que tengan fama de ser tan buenas como las de Nápoles. Quiero solo pasar al instante el puente de 1554 pies de largo y 53 de ancho que tiene sobre el Loire, y tampoco quiero detenerme en él aunque sea uno de los mejores puentes de Europa, porque lo que quiero es disfrutar todo el tiempo que pueda de la encantadora playa y arrebatadora perspectiva que presentan las dos márgenes del rio por espacio

de leguas enteras todo lo largo de la carretera de París.

Quiero gozar del magnífico cuadro que ofrecen esas alamedas alineadas á una y otra orilla del camino; esas risueñas islas, espesos bosques, y frondosos plantíos, que me ocultan la ciudad á la derecha; esa série de colinas que veo á mi izquierda, cubiertas de viñedo y pobladas de frutales, en que se esconden tantas casas de campo, tantas abadías y tantas torres feudales; y esos barcos que suben y bajan y cortan incesantemente las abundantes aguas del Loire, y toda esta reunion de encantos y bellezas que con sobrada razon hace llamar la campiña de *Tours* y sus inmediaciones *el jardin de la Francia*.

Dije hablando de la campiña de Burdeos y semejándola en parte á la playa de Sevilla, que mas adelante vendria otra que haria recordar con mas viveza la vega de Granada. En efecto Granada con su Vega, con su Alhambra, su Albaicin, sus *cármenes* y sus colinas, no deja de parecerse algo á *Tours*. Pero con dolor y con verdad tiene que confesar un español la ventaja que da á la campiña de *Tours* el ser regada por un rio navegable; su estension de muchas leguas, y la riqueza, gusto y laboriosidad de los habitantes del pais. No es extraño que los franceses la elijan para mansion de recreo, y que los ingleses acudan á *Tours* á gozar y á economizar, porque tiene hasta la ventaja de ser punto donde se vive con economía.

El viajero siente despedirse de la campiña de Tours al modo que siente un enamorado despedirse de su amada, y quisiera que no viniese nunca la noche, y desearía que sucediera cualquier avería al carruaje á trueque de gozar mas tiempo; y embelesado con tan pintoresco panorama casi se le olvida advertir cuando escribe que *Tours* es la capital del departamento de *Indre y Loire*, y que su poblacion es de unos 2½ mil habitantes.

Aun prosigue.

Esta deliciosa perspectiva continúa por el espacio de seis leguas, durante el cual se atraviesan los pueblecitos de *Pont de Mont-Louis*, la *Frilliere*, la *Vennerie*, la *Tasserie*, *Sainte-Radegonde*, *Saint-Sym-phorien*, ó por mejor decir, es una continuada poblacion interrumpida de jardines, de viñas, de rocas, de sotos y matorrales, hasta llegar frente de la ciudad de *Amboise*, que queda sobre la orilla derecha del rio.

Magnífica y bella es la vista que presenta el castillo de *Amboise*, situado sobre una colina, máxime si se vé cuando los rayos del sol próximo á ocultarse reflejan en su cúpula de cristal. Este castillo sirve de depósito para las piedras de chispa que se sacan de la cantera de *Meusne*. Hay además en esta ciudad una fábrica de acero y limas, de que se surten todos los establecimientos franceses de artilleria. *Amboise* es célebre en la historia

por haberse fraguado allí la famosa *conspiracion de Amboise* contra los Guisas en 1560, y por las crueles ejecuciones que se siguieron á ella.

La oscuridad de la noche no basta á hacer cesar los encantos de esta entretenida jornada, pues una legua antes de llegar á *Blois*, antigua ciudad sita en forma de anfiteatro en el declive de una colina á la margen de Loire, se empiezan á descubrir los faroles del largo puente que atraviesa este rio, cuyo resplandor reflejado en las aguas, y aumentado y multiplicado por otra larga série de luces todo lo largo del muelle de la ciudad que reverberan tambien en las ondas del Loire, semejan un segundo cielo en la tierra, y le hacen al viajero la ilusion de que va á alcanzar las estrellas con la mano, ó que el carruaje va á marchar sobre una superficie esmaltada de luceros.

Tampoco cesan los recuerdos de la *conspiracion de Amboise*, puesto que en una de las plazas de *Blois* es donde fueron asesinados el duque de Guisa y el cardenal su hermano de orden de Enrique III. Aun se conserva en *Blois* en buen estado un aqueducto romano cortado en peña viva, que atraviesa la ciudad y recibe todas las aguas llovedizas que bajan de las montañas. Su poblacion es de cerca de 15 mil habitantes.

Orleans.

Permítaseme aqui echar un ligero sueño de diligencia: una vez que los pueblos que siguen ofre-

cen poca importancia y curiosidad. Fuera, sí, reprehensible si pasára por *Orleans* dormido y sin dar cuenta: sin embargo, ya habíamos parado en la espaciosa plaza de *Martroy*, y Tirabeque aun dormía como un bienaventurado, á pesar de la estrechez y opresion en que le llevaba el hombre corpulento.—Despierta, Pelegrin, le dije, acompañando el llamamiento verbal con una mamola no nada suave, porque todo se necesitaba para él.—Oiga vd, señor panzudo, exclamó medio adormitado creyendo que era el compañero el que le habia hecho aquella insinuacion: ¿sabe vd. que no me gusta que me manosée ningun francés?—¿*Monsieur*?—Pues, *Monsieur*, *Monsieur*: vds. todo lo componen....—Sosiégate, Pelegrin, que no ha sido el señor, sino yo que he querido dísperarte. Y vamos á bajarnos, porque quiero ver mas de cerca aquella doncella que está allí al extremo de la plaza.—Señor, no haga vd. calaberadas: ¿doncella y estar en la plaza á las dos de la noche! Por el santo hábito que visto en España que no diera yo dos *sous* franceses por este doncellage.—¿Qué sabes tú, hombre? Pues yo no solo la tengo por doncella, sino por heroína y martir, y en esto sigo la opinión del abate *Langlet*. Y vamos bajando, que quiero tener el gusto de contemplarla de cerca.

Descendimos pues, y llevando á Tirabeque como á remolque hácia la estremidad oriental de la plaza á favor de una luna como un sol, «yo te saludo, dije, *Doncella de Orleans*, inmortal

heroína, celebérrima *Juana de Arco*, que con un valor inaudito y con una resolución impropia de tu débil sexo obligaste á los ingleses á levantar el sitio de esta apurada ciudad y pusiste la corona en la cabeza de Carlos VII: yo te saludo, mártir insigne del fanatismo de los obispos y sacerdotes de tu tiempo...»—Señor, pareceme que no le da á vd. el naipe para requebrar, porque maldito el caso veo que hace de vd. la muchacha. Vd. no sabe tratar con esta gente: verá vd. como á mi me responde: «hola, chica; ¿qué haces por aquí á estas horas? ¿quieres venirme conmigo á Paris?» Señor, es muda la muchacha así Dios me salve.—Pero majadero, ¿no conoces todavía que es una estatua de bronce?—Toma, toma, ¿y para ver una estatua me despierta vd. y me hace bajar á cojer frío?—Y qué, ¿no merece esta pequeña incomodidad el gusto de ver de cerca la estatua de la *Pucelle* ó *Doncella de Orleans*, tan célebre en el siglo XV, y cuya historia se ha hecho tan notable no solo en Francia, sino en el mundo entero?»

Volvimos á subir á la diligencia, y á poco rato dejamos la capital del departamento del *Loiret* con sus 40 mil ó mas habitantes, con sus rios y sus canales, sus fábricas, y sus muchos establecimientos, su vasta catedral gótica, su universidad, sus colegios, y sus calles tortuosas y mal enlosadas.

Las cercanías de Paris.

A las campiñas pintorescas de la jornada de *Tours* suceden al siguiente día las desagradables y arenosas playas del Orleanés: y fuera de la pequeña ciudad de *Etampes*, cuya posición á la orilla del *Juine* hace su término mas variado y poblado de árboles y molinos harineros, todos los demas pueblos que se encuentran, incluidos *Arpajon*, *Dongfumeau* y *Berny* (que pertenecen ya al departamento del *Sena-y-Oise*), ofrecen poco atractivo y poco que notar al viajero. El terreno es llano y de labrantio, pero no de la mejor calidad. Las poblaciones, aunque pequeñas, anuncian ya en su gusto y aséo la proximidad á una gran capital, y sobre todo se nota un movimiento de carruajes de todo género que apenas podrán andarse cien pasos en muchas leguas sin encontrar algun carruage de trasporte de hombres ó de mercancías ó de todo junto. Es una línea que casi no se corta.

Pero cortémosla nosotros antes de entrar en Paris, para observar que es tal la seguridad con que se viaja en Francia lo mismo de noche que de día, y tal la confianza que se lleva, que ni siquiera viene á la imaginacion el pensamiento de poder ser asaltado ó robado. En los pueblos donde parten las diligencias y coches del correo

se ve de público cargar los sacos de dinero; sin embargo se emprende la marcha de noche y sin escolta, y á nadie le ocurre la posibilidad de un robo: puede decirse que no se conocen los ladrones sino porque hay una palabra en el diccionario para significarlos. De trecho en trecho ó de distancia en distancia encuentra el viajero un par de gendarmes á caballo que recorren y vigilan los caminos, pero pienso que pocas batallas se les ofrecerá sostener con los salteadores. Y en este punto séale permitido á un viajero español el tratar de olvidar á su patria por un momento, porque sinó al entrar en Paris le va á conocer todo el mundo el mal humor en la cara.

Las dos y media de la tarde serian cuando, pintado el asombro en el semblante de Tirabeque y la viva curiosidad en el de su amo Fr. Gerundio, hicieron los dos esclaustrados su entrada pública en la capital del reino de los franceses, cosa que no habia sucedido jamás hasta aquel dia en medio de tantas novedades como ocurren diariamente en Paris.

dedicado ser la última, á guisa de director general que propone en primer lugar para un destino á su pariente ó amigo, y después ser el menor asesor de los de la familia, como lo fué Gerundio, el

PARIS.

Francia como su nombre indica, y como si se tratara de un país que no sea más que un vasto campo de batalla, en el que se disputan las más importantes cuestiones de una manera de viaje, al propósito del inmenso cuadro que ofrece todos títulos ofrece á guisa de una población, como que son tan pocas y limitadas.

Primera dificultad.

dubio, incierto, irresuelto, incalculable y perpetuo, así como por donde se va, así se sabe por donde se va, pero no es lo mismo entrar en un pueblo que en un día.

«Pretension exagerada parecería, y sería en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje....» Así encabeza *El curioso parlante* su primer artículo de PARIS en los *curiosos y bien parlados apuntes* que con el título de *Recuerdos de Viaje* no há mucho ha publicado.

Y yo Fr. Gerundio que también *curioséo, parlo, apunto y recuerdo* á mi gerundiano modo las impresiones y observaciones de viaje que he podido á duras penas retener en esta potencia que llaman *Memoria*, y que el *Padre Astete* no sé por qué capricho colocó la primera en terna de las del alma

debiendo ser la última, á guisa de director general que propone en primer lugar para un destino á su pariente ó ahijado aunque sea el menos acreedor de los de la terna: digo que yo Fr. Gerundio, al llegar á la populosa capital de la populosa Francia, no solamente reconozco como el *Curioso Parlante* la dificultad, dado que no sea imposibilidad, de encerrar en las estrechas dimensiones de unas memorias de viaje el bosquejo del inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece aquella vastísima poblacion, sino que (con franqueza y humildad sea dicho) he estado mucho tiempo dudoso, incierto, irresoluto, vacilante y perplejo sin saber por dónde empezar, sin saber por dónde entrar en París, que no es lo mismo entrar en un pueblo metido en una diligencia tirada por cinco robustos normandos que entrar con la pluma haciendo letras que se han de volver de molde.

Lo primero es muy fácil, lo segundo se lo doy al mas guapo y al mas pintado, cuanto mas á un Fr. Gerundio que ni es guapo ni entiende de pintarse ni de pintar.

¿Por dónde entraré, decia yo, en ese receptáculo de siete leguas de circunferencia, en cuyo ámbito bullen y hormiguean cerca de un millon de pecadores? ¿En esa ciudad gigante, que orgullosa y soberbia con ser la primera del mundo en establecimientos literarios y científicos, en la variedad y belleza de los monumentos públicos, en el

gusto y de elegancia de los objetos lujo y de adorno de la industria y de las artes, se humilla con repugnancia á ser la segunda de Europa en poblacion, y la cuarta en la estension de territorio? ¿En un pueblo, que en su ambicion, ya que no pueda abarcar la Europa entera dentro de su recinto, ya que no pueda sujetarla á París en lo material como estuvo á pique de conseguirlo en lo formal aquel otro gigante conquistador que no cabia en París ni en Francia (1), ha querido hacerse la ilusion de tener á la Europa dentro de sus muros, construyendo una plaza titulada *de Europa*, donde van á desembocar las calles de *Paris*, de *Berlin*, de *Viena*, de *S. Petersburgo*, de *Stocolmo*, de *Lóndres*, de *Madrid*, y de *Nápoles*; cruzadas por las de *Constantinopla*, de *Roma*, de *Lisboa*, de *Hamburgo*, y de *Amsterdam*, sirviéndoles de retaguardia las de *Venecia*, de *Milan*, de *Florenzia*, y de *Mesina*? ¿Por dónde daré yo principio á hablar de un pueblo en que parece que cansado el Dios de las alturas de llover sobre la tierra agua, nieve y granizo, y otras cosas ordinarias, abrió un dia la mano y derramó sobre los campos donde existió *Lutetia* una granizada de palacios, templos, basilicas, muséos, academias, hospicios, hospitales, bibliotecas, estátuas, jardines, teatros, y todo género y especie de monumentos, como diciendo:

(1) Napoleon.

«ahí tienes, mortal, donde estudiar toda la vida, y si te mueres de viejo, y vuelves á nacer, vuelve tambien á estudiar ahí, que todavia encontrarás alguna nueva leccion? ¿Por dónde principiar á describir un pueblo por cuyo recinto circulan cada dia 22 mil carruajes con 30 mil caballos, ó 120 mil pies de caballo como diria un portugués? ¿Qué he decir yo de un pueblo que tiene 30 mil casas, y en que nacen cada año 30 mil ciudadanos al mundo? ¿Por dónde entro yo en una poblacion que se engulle 72 mil bueyes, 16 mil vacas, 74 mil terneras, 363 mil carneros, y 87 mil puercos al año?»

Con esta primera y no menguada dificultad estaba batallando, yo Fr. Gerundio de Campazas y del primero de los Carabancheles, cuando con aire de resolucion y de marcialidad tomó Tirabeque la palabra y me dijo: «Señor, déjese vd. de dificultades, y entremos francamente y sin reparo, y yo delante si es menester, por el *puente nuevo*, que por alli entramos cuando entramos de veras, sin que nadie se metiera con nosotros, y vaya vd. diciendo lo que se le venga á la mano, y yo delante si vd. quiere, que de todos modos mas ha de ser lo que tendremos que callar que lo que podamos decir, y el que quiera verlo todo, que abra la *garbeta* ó el *pulpitre*, y vaya á la casa de postas, y tome de berlina ó de interior, lo que mas le acomode, y haga su maletilla.....

«Basta, basta, Pelegrin,» le dije: y alentado

con sus justas observaciones, y convencido de la imposibilidad de describir ni científica ni estensamente una poblacion casi indescriptible de suyo y mucho mas indescriptible por la escasez de las fuerzas y de los conocimientos gerundianos, é incompatible tambien con la ligereza de una breve reseña y ligeros apuntes de viaje, parecióme que cumplía con la obligacion que como viajero me habia impuesto de pagar un tributo á mi patria y mis compatriotas trasladando al papel las observaciones que me sugirieron mis gerundianos limitadísimos talentos, y me decidí, siguiendo el consejo de Tirabeque, á entrar en Paris con la pluma por el mismo sitio que lo habia hecho en ruedas de la diligencia.

Primeras impresiones.

Tambien es dificultad el pintar las primeras impresiones que recibe un viajero novicio al entrar por primera vez en Paris. Por de contado no se la causó muy agradable á Tirabeque el saber que entrábamos por la barrera del *Infierno*, antes lo tuvo por signo algo siniestro y aciago. Ni es tampoco muy grato para el extranjero que va ávido de bellezas el largo tránsito de calles húmedas, sucias y sombrías que se atraviesan (porque es de saber que la entrada mas ingrata que tiene Paris es la que se hace yendo de España) hasta llegar al *Pont-Neuf*, que muchos viajeros traducen *Puente Nuevo*, y debe ser *Puente Nucve*,

asi llamado porque tiene nueve salidas, y mal pudiera denominarse *Puente Nuevo* el que se principió en 1578 y se concluyó en 1609.

Alli ya se empiezan á sentir impresiones de otro caracter, y mas si como frecuentemente acaece, el encuentro no interrumpido de carruages obliga á hacer sobre el puente una pequeña detencion, y si por casualidad se va en compañía de algun conocedor que pueda decir: «esta estátua ecuestre de bronce que tenemos á nuestra izquierda sobre el puente mismo, es la de Enrique IV, de aquel famoso rey que tenia por una de sus máximas favoritas el llegar á poner la Francia en estado que al mas miserable francés no le faltára una gallina para el puchero en cada dia de fiesta, y lo consiguió: ya veis que estamos sobre el *Sena*, que atraviesa á Paris y le divide en dos grandes partes aunque desiguales: tended la vista por sus aguas, ved las pequeñas embarcaciones que las surcan, y los magníficos establecimientos de baños que decoran sus orillas: ¿veis aquellos ramales que forma su corriente, dejando aisladas una porcion de casas y calles? Pues esas son las islas de *Louvier*, de *San Luis* y de la *Cité*. Reparad en tantos y tan elegantes y variados puentes como cruzan el Sena: ahí teneis el puente *Maria*, el de *Tournelle*, el de *Arcole*, el de *las Artes*, el de *Notre-Dame*, el de *Napoleon*, el de *Austerlitz*, el de *Tullerias*..... he aquí á la izquierda el *palacio de Tullerias*....»

Al oír esto se acabó la paciencia y el silencio de Tirabeque: ya no tuvo calma para mirar al *Instituto de Francia*, al *Hotel de Ville*, á las torres de la catedral de *Notre Dame*, y á otros edificios notables que nos señalaba la mano de nuestro atento compañero. ¿Con qué ese es el *Palacio de las Tullerías*? exclamó: «¿Con que ahí es donde habita mi amigo Luis Felipe?—Ah, ¿es vuestro amigo? le preguntó el francés.—¡Oh! mucho, mucho, contestaba Pelegrin: íntimos, muy íntimos; uña y carne.» Mirábale el otro sorprendido, como quien no se habia figurado nunca que iba en compañía de un sujeto de tan altas relaciones; yo me sonreí, el carruaje echó á andar, y el ruido impidió á Tirabeque dar mas esplicaciones, cosa de que yo me alegré no poco; y atravesando todavia algunas docenas de calles dimos fondo en la de *Notre-Dame des Victoires*, punto de partida y paradero de las *Mensagerias reales*.

Primera y segunda diligencia.

La primera diligencia del recién llegado á París, como del recién llegado á Roma, ó á Copenhague, ó á Medina Sidonia, es buscar donde albergarse, y la segunda buscar donde yantar. Porque supongo que el viajero no es ningun *agropolita* que more y duerma en los campos, ni ningun camaleon que se mantenga del aire. Esto último debe ser cosa imposible cuando no lo han conseguido los cesantes

de España. Con tan plausible motivo aprovecharé la ocasion para hablar en este capítulo de los *Hoteles* y los *Restaurans*, dos familias muy largas y muy conocidas en París, y con las cuales todo estrangero tiene por precision que entablar relaciones diarias y de la mayor intimidad.

La eleccion de *hotel* en París supone, ó debe suponer al menos, una séria consulta y un avance bien calculado sobre las fuerzas bursátiles de cada elector, porque de entre los centenares de *hoteles*, ó sea posadas ó alojamientos que tiene á escoger, los hallará desde 50 francos (200 rs.) por dia hasta la humilde pesetuela, en lo cual no entra por supuesto como anteriormente llevo indicado, ni el alimento, ni la luz, ni el fuego, ni el servicio ó asistencia, ni mas que pura y netamente el cuarto y la cama.

El español que haya tenido la desgracia de ser ministro de Hacienda, ó director de rentas, ó del tesoro, ó intendente militar, ó arrendatario de sal, tabacos ó aguardientes, ó monopolista de bolsa, ó de cualquier modo haya intervenido en alguno de los infinitos *agios-o-téos* de esta última octava de años, puede muy bien alojarse en el hotel *Meurice* calle de san Honorato, ó en el de *l' Amiraute* calle nueva de San Agustin, ó en el *d' Anglaterre* calle de *Las hijas de Santo Tomas*, ó en el de *Wagram* calle de la Paz, ó en el de *Londres* plaza *Vandome*, ó en el de *Castille* calle de *Richelieu*, ó en cualquier otro de los muchos que hay de esta

categoria. Pero el que haya tenido la fortuna de no ser mas que pagano, y hacer puestas y llevar codillos en el rocambor gubernamental que hace los mismos años se juega en España, tiene que acomodarse en alguno de los infinitos adecuados á la *feliz medianía* que decia Horacio Flaco, que como sentencia de un *Flaco* se mira ciertamente ahora el hacer consistir en eso la felicidad; y sinó traslado á nuestro conde de Toreno á ver si se encontraba mas feliz cuando ocupaba como hombre *flaco* uno de los hoteles subalternos, ó ahora que como hombre *gordo* ocupa anchamente todo un piso del primero de los que acabo de citar.

La eleccion de *Restaurarns*, ó restauradores, que asi se llaman los establecimientos donde se va á comer, debe igualmente estar en razon directa del estado de los fondos particulares del elector manducante. Desde el *infimum* de 26 sueldos por comida, por cuyo precio obtiene el candidato una sopa, tres platos y un postre, y ademas una media botella de vino si su gastronómica prodigalidad se quiere estender á los 30 sueldos, hasta los 20, 30, 40 y mas francos (que no son todavia el *máximum*, porque el *máximum* es indefinido), puede todo ciudadano acomodar sus cálculos de bucólica á lo que mas le plazca de las escalas intermedias.

Si el prudente lector no pudiese juzgar bastante por sí lo que será una comida de 26 sueldos, le diria que hay una comedia francesa titu-

lada «*Le diner á 32 sous*: La comida á 32 sous» y si la comida de 32 ha dado argumento para un drama festivo de costumbres, calcúle el entendido lo que podrá ser una de 26.

La aristocracia metalúrgica (única, y sea dicho de paso, que vá quedando en el día) puede escojer entre el Restaurant de *Lengleu* calle de Richeliu, el de *Véry* en el Palais Royal, el de *Petron* en el boulevard Montmartre, el de *Cadran Bleu* en el del Templo, el *Rocher Cancale* calle de Montorgueil, *les Vendanges de Bourgogne* hácia el canal de San Martin; y el que quiera disfrutar de la belleza de unos salones ricos y suntuosos sin igual, que vaya al *Cafe inglés*, ó al de *Foi*, ó á los *Hermanos Provenzales* al lado del Pasage Perron. Pero que no se queje despues si la temperatura de su bolsa que iba á los 30 grados se pone á los 13 bajo cero, nivelándosele con el frio comun y ordinario de los inviernos en Rusia. De mas humilde escala son el del *Cardenal*, el de *Paris*, el café *Poissonière*, el de la *Cité* y otros, y sin embargo acaece que un penitente entra en ellos á tomar una ligera refaccion ó desayuno, y le sale un medio pollo al precio moderado de 6 francos, ó restaura sus fuerzas con una chuleta, un gajito de uvas y la mitad de media botella de Burdeos por la miseria de 7 francos y 60 céntimos.

El extranjero que vaya con ánimo de estudiar algo las costumbres de Paris y no lleve la es-

túpida pretension de lucirse, porque en Paris la mas necia de las ideas que pueden ocurrir al extranjero es la de hacerse notable por semejantes vias, debe adoptar una especie de sistema de partida doble para comer. Me explicaré, porque á la verdad la metáfora no es del todo clara que digamos. Quiero decir que debe seguir un sistema ordinario y otro extraordinario: este para ir recorriendo en dias de humor las diferentes escalas de *restaurants*, á fin de experimentar de todo, y el otro para la prudente economia de una vida metódica y arreglada á los preceptos de la higiene y á la prevision de las otras cien mil necesidades con que hay que contar en Paris, todas ellas de mayor cuantía que la del alimento diario; pues si en todas partes es cierto que «*non de solo pane vivit homo,*» en Paris tiene un grado de certeza que aturde. Por eso el *restaurant* nuestro de cada dia puede ser muy bien de aquellos de entre 2 y medio y 5 francos comida; precio y gasto que ni resiente la decencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opone á los preceptos higiénicos, ni ofende la gastritis, ni produce querellas de parte de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago epulon.

Nosotros fuimos el primer dia á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. O los franceses cuando comen no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada

da, una vez que no repararon en la actitud de estupefaccion que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magníficos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocupaban las columnas doradas que median entre uno y otro. «Señor, me decia, este comedor no tiene fin: yo veo lo menos tres mil personas, y todavia no se divisa el remate.—Calla, simple, le dije; ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óptica. Por lo demas no es mas que un salon regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.»

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garzon* preguntando: «¿*quel potage desirez vous, Messieurs?*»—¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque: pues qué, ¿se come aqui de viernes?—No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aqui á la sopa.—Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres?—Mira, ese librito que ves sobre cada mesa forrado en tafilete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento: ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dan, aquellos que sean mas de tu gusto.

Abrió Tirabeque *la carte*, que así se llama el tal prontuario, y empezó á leer: «*Potages: au riz, au vermicelle, aux choux, á la julienne, á la condé.....*—Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sela de estas sopas: que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre.—*Julienne, garzon.—Bien, Monsieur, bien.*—Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demas que has de pedir.—Señor, aqui veo en los *HORS-D'OEUVRES, beurre et radis, artichaux andouillete á la purée, saucisses á la choucroute....* y aqui en las ENTRADAS encuentro *gigot braisé au jus.....* Señor, *gigote abrasando*, que lo coman ellos los muy judíos: toma, toma! mire vd. lo que hay aqui entre los ENTREMESES; *asperges á la sauce et á l'huile; asperges en petits pois*; efectivamente, mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida si andan los *asperges*.—Pero necio, si *asperges* son espárragos.—Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida vd. porque sinó me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.

Asi tube que hacerlo. A cada plato que pedia respondia infaliblemente el *garzon* con el mayor agasajo y coquetería; «*bien, Monsieur, bien.*» Cada plato que nos llevaba era seguido de un: «*de voild, Messieurs,*» pronunciado con acento de satisfaccion y de servicialismo, como quien dice: «vean vds. como les he complacido.» ¿No te encanta, Pelegrin, le decia yo á mi lego, la dulce amabilidad, la ob-

sequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco «quítate allá» de los sirvientes españoles?—Señor; malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el imán, despiden como el herizo, pero la de estos es ya una lagotería, una zalamería que me rebienta un poco.»

Como unas 80 mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrorosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vagilla y alguna otra conversacion cuasi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y á bromear con los amigos: los franceses cuando van á comer van á comer; llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *Restaurants* que, es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras; y familias enteras establecidas y avecinadas asisten diariamente á comer al Restaurador. Desde las 4 1/2 de la tarde hasta las 7 es un incesante relevo de concurrentes; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en París en los *Restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

Palais Royal.

Regularmente el primer punto de París que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apenas habrá español que sepa leer que ó no haya oído hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apenas tiene idea de lo que es sino el que ha tenido la proporcion de verle por sus ojos y pasearle con sus plantas.

El *Palacio Real* era un antiguo palacio edificado por el Cardenal de Richellieu, el cual le cedió en su testamento al Rey Luis XIII. Luis XIV que habia fijado en él su residencia lo cedió posteriormente á Felipe de Orleans, su hermano, desde cuya época ha sido siempre propiedad de los Duques de Orleans, y por consiguiente lo es hoy de la familia de Luis Felipe. En tiempo de la república le dieron el nombre de *Palacio de la Igualdad* y palacio del *Tribunato*. En 1778 se hallaba el Duque de Orleans poco mas ó menos tan lucido como se halla hoy la nacion española, es decir, tan sobrado de deudas como escaso de recursos; en tan apuradilla situacion el hermano de Madame *Genlis*, autora de *Las Veladas de la Quinta*, y aya que fué de Luis Felipe (que Dios guarde tantos años como merecen las simpatias que con él nos estrechan), le aconsejó que construyese una manzana de magníficas casas al rededor del jardin de su palacio con objeto de beneficiar su producto. Asi lo hizo, y resultó unida al palacio una soberbia finca la mas productiva de

mundo. En la parte de palacio fué donde hizo su primera mansion temporal la reina Cristina de España cuando se nos largó renunciando la Regencia, amostazada de que la nacion se empeñase en querer lo que ella no queria.

Pero lo admirable de *Palais Royal* no es el palacio propiamente dicho, aunque ostentoso y acaso el mas regular de París. Lo admirable es lo que no es palacio, y pertenece, digámoslo así, al público. Cuatro galerias de piedra de doscientas arcadas alumbradas de noche con otros tantos mecheros de gas forman un paralelógramo prolongado cuyos lados tienen un cuarto de legua de longitud. Hállase comprendido en las arcadas un jardin de 817 pies de largo por 350 de ancho, adornado de calles de tilos; en el medio una fuente con un surtidor de canastillo; y á los lados dos elegantes pabellones de verde césped. Detrás de estas cuatro galerias está otra galería llamada *la galerie vitrée*, por estar toda cubierta de cristales, ancha, espaciosa, magnífica, que con frecuencia sirve de *rendez-vous* ó punto de cita para los forasteros y aun para los mismos parisiens. Y todas cinco galerias, lo mismo que el jardin, sirven de paseo á una inmensa afluencia de gentes que de dia y de noche llenan aquel magnífico recinto.

El lujo de las tiendas que las decoran todo en derredor escede á lo que la pluma puede describir, y con razon se aplica á *Palais Royal* el nombre mas grandioso que pudiera discurrirse,

llamándole antonomásticamente *la capital de Paris*. Es una ciudad pequeña y de lujo embutida en el corazón de otra ciudad grande. Confinado á *Palais Royal* el mas caprichoso potentado con prohibicion de salir de aquel recinto, pudiera decir que habitaba la cárcel mas deliciosa del mundo, y difícilmente alcanzaría á inventar la imaginacion mas fecunda y apetitosa del desterrado género alguno de capricho que no pudiera satisfacer sin salir de su dorada prision. Si su gusto se pronunciaba por los artefactos de oro, plata y pedrería, menester fuera, por rico que se le suponga al prisionero, que llamára en su auxilio á los ciudadanos Creso y Pluto para que le ayudáran á agotar aquellas tiendas-almacenes. Si su capricho se declaraba por las imitaciones de aquellos preciosos metales, allí tenia donde surtirse á placer de todo lo mas prodigioso, y de mas gusto y elegancia á que han podido llegar los adelantos de la industria en la capital mas inventiva del orbe en este género. Si le daba por ser hombre de modas, y de afeites y remilgos, y por apurar los recursos de la filocomia y la compsilogía, las modistas, y los comerciantes, y los peluqueros, y los cosmetistas de casa se le agruparian en torno y le harian ver que ni él ni su familia y dependencias de ambos sexos, aunque fueran mas que los de Egipto, eran bastantes á agotar sus repuestos, ni los recursos de su creacion. Si queria sastres, la dificultad estaría en

saber á quién dar la preferencia; y si gustaba proveerse de ropas trabajadas, docenas de judíos de una y otra galería le confundirían con piezas de cuantas especies podría desear.

Si por el contrario, le dominaba la afición á la lectura, librerías y gabinetes tenía en que escoger: si era aficionado á discusiones sábias é instructivas, allí tenía sociedades científicas y literarias donde poder saciar su filosófica inclinación. Si era gastrónomo, todo el día de Dios podía andarse de restaurador en restaurador, y aun le faltaría tiempo para recorrerlos todos y buche donde almacenar, de lo ordinario ó de lo esquisito, lo que mas le placiera; y si el cuerpo le pedía alternar entre las bebidas heladas y las espirituosas, entre cafés y tiendas de ultramarinos, tenía para ello la mas hermosa proporción. Si gustaba de pasear á cubierto, nada mas á propósito que la galería de cristal; si en paseo de medio abrigo, allí están las galerías arcadas: si disfrutando de jardín, nada mas fácil; y si quería gozar del aire libre y sin estorbos, no tenía sino salir al hermoso terraplen adornado de jarros y de flores que descansa sobre una bella columnata del atrio de honor.

¿Era acaso aficionado á teatros? Pues bien, se le consultaría el género que mas le agradara. Si era el trágico ó el cómico sublime, solo le costaba bajar unas escaleras, y metiéndose en el *Teatro francés* tendría el gusto de ver á *Made-*

moiselle Rachel ejecutar los *Horacios*, ó á *Mademoiselle Maxime* hacer la *Phedra*, ó á *Mademoiselle Pléssy* representar *Un matrimonio en tiempo de Luis XV*, y nada podria quedarle que desear. ¿Quería cosa mas alegre? Poco le costaba ir al otro extremo y entrar en el teatro llamado de *Palais Royal*, y veria á *Toussez* hacer *La sœur de Jocrisse*, ó el vaudeville de *Judit y Holofernes* á *Derval*. ¿Tenia niños y queria divertirlos? Pues bien, al otro lado está el teatro de *Seraphin*, y se divertirian á su placer los angelitos con las figuras de movimiento y las sombras chinescas, y es seguro que no se acordarian de dar una molestia á su mamá. Y si por último quisiese satisfacer un capricho extravagante, debajo de una galeria está el *Teatro de los ciegos*, éntre en aquel sobterráneo, y verá salir al *hombre salvaje* á repiquetear los timbales vestido de indio, oirá las habilidades de un ventrilocuó, hallará una mozuela estropeando lastimosamente el papel de Maria Teresa de Austria, y disfrutará de una orquesta compuesta de ocho ciegos que no hay mas que oír, y ya lo quisieran ellos ver.

Ultimamente, si mas caprichos tubiera el ilustre desterrado que supongo, mas podria satisfacer sin salir del *Palais Royal*. Tirabeque se me encantaba cada vez que le llevaba allí; andaba de tienda en tienda con la boca abierta; y no sé qué aire innegable de españolismo era el que lle-

vaba siempre, que mas de una vez, sin que él hubiera desplegado la boca, se le acercó uno de aquellos judios roperos preguntándole: «Siñor, ¿quiere osté comprarme una livita bien hecha?» Franqueza que á él no le acomodaba mucho, y le ponía á pique de alterar la tranquilidad de *Palais Royal*.

Los boulevarts.

«¡Pero hombre, y aquellos BOULEVARTS!»—He aqui una exclamacion de ordenanza cada vez que rueda la conversacion sobre las bellezas de París.—¿Y qué son los *boulevarts*?—Hé aqui la pregunta que sigue infaliblemente á aquella admiracion si hay en el corro alguno que no haya visitado la capital de Francia. La pregunta es sencilla, la respuesta no lo es tanto.

Pero en fin, figúrese el lector una anchísima calle semi-circular colocada casi en el centro de la poblacion; de una legua de longitud, que no habrá menos espacio desde el templo de la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla; poblada de altísimas casas, adornada de corpulentos árboles en sus dos orillas, si bien muchos de ellos fueron víctimas en la revolucion de julio (sin duda porque los franceses en su revolucionaria sagacidad descubrieron que eran enemigos de la Carta), y no se han vuelto á reponer; cuyas hileras dividen la calzada del medio (por donde pudieran marchar desa-

hogadamente seis coches á la par) de las aceras de los lados (*trottoirs*), anchas como de seis ú ocho varas, y hechas no de baldosa como las de España, sino de asfalto, especie de betun sólido y negruzco, que se derretiria con los calores del estío en las regiones meridionales, pero que allí resiste bien al calor y constituye un pavimento mas igual, mas suave y mas cómodo que el de nuestros embaldosados. Imagínese una calle por cuyo centro jiran en movimiento continuo centenares de carruages, amen de otros centenares que yacen en quietud esperando quien los ajuste á la hora ó por carreras para partir con la velocidad del rayo. Figúrese que está viendo discurrir á todas las horas del dia y de la noche por sus anchas aceras de betun dos hormigueros de gente que se disputan dos palmos de terreno donde ir colocando los ambulativos para poder marchar culebreando, sin que por eso se pueda evitar los continuados roces y refregones. Supóngase que está viendo dos paredes de cristales de 5.500 metros de estension, que tal semeja la cristalería apenas interrumpida de las tiendas mas lujosas y mas elegantes del mundo, dispuestas con tal arte, con tan delicada coquetería, con tan refinado y mimoso estudio para lisongear el gusto, (*flatter*) para robar la atencion y captar la curiosidad y arrebatat las miradas, que el indiferente como el curioso, el esperimentado como el sencillo, no hay nadie que no se sienta atraido como por un iman,

como por el influjo oculto de una sirena.

Y á fé que no es broma esto de las sirenas, pues detrás de los cristales de cada puerta, bien sea de café ó de restaurador, bien de almacén ó de tienda, bien de modista ó de relojería, bien de bastonero ó de fabricante de calzado, esté seguro el transeunte que atisbará una ó muchas sirenas, que vestidas con estudiada sencillez y ataviadas con modesto aliño, ostentan sus gracias detrás de un mostrador, y reservan otras para cuando se abre la portezuela de cristal. ¡Guay del Ulises que llegue á traspasar aquellos umbrales sin taparse con cera los oídos! ¡Pobre del Telémaco que se acerque incauto á aquellas Calipsos sin un Mentor que le agarre de un brazo y le eche á la calle cuando empiece á sentirse encantado! Sin embargo no se crea que los encantos de las ninfas de mostrador se dirigen á otro blanco que al bolsillo del individuo: en cuanto á éste, téngase por cierto que el ciudadano que éntre en una tienda y logre sacarle íntegro, merece la patente de héroe. escusado le es alegar que no ha llevado ánimo de comprar un artículo sino solamente de informarse de su existencia; la sirena le convencerá muy melodiosamente de que es una equivocacion que padece, y le dará tales razones que el hombre se creará obligado á no marcharse sin el artículo: en vano objetará que no es el género de su gusto; con dulces argumentos le hará ver la sirena que lo es, y tanto que parece hecho por

encargo suyo particular : si achaca no llevar dinero, se le hará creer que lo lleva , ó que no debe llevarlo , puesto que no lo necesita para disponer de todo el almacen: si insinúa parecerle caro , llegará á persuadirse que debe dar un *plus* sobre lo pedido para evitar la pérdida que sufre Madama por su escesiva amabilidad para con él: tal cosa le será presentada que desechará desde luego por inútil y superflua, pero esté cierto de que no saldrá á la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de mas absoluta necesidad para la vida , y harán creer á un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y á un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una plumada sin llevarse unas tijeritas de bordar. Muchas veces acaece salir un prójimo de una tienda encantada felicitándose de no haber caido en la tentacion, y al regresar á su domicilio se encuentra con *Mademoiselle* que le espera con un envoltorio de los artículos á que mas pareció inclinarse: todos los habia comprado sin saberlo. Si son pañuelos de la mano, se los llevarán hechos, porque han previsto que un hombre y extranjero ademas, no tendrá facilmente quien le haga los dobladillos: si es papel, se lo entregarán timbrado con sus iniciales , sin aumentar por eso el precio de la mercancía. Se necesita ser un Neron del pais para dar una repulsa á tanta fineza: un español prefiere con conocimiento sufrir estos dulces y arti-

ficiosos ataques de bolsillo á desmentir en ninguna ocasion la galantería española.

Reconozco el ardid, lo siento, y pægo.

No se entrará en un comercio sin que apenas llegado le suplique una graciosa beldad que se tome la molestia de sentarse, ni se saldrá de un almacén sin que un atento dependiente le acompañe hasta la puerta y le despida obsequioso. Si la entereza y la heroicidad llega á tal punto que absolutamente no se haga mercado, le dirán con la mayor amabilidad: «siento en el alma no haber acertado á complacer á vd.; en otra ocasion seré mas afortunada: yo suplico á vd. que este no sea un motivo para que olvide el establecimiento, para lo cual me hará el gusto de admitir esta *adresse*.» Admirable contraste con el adusto: «si á vd. no le acomoda déjelo, que no faltará quien lo lleve,» de esta nuestra dulcísima patria.

En cuanto á las ingeniosas invenciones para llamar la atencion, no puedo dispensarme de indicar algunas de las que mas sorprendieron á Tirabeque. Nos dirigimos por la calle de *Montmartre* al *boulevard*, cuando al llegar al n.º 170 tienda de *Mr. Fanon* cajero del Rey, ví á Pelegrin pararse, mirar, y soltar una carcajada de risa legítimamente transpirenaica; miré yo tambien, y era *un mono* que detras de los cristales sentado estaba con un lente en una mano y un número

de la *Cotidiana* en la otra en actitud de estar leyendo muy serio. Reímonos á duo, y pasamos al boulevard del mismo nombre. Otra detencion y otra carcajada me anunciaron alguna otra novedad por el estilo. En efecto en la tienda de *Monsieur Verreaux*, entre mil objetos de lujo y adorno, se veia una gata elegantemente vestida en ademán de escuchar con desdeñoso remilgo los amorosos requiebros de otro mono, que con un traje arreglado al modelo del último figurin, y mirando de soslayo con aire seductor á su amada coqueta esperaba impaciente la respuesta de su Zapaquilá.—Señor, me decia Pelegrin, son muchas monadas las de estos franceses: se conoce que en este país abundan bastante los monos.

Pasamos al boulevard *Poissonniere*, y nos detuvimos ante un abundante almacén de muñquería. Habia muñecos de todas clases, trages, gustos y tamaños. Por la parte exterior de los cristales hallábanse cuatro ó seis chiquillos mirando con mucha atencion los modelos de dentro, empinaditos algunos de ellos sobre las puntitas de los pies para alcanzar á ver mejor.—¡Cuán natural es esto, Pelegrin! le dije á mi lego: si aun á nosotros que nos afeitamos cuarenta años hace, nos entretiene la vista de estos muñecos, ¿qué hará á estos parvulitos que están viendo allá adentro sus efigies, por decirlo así?—Así es la verdad, mi amo; me da gusto ver lo entretenidos y embelesados que están los pobrecitos.»

Mas acaeció que de allí á una hora volvimos á pasar por el mismo sitio , y hallamos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entonces Tirabeque se acercó á una de las niñas y la dijo: «hija mia , ¿no te cansas de estar tanto tiempo en la misma postura?» Pero ¿cuál fué su sorpresa, y cuál fué la mia tambien , al encontrarnos con que tanto aquella como los demas de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas ni más ni menos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos.—Señor, bien me decia vd., que en Francia todo era mentira.

Apesar de esta prevencion , mas de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres , leopardos , nutrias , gamuzas , chinchillas , martas , armiños y otros animalejos que empajados detras de las vidrieras tienen , en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados , que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque la zarpa ó el colmillo.—Pero hombre , ¿de qué te asustas? le decia yo; ¿no sabes ya que aqui todo es mentira?—Si señor , pero hay mentiras tan respetables que bueno es verlas desde lejos por si acaso son verdad.—¿Con que es decir que te asustas de unas pieles?—Quiá , no señor ; parece que me asusto , pero es mentira ; en París todo es mentira.

Díjele el primer dia que era menester que entrásemos á peinarnos en una de las peluquerias que

encontramos en el boulevard. Aquí, añadí señalando á una, aquí podemos entrar si te parece.—Ahí donde hay dos señoritas detras de los cristales?— Ahí, sí.—¡Alabado sea el divino señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entremos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinarnos, y mas que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga vd. mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos? —Y como ya estubiésemos cerca de ellas, las saludó diciendo: *«bon jour, Mesdemoiselles: Mesdemoiselles, bon jour: á votre service, Mesdemoiselles.* Señor, paréceme que tienen mucho barreno las niñas, pues no se dignan contestarme siquiera. ¡El demonio de las peluquerillas!... Porque sean guapas y tengan buenos talles tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j' ai l' honneur...* ¡Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿cómo me habian de contestar? —Te está bien empleado por necio: ¿no te acabo de decir que aquí todo es mentira?

No es maravilla que asi se engañára Tirabeque porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfeccion.

De estos y otros cien mil ingeniosos medios tienen que valerse para llamar la atención en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer impresion.

Los Anuncios.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales, sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta dias seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en París; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas, y de todos los edificios de todas las calles y de todas las plazas, y todos los árboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un Diario de Avisos, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios: esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hácia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira hacerle leer algo. Y en efecto tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados. Pero

esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hácia el suelo, y es necesario que allí lea algo también: y tiene que leer á fé mia, porque allí, en el sitio donde va á pisar encontrará el nombre del dueño de la tienda de al lado escrito en caracteres de bronce embutidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraído que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer también, y lee sin remedio, porque va andando y se encuentra sorprendido con unos papeles que le pone en la mano un incógnito, que sin decir mas que «*tenez, monsieur,*» desaparece para nunca mas volver. Y estos papeles son los anuncios de una nueva sombrerería que se ha abierto en la *Rue Vivienne*, ó de un depósito de curtidos que se ha establecido en el *Faubourg Saint Denis*, ó el prospecto de unas Memorias traducidas del alemán. Pero esto no es bastante todavía, y se necesita obligar de otro modo á leer. *Flaneaba* yo (1) por el boulevard de los Italianos con un diputado español, célebre en

(1) *Flanear*, en francés es pasear curioseando los objetos sin mas objeto que el de la curiosidad.

la cuestion algodonera que tan agitados trae en el dia los ánimos de los catalanes, cuando vimos venir hácia nosotros con grave y pausado continente un viejecito que llevaba enarbolada y asida con ambas manos una especie de pendoneta ó estandarte negro rotulado con gruesos y abultados caractéres blancos, azules, encarnados y de otros diversos colores. Natural era la curiosidad de leer lo que publicaba ó anunciaba aquel original heraldo ó nuevo rey de armas. ¿Y qué os parece, amados lectores míos, que iba proclamando el anciano *porta*? Pues era que invitaba á los que tubiesen perros enfermos á que los llevasen al establecimiento titulado *Specialité pour la curation des chiens malades, tenu par Viollat*; «especialidad para la curacion de perros enfermos, por Viollat en los Campos Eliseos.»

Pero esto no basta todavía, porque por mucho que se escriban los anuncios no pueden leerlos los ciegos, los cuales por serlo no deben estar privados de saber los adelantos que se hacen en la industria. Para ellos es menester anunciar las cosas á viva voz. Recuerdo haber visto en el boulevard de San Antonio á un ciudadano alto, respetable, con la barba hasta el pecho, puesto de pie sobre una mesa, rodeado de un inmenso auditorio, al cual arengaba con voz sonora y penetrante de esta ó semejante manera: «Señores, vds. saben que el bizarro Mariscal del Imperio, Baron de N., habia merecido siempre el singular aprecio y confianza del gran Napoleon por su intrepidez, por su

instruccion y por sus virtudes. El emperador le confiaba las empresas mas arduas y arriesgadas. Herido mortalmente en la batalla de.... por un casco de granada cuando ya llevaba en derrota á los austriacos, dirigió sus últimas miradas al Emperador, y con acento entrecortado y moribundo abrazando sus rodillas le dijo: «muero gustoso por la gloria de la Francia y por la vuestra.»—«¡Ah, mariscal! le contestó el emperador: la muerte os roba á la patria, porque si viviérais no habria bastantes laureles en Francia para ceñir vuestra frente.» El mariscal exaló el último suspiro, y las lágrimas corrieron por las mejillas del *grande hombre*. Pues bien, señores, aquel valiente general bajó á la tumba llevándose un secreto importante que poseía, y que le habia sido de una inmensa utilidad en las campañas. La humanidad tendria que llorar todavía la privacion del importante descubrimiento de que él era depositario, si afortunadamente no se le hubiera trasmitido en confianza á un sargento del ejército invencible que habia sido su asistente. Yo debo á una feliz casualidad el haber llegado á mí este secreto, este utilísimo secreto que hoy tengo el honor de anunciaros para consuelo y alivio de la humanidad doliente. Es un admirable específico, un unguento prodigioso para la curacion de los callos de los pies: aqui le teneis en estos botecitos, que os vendo al módico precio de 25 sous. Ea, señores, ¿quién me toma un botecito de este milagroso unguento?»

Así anuncian los franceses sus cosas. Para publicar un específico anti-callosos revuelven la historia de Napoleon y de los mariscales del imperio.

Mas no pára en esto todavía. En toda la estension de esta serie de anchas calles ó boulevarts hay entre las aceras y la calzada dos hileras de pilares, columnas ó pirámides redondas, muy blanqueadas por la parte que mira á las casas, y huecas por la que mira á la calzada de los coches, las cuales constituyen uno de los adornos de los boulevarts. Supónese que estos pilares por la parte de las aceras se destinan tambien á la fijacion de anuncios, y que se aprovechan bien para el objeto. Pero ni este, ni el del ornato público son los que principalmente se propuso la policia urbana en la colocacion de aquellas columnas cónicas, sino el de que no faltase en el punto mas concurrido de la ciudad donde poder satisfacer los menesteres naturales, á lo menos los de menor cuantía. Pues bien, cuando el hombre se acerca (y digo el hombre, porque para las mugeres no sirven) á satisfacer la necesidad que se supone, allí mismo en el interior de la columna, en el hueco que sirve de depósito á las sustancias *mictosas* (perdido me he visto para decirlo en latin), allí se estrella el hombre con anuncios: ¡y qué anuncios! Por ejemplo, el «*Point de maladies secretttes*» del doctor *Albert*,» porque sépase de paso que el doctor *Albert* debe haberse propuesto que en el centro de París, en las calles intermedias de París, en los arraba-

des de París, en las afueras de París, y á las 15 leguas en circunferencia de París, sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el doctor *Albert* y con sus *maladies secretttes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase pues si la anuncialidad *usque ad satieta-tem* es ó nó cualidad *nacional* de nuestros vecinos.

La casa de Fieschi.

¡Miseria humana! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con interés per la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida* como llamó estos dias pasados el mentecato marqués de *Boyssi* en la cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca espresion tan interesantes debates ha producido en la cámara de allá y en las cortes de acá.

Por mi parte sé decir que tan luego como nos vimos en el boulevard del Templo pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi*; curiosidad que me avivaba mas la que por su parte Tirabeque mostraba tambien. Pregunté, y nos la enseñaron. «Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina. —¿Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana?—La misma; ella es la mas humilde de todo el boulevard; ¿veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno?—En efecto.—Pues bien, en el mas alto

vivia el regicida, allí colocó la máquina infernal: venid un poco mas acá...; estais en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al Rey: vos, monsieur (dirigiéndose á Tirabette), pisais la piedra que enrojeció la sangre de dos valientes oficiales.... «Dió Pelegrin un salto súbito hácia atras, miró á la ventana de Fieschi, y el color blanco de su rostro indicaba temer que volviera á asomar por allí otra máquina infernal.—Ah, no temais; creo que vos no pertenecereis á la familia reinante.—No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe.—Vos sois extranjero.—Para servir á vd., señor monsieur; soy español.—Entonces....yo os pido perdon, no podeis ser amigo de Luis Felipe: ¿cómo recibisteis el atentado de Fieschi?—El atentado de Fieschi... (señor, vámonos, que este me huele á espía), figúrese vd., fué una cosa horrorosa.—En España, sean las que quieran las quejas que tengamos del gobierno del Rey de los franceses, le dije yo, aborrecemos el regicidio tanto ó mas que se puede aborrecer aqui. Y guárdeos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.

Plaza de la Concordia.

Estoy colocado en el parage mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo París correspondiera á este sitio, París debería ser la capital del Orbe. Desde aqui estoy viendo las fachadas discordantes pero magestuosas del pa-

lacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. A mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena, veo el suntuoso pórtico de la Cámara de los diputados; á mi izquierda, á lo lejos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo de la Magdalena. Convirtiéndome hácia el oeste, y estendiendo la vista por los Campos Eliseos alcanzo á ver á su extremo el famoso Arco de Triunfo de la Estrella, la mas soberbia obra monumental que tiene París. Todo es magnífico lo que me rodea, todo es régio; bello y sorprendente es todo. Asomado el rey de los franceses á uno de los balcones céntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas apropósito para despertar el orgullo de la Magestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los Reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 pies de alto y de 500 mil libras de peso que tengo junto á mí. Repaso sus geroglíficos; quisiera leer los nombres de Rhamcés y de Sesostris, y los versos que refieren sus trabajos y contienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho transportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 1580

años antes de la era cristiana; y mas que la osadía del pensamiento y que las dificultades de la ejecucion admiro la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede menos de ser respetado por todas las revoluciones cualesquiera que ellas sean. ¡Ingeniosa destreza, propia de la capacidad del actual monarca de la Francia! ¡Inventar un medio de dominar las revoluciones en lo material como parece proponérselo en lo formal!

Me hallo en medio de un contorno octógono, que solo por esto, faltando á la propiedad, se puede llamar *Plaza*. Un terraplen bordado de candelabros ocupa su centro. A mis cuatro ángulos tengo cuatro esfinges de granito; veinte columnas rostrales que sostienen otras tantas linternas de gas circundan la plaza, y otros veinte candelabros mas pequeños constituyen otro círculo concéntrico. A cada lado del obelisco hay dos fuentes colosales, cuyo único defecto, asi como el de las columnas y candelabros, es el de estar escesivamente recargadas de oro. Numerosos grupos de estatuas alegóricas rodean estas fuentes. Estoy entre Tritones y Nereidas, entre los Genios de la Navegacion, de la Astronomía y del Comercio, entre el Oceano y el Mediterráneo, entre la pesca de las perlas y de los corales, entre la recoleccion de los cereales y de las frutas, entre pám-

panos y flores, que todo esto representan los graciosos grupos que á la vista tengo.

Veamos qué representan estas otras ocho estatuas colosales que descansan sobre estos dos elegantes pavellones que están de los dos lados de cada puente. ¡Ah! La Guia lo dice; son los emblemas de las ocho ciudades principales de Francia. Esta es la populosa *Lyon*, sentada entre dos urnas de las cuales se escapan el Ródano y el Saona. Sobre su cabeza coronada de hojas de viña descansa una almenada torre. Su brazo derecho reposa sobre un canastillo lleno de ovillos y lanzaderas; en su derecha tiene una madeja de seda, y con su izquierda sostiene un caducéo: símbolos de la industria de aquella ciudad fabril. He aquí su vecina *Marsella*, coronada de pámpanos y espigas, en una mano tiene un timon y en la otra una rama de olivo cargada de fruto; ella descansa sobre un trozo de mármol de donde arrancan una proa y una popa de navio. ¿Quién será esta cuya erguida cabeza ciñe una corona de laurel, que con su derecha sostiene un gobernalle, y cuya izquierda fuertemente apretada se apoya sobre la culata de un cañon? Ah! es *Brest*... Pero aquí se me acerca un hombre; ¿qué me querrá decir?

«Perdonad, caballero: ¿sabreis decirme lo que significan estas dos figuras de aspecto fiero y belicoso que con las espadas en la mano parece estar desafiando al enemigo? Os he visto con la Guia en la mano, y me he tomado la libertad de

acercarme á preguntaros.—Tendré una complacencia, le respondí, en poder satisfaceros. Consultemos la Guía. Sí: son las dos ciudades guerreras y fronterizas *Lille* y *Strasbourg*.—Oh! me alegro no haberme engañado: me pareció reconocer á mi ciudad natal.—¿Sois de alguna de ellas?—Sí, de *Strasbourg*. Perdonad; vos mostrais ser extranjero.—En efecto, no os habeis equivocado tampoco.—Perdonad, ¿sois italiano?—No.—¿Inglés?—Tampoco; soy español (1).—¡Oh, español! Tengo un placer en ello. Yo amo mucho los españoles.—¿Habeis estado por acaso en España?—Perdonad; no he estado; pero tengo una idea muy ventajosa de aquel pais, y vuestro amable caracter me hace confirmarme en ella.—Ah! perdonad, vos sois demasiado bueno: pero mostrais no conocernos mucho, porque los españoles no amamos las lisonjas.—Ah! yo os pido mil veces perdon: con eso me interesais mas. Muy solo venis.—Sí en verdad, hoy he salido solo.—¿Os habeis acercado á ver el Arco de la Estrella?—Todavía no.—

(1) Tenga por cierto, seguro é infalible todo español, que lo primero que le preguntarán en Francia es, si es italiano, en seguida si es inglés. En Holanda y Prusia le preguntarán si es italiano, si es inglés, si es belga, si es polaco, si es americano: lo último que se les ocurre preguntar es, si es español. Algunas corajinas me tiene costadas esta posposicion en las interrogaciones de averiguacion de patria.

Si gustais, os acompañaré de buena gana.—Con mucho gusto.»

Así lo hicimos. Mientras íbamos marchando por los Campos Eliseos adelante, la conversacion de los dos amigos improvisados giraba alternativamente sobre las costumbres de una y otra nacion y sobre las bellezas respectivas de sus capitales, contrayéndola tambien á veces á la situacion individual de cada uno.—Perdonad mi atrevimiento, me decia: vos sereis acaso emigrado.—No ciertamente.—Yo os pido que me disimuleis: como los españoles sois tan amantes de la emigracion....!—Yo he venido, le dije, solamente por recreo, ó si quereis, por instruccion y curiosidad, por conocer el pais.—¡Oh! diablo! ¡Tambien los españoles viajais por recreo y por instruccion! Yo creia que los españoles viajábais solo por emigracion. Y pues sois tan nuevo en París; aconsejoos mucho cuidado en la eleccion de hotel. ¿En qué hotel vivís, si me es permitida la libertad de haceros esta pregunta?—En el de *** las tres estrellas.—¡Oh! soy muy contento de ello. Allí está un amigo mio: ¿puedo saber el número de vuestra habitacion?—El 10.—Ah! yo tendré el honor de pasar á ofrecér mis respetos al amable habitador del número 10.—Sentiré que os tomeis esa molestia.—Al contrario, tendré en ello un placer inesplicable.»

Admirábame mucho á mi Fr. Gerundio la estremada obsequiosidad de mi casual compañero,

lo cual subió considerablemente de punto al llegar al arco triunfal de la Estrella. «Hé aquí, me dijo, un monumento digno de los triunfos de Napoleón: él es el mas sólido, el mas colosal que haya jamas existido.» En efecto esta obra soberbia, comenzada por Napoleón y concluida por Luis Felipe, no rinde parias á ninguna de cuantas pudieron erigir en este género los orgullosos romanos. Cerca de diez millones de francos (cuarenta millones de reales) se han invertido en la construcción de este arco prodigioso. Admirables grupos de relieves decoran cada una de sus fachadas. En la de la derecha está representada la partida del ejército en 1792: el Genio de la guerra, de estatura colosal, llama la nación á las armas, y guerreros de diferentes edades y uniformes se preparan á combatir. La de la izquierda representa el triunfo de Napoleón, coronado por la victoria, en 1810. Sobre él está la Fama proclamando sus victorias, que la historia va anotando en su gran libro de registro, á sus pies están las ciudades conquistadas. Al lado opuesto se ve la resistencia de la Francia en 1814: un jóven combate esforzadamente por su esposa, sus hijos y su padre: detras de él un guerrero cae de su caballo, herido de muerte, y el Genio del porvenir le alienta á pelear. A la izquierda de esta fachada se presenta la paz de 1815: un guerrero está embainando su espada: otro de mas edad se ocupa con un toro en los trabajos de la Agricultura; una

mujer y sus hijos están sentados á sus pies, y Minerva coronada de laureles les dispensa su proteccion. Aqui la batalla de Aboukir y la derrota de Mustafa-Pacha con un grupo de turcos: allí la toma de Alejandria con el retrato de Kleber, obra maestra de escultura. Acá las batallas de Austerlitz y de Jemmapes: allá los diputados de la nacion al rededor del altar del pais dando las banderas á los guerreros. ¡Admirable animacion de grupos, y magnífica perspectiva de cuadro, la mas grandiosa que acaso se haya ejecutado en piedra! Debajo del grande arco se leen los nombres de 96 victorias, y los de los generales que en ellas ganaron fama y prez; entre todos 384.

«En este catálogo reconocereis muchos nombres españoles, me decia el compañero de Strasburgo. —En efecto, respondí; pero este es el catálogo de las victorias: el de las derrotas no le habreis visto quizá: pues aun es mas numeroso en lo relativo á España.—Ese no le he visto.—Verdad es que no habeis estado en España, segun me digísteis poco há.» El silencio fué la única respuesta que me dió. «Subamos, me dijo despues, por la escalera interior, y gozareis de uno de los mas bellos puntos de vista que tiene París.» Era de ver á mi obsequioso sócio llevar en propia mano para subir la oscura escalera un farolito, que no permitió llevarse el viejo soldado de Napoleon que está de guardian del monumento. Gozamos en efecto de la bella, y grandiosa perspectiva que desde la ancha azo-

téa del arco se disfruta. Al bajar se me adelantó á satisfacer el medio franco que se paga por cada paraguas ó baston que se deja en la porteria. Sorprendíame tanta fineza de parte del incógnito. «Ahora iremos, añadió, si gustais, á dar un paseo por estas afueras, y vereis las deliciosas campiñas de *Neuilli*.—Perdonad, le contesté: os complaceria de buena gana, pero no me es posible porque tengo que hacer á la una, y solo falta un cuarto de hora.—Ah! yo os ruego que me acompañeis á dar este paseo, que estoy seguro os agradará.—Y yo os suplico me dispenseis, porque ahora me es imposible.—Yo os aconsejo que no dejéis de aprovechar esta ocasion para gozar de las delicias de este campo. El dia está bueno; vos no debéis regresar sin ver los frondosos bosques de *Neuilli*.

Me costó trabajo poderme evadir de sus apremiantes instancias. Entonces él viendo mi resolucion irrevocable, «pues bien, me dijo, ya que ahora tenga la desgracia de no poder gozar por mas tiempo de vuestra encantadora compañía, mañana tendré el honor de iros á buscar á vuestro hotel de *** las tres estrellas, y de acompañaros á ver las cosas notables de París. ¿Será buena hora las once?—A las once ya habré salido yo.—Iré á las diez..... á las nueve, á la hora que gustéis, todas son buenas para mí; mi deseo es complaceros y acompañaros.»

Aconsejoos, amados hermanos míos, que si vais á París, os guardéis de estos obsequiosos y finos

cicerones contradizos, que se acercan con estudiado candor al extranjero y le hablan y preguntan con aire de sencillez, y concluyen espontáneamente á hacer todos los buenos oficios que conocen les habrá de agradecer más un extranjero incauto. Guardáos de ellos, os digo, si no quereis ser desplumados en las afueras de Neuilly ó en otras extraviadas vias, donde os sacarán so pretexto de enseñaros tal paseo delicioso ó tal edificio estra-muros. Y guardáos de darles vuestro nombre y las señas de vuestro alojamiento, porque sinó contad de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos socios improvisados. El mio se felicita todavia de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de Neuilly, y de haberle dado las señas de un hotel..... que no existe en París. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

Tirabeque en la Cámara de los Diputados.

Hé aqui una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no habia soñado nunca, verse él en la cámara de los diputados de Francia. Asi suceden al hombre cosas que no habia pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyect la construccion de un peristilo cuya magnificencia anunciára por la par-

te del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de 37 años habian de entrar por allí Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

Al pie de una soberbia escalera de piedra de 100 pies de larga, se ven dos estatuas de Témis y de Minerva. Poco mas arriba sentadas en sillas curules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantes que reproducen las imagines de Sully, de Colbert, y de los Cancilleres de l' Hopital y d' Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 pies de longitud adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. A su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

«¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, páreceme gente mas decente y de mas forma que la que hay á la entrada de las cortes de allá.—Y no solo de mas forma, Pelegrin, sino tambien de mas materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida mientras las del pórtico de nuestro Congreso me contentára yo con que fuesen de mediano estuco.—Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las Cortes?

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digresioncilla hácia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario que era de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en córtes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecía. Yo he visto la Justicia denegrida y sin espada ni balanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza, la Fortaleza sin manos, el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior, y la España mutilada y rotas sus vestiduras: no eran unas Virtudes sólidas: eran una materia floja y quebradiza, y solo tenían de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado armazon de un edificio que retrata el estado de una nacion que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenían sus paredes y sus bóvedas, símbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para trepar á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la ma-

nera que afean el cuadro de nuestra situacion y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interés y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley proclamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡Ah! ya que por ahora los legisladores hayan creido necesario derribar, derríbese cuanto antes, y ocúpense luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislacion, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y lo moral.

Ahora entremos con Tirabequé en la Cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos. «Señor, me decia Pelegrin, este tiene trazas de Presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto.—No lo creas, hombre, será el conserge.—¿Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones?—Dignáos tomaros la molestia de seguirme.

En el primer departamento se veia el retrato del Rey, rodeado de los del general Foy, de Casimiro Perier, de Mirabeau y de Bailli, «He aqui (nos dijo el venerable conserge al entrar en otro salon) aqui es donde se recibe al Rey: estas estátuas representan el Océano, el Mediterráneo, el Garona, el Ródano y el Saona.—Pues no le faltará hume-

dad al amigo cuando éntre, dijo Pelegrin. En España es mas seco el recibimiento.—Aquí teneis la sala de conferencias.—Magnífica y bella es por vida mia, dije yo.—Diga vd., buen amigo, preguntó Tirabeque: ¿y aquí es menester tambien tocar la campana para llamar á votar á los diputados cuando se quedan los bancos desiertos por estarse en conversacion y fumando cigarros en la sala?—¡Ah! perdonad, contestó nuestro guia; yo no puedo satisfaceros á esa pregunta.

Vése en aquel salon el retrato de Enrique IV con una inscripcion que dice:

«La violente amour
que j' aporte á mes sujets
m' á fait trouver tout
aisé et honorable.»

«El amor que hácia mis súbditos me arrastra con violencia, me ha hecho hallarlo todo honroso y fácil.»

En el testero de la sala hay dos estátuas doradas con una banda en que se lee: «*El 22 de enero,*» y debajo: «*Napoleon en el cuerpo legislativo.*» En la parte superior se conservan una porcion de banderas; la mas desplegada era una española en que se leia: «*Fernando VII: Voluntarios de.....*» Lo demas se ocultaba en los pliegues. Pregunté, y el conductor no supo darme razón. Le hice una indicacion de que me permitiese desenvolverla;

él indicó también no estar muy dispuesto á ello; callé, la eché una mirada de sentimiento pátrio, me puse á examinar los cuadros de la Muerte de Sócrates, y la minoridad de Luis XIV.» y á la voz de: «entremos en el salon de las sesiones si gustais,» hubimos de seguir en silencio á nuestro conductor, no sin lanzar otra mirada á la bandera española.

La sala de sesiones es de forma semicircular, ó mas propiamente de la figura de una concha, pequeña y muy recogida, á propósito para poder hacerse oír el orador de mas débiles pulmones: los bancos estan en gradería, ó sea en forma de anfiteatro; al respaldo de cada asiento está escrito el nombre del diputado que le ocupa: los cuatro bancos mas bajos y mas cortos son los de los ministros: en la parte estrecha del hemiciclo está colocada en alto la silla de la presidencia; debajo de ésta la tribuna del orador; en rededor de la parte ancha del semicírculo las tribunas públicas y reservadas; el salon recibe la luz por el techo. Un magnífico y admirable cuadro obra de *Mr. Cour*, llena la pared del testero. Representa la apertura de la sesion regia abierta por Luis Felipe en 1830, y el juramento de la Carta. Encima se lee: «*Charte de 1830.*» Todos los personajes de este bellissimo y sublime cuadro son retratos sacados del natural. «Ved allí al Rey, nos decia nuestro conductor, rodeado de la familia real: allí teneis á Benjamin Constant; aquel es *Mr. Guizot*: ved á Dupont de

l' Heure : allí está Molé : aquel del pantalon blanco es Mr. de Montalivet..—¡Oh! Guizot y Molé! esclamó Tirabeque, ¡buen par de pájaros!—¡Oh diablo! repuso el guia: perdonad, señor estrangero: vos no debéis haber comprendido: estos no son pájaros, que son hombres: sin duda no mirais donde yo os señalo.—Si señor, si, allí miro, sino que en España á los hombres que son como Guizot y Molé los llamamos *pájaros*.—¿Y porqué asi?—Nada, por que vuelan mucho con la imaginacion (*aparte*: á estos pájaros me habian de dejar á mi cortarles el vuelo).—¡Oh diablo! yo no lo sabia: ¿con que los llaman *pájaros*?—Si señor, pájaros, ó por mejor decir pajarracos.—¿Cómo, señor? *pacarácos*?—Si, monsiur, pajarracos.—¡Oh, que diablo de rareza!» y reia el anciano como un niño.

A la izquierda del gran cuadro se lee en grandes letras de oro: «LIBERTAD», y á la derecha: «ORDEN PUBLICO.» Debajo de la tribuna del orador hay un medallon con un busto de dos caras.—Oiga vd. monsiur; preguntó Tirabeque; ¿este hombre de dos caras que está aquí es tambien el retrato de Luis Felipe?—Oh! perdonad; ¿no veis que no se parece en nada al de arriba? es el busto del Dios Jano; leed á la izquierda: «*Pasado*»: ahora leed á la derecha: «*Porvenir*.»—¿Y qué quiere decir eso?—Oh! esto significa que los legisladores para resolver con acierto deben mirar á lo pasado y al porvenir.—Pues allá, dijo Tirabeque, por lo general no se trata mas que de ver como se sale del dia.

Dímonos en seguida á recorrer algunos bancos, y Tirabeque, tomándose una confianza como si la cámara de los legisladores franceses fuese su propia celda, se iba sentando en los sillones que mas en antojo le venian: y ¡oh misterioso instinto de las asentaderas de mi lego! Precisamente los diputados que despues en las sesiones de 10 de marzo último y de 6 del presente mes de abril se han explicado mas en favor de España, *Mauguin, Berville, Durant de Romorantiu, Glais Bizoin, Billaud, Odilon Barrot*, son cabalmente los que ocupan los asientos en que descansó momentáneamente mi Pelegrin. — ¿Lo ve vd., señor? me ha dicho lleno de júbilo cada vez que hemos leído ó recordado alguna de estas sesiones: una de dos, mi amo; ó yo tengo mucho instinto para conocer los diputados franceses que son buenos, ó yo dejé aquellos asientos impregnados de españolismo: ¡Vivan los diputados que se sientan donde estube sentado yo!—Sí, pero recuerda que tambien te sentaste en los destinados á Soult y Guizot.—Es que en aquellos, mi amo, me senté con mal fin, y vd. me disimulará que no le explique, porque hartó le penetrará vd.

Yo le reprendí entonces la libertad que se tomaba, no tanto por privarle de aquel gusto, cuanto por acreditar á nuestro buen anciano que reconocia estar abusando de su condescendencia. Ya íbamos á salir cuando le ocurrió á Tirabeque dirigirle de nuevo la palabra. «Diga vd., señor presidente,

ó secretario, ó lo que vd. sea: ¿y aqui en este salon se gasta tanto tiempo en fruslerías como allá en España?—¡Ah, perdonadme; ya os he dicho que no me es posible contestar á esas preguntas.—Pues vaya otra, aunque vd. perdone; como soy extranjero quisiera informarme de todo. ¿Y aqui se suelen pasar legislaturas enteras sin tratarse de los presupuestos del año como allá?—¡Oh! vos me haceis unas preguntas.....!—¿Y por esta tierra se interpela todos los dias por cualquier cosilla?—Pelegrin, le dije, no molestes á este caballero con preguntas de que prudentemente quiere huir. Yo os suplico tengais la bondad de dispensar las impertinencias á que conduce á este mi compatriota un exceso de curiosidad. Yo os doy las gracias por la amabilidad que habeis usado con nosotros y tengo el honor de saludaros.—Gracias, señor, yo os doy mil veces las gracias.»

Y nos despedimos.—«Señor, me preguntó luego Tirabeque; ¿por qué daba tan rendidamente las gracias ese hombre, cuando éramos nosotros los que se las debiamos dar á él?—Sin duda por los dos francos que le dejé en la mano.—Mire vd... ¿Con que tomó tambien los franquitos? Y le tenia yo por el presidente de la Cámara?—Yo tanto como eso nó, pero algo me temia ofender en ello la delicadeza de tan decente y respetable persona: mas he visto con satisfaccion que he tenido la fortuna de no resentir en lo mas mínimo su amor propio.—Vaya, vaya, mi amo: está visto que los

amores propios de aquí son muy duros, y no se resienten á dos por tres, aunque les den de firme.

La tumba de Napoleon.

Nueve meses hacía poco mas ó menos que se habian depositado las cenizas de Napoleon en la iglesia del cuartel de los inválidos, y otro tanto iba que yo habia ejercitado mi gerundiana péñola en la descripcion de un suceso acaecido en el acto de las exéquias fúnebres (1). Natural era pues mi deseo de visitar personalmente el sepulcro del grande hombre.

Ya le estoy viendo..... Dejarme; yo quiero que mis ojos se harten de mirar este féretro insigne: contemplen vds. entretanto, si gustan (les decia yo á los que me acompañaban) las grandezas de este templo, obra maestra de la arquitectura francesa; yo no quiero ver mas que este sarcófago, este depósito precioso de los restos del mas grande mortal de los modernos siglos. ¡Cuántas águilas! ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos trofeos de gloria anuncian á la entrada de la capilla el inanimado tesoro que encierra! Ya veo la urna cineraria. La espada de las mil victorias, el sombrero que cubria aquella cabeza privilegiada reposan sobre la tumba del héroe. El negro pabellon recamado de estrellas de oro que

(1) Capillada 313 del 29 de Diciembre de 1840, tomo 21 pag. 119

cubre sus paredes, la luz de las lámparas que alumbran aquella mansion lúgubre, todo convida á la contemplacion y al recogimiento religioso. Mi imaginacion quiso abarcar las glorias del ilustre difunto, y se paró asombrada, y no acertó á salir del estrecho recinto que servia de pábulo insaciante á los ojos. Solo un pensamiento de orgullo patrio se atrevió á asaltarme en aquellos momentos: «¡y á este hombre! decia yo, ¡y á este hombre le humilló la España! ¡Oh! parece imposible, y sin embargo es cierto que le humilló!» Y no era extraño que á mí me pareciese imposible cuando á él mismo le habia parecido tambien.

La tumba de Napoleon gozará siempre de un privilegio que no han podido alcanzar las de todos los demas grandes hombres, el de no necesitar de incripcion alguna que indique quién es el mortal que en ella descansa. En aquel mismo templo en una de las capillas laterales se halla entre otros el sepulcro de mármol del mariscal de Turena. Solo su nombre se vé gravado sobre su tumba: él solo puede espresar por sí mismo toda su gloria. Pero al fin ha habido necesidad de inscribir un nombre. ¿Será necesario jamás escribir el nombre de Napoleon sobre su sepulcro? Por muchos siglos que corran, ¿quién se llegará al templo de los Inválidos que necesite leer: «esta es la tumba de Napoleon?» Ni aun pudiera aplicársele el famoso epitafio del grande Alejandro:

«Sufficit hic túmulus cui non suffecerat orbis.»

«Basta ahora este túmulo á quien no habia bastado el orbe entero.»

Pues ni aquel túmulo basta á Napoleon: es pequeño todavia para hombre tan grande. Aquél que hasta ahora está en una de las capillas colaterales de la iglesia) es provisional: el sitio destinado para otro monumento mas grandioso, mas digno todavia del héroe, es el punto céntrico del templo. Yo ví en la esposicion de la Academia de Nobles Artes los innumerables modelos ó proyectos presentados por los artistas mas distinguidos: el de M. Vizconti parece que es el que ha merecido la preferencia: la gloria de Mr. Vizconti se eternizará con la de Napoleon. He aqui otro privilegio de los grandes hombres, arrastrar tras su gloria la gloria de los artistas.

Cuando Tirabeque se acercó á la capilla de la tumba, se arrodilló, se persignó, y se puso á rezar muy fervoroso.—«¿A quién rezas, hombre? le pregunté.—Señor, me respondió, rezo *al santo sepulcro*.—No me admira, le dije riéndome, porque verdaderamente esto inspira una devocion religiosa tanto como una admiracion profana. Y bien, ¿qué es lo que pides en tus oraciones? Supongo que pedirás á Dios la gloria para Napoleon.—No señor, Napoleon bastante gloria tiene ya. Pido á su divina magestad que nos haga la merced de enviar á España siquiera un medio Napoleon..... pero ha de ser español, mi amo, sinó no le quiero: para ver si llegamos algun dia á ser algo, porque

de otro modo...—Eso ya es otra cosa: en ese sentido reza cuanto quieras; lo peor será que pidas sin fruto.—Tál me temo yo, señor, porque ya otras veces le he pedido á Dios lo mismo, y hasta ahora no le he merecido contestacion, pero en fin en rezar poco es lo que se pierde. «Padre nuestro.....

Los inválidos,

Concluida la oracion de Tirabeque, nos dirigimos á la parte del edificio destinada para asilo de los guerreros inutilizados en campaña. Nada diré de la grandeza material del *Hotel Royal des Invalides*, de aquel vasto recinto, refugio del valor, de la gloria y de la desgracia; ni de la estátua ecuestre de Luis XIV que descansa sobre el grande arco adornado de trofeos militares de la entrada principal, ni de las estátuas de las naciones vencidas, ni de las columnas jónicas, ni de las arcadas, ni del famoso cuadrante sostenido por el Tiempo y el Estudio, ni de los planos en relieve de las principales plazas y ciudades de Francia, ni de otras cien obras de escultura que le adornan. Hablaré solo de aquellos cuatro ó cinco mil veteranos, cuyos mutilados miembros y antiguas cicatrices, junto con las cruces de honor que ostentan en sus pechos, inspiran veneracion y respeto hácia los valientes que se sacrificaron por su patria, y que por merecido premio de su valor y sus virtudes disfrutan ahora de los consuelos que un go-

bierno sabio y compensador ha sabido proporcionarles dentro de aquel grandioso edificio.

Entre ellos hay todavía muchos soldados del Imperio. Con noticia de que éramos españoles se llamó á uno que habia perdido un brazo en la batalla de Talavera. Este antiguo guerrero manifestó mucho placer en ver á dos naturales de un país que habia sido el teatro principal de sus campañas, de sus glorias y de sus infortunios. Se complacia en hablarnos en mal chapurrado español, y nos acompañó en la visita de los dormitorios y de los comedores. Era la hora de comer, y esto nos proporcionó el gusto de poder atestiguar el buen trato que reciben en aquel establecimiento. Comian de cuatro en cuatro en cada mesa. El aséo en el servicio competía con el aséo en el vestir.—«¿Y como están vds. ahora en España en punto á este ramo? no preguntó el veterano.—A pedir de boca, le contestó Tirabeque.—Mucho me alegro, replicó el francés.—Es que no crea vd., añadió Pelegrin, que este *pedir de boca* significa hoy dia lo mismo que cuando vd. estuvo en España. Ahora significa que los inutilizados en la guerra andan de puerta en puerta *pidiendo* que llevar á la boca.—¿Será posible? ¿Pues no hay todavía en España ningun cuartel de asilo para los inválidos?»

Entonces tomé yo la palabra y le dije: «sí, ya le hay: en Madrid, en el que fue convento de Atocha, ha fundado uno el ilustre duque de Zaragoza, general Palafox.—¡Oh! ¿vive todavía el

general Palafox?—Vive, sí; á su celo se debe la creacion y el sosten de aquel establecimiento.— ¡Oh, el general Palafox! Zaragoza, Zaragoza! También estube yo allí. ¡Oh, monsiur Palafox era un general digno del emperador. ¿Y hay tantos inválidos en aquel hotel como aqui?—Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos.—Muy bien; hay casi tantos como aqui.—Es que son cuatro mil quinientos de diferencia.—¡Diablol Eso es muy distinto. Y estarán bien sostenidos por el Estado.—Si, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioncillas en los teatros y en los liceos á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro poco de allí van saliendo del dia los pobrecitos.—Oh! eso es una iniquidad, es una abominacion de la parte de vuestro gobierno.—¡Ah! dije yo para mí: no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rato que dan á un español amante de su pais estos recuerdos y estas comparaciones!

Un antiguo oficial nos condujo despues á las cocinas, y en seguida nos enseñó.... lo que á Tirabeque le causó una esplicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mi no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los gefes y oficiales del establecimiento; toda la vajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas,

salseras, palilleros y todos los demas utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! Creo que esto bastará por sí solo para escusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de París.

Otra cosa sin embargo no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entonces y padezca ahora el amor patrio, la cual no me fué menos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las 9 hasta las 3, para instruccion, entretenimiento y recreo de los.... iba á decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España. —Señor, vámonos de aquí cuanto antes, añadia, porque se me están representando los defensores de nuestra patria pidiendo limosna por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decirselo á estos hombres por desahogarme, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.»

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de Inválidos*.

Las Tullerías por dentro.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarme un rato por su casa y á registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtube el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en París; pero obtube el del intendente de palacio, y *ce m' etait egal...*

Entro pues por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelógramo ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran berja de hierro, que da entrada á un patio dentro del cual pueden manio-
brar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al Palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de diciembre del año 1800 aquella espantosa *máquina infernal* que se descargó contra Napoleon al tiempo que se dirigia á la ópera, siendo primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que despues fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al palacio de Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de agosto de 1792. Los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores fueron cubiertos con piedras sobre cada una de las cuales se escribió «10 de agosto.» Bonaparte hizo borrar despues estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estubieron.

Sobre el *arco de Triunfo* hay una estatua de

la Restauracion, en bronce, tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto, y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos políticos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Antes habia en el arco unos bajos relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco estensos é irregulares cuerpos de que se compone el palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolucion española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan; no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundidos; cada profesor parece que ha hecho estudio de seguir el sistema opuesto al de su antecesor, y que la obra ha sido dirigida por un espíritu de antipatía y de contradiccion, viniendo á resultar un todo heterogéneo, irregular, feo y desagradable.

Asi me decia, á mi Fr. Gerundio, un diplomático español que me acompañaba, y cuyo sistema gubernamental aun no ha sido ensayado.—«Verdad es, le digo, pero hay una diferencia de nuestros gobernantes á estos arquitectos; y es que estos en medio de la ninguna armonia de sus sistemas, al fin cada uno siguió el suyo, cada uno edificó algo, y

resultó un todo, si bien imperfecto y discordante, pero vasto, cómodo y anchuroso para la vivienda de un gran monarca; mientras los nuestros ó no han tenido sistema, ó no han edificado nada, ó se han ocupado de destruir lo que habian hecho sus antecesores, y el resultado es que el edificio de nuestra regeneracion no ha podido salir de cimientos.» El diplomático se encogió de hombros, bajó la vista y... «entremos, me dijo, si á vd. le parece.»—Cuando vd. guste, le respondí, y entramos por la puerta de la derecha.

Pero antes de todo no será malo explicar á mis lectores la etimologia y significacion del nombre de *Tullerías*, porque entre ellos los habrá que pueden haberlo olvidado de puro sabido, y los habrá tambien que absolutamente lo ignoren. Para los últimos es este parafillo, los primeros pueden proceder desde luego á la lectura del siguiente.

El terreno que ocupa hoy el palacio de los monarcas de Francia fué en lo antiguo una *tejera* ó *tejas*, *tuilerías* que surtian de tejas á casi todo Paris. Este terreno fué comprado en 1342 por *Dés-sessats* y *Villeroy*, que construyeron en él dos buenas casas con patios y jardines. Andando el tiempo adquirió Francisco I aquellas posesiones por permuta, y sobre las ruinas de aquellas dos casas hizo Catalina de Médicis, mujer de Enrique II, levantar un palacio para los reyes, que con el tiempo y á retazos y añadiduras se fué agrandando hasta lo que es hoy, conservando siempre el humilde nom-

bre de Palacio de las *Tuileries* ó de las *Tejeras*.

Lo primero que ví en el palacio de Luis Felipe fué una *Amaltéa* de plata. Tirabeque que sabía ya desde España lo que significaba la señora Amaltéa, me conmenzó á decir: «Señor, en un palacio donde lo primero que se encuentra son cuernos de plata, y donde la señora *Matea* como yo la llamaba cuando era mas lego que ahora, empieza deramando riqueza, ¿qué tal será lo demas?—Calla, le dije, temiendo que empezára á comprometerme con sus indiscreciones: cuando dimos vista á la escalera principal, ¿no viste en la primera meseta dos estátuas del *Silencio*?—Sí señor.—Pues estas te quisieron decir que aqui lo que se hace es oír, ver y callar.—Es que hablo en español, mi amo.» El diplomático se echó á reir, y entramos en la sala de los *Mariscales*, que ocupa todo el pabellon del centro.

Esta sala está rodeada de retratos en cuerpo entero pintados al óleo de los *Mariscales* de Francia que actualmente existen.—Señor, me preguntó Tirabeque al oido; ¿quién será aquel de la cara de pocos amigos?—*Le voilà*, dijo al mismo tiempo el dependiente que nos guiaba, *le Marechal Soult*.—Ya lo oyes, Pelegrin, el mariscal *Soult*.—¿El compañero de *Guizot*?—El mismo, el actual ministro de la Guerra.—El habia de ser, señor: ¿cómo se ha de portar bien con los españoles un hombre que tiene esa cara de vinagre?—Calla, maldito.—Y para que sea mas bonito le ha hecho el pintor una pier-

na mas larga que otra.—Pues qué, ¿no sabes que el mariscal *Soult* es cojo como tú?—Vaya por Dios, señor : por cuánto no me habia yo de parecer á cosa buena!»—Rodea la sala un balcon sostenido por consolas, y del lado del jardin hay una tribuna sustentada por cariátides ó estátuas en figura de muger.—Pasemos, si gustais, nos dijo nuestro aúlico conductor, *al salon de los Nobles*.

Llamábase antiguamente esta sala *de los guardias*. Cuadros magníficos que representan batallas, marchas militares, triunfos y victorias decoran en derredor este salon. Sigue el llamado *de la Paz*, por una estátua colosal de la *Paz* que le adorna, ademas de los bronces, bustos, preciosos vasos, ricos muebles y soberbia araña que le embellecen. Contigua está la sala *del Trono*, donde el rey recibe los embajadores. La araña que cuelga del medio del techo es de una belleza extraordinaria; cubre sus paredes una finísima tapicería de los Gobelinos; en sus ángulos hay unos candelabros soberbios; en el paffon se vé á la religion protegiendo la Francia.—«Este salon lo reconocerá vd. bien,» le dije á nuestro diplomático.—Algunas veces, me respondió, he tenido la honra de hablar en él al rey.—Pero no habrá vd. tenido la honra de sentarse en su trono, nos dijo á este tiempo Tirabeque.—En verdad que no.—Pues yo sí.—¡Cómo!—Como, vds. lo oyen. Mientras vds. estaban vueltos de espalda con este Monsieur entretenidos en ver uno de estos tapices, yo me fuí acercando, acer-

cando, como que no hacia nada, al sillón, y.... pláf, me senté en él, y me volví á levantar mas listo que un pensamiento. Tengo el honor de haber estado sentado en el trono de Luis Felipe.—Atrevido! ¿Y si te hubiera visto este ujier.....?— Señor, punto en boca no lo oiga el rugier; acuérdesse vd. de las dos estátuas del Silencio: aquí oír, ver y callar.» Trabajo nos costó reprimir la risa, porque no viniera en sospecha ó conocimiento nuestro conductor. Pero ello es que mi Pelegrin tubo el desvergonzado honor de sentarse en el trono de Luis Felipe, cosa que se puede asegurar no le habrá sucedido á otro lego alguno.—Y bien, le decia yo despues que salimos, ¿qué tal encontraste el asiento? —Señor, me respondió, pienso que al revés de Luis Felipe: porqué á mi me pareció que estaba lleno de espinas, y era sin duda el miedo de que me vieran en él el que me picaba, y me estremecí todo, y no deseaba mas que dejarle; y á Luis Felipe debe parecerle muy blando y muy mullido, y su único sentimiento debe ser no poder ir sentado en él al otro mundo.

A la sala del *Trono* sigue la sala del *Consejo*, brillante en dorados, pinturas y esculturas. Sobre una lujosa chimenea hay una magnífica péndola de Lepanto. A la estremidad de los grandes departamentos está la galería de *Diana*. Una oportuna combinacion de espejos dá un brillo y una claridad extraordinaria al gran salon del *Comedor*. Las salas de *Concierto* y del *Billar* son notables por el gusto

y elegancia de sus esquisitos muebles. Detrás de estos departamentos, y á la parte del jardin están las habitaciones del rey: la sala de labor donde el monarca recibe de confianza por la noche, mientras la familia se entretiene modestamente en hacer calceta y otras labores de manos al rededor de una gran mesa redonda cubierta con un paño verde, y las habitaciones de dormir.

Yo me detube á curiosear un poco la *Biblioteca particular* del rey. En los pequeños momentos que nos permitía la viveza ó la prisa de nuestro guia pude atisbar las obras de *Voltaire*, de *Montesquieu*, y de *Racine*: la *Historia de las revoluciones*: un *Tratado del gobierno*, y la *Historia de España*.—P. Fr. Gerundio, me decia nuestro diplomático, no tiene malas obras en que estudiar el hermano Luis Felipe.

—Por parte del estudio, le respondí, no tengo yo cuidado: la dificultad está en las obras.—Eso es lo que digo, que las obras son buenas.—Mi cuidado, le repliqué, no está en las *obras escritas* de los autores, sino en las *obras prácticas* del que las lee. Estas *obras* son las que yo quisiera buenas.»

En la sala de *Consejo*, allí donde tantas veces se habrá decidido la suerte de las naciones, llamó muy particularmente la atencion de Pelegrin un cuadro que está á la izquierda de la entrada. Es un preciosísimo cuadro de perspectiva que representa una comunidad de frailes en refectorio. Es de lo mas acabado en su género que jamás

he visto : las figuras parece que hablan , que se mueven , que comen : Tirabeque se embelesaba contemplando la naturalidad de los legos que servían á la mesa , suscitándole las mas vivas reminiscencias de iguales menestéres en que tantas veces se habria ejercitado. Por otro lado decia : «señor , ¡un refectorio de frailes en una sala de consejo! ¿qué querrá decir esto , mi amo? ¿si querrá significar que los que aqui se juntan á disponer de los reinos y de las naciones son tan egoistas como los frailes , y que todos ellos no cuidan mas que del número uno?

—No creas tal , Pelegrin , le dije , será casualidad no mas.»

No quisimos ser mas molestos , y tomamos el camino de la salida. La *capilla* no tiene cosa alguna notable , igualmente que el *teatro* , aunque lindo y bien compartidas las localidades. El palacio de Tullerías en su conjunto no deja de ser digno del monarca de un gran pueblo , si bien hay otros que aunque no tan vastos reúnen mas bellezas y mejor gusto que aquel.

Los Campos Eliseos.

Señor Píndaro , vd. ha padecido una equivocacion. Señores Homero y Esiodo , siento mucho tener que rectificar á vds. Señor Platon vd. era muy sabio , pero tambien los sabios la yerran. Sr. D. Dionisio el geógrafo , mi ánimo no es

de ofender á vd. pero no puedo menos de decir á vds., señores, que tanto vds. como otros respetables autores que nos han dicho y enseñado, los unos que los *Campos Eliseos* eran un lugar de placer á donde pasaban las almas justas despues de su muerte á gozar de un continuo jolgorio: los otros que estaban en la cuarta division del infierno, los otros que en la luna, los otros que en el centro de la tierra, los otros que en las islas Afortunadas, y los otros que entre Sevilla y Jerez de la Frontera, todos se han equivocado vds. de medio á medio, y dispénsenme vds. que les hable con esta franqueza. Los *Campos Eliseos* están en París, y nadie me lo puede negar porque los he visto yo. Y no solo los he visto, sino que mas de cuatro veces ha paseado mi humanidad reverenda por aquellas larguísimas y frondosas carreteras de árboles que van de la plaza de la Concordia hasta el Arco de la Estrella, y que llaman *Campos Eliseos*.

Si todo es farsa en este mundo, como dice, y creo que con mucho fundamento, el castellano refran, los *Campos Eliseos* de París deben ocupar exactamente el punto céntrico del mundo, porque ellos son el centro de la farsa y el foco de los farsantes *cujusque géneris et speciei*.

Para gozar de lleno del divertido, variado y extravagante espectáculo que ofrecen los *Campos Eliseos* es menester verlos ó en una noche apacible de verano ó en una mañana despejada de

otoño. Si es de noche, le dan nuevo realce y contribuyen á aumentar la ilusion los innumerables faroles nacionales de gás que iluminan el paseo en toda su larga estension, los infinitos otros farolillos de propiedad particular que alumbran la mesa ó tienda de cada farsante, y las inenarrables aventurillas nocturnas que *ab utroque latere* tienen lugar como puede suponer el curioso lector. Si es de dia, se disfruta al mismo tiempo de la animacion que da al espectáculo el paso continuo de toda clase de carruajes de lujo, los elegantes que concurren con el objeto de lucir sus cuerpos y sus caballos, y los cochecitos tirados por cuatro ó seis cabras con sus competentes arreos y penachos de color en que se pasean los niños por el módico alquiler de diez ó doce sous por cada vuelta. Todo farsa.

— Pero esta es la parte mas insignificante de aquellos nuevos *campos de Farsalia*. Es de ver el enjambre de titiriteros, saltimbanquis, charlatanes, embaidores y farsantes de todas las especies, castas y raléas conocidas que pueblan aquel dilatado paseo. Aquí un corrillo de curiosos admirando embaucados la destreza de un jugador de cubiletes; allí otro corro entretenido con las gracias de un polichinela; allá un numeroso auditorio embelesado con la parodia de un vaudeville; mas adelante un estenso círculo estasiado con los esperimentos de una máquina eléctrica; al lado una turba de muchachos regocijados con las habilidades de un perrito; acá un

grupo recreándose en ver los juegos de fuerzas de los Alcides; en seguida una rueda de gentes al rededor de la rueda de la fortuna; alli inmediato una muchedumbre rodeada al juego de la bola; y aqui un corro, y alli otro corro, y acá otro corro, y allá otro corro, y mas adelante otro corro, y mas allá otro, porque aqui hay un viejo que convierte las estopas en cintas de colores dentro de la boca, y allí hay un jóven que baila el baile inglés, y acá hay dos niñas de ocho años que tocan dos violines á duo, y allá hay uno que publica sobre una mesa las virtudes de un elixir de larga vida, y mas adelante hay un hombre sin brazos que escribe con la boca como el mejor pendolista, y mas allá hay otro que se mete en el pecho una culebra domesticada, y á la izquierda hay un ventrílocuo, y á la derecha una muger bailando en la cuerda floja al son de un organillo.

De trecho en trecho están los teatros portátiles, especie de cajones destinados á las representaciones escénicas de dos gatos, ó de un gato y un mono, con sus correspondientes rótulos á la portada que dicen: *Gran teatro de Regnault*, *Gran teatro de Mr. Lambier*, etc. Y de cuando en cuando suele oirse, como oí yo, á uno de estos empresarios de teatros decir con mucha gravedad: «¿qué valen las representaciones de *Mr. Lambier*, ni las de *Mr. Fouccard*? ¿qué vale el gato de *Mr. Moulins* comparado con el mio? Mirad qué bien vestido le tengo; venid á ver sus habilidades.»

Aquí los juegos de caballos, allí el juego de la paloma, acá el de las bochas, allá el de la cerbatana, y aquí y allá y por todas partes se oyen los disparos de los que se ejercitan en tirar al blanco á cuatro sueldos el tiro. En los *Campos Elíseos* está el *Circo Olímpico nacional* dirigido por Franconi (que de paso sea dicho es uno de los locales de espectáculo mas bellos y mas grandiosos que tiene París); allí se encuentran los salones de baile titulados de *Marte* y de *Flora*: allí el *Diorama nacional* en que se representa *el gran incendio de Moscow*; allí el *Navalonama*, en que se ve la isla de Santa Elena y el acto de salir las embarcaciones surcando los mares con las cenizas de Napoleón: allí el *Cosmorama*, y el *Neorama*, y el *Panorama*, y todos los acabados en *rama*, y todo lo que pertenece al *ramo* de la farsa escénica y de la titiritaina y del émbaucamiento, aumentando con la vocinglería de los charlatanes vendedores de estampas y de libros, que con uno en la mano levantando el brazo y enseñándole á los concurrentes, «hé aquí, dicen, el libro misterioso que se encontró debajo de las murallas de la gran ciudad del Cairo cuando fué conquistada por el gran Napoleón; él ha sido traducido de oculto por el hombre mas sabio de la Francia y no ha quedado ya mas que este ejemplar que es muy rebuscado; el que no quiera quedarse sin este libro precioso, que se apresure, porque me le están arrebatando de las manos: en

diez sueldos le doy.» Y bien puede darle en diez sueldos, y aun en uno, porque son unos cuentos tontos para entretenimiento de niños, que nadie ha podido tener paciencia de leer enteros jamás.

Y á este simil son tantas las farsas y las extravagancias que se ven en los Campos Elíseos en cualquier noche apacible de verano ó en cualquier mañana despejada de otoño ó de primavera, que bien puede decir que tiene la cabeza de bronce el que las primeras veces no salga de allí con el cerebro trastornado.

Todo esto lo ve cualquiera, pero lo que no habrán visto todos es cierto establecimiento de *doscientas figuras de cera* que hay al extremo de los *Campos Elíseos*, á la derecha, ya cerca del arco del Triunfo. Entren vds. conmigo, que no cuesta mas que seis sueldos. Gran cartelon. Un jóven y una jóven (de cera por supuesto) unidos y metidos en un cesto anuncian á la parte exterior de la puerta que por allí se entra al gran establecimiento ceroplástico. El significado de aquella *cópula nefanda*, como llamó uno de nuestros diputados la alianza carlo-cristina, no le pude averiguar. Un enjuto anciano, el hombre-oblea recortado en pergamino que dice nuestro Fabiani en la comedia *Los polvos de la madre Celestina* es quien nos va esplicando las figuras, menos la suya que es indefinible, y no admite esplicacion. La leccion la sabe de corrido, y charla

como un cotorro sin hacer punto ni coma: oigamos al hombre papagayo.

«Señores, estos de la derecha todos son monstruos; esta es una ternera con dos cabezas: estos son dos niños unidos por el pecho: estos son dos hombres pegados tambien por medio de ese tubo que va del pecho del uno al del otro: estos son tres enanos gemelos..... esta es una muger que fue gefe de bandidos en Suiza.... esta otra fué guillotizada en Burdeos..... este es el ladron Elavide.... este grupo representa lo siguiente: los amores de *Píramo* y *Thisbe*, el bautizo del *Duque de París*, la hermosa *Galatea*, el cíclope *Polifemo*, *Mademoiselle Rachel*, *Mademoiselle Taglioni*, y el famoso *Bébé*, enano del rey de Polonia Estanislao.»—¡Ira de Dios! dije para mi, y qué mescolanza mas prodigiosa y qué galimatias mas insigne! Parecióme una de las décimas de despropósitos de Iriarte reducida á figuras de cera, y púsememe naturalmente á cantar por lo bajo:

Tocando la lira Orfeo,
y cantando Jeremías,
bailaban unas folías
los hijos del Zebedeo:
viendo esto el Dios Himenéo
llamó á la casta Susana.....

—Ah, *la casta Susana* (me interrumpió el hombre oblea), *la voici*, aqui teneis á la casta Susana al lado del Arzobispo de París, este es Mon-

seigneur el Arzobispo, esta la casta Susana.»

Yo reia como un simple, y sentia no tener allí siquiera otros tantos compatriotas como eran las figuras de cera para tener el gusto de celebrarlo juntos.—Decidme, amigo: ¿y quienes son estos personajes que están sentados al rededor de esta mesa en forma de cenáculo?—¡Oh! estos son personajes muy famosos: aquí teneis á Luis Felipe, actual rey de los franceses: este es el trágico Talma: esta doña María de la Gloria, este don Miguel de Portugal, esta la reina Cristina, esta Isabel II, esta es una Lilliputiense..... —¿Cual decís que es Isabel II? ésta? — Perdonad, esa es la lilliputiense: la reina Isabel es esta.—¡Pobre Isabel II! Infamemente retratada está en la Guia de Forasteros española de este año 42, pero voto á mi padre san Francisco que aquello era una heregia real de cera. Si hubiera estado allí Tirabeque es imposible que se hubiera contenido sin soplar al hombre-pergamino un sepan-cuantos.—Proseguid, buen hombre, proseguid.—Este es Guillermo IV de Inglaterra, esta la reina Victoria, estos son cuatro *paradistas* (farsantes), estos dos son el rey y la reina de los Belgas, este es el emperador de Rusia; este el príncipe don Francisco de España.... —¿Y no está por aquí don Carlos?—Aquí le teneis separado de la mesa con Ab-El-Kader.....esta figura de la izquienda es la muerte del mariscal Lannes, ved aquí á Napoleon espirando....—Bien, bien, no me enseñeis mas;

en lo único que habeis estado acertado es en colocar á don Cárlos y á Abd-El-Kader juntos y sin participacion en la mesa.»

En mi vida ví mas disparates reunidos ni congreso de reyes mas de carnaval: á no ser por la esplicacion del hombre enjuto se hubiera tenido por una comida de hosteria. El que dude de la exactitud de los personajes y de su colocacion no tiene mas que ir á Paris y verlo. Sin embargo los farsantes franceses tienen desfachatez para esponer esto al público.

Omito en beneficio de la brevedad otras muchas farsas de los *Campos Eliseos*, pero creo que basta esta ligera reseña para deducir, que si todo es farsa en este mundo, los *Campos Eliseos* de Paris deben ocupar el centro del *mundo farsálico*.

Templo Calvinista.

A pesar de la libertad de cultos en París como en toda la Francia, la religion dominante asi en la capital como en la mayor parte de los departamentos es la católica romana, si bien en las provincias del mediodia está mas arraigado y estendido el catolicismo que en las del norte, donde el protestantismo sin ser el dominante cuenta muchos mas prosélitos que en el mediodia. En París los templos católicos son innumerables, los no católicos pueden recorrerse en pocos dias.

Yo aconsejaria á todo español curioso que no

dejara de visitar la *Capilla de la embajada rusa*, sita en la *Rue Neuve de Berry*, número 4 á la derecha de los Campos Elíseos, cerca del establecimiento de figuras de cera descrito en el artículo anterior. Pero le aconsejaria tambien que no hiciera falta entre diez y once de la mañana, pues si algo mas tarde fuese se espondria á hallar frustrada su curiosidad, como me acaeció á mí, que hube de perder tres mañanas dominicales seguidas (pérdida no poco lamentable en París) para lograr en la cuarta asistir á los oficios del culto griego que se dá en aquella capilla. La novedad del rito, tanto por parte del sacerdote como del pueblo, como tambien del ornato y forma de aquel pequeño oratorio, merece bien la pena de consagrar al objeto un par de horas matinales, que no exige menos la distancia á que se halla la capilla del centro de la poblacion.

La principal *Sinagoga de los Israelitas*, en la calle de nuestra señora de Lazareth, merece tambien ser visitada en la tarde de un sábado cualquiera. El templo de los *luteranos* ó *protestantes de la confesion de Augsburgo* en la *rue des Billets*, donde se hace el servicio alternativamente en francés y en aleman, llama la atención por una gran cruz de madera colocada en la pared del frontal, único signo y único adorno que hay en todo el templo. A mi me tocó ver los oficios en aleman, y como era peregrino en el idioma, aun cuando percibí que se cantaban los salmos 119, 114, 120 y 29, hube de contentarme con el *Christenthum* arriba y el *Chris-*

tenthum abajo, y perdóne el señor Lutero que tan rápida y superficialmente pase por el culto que el fraile de San Agustín regaló á la iglesia, un Fraile de San Francisco en cuya educacion no entró por desgracia el estudio del alemán; y si no quiere perdonarme, no piense el atrevido innovador que de rodillas se lo he de suplicar.

Reservo para artículo aparte el culto de la iglesia francesa del *Faubourg-Sain-Martin*, por ser el mas nuevo, el mas curioso, el mas notable, el mas digno de ser conocido de cuantos he hallado, incluso los infinitos que ví despues en la Holanda y Alemania, hormigueros de sectas ó religiones; y éntrome por ahora en la iglesia Calvinista de la calle de *Saint-Honoré*, llamada el *Oratorio*, antiguo nombre que conserva todavia.

El señor Calvino, á juzgar por sus sectarios franceses, debió ser hombre muy atento, urbano y politicon. Lo primero que se lee en una tablita es: «*on invite á s'asseoir*: se invita á tomar asiento.» Otra hay que dice: «*toutes les sieges sont libres après les commandements*: todas las sillas son libres despues de los mandamientos.» Y en otra se lee: «*on ne paye rien pour les sieges*: nada se paga por las sillas.» Esta generosidad calvinista de los asientos *gratis* deberia avergonzar á los católicos franceses que así especulan con los asientos en las iglesias como pudieran especular con los *stalles* de los teatros.

Las señoras Calvinistas hacian al entrar una

profunda reverencia, y meditaban algunos minutos *inclinato capite*. En el cuerpo de la iglesia, frente al púlpito, habia una mesa cubierta con lienzos, lo cual dió ocasion á que Tirabeque preguntára si los Calvinistas acostumbraban á comer alli, y que supongo yo contendria las materias de la comunión bajo las dos especies. El sacerdote desde la cátedra alternaba sus reflexiones y comentarios sobre algunos lugares de la sagrada escritura con el canto del pueblo que entonaba los versos de los salmos en el turno que los señalaban las tablillas indicadoras de la órden del dia. Los salmos estaban perifrasedados en versos franceses, puestos en una música sencilla: cantábanlos á coro todos los concurrentes cada uno con su libro ó salmodia en la mano: he aqui algunos que pude leer en el de la señora que estaba delante de mí. El primero es el primer versículo del salmo 84, que dice en latin.

*«Quam dilecta tabernacula tuâ, domine virtutum:
Concupiscit et déficit anima mea in atria Domini.»*

La paráfrasis francesa decia:

*Roi des Rois, eternal mon Dieu.
Dieu, que ton tabernacle est un lieu
sur tous les autres aimable:
mon cœur languit, mes sens ravis
ne respirent que ton parvis
et ta presence adorable.*

Que con permiso del P. Scio y del señor Torres y Amat podria traducirse en español:

¡Cuán amables, ¡oh Dios! y cuán amados
me son tus tabernáculos sagrados!
Mi alma desfallece á los encantos
de contemplar, señor, tus atrios santos.

Otro versículo de los que oí cantar y que he podido retener decia:

*Le jour de l' homme à l' herbe se compare
dont à nos yeux la campagne se pare,
qu' un peu de temps a vu croître et mourir,
et que soudain de l' aquilon battüe
tombe et se fane et n' est plus reconnüe
même du lieu qui l' a vu fleurir.*

Que con la misma licencia podria traducirse;

«Los dias del hombre son como la yerba de que vemos adornarse la campiña, que en breve tiempo crece y muere, y azotada despues por el aquilon soberbio cae y se marchita, y no es reconocida ya ni aun del lugar mismo que la vió florecer.»

Por el mismo orden se siguió cantando los versos 1, 4 y 5 del salmo 42, y los 1, 8 y 9 del salmo 103, que eran los señalados para aquel dia.

En honor de la verdad debo decir que en todos los templos protestantes, fuesen ingleses, alemanes ó franceses, igualmente que en el templo griego,

vi siempre reinar el mayor decoro, compostura y circunspeccion; todos estaban llenos los domingos (único día de oficios,) y los concurrentes se conocia pertenecer á las clases mas acomodadas de la sociedad.

Teatros.

PARIS es sin disputa el pueblo mas escénico del mundo. Cómicos los franceses por naturaleza; dotados de una extraordinaria aficion activa y pasiva á las representaciones teatrales; favorecidos de una disposicion privilegiada para su desempeño; amantes de la novedad hasta el capricho, llevando el refinamiento del gusto hasta la relajacion, y afortunados en haber alcanzado una era de riqueza y de paz; careciendo por otra parte de los goces de las sociedades privadas y de confianza á que se amolda mal su caracter y sus costumbres, han llevado el ramo de espectáculos públicos en París, y especialmente el de teatros, á un grado de lujo y de abundancia que no puede menos de admirar el extranjero, de cualquier nacion que sea.

Veinte y tantos teatros hay abiertos diariamente en París, y aun no es excesivo número si se ha de calcular por la concurrencia cotidiana de que se los ve llenos, y hasta henchidos, y hasta rebosando por lo comun. Cada uno de ellos está destinado casi esclusivamente á la representacion de piezas de cierto género, y desde el nombrado *Academia*

Real de Música hasta el de *Mr. Seraphin* se recorre una escala inmensa descendente de todos los géneros y gustos de representación que hasta ahora se han podido inventar.

Sus nombres son; el teatro de la *Grande Opera*, (Academia Real de Música); el teatro *Italiano*; el de la *Opera Cómica*, el *Teatro Real Francés*, el de *Palais-Royal*; el del *Vaudeville*; el de *Varietés*; el de la *Puerta de San Martin*; el *Gimnasio Dramático*; el del *Ambigú Cómico*; el de la *Alegría* (*Gaité*); el de las *Locuras Dramáticas* (*Folies dramatiques*); el del *Panteon*; el de la *Puerta de San Antonio*; el del *Circo Olímpico* (no es el Circo Olímpico Nacional); el de los *Descansos cómicos* (*Délassements Comiques*); el de los *Jóvenes Comediantes*; el de los *Jóvenes Alumnos*; el del *Gimnasio de los Niños*; el de *Luxemburgo*; el del *Templo*; el de los *Funámbulos*; el de *Seraphin*; el *Café-Espectáculo*, y otros que se nombran poco y de que yo no me acuerdo en este momento.

Consulte el aficionado su gusto y sus inclinaciones, y elija á su placer. Si le gusta una *grande ópera* puesta en escena con toda la pompa, con todo el lujo, con toda la magnificencia, y con toda la prodigalidad de trages, decoraciones, actores y orquesta que puede desear y aun discurrir su imaginación, que vaya á la *Academia Real de Música*. Si desea oír los mejores cantantes que produce el país de los hechizos armoniosos, la Italia, que concurra al teatro *Italiano*. Si le agrada mas

la ópera ligera, juguetona y alegre, allí tiene el de la *Opera-Cómica*. Si su génio propende al clasicismo trágico y al gusto del cómico sublime, nada le dejará que desear el teatro *Francés*. Si le placen los dramas románticos, horripilantes y tonitruosos, acuda á la *Puerta de San Martin*. Si por el contrario le divierten los enredillos alegres, ligeros y saltantes, váyase al *Vaudeville* ó al *Palais Royal* y pasará un buen rato. Si le agradan las intrigas ingeniosamente hiladas y salpicadas de sales cómicas y pensamientos espirituosos, no haga falta en el *Gimnasio Dramático*. Si quiere reir á carcajada tendida, déjese la razon á la puerta y éntrese de rondon en el de *Varietés*. Si propende á los melodramas entremezclados de bailettes grotescos, ande unos pasos mas, é ingiérase en el de la *Gaité*. Si apetece ver pantomimas, y mimo-dramas, y representar á un tiempo bípedos y cuadrúpedos, de los cuales no se sabe quién lo hace con mas maestria y habilidad, tome su billete para el del *Circo*. Si por capricho quiere ver puestos en escena los juguetes cómicos de Berquin ó las fábulas de La Fontaine, alternados con escenas de fantasmagoría y ventriloquia, concorra al de los *Jóvenes Alumnos* de Mr. *Comte*. Si por estravagancia ó por curiosidad quiere pasar una noche inocente y puerilmente divertida, acuda al de figuras de movimiento de Mr. *Seraphin*, que aunque el último en categoría, estoy seguro que aun encontrará mucho que admirar.

Cometiera yo un pecado imperdonable de omision si me contentára con esta ligerísima reseña general, y no hiciera singular mencion de ciertas notabilísimas circunstancias, ya que no de todos porque esto rayaría en temeridad, al menos de algunos de los mencionados teatros. Y aun no es obra de facil desempeño para un pobre Fr. Gerundio el haber de decir algo en una materia que por su misma abundancia ahoga.

Una sola observacion anticiparé en este momento; y es que los franceses por precision tienen que salir cómicos sobresalientes. Empiezan á ejercitarse de niños en los teatros de jóvenes; van despues recorriendo la escala gradual; tienen siempre grandes entradas y de consiguiente buenos sueldos; se les encomienda *esclusivamente* el desempeño de aquellos papeles para que tienen particular aptitud; y con todos estos y mil otros elementos sería menester que fueran muy duros de mollera para que no llegáran algun dia á ser buenos actores.

La grande Opera.

Si me preguntan á mi, Fr. Gerundio, qué es lo que he visto de mas grandioso en Paris, diré que la Grande Opera. Si me preguntan cual es el espectáculo en que he hallado reunidos mayor número de encantos para halagar, para dar ilusion, contestaré que la Grande Opera. Si me preguntan cuál es en lo que los franceses han echado el

resto de su ostentosa esplendidez, responderé que en la Grande Opera.

Por de contado aquella compañía lírica ya no es compañía sino batallon, pues consta de unas 950 plazas, poco mas ó menos; me aseguraron que no llegaban á mil. Así es que cuando la pieza exige la presentacion de un pueblo entero en la escena, el espectador está viendo un pueblo entero representado en todas sus clases, sexos, trages y edades, y no es raro ver en el escenario quinientas ó seiscientas personas á un tiempo. Cada coro de varones que se presenta deja muy atras al de la catedral de Toledo en los tiempos de su apogéo, incluso canónigos, capellanes, racioneros, medios racioneros, niños y salmistas; y cada coro de doncellas parece una comunidad de Beguinas, que son las comunidades femíneas mas numerosas que he conocido, como diré mas detenidamente cuando llegue á la Bélgica.

Los acompañamientos, si son régios, darian que envidiar al mismo Autócrata de las Rusias que los viese, y el número de coches que á veces atraviesan el escenario seria digna pompa del monarca mas rumboso. Si son militares, suele seguir al gefe un estado mayor y una escolta de caballería como la que acompañaba al duque de la Victoria cuando lo era de los ejércitos reunidos, que es cuanto se puede decir ni pensar, sin incluir en este número los gruesos piquetes, par-

tidas y destacamentos de tropas griegas, romanas, persas, árabes, israelitas, cruzadas ó sin cruzar segun la época y el lugar de la escena, que presentan en ocasiones un verdadero campo de batalla. Si son eclesiásticos, suele ofrecerse á la vista un colegio de cardenales completo, ó un concilio general como el de Efeso ó el de Nicéa, ó una procesion como la del Corpus en España.

Compónese la orquesta de unos 110 á 115 instrumentistas, profesores escogidos. Asombrado se quedó Tirabeque al divisar los gruesos mástiles ó diapasones de los ocho ó diez contrabajos que semejaban los palos mayores de otros tantos buques anclados en aquella bahía filarmónica. Estruendoso y retemblante es allí un golpe de música á toda orquesta, ofensiva ya á algunos tímpanos, y que lo sería á los menos delicados en otro lugar menos vasto y anchuroso que el teatro de la Grande Opera.

En punto á decoraciones, desde luego da idea de lo que puede esperar el espectador el magnífico telon de boca que con sus numerosas, históricas y alegóricas figuras, y su repetido lema: «*nec pluribus impar*;» ofrece que estudiar al artista y al curioso, para los entreactos de mas de una funcion. Pero esto es un pequeño prefacio del aparato escénico que se presenta una vez alzado el gran lienzo. Supongamos que es una decoracion de montaña: el espectador ve mecerse los árboles al impulso del viento, ve volar las

aves; y cree que si le fuera permitido aproximarse al bosque arrancaría con la mano el musgo que cubre las rocas que en lontananza divisa. Supongamos que es el interior de un convento: el público ve los claustros y las galerías, ve la fuente del patio, ve á los religiosos salir de las celdas, los ve pasear y conversar, y lo ve de una manera que duda si está en el anfiteatro de la Academia Real de Música ó está realmente en el atrio de algun convento de la Merced. Si es un jardin, las rosas, lo boxes, los arbustos no los trazó en el lienzo la mano hábil de un pintor; son frutas cuyas ramas se mueven, se encorban al contacto del que las roza al pasar; son yerbas que se abaten al impulso de la planta, y son rosas que se ve arrancar de su tallo, que se ve arrojar al medio del proscénio. En fin para formar idea de la perfeccion en las decoraciones, creo que bastaría al lector como me bastó á mí el ver en la escena quinta del segundo acto de la ópera *Le Freyschutz* una cascada que se desgajaba de la cima de una roca, cuya corriente se veia, cuyo murmullo se oía, cuyas aguas mojaban, porque era agua natural. Entonces me acabé de convencer de que á los franceses nadie los aventaja en esto de presentar las mentiras bajo tal forma que parecen verdades, y las verdades bajo tal aspecto que parecen mentiras.

El cambio de decoraciones en la Grande Opera es tan súbito, tan momentáneo, que casi se

hace imperceptible; y es que han apurado tanto su mecánica teatral, que han hallado el medio de impulsar á un mismo tiempo todos los telones y bambalinas, elevando unos, hundiendo otros, y dando movimiento simultáneo á *supra* y *ab infra* y *ab utroque latere*. Cuando el cambio de decoracion exige algun mas espacio, suele el teatro quedarse á obscuras; empieza á elevarse un telon que figura una espesa nube de humo; el espectador se halla entretenido en contemplar la aparente humareda, y cuando acaba de elevarse el pardusco lienzo, tal vez en lugar de un paisage romántico y severo con su castillo ruinoso de la edad media que hacía un minuto admiraba, se ofrece súbitamente á su vista una catedral gótica con todas sus capillas laterales, su altar mayor, sus arañas, sus sacerdotes, sus acólitos, su coro, y todos los adherentes al servicio del culto divino; con mas un pueblo que ora devotamente arrodillado, todo en las dimensiones y á las distancias naturales de una catedral regular, porque el buque y capacidad del escenario son inmensos.

Pocas son las óperas que en aquel teatro se egecutan: con cinco ó seis tienen bastante para invertir todo el año lírico: ¡tal y tan segura es la concurrencia á aquel grandioso espectáculo! Las principales son: *Le Juive*, *Les Huguenots*, *Guilherme Tell*, *Robert le Diable*, *La Freyschutz* y alguna otra; y cítolas en francés, porque en francés está la letra y en francés se cantan, en lo

cual es admirable el partido que han sacado para la música de un idioma tan ingrato, duro é inflexible á la melodía, si bien no deja todavía de notar cierta inevitable aspereza, que se hace mas sensible en los recitados, el oido acostumbrado á la dulzura de la música italiana. Asi es que ni *Duprez* podrá encantar nunca como *Rubini*, ni la *Nathan* y la *Dorus* podrán deleitar nunca como la *Grissi* y la *Persiani* (1).

Algunas noches se destina la parte principal de la funcion á *Bailes* en dos ó tres actos (de que me ocuparé luego), y entonces les antecede una piececita corta y de menos aparato escénico, tal como *La Lucie*, *Le Conte Ory*, *La Xacarilla*, y tal cual otra. Cuando yo vi anunciada *La Xacarilla*, desde luego aprendí que seria cosa española, y no quise dejar de verla. No me engañé en efecto, y fue la noche mas divertida que he pasado en la Academia Real. El argumento es español y la escena pasa en Cádiz. La letra, ó sea *las palabras* como ellos dicen, son de *Scribe*, y la música de *Marliani*, que no sé si será nuestro senador por Canarias. La cosa pasa entre LAZARI-

(1) En prueba de lo que allí se repiten estas óperas bastará decir que á mí me tocó asistir á la 130 representacion de los *Hugonotes* y á la 224 de *Roberto el Diablo*. Debe inferirse si tendrán algun aliciente, cuando en medio de ser tan repetidas, y costando 9 francos (36 rs.) un asiento regular, es menester acudir con mucho tiempo á proporcionarse billete, ó renunciar al placer de ver la funcion.

LLO aspirante de marina, NITHARDO, primer corregidor de Cádiz, COJUELO, negociante y RITA su hija.

Era de ver al Corregidor de Cádiz vestido con su sombrero de canal como un arcediano, una especie de media sotana que le bajaba hasta medio muslo, su anguarínita negra muy corta, su calzón corto con un par de pomposos lazos á cada embotonadura, su media blanca, y su zapato de oreja y de boton. El alguacil apenas se distinguía del Corregidor sino en que los tacones de los zapatos eran encarnados, y en que llevaba en la mano una larguísima vara, mayor todavía que las ahijadas que usan los carreteros de bueyes para agujinear á los tardos animales. Pudiera creerse que el suceso pasaba en una época remota sino testificáran lo contrario el traje moderno de Rita y el común de dos del bueno de Lazarillo, y el *totum revolutum* de los vestidos de los marineros, que unos parecía pertenecer á la flota de Cristobal Colon ó de Hernan Cortés, otros semejaban ser de la tripulación del buque correo que sale mensualmente para la Habana, unos parecían chisperos de las Maravillas de Madrid, y otros eran un trasunto de los choriceros de Estremadura. Por supuesto que no había gaditano ni gaditana, incluso su señoría el gran Corregidor, que no llevara al lado la prenda de uniforme que los franceses creen inherente á todo español de cualquier clase y calidad que sea desde la cuna hasta el sepulcro, á saber: el puñal.

Yo me reia como un simple , á Tirabeque se le llevaba el diablo , y juntos nos admirábamos de que los franceses , tan hábiles, y tan esmerados, y tan estudiosos , y tan exactos en la imitacion de la verdad en todo lo que pertenece á trages, costumbres , obras y sucesos de otros paises, incurran en tan absurdas aberraciones, en tan abultados disparates cada y cuando que se les ofrece pintar escenas españolas , no conociendo un pueblo que solo divide del suyo una sierra de medianeria mas que pudieran conocer el pais de los *Aborígenes* ó del *Lilliput*, y pintando á los españoles tan á ciegas como pudieran pintar á los planetícolas.

El baile.

Hay en la compañía de la Grande Opera una seccion no menos numerosa que la de orquesta. Las piezas líricas de primer órden están dispuestas de modo que en todas ellas toma parte una fraccion de la comunidad saltante, y cuando la pieza es pequeña, entonces es cuando se ejecutan como insinúo atras , los bailes pantomímicos en dos ó tres actos; pero bailes tan bellos, tan fantásticos que la imaginacion no puede concebir nada mas risueño , nada mas encantador; tan primorosamente ejecutados , que despues de dos ó tres horas de baile se desearia que volviera á empezar. Sus argumentos son tan largos y tan

complicados como los de una comedia , son dramas bailados; y aunque no se articula una sola palabra , tal es la espresion que saben dar al gesto y á la accion pantomímica, que el espectador se penetra de todas las situaciones , conoce todos los sentimientos , y se interesa en pró ó en contra de los actores , odiosos ó amables , desgraciados , crueles , virtuosos ó impasibles : llegando el efecto de la sensacion hasta hacer enternecerse en favor de tal bailante , que brinca que se las pela , pero que ha demostrado que danza muy á su pesar y obedeciendo á un hado funesto que le persigue.

La ejecucion escede á cuantas hipérboles se pudieran usar ; la *Taglioni* y la *Grissi* por ejemplo, ya no parecen dos criaturas humanas, parecen dos seres aéreos que voltigean por los aires, dos blancos vapores que tan pronto tocan fugazmente al suelo como se elevan velozmente por la atmósfera. Acaso no hay nada en que medie tan *inmensa* distancia de nuestros teatros principales al de la Grande Opera de París como en los bailes ; es distancia que solo la imaginacion del que ha visto unos y otros puede abarcar.

Los argumentos de estos bailes pantomímicos son tambien interesantes ó por lo tiernos ó por lo caprichosos. *La Tarántula*, *El Diablo amoroso*, *Gigelle ó las Willis* , todos son fantásticos, bellos, de una ilusion indefinible. Creo que mis lectores verán sin disgusto el argumento de uno de estos

dramas singulares , y si leído les inspirase algun interés , calcularán si les agradaría puesto en escena.

Gisela ó las Willis.

BAILE FANTASTICO EN DOS ACTOS.

Tradicion alemana : de la cual está tomado el asunto del baile de Gisela ó las Willis.

Existe una tradicion de la danza nocturna conocida en los paises Slavos bajo el nombre de Wili.

Las wilis son jóvenes desposadas que murieron antes del dia de sus bodas ; estas pobres muchachas no pueden permanecer tranquilas en sus sepulcros. En sus corazones apagados , en sus pies muertos, ha quedado ese amor al baile que no han podido satisfacer en vida , y á media noche se levantan , se reunen en cuadrillas en medio del camino , y desgraciado del joven que las encuentra , porque se ve obligado bailar con ellas hasta que cae muerto.

Adornadas con sus vestidos de boda , coronadas sus cabezas de flores y brillando en sus dedos anillos preciosos , las wilis bailan á la claridad de la luna : sus semblantes aunque de una blancura de nieve , son hermosos y llenos de juventud. Rien con una alegria tan páfida y os llaman con un aire tan seductor , que á estas vacantes muertas son irresistibles.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un risueño valle de la Alemania. En el fondo se ven colinas cubiertas de viñas, un sendero conduce al valle. Viñedos en los ribazos de la Turingia.

Apenas es de día. Los viñadores se alejan para continuar su recolección.

Hilarion aparece, mira á su alrededor, como para buscar á alguien; en seguida, señala la choza de Gisela con amor, y la de Luis con cólera. *En esta habita su rival. Si alguna vez puede vengarse de él, lo hará con buen éxito.* La puerta de la choza de Luis se abre misteriosamente, Hilarion se oculta para ver todo lo que va á pasar.

El joven duque Alberto de Silesia, bajo el traje y nombre de Luis, sale de su casita, acompañado de su escudero Wilfrido. Este parece aconsejar al duque que renuncie á un proyecto secreto; pero Luis persiste señalando la casa de Gisela; este sencillo techo cobija á la que él ama, al objeto de su única ternura.... Ordena á Wilfrido que le deje solo, Wilfrido vacila aun, pero á un gesto de su señor, le saluda respetuosamente y se aleja.

Hilarion queda estupefacto, viendo á un gran señor, segun aparenta serlo Wilfrido, prodigar tantas atenciones á un simple aldeano como parece ser su rival. Concibe sospechas que aclarará mas tarde.

Luis, ó mas bien el duque Alberto se aproxima á la choza de Gisela y llama piano á la puerta. Hilarion permanece siempre oculto, Gisela sale al momento y corre hácia los brazos de su amante.

Transportes, felicidad de dos enamorados; Gisela cuenta á Luis que ha soñado tener celos de una hermosa dama á quien Luis ama y prefiere. Luis turbado la tranquiliza: no ama ni amaré mas que á ella. *Es que si tu me engañas, dice la niña, me muero sin remedio;* y lleva la mano á su corazón como para decirle que sufre mucho. Luis la tranquiliza colmándola de tiernas caricias.

Gisela coge margaritas y las deshoja para averiguar si la amaba Luis.

La prueba le sale bien y se deja caer en los brazos de su amante.....

Una cuadrilla de jóvenes vendimiadores vienen en busca de Gisela para las vendimias. Está amaneciendo y este es el momento de ir á ellas, pero Gisela, loca con el baile y los placeres, detiene á sus compañeras. La danza es despues de Luis lo que mas ama en este mundo. Propone á las viñadoras que se diviertan en lugar de ir al trabajo. Baila primero sola para estimularlas. Su alegría, su entusiasmo y sus pasos llenos de seducción que mezcla con demostraciones de amor hácia Luis, son inmediatamente imitados por aquellas, quienes dejan á un lado las canastas é instrumentos del trabajo, y gracias á Gisela, la danza no tarda en ser un

delirio ruidoso y general. (1) Bert, madre de Gisela, sale entonces de su choza.

¡Eso es! ¡bailando siempre! dice á Gisela.... por la tarde.... por la mañana.... esta es una verdadera pasion.... en vez de trabajar, de cuidar la casa.....

—*Baila tan bien!* dice Luis á Berta.

—*Es mi único placer,* responde Gisela, *como él,* añadió señalando á Luis, *es mi única felicidad!!*

—*Bah,* dice Berta, *estoy segura que si esta loquilla muriese, se volvería willi y bailaría despues de su muerte como todas las muchachas que han gustado demasiado del baile.*

—*¿Qué decis?...* esclaman las jóvenes viñadoras con espanto, apiñándose unas con otras.

Entonces al son de una música lúgubre parece representar una aparicion de muertos que vuelven al mundo y danzan juntos.

Oyense á lo lejos sonatas de caza. Luis inquieto á este ruido da aceleradamente la señal de partida para las vendimias, y se lleva tras sí á los aldeanos.....

El príncipe y Batilde su hija, se presentan á caballo acompañados de una numerosa comitiva de señores, damas y cazadores conalcones en la mano (2).

(1) Aquí son ya unas 20 jóvenes las que bailan con Gisela.

(2) Se presentan en la escena varios coches y mucho acompañamiento á caballo.

La vendimia está hecha. Un carro adornado de pámpanos y flores llega lentamente seguido de todos los aldeanos y aldeanas del valle con sus canastas llenas de racimos. Un pequeño Baco es conducido triunfalmente caballero sobre un tonel, según la antigua tradición del país (1).

Ródean á Gisela, la declaran reina de las vendimias, y la coronan con flores y pámpanos. Luis está mas enamorado que nunca de la hermosa viñadora. La mas loca alegría se apodera de todos los aldeanos.....

Se celebra la fiesta de las vendimias!.....

Gisela puede ahora entregarse á su gusto favorito; conduce de la mano á Luis en medio de la cuadrilla de viñadores, y baila con él rodeada de todo el pueblo, que no tarda en unirse á los jóvenes amantes.....

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una floresta sobre el borde de un estanque, un sitio húmedo y fresco en que crecen los juncos, las cañas, y multitud de flores salvages y plantas acuáticas; abedules, pobos y sauces llorones inclinan hasta el suelo sus pálidos follajes. A la izquierda debajo de un ciprés se levantan

(1) El carro, los pámpanos, todo es verdadero; esta nueva comparsa de aldeanos y aldeanas es numerosa: todos bailan.

ta una cruz de mármol blanco en el que está gravado el nombre de Gisela. El sepulcro está como enterrado en una vegetacion espesa y entre yerbas del campo. La luz azulada de una luna muy viva alumbrá esta decoracion y la dá un aspecto frio y vaporoso.

Algunos guardas llegan por las avenidas de la floresta, y parece buscar un sitio á propósito para ponerse en acecho: van á situarse á la orilla del estanque cuando acude Hilarion. Este manifiesta el mas vivo terror adivinando los proyectos de sus camaradas: *este es un sitio maldito*, les dice, este es el círculo de baile de las wilis. Enséñales la tumba de Gisela.... de Gisela que bailaba siempre. Reconoce que está allí por la corona de pámpanos que llevaba en la frente durante la fiesta, y que está suspendida de la cruz de mármol.

En este instante óyense sonar las doce de la noche á lo lejos: esta es la hora lúgubre en que segun la crónica del pais las wilis se presentan en su sala de baile.

Hilarion y sus compañeros escuchan el reloj con terror, miran temblando al rededor, porque esperan la aparicion de las ligeras fantasmas. *Huyamos*, dice Hilarion, *las wilis son inexorables, se apoderan de los viajeros y los hacen bailar con ellas hasta que mueren de fatiga ó desaparecen en el lago que veis desde aquí*. Una música fantástica comienza entonces: los guardas palidecen, tiemblan, y huyen en distintas direcciones con las señales

del mayor espanto, perseguidos por fuegos fátuos que aparecen por do quiera (1).

Un manojo de juncos marinos se entreabre entonces lentamente, y del seno del húmedo follage se ve lanzarse á la ligera Mirta, sombra transparente y pálida, *la reina de las willis*. Lleva consigo una claridad misteriosa que alumbra súbitamente la floresta, ahuyentando las sombras de la noche. Asi sucede todas las veces que las willis aparecen. Sobre las blancas espaldas de Mirta, palpitan y tiemblan sus alas diáfanas en las cuales la willi puede envolverse como en un velo de gasa.

Esta aparicion impalpable no puede estarse quieta, y lanzándose tan pronto sobre un monton de flores, como sobre una rama de sauce, voltigea aquí y allí, corriendo de arriba abajo y pareciendo reconocer su pequeño imperio, del que cada noche venia á tomar nueva posesion. Se baña en las aguas del lago, luego se suspende de la rama de los sauces y se columpia. Despues de un paso bailado por ella sola, toma una rama de romero y va tocando con ella alternativamente las plantas, las flores y los matorrales.

A medida que el florido cetro de la reina de las willis se detiene sobre un objeto, la planta, la flor y el matorral se entreabren y dan salida á una nueva willi que viene á su vez á agruparse gra-

(1) Una porcion de luces fosfóricas se ven volar por la escena con el vuelo incierto de las mariposas.

ciosamente al rededor de Mirta, como las abejas al rededor de su reina. Esta, desplegando entonces sus alas azuladas sobre sus súbditas, les da la señal del baile. Muchas wilis se presentan entonces alternativamente delante de la soberana.

Noyna la odalisca, ejecuta un paso oriental; despues Zulmé, la Bayadera, hace sus actitudes Indianas; dos francesas figuran una especie de gracioso minué; despues dos alemanas walsean juntas... finalmente la cuadrilla toda de las wilis, muertas por haber amado demasiado el baile, ó muertas demasiado pronto, sin haber satisfecho bastante esa loca pasión, á la cual parecen entregarse todavia con furor bajo su graciosa metamórfosis.

A una señal de la reina cesa el baile fantástico. Anuncia una nueva hermana á sus súbditas y todas se colocan á su alrededor.

Un rayo de luna vivo y claro refleja sobre la tumba de Gisela, las flores que la cubren se levantan é inclinan sobre sus tallos como para dar paso á la blanca criatura que ellas encierran.

Gisela aparece envuelta en su ligero velo. Se adelanta hácia Mirta, que la toca con su rama de romero, el velo cae.... Gisela está trasformada en wili: sus alas nacen y se desarrollan..... sus pies apenas tocan al suelo. Baila, ó mas bien da vueltas en el aire, como sus graciosas hermanas, recordando é indicando con alegría el paso que ha bailado en el primer acto antes de su muerte.

Oyese un ruido lejano. Todas las wilis se dis-

persan y ocultan detras de las cañas.

Jóvenes campesinos que vienen de la fiesta de la aldea vecina atraviesan alegremente la escena conducidos por un anciano; van á alejarse, cuando oyen una música deliciosa, el aire del baile de las wilis; los aldeanos parece experimentar á pesar suyo un extraño deseo de bailar. Las wilis no tardan en rodearlos, los enlazan y fascinan con sus posturas voluptuosas. Cada cual intenta detenerlos á su arbitrio con las figuras de su baile nativo...., los aldeanos conmovidos, van á dejarse seducir, bailar y morir, cuando el anciano se arroja en medio de ellos, les dice espantado el peligro que corren, y se salvan todos perseguidos por las wilis, furiosas al ver que se les escapa su presa.

Sale Alberto seguido de Wilfrido su fiel escudero. El duque está triste, pálido, su vestidura en desórden, su razon casi estraviada á consecuencia de la muerte de Gisela. Se aproxima lentamente á la cruz, parece buscar un recuerdo y querer coordinar sus ideas confusas.

Wilfrido suplica á Alberto que le siga y no se detenga cerca de este fatal sepulcro que le representa tantos pesares..... Alberto le manda que se retire..... Wilfrido insiste todavia, pero Alberto le ordena con tanta firmeza que le deje, que Wilfrido se vé obligado á obedecer, y sale; si bien resuelto á hacer una última tentativa para separar á su señor de este sitio funesto.

Apenas queda solo Alberto, da rienda suelta

á su dolor; su corazón se despedaza, se deshace en lágrimas, de repente palidece, sus miradas se fijan en un objeto extraño, que se dibuja delante de sus ojos.... queda herido de sorpresa y casi de terror al reconocer á Gisela que le mira con cariñosa dulzura.

Víctima del mas violento delirio, de la mas viva ansiedad, duda aún y no se atreve á creer lo que vé, porque ya no es la linda Gisela, tal como la habia adorado, sino Gisela la wili, en su nueva y graciosa metamorfosis, siempre inmóvil delante de él. La wili parece llamarle solamente con miradas, creyéndose Alberto bajo el imperio de una dulce ilusion, se aproxima á ella á pasos lentos y con precaucion, como un niño que quiere coger una mariposa sobre una flor. Pero en el momento en que se estiende la mano hácia Gisela, ésta, mas rápida que un relámpago, huye de él y vuela atravesando los aires como una tímida paloma para posarse en otro sitio, desde donde le dirige miradas llenas de amor.

Este paso, ó mas bien este vuelo se repite muchas veces con gran desesperacion de Alberto, que intenta inútilmente alcanzar á la wili, huyendo algunas veces por encima de él como un ligero vapor.

De vez en cuando le hace un gesto de amor, le arroja una flor que coge sobre su tallo, y le dirige un beso; pero impalpable como una nube, desaparece cuando Alberto cree que puede cogerla.

Al fin renuncia á su tentativa, se arrodilla cerca de la cruz y junta las manos delante de ella en ademán suplicante. La wili como atraída por este mudo dolor, tan lleno de amor, se lanza ligeramente cerca de su amado; Alberto la toca, y ya ébrio de amor y de felicidad va á apoderarse de ella, cuando deslizándose dulcemente de entre sus brazos, se desvanece en medio de las rosas, y Alberto cerrando sus brazos no abraza mas que la cruz del sepulcro.

La desesperacion mas profunda se apodera de él, se levanta y vá á alejarse de este sitio de dolor, cuando el mas estraño espectáculo se ofrece á su vista y le fascina en términos que queda inmóvil como petrificado y forzado á ser testigo de la estraña escena que se representa ante sus ojos.

Oculto detras de un sáuce Alberto ve aparecer al desgraciado Hilarion perseguido por toda la turba de wilis.

Pálido, temblando, casi muerto de miedo, el guarda del coto cae al pie de un árbol, y parece implorar la piedad de sus locas enemigas. Pero tocándole con su cetro la reina de las wilis le obliga á levantarse y á imitar el movimiento de baile, que ella ejecuta en torno suyo.....Hilarion impelido por una fuerza mágica, baila á pesar suyo con la hermosa wili, hasta que esta lo cede á una de sus compañeras que á su vez lo cede tambien á otra y asi sucesivamente hasta la última.

Cuando el desgraciado cree terminado su suplicio

al ver fatigada á su compañera, otra la reemplaza con nuevo vigor, é Hilarion agotando sus fuerzas al sonido de una música cada vez mas rápida, concluye por temblar y sentirse abrumado de laxitud y dolor.

Tomando al fin un partido desesperado, trata de escaparse, pero las wilis le cercan con un vasto círculo, que se estrecha poco á poco, le encierran y se convierte en un wals rápido, al cual un poder sobrenatural le obliga á mezclarse. Un vértigo terrible se apodera entonces del guarda del coto, que sale de los brazos de una bailarina para caer en los de otra.

Rodeada la víctima por todas partes en esta graciosa jaula siente doblarse sus rodillas. Ciérranse sus ojos, nada ve ya..... y baila sin embargo todavía con ardiente frenesí. La reina de las wilis se apodera de él y le obliga á dar vueltas y á walsar por última vez con ella, hasta que llegando el pobre diablo al borde del lago, último anillo de la cadena de las bailarinas, abre los brazos creyendo coger una nueva, y baja rodando al abismo ! Las wilis empiezan entonces una bacanal alegre, dirigida por su reina victoriosa, cuando una de ellas descubre á Alberto, y le conduce al círculo mágico, todavía aturdido de lo que acaba de presenciar.

Las wilis se muestran regocijadas por haber hallado otra víctima: su tropa cruel se agita ya en derredor de esta nueva presa; pero en el momento en que Mirta va á tocar á Alberto con su cetro

encantado. Gisela se lanza y detiene el brazo de la reina levantado sobre su amante.

Huye dice Gisela á su amado, *huye ó mueres, como Hilarion*, añade señalándole el lago.

Alberto permanece un instante sobrecogido de espanto á la idea de participar de la funesta suerte del guarda del coto. Gisela aprovecha este momento de indecision para coger la mano de Alberto; los dos se dirigen como impelidos de una fuerza mágica hácia la cruz de mármol, indicándole Gisela este signo sagrado como su égida, como su única salvacion.

La reina y todas las wilis le persiguen hasta la tumba; pero Alberto protegido por Gisela llega hasta la cruz y la abraza; y el momento en que Mirta va á tocarle con su cetro la rama encantada se rompe entre las manos de la reina, que se detiene, asi como todas las wilis, sorprendidas y asustadas.

Furiosas las wilis al verse engañadas de este modo en sus crueles esperanzas, se abalanzan muchas veces á él y son rechazadas por un poder superior al suyo. La reina entonces queriendo vengarse de la que le arrebató su presa, estienda la mano sobre Gisela, cuyas alas se abren inmediatamente y se pone á bailar con el mas gracioso y estraño entusiasmo, y como arrastrada por un delirio involuntario.

Alberto inmóvil la mira cansado y confundido con esta escena estravagante; pero muy luego las

gracias y las actitudes encantadoras de la wili le atraen á pesar suyo, que es lo que queria la reina: deja la cruz santa que le preserva de la muerte, y se aproxima á Gisela, que se detiene espantada y le suplica vuelva á su talisman sagrado, pero la reina la toca de nuevo y la obliga á continuar su baile seductor.

Esta escena se renueva muchas veces, hasta que al fin cediendo á la pasion que le arrastra, abandona Alberto la cruz y se lanza hácia Gisela, coge la rama encantada y quiere morir, para unirse á la wili, para no volverse á separar mas de ella!!!.....

Alberto parece tener alas, apenas toca el suelo y voltigea al rededor de la wili, que muchas veces intenta sugetarlo. Pero arrastrada por su nueva naturaleza, Gisela cede á la necesidad de unirse con su amante, y los dos comienzan un paso rápido, aéreo, frenético, como si apostasen en gracia y agilidad, muchas veces se paran para caer en los brazos el uno del otro, y en seguida la música fantástica les dá nuevas fuerzas y nuevo ardor.

Toda la cuadrilla de las wilis, se une á los dos amantes, y los cerca formando actitudes voluptuosas.

Una mortal fatiga se apodera entonces de Alberto. Se le ve luchar todavia, pero sus fuerzas principian á abandonarle. Gisela se aproxima á él. Se detiene un momento con los ojos bañados en lágrimas.

mas; pero una señal de la reina la obliga á volar de nuevo. El baile dura algunos minutos mas, y Alberto va á perecer de cansancio y de fatiga, cuando el dia principia á aparecer.... los primeros rayos del sol alumbran las ondas argentadas del lago.

La ronda fantástica y tumultuosa de las wilis se amortigua á medida que la noche se disipa.

Gisela aparece renacer á la esperanza viendo desvanecerse el prestigio terrible que arrastraba á Alberto á su pérdida.

Poco á poco y bajo los ardientes rayos del sol, la tropa toda de las wilis se encorva y rinde, y sucesivamente se las ve bambolearse, extinguirse y caer sobre el monton de flores ó sobre el tallo que las vió nacer, como las flores de la noche que mueren al aproximarse el dia.

Durante este gracioso cuadro, Gisela que como sus ligeras hermanas sufre la influencia del dia, se deja ir lentamente en los brazos desfallecidos de Alberto, se aproxima al sepulcro como arrastrada por su destino.

Previendo Alberto la suerte que amenaza á Gisela, la traslada en sus brazos lejos de la tumba y la deposita en medio de un monton de flores. Arrodíllase delante de ella y le da un beso como para comunicarle su alma y volverla á la vida.

Pero Gisela señalando el sol que brilla entonces con toda su magestad, parece decirle que debe obedecer á su suerte y separarse de él para siempre.

En este momento resuenan en el centro del bosque estrepitosas sonatas. Alberto las oye con temor y Gisela con dulce alegría.

Wilfrido acude. El fiel escudero precede al príncipe, á Batilde, y á una numerosa comitiva; los conduce cerca de Alberto esperando que sus esfuerzos serán mas poderosos que los suyos para arrancarle de este lugar de dolor.

Todos se paran al verle. Alberto se lanza hácia su escudero para detenerlo. Durante este tiempo la wili toca sus últimos instantes; ya las flores y las yerbas que la rodean se levantan sobre ella y la cubren con sus ligeros tallos.... parte de la graciosa aparición está ya oculta por ellas.

Alberto vuelve y queda sorprendido y lleno de dolor viendo á Gisela desaparecer poco á poco y lentamente en medio de este verde sepulcro; Gisela con el brazo que conserva todavía libre indica á Alberto á la trémula Batilde arrodillada á algunos pasos de él y tendiéndole la mano con aire suplicante.

Gisela parece decir á su amante que dé su fé y su amor á la tierna jóven... Este es su único voto, la última plegaria que hace la que ya no puede amar en este mundo; en seguida dirigiéndole un triste y eterno adios desaparece en medio de las flores que la cubren entonces enteramente.

Alberto se levanta con vivo dolor; pero la orden de wili le parece sagrada.... arranca algunas

flores de las que cubren á Gisela, las pone sobre su corazon, sobre sus labios con amor; y débil y vacilante cae en los brazos de los que le rodean alargando la mano á Batilde.

Asi concluye el baile.

Espedicion á Compiègne.

Yo deseaba conocer personalmente al hermano Luis Felipe, pero el hermano Luis Felipe no estaba en París. Hallábase en el palacio y sitio real de *Compiègne* á 19 leguas francesas de la capital, con toda su familia, la corte y la mayor parte de los ministros de la corona. En uno de aquellos dias habia de pasar revista á un ejército de veinte y cinco mil hombres de todas armas con ocasion de poner por su mano algunas corbatas de la legion de honor, y para dar á este acto mas solemnidad habia convidado á la mayor parte del cuerpo diplomático extranjero.

La ocasion me pareció la mas oportuna para satisfacer mi curiosidad, con la ventaja de gozar al mismo tiempo del espectáculo de una revista solemne de tropas escogidas, y de conocer algunas notabilidades diplomáticas, políticas y financieras. La dificultad estaba solamente en el modo como lo habia hacer; porque el verle rápidamente al pasar por algun sitio confundido con el vulgo me satisfacía poco; por otra parte yo no era de los convidados, y los antecedentes que habian mediado

entre el rey de los franceses y Fr. Gerundio de los españoles no eran los mas apropósito que digamos para tomarme la confianza de convidarme por mí mismo. Era preciso pues, valerme de alguna estratagema.

Yo me acordaba de la que habia usado cuando estube en Ceuta fingiéndome médico para poder penetrar impune y libremente en territorio árabe y ver y examinar á la hermosa *Aragma Benhesek* hija del gobernador de Anchara *Mugamet-Ben-Ali-Deilel* que se hallaba enferma en una mezquita (1). Aquella por fortuna mia me habia salido bien, pero ni el estado de Luis Felipe era para necesitar de médicos, ni yo pudiera fácilmente pasar por médico en la corte de Francia como habia pasado en Marruecos. Discurrí pues, que siendo aquella una reunion de diplomáticos, ningun disfraz podia convenirme mejor que el de diplomático, acordándome tambien de aquel ingenioso hermano que deseando asistir á un concierto para el cual no estaba convidado inventó fingirse músico, y tomando un violin y untando las cerdas del arco con sebo se dirigió al salon, entró sin obstáculo por parte del revisor de billetes, porque ya se sabe que los músicos no los necesitan, se incorporó á la orquesta, fingió tocar como uno de tantos, y satisfizo su curiosidad sin menoscabo

(1) Capillada 331 del 23 de abril de 1841.

de la armonía, gracias al sebo, remedio tan suave como eficaz para la no desafinacion. Ea pues, dije para mí, ya no hay que dudar en la eleccion de disfraz, y ocurrióme en el instante este raciocinio semi-poético:

Si para examinar enfermas árabes
conviene hacerse médico—quirúrgico,
y si para conciertos filarmónicos
suple al convite contrahacerse músico
para asistir á fiestas diplomáticas
el disfraz diplomático es el único.

Y me dí á luscár un uniforme que se pudiese acomodar á la corporal estructura gerundiana. Afortunadamente se me deparó uno que me venia como de molde y parecia hecho de encargo para mí, y aun llegué á convencerme que á veces las casualidades son mas sábias, y tienen mejor tijera que los sastres mas afamados: ¡tal ajustaba á mi gerundiano cuerpo el préstamo diplomático indumentario!

Con todo, no consideraba yo esto bastante todavía para poderse presentar ante la magestad de Luis Felipe la paternidad diplomática de Fr. Gerundio: y á falta de credenciales era menester un apoyo que autorizára de alguna manera la presentacion del supuesto encargado de negocios, y aun que le guiára en un teatro cuya maquinaria le era enteramente desconocida. Tambien quiso la buena suerte depararme este oportuno arrimo habiendo

tropezado con un plenipotenciario de los verdaderamente convidados á la funcion de Compiegne, el cual no solo acojió con entusiasmo mi pensamiento, sino que le auxilió y fomentó cuanto de su parte estuvo.

Partimos pues los dos diplomáticos, apócrifo y genuino, á las 7 de la mañana corriendo la posta, y despues de habernos detenido á almorzar por espacio de mas de una hora en la pepueña ciudad de *Semlis*, notable por la elevadísima aguja de la torre de la catedral que parece lleva ánimo de abrir un ojal en el cielo, atravesamos unos inmensos y frondosísimos bosques de espesos y corpulentos robles, donde suelen hacerse las carcerias reales. Al bajar la pendiente de una colina encontramos al ministro de la legacion de Constantinopla, que solo se distingue ya por el gorro encarnado con una gran borla que lleva en la cabeza, vistiendo en todo lo demas á la européa. Poco mas adelante hallamos al hermano *Guizot* que se dirigia á París. Mi compañero le saludó muy cortesmente, y el ministro de negocios estrangeros por su parte nos correspondió con la mayor finura y urbanidad. Los dos se conocian; yo, modernísimo diplomático, era la primera vez que veia á *Mr. Guizot*.—¿De qué os reis? me preguntó el compañero.—¿No he de reirme? le contesté: ¿cómo se figurará el amigo *Guizot* que acaba de saludar á quien tantas veces le ha hecho tema de sus bromas periodísticas? ¿Cómo se figu-

rará que á quien acaba de hacer los honores es el mismo que en 10 de noviembre de 1840 se persignaba diciendo :

Por la señal
de la santa cruz †
líbranos señor,
de Guizot y de Soult.

Por el Dios de Sabaot,
nadie estrañe me persigne
pues tengo por ganga insigne
el ministerio Guizot.

De nuestros enemigos
líbranos señor (1).

El mismo que en 20 de diciembre del propio año le cantó con motivo de la derrota que habia sufrido en la cámara aquellas coplas que empezaban.

Al ver, Monsieur, tu derrot,
acabado en t,
aqui lloró Don Quijot,
suprime la e,
la derrota de Guizot.
¡ Caramba y olé (2).

A medida que nos acercábamos á *Compiègne*

(1) Tomo 12, capillada 300.

(2) Id. capillada 310.

los postillones que estaban de servicio eran mas lujosos, su uniforme no dejaba de ser singular, y en derredor de sus sombreritos encerados ondeaban nuevas y vistosas cintas de raso de diversos colores.

Serian las dos de la tarde cuando el carruaje de los dos diplomáticos entró desempedrando en el patio interior del palacio real de *Compiègne*. Al momento acudieron dos dependientes vestidos de gala á recibir á los recién llegados, mientras otro con un libro en la mano se acercó á preguntarnos nuestros nombres para la competente anotacion. Primer compromiso para mí sino llevara ya estudiado el nombre y la categoria con que habia de ser conocido en la régia morada. En seguida fuimos conducidos á la habitacion que nos correspondia con arreglo á nuestra clase.

Dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe.

Nuestra primera operacion fué hacernos la *toilette*, y en seguida convertirnos de viajeros en diplomáticos para presentarnos al rey cuando mas oportuno nos pareciese. Digo «cuando mas oportuno nos pareciese», porque no dejaba de tener que estudiar la ocasion en que deberiamos verificarlo por la parte que á mí me concernia, pues no era cosa de *frivolité* el tener que jugar aquella partida á un rey como Luis Felipe, que no

es por cierto de los que se dejan meter el dedo en la boca, como dice el vulgo español. Me pareció muy conveniente reparar antes mi diplomático estómago para vigorizar al propio tiempo el cuerpo y el espíritu á guisa de guerrero cuando se dispone á entrar con vigor y sin aprension en la batalla. Habiamos encargado á nuestro ayuda de cámara el buen *Jacques* que procurára averiguar cuando el rey tuviese mas gente en el salon de recibimiento, y tan luego como vino á decirnos «ahora,» nos encaminamos á hacer nuestra presentacion.—¿A quién tendré el honor de anunciar? fuimos preguntados.—Al embajador de.... y al secretario de la embajada de....—Entrad, señores, si gustais.

Y caten vds. á Fr. Gerundio en presencia del rey de los franceses confundido con los representantes y plenipotenciarios de casi todas las naciones. Los pensamientos que á mi gerundiana imaginacion se agolparian en aquel pequeño rato lo podrán discurrir bien los lectores que estén al alcance de las relaciones que entre Luis Felipe y Fr. Gerundio han mediado siempre. Y tambien podrán discurrir que aunque el tiempo estuviera algo frio, como lo estaba realmente, faltaba poco para que por mi rostro corrieran gotas de sudor por si á S. M. le daba el capricho de fijarse ó de dirigir alguna pregunta á mi sudorosa persona. Afortunadamente estas escenas son de corta duracion, y el rey se limitó á decirnos en general, «que es-

taba lleno de satisfaccion al verse rodeado de los dignos representantes de las potencias amigas, y que tenia la mayor confianza de que continuariamos dándole las mismas pruebas de amistad y benevolencia que hasta entonces habia recibido.» Contestóle uno de los compañeros brevemente ofreciéndole las mismas seguridades, ratificándolas yo con un signo de cabeza sumamente espresivo con lo que tubo el mas feliz remate aquella primera escena.

Nosotros nos retiramos á nuestra habitacion y el compañero me felicitó con un abrazo por la propiedad y desembarazo (eso Dios y yo lo sabemos) con que habia desempeñado mi papel. Ya teniamos alli los billetes de convite para la funcion del teatro de aquella noche. Llegada la hora de comer, yo tube por muy conveniente advertir á los criados que no asistiría á la mesa de estado; sino que comeria en mi habitacion, con motivo de hallarme algo indispuerto, y asi se verificó con mucho beneplácito suyo á juzgar por la obsequiosidad con que me sirvieron. La verdadera causa era evitar una peripicia que era muy posible pudiese ocurrir en la mesa. Pero crean vds. que no se come mal en el palacio de Luis Felipe, aunque sea aparte; y los sirvientes debieron conocer en el consumo que no era de mucho cuidado mi indisposicion.

Como yo despaché antes que en la mesa real, aproveché aquel intersticio para brujulear la estadística precautoria interior y exterior de palacio, y

ví por mi mismo la multitud de guardias, de gendarmes, y de empleados de confianza, vulgo espías, que guarnecen por dentro y fuera la mansion del rey ciudadano. Sin embargo, en obsequio de la verdad debo decir, que á mí desde que me veían asomar todos me quitaban muy rendidamente el sombrero y me acataban al pasar respetuosamente. A pesar del espionage yo pasaría para ellos por el embajador de Rusia, ó de la Gran Bretaña, y era Fr. Gerundio que se reía de los espías de Luis Felipe.

A la hora del teatro acudí á ver la función. Como no habia asistido á la mesa, no creí deber incorporarme con el cuerpo diplomático, y preferí ocupar una de las lunetas confundido con la plebe de generales, inspectores, diputados y demas que aquellos sitios ocupaban. Un poco les llamaba la atencion á los que junto á mi estaban, y conocíales que procuraban con mucha curiosidad leer los letreros de los botones, lo cual impedía yo haciendo algun movimiento y estoy seguro que dirian: «¡qué popular se conoce que es este diplomático! sin duda es el representante de alguna de las nuevas repúblicas de América».

El teatro de palacio es obra de Luis Felipe, y dirigida por él, en lo cual tiene él su poquito de vanidad; y de su aficion á la edificacion y reparacion de obras, en que no deja de ser inteligente, le viene el llamarle muchos en Francia *le Roi mazon*: «el rey albañil.» El teatro es pequeñito, pero lindo.

Cuando yo entré estaban ya ocupadas las dos largas galerías corridas que hay á un lado y á otro por dos filas de damas de córte, vestidas de gala, entre todas como unas ciento, que hacian un golpe de vista sumamente agradable. A poco rato entró el rey, la familia real, las damas de servicio, el cuerpo diplomático y los ministros, ocupando todos la espaciosa tribuna ó llámese palco de frente del escenario, en el órden siguiente: en medio el rey y la reina; á su derecha la duquesa de Nemours, madama Adelaida, hermana del rey, y el duque de Orleans; á la izquierda la princesa Clementina, única hija soltera del rey, la duquesa de Orleans, y el duque de Nemours; detrás las damas, y mas atrás y á los lados formando un semi-círculo el cuerpo diplomático y ministros, todos, incluso el rey y su familia, de gran gala.

Hallábanse allí la duquesa de Albufera, la condesa Cabannes, el vizconde y vizcondesa Germiny, M. Kois, embajador de Dinamarca, el baron Stokinsen, ministro de Hannover, el conde de Lehon, ministro plenipotenciario de Bélgica, el Sr. Olózaga, que lo era de España, Thom, encargado de negocios de Austria, el baron de Schaeten, Mr. Salvandy, el mariscal Soult, Mr. Humman, M. Dufaure, y otros de que no me acuerdo ya: há, y yo Fray Gerundio, que tenia frente por frente y á distancia de dos pasos á Luis Felipe, con cuyo mo-

tivo pude contemplarle antes de dar principio á la funcion y en los entreactos tan á mi sabor como podia apetecer; no así durante la representacion, porque entonces tenia el gusto de volverle la espalda, como está temiendo él á cada paso que se la vuelvan los ingleses, lo cual le importaría algo mas.

on Luis Felipe á pesar de sus 71 navidades y de su pelo blanco estaba robusto y bien tratado, y nadie á no saberlo le echaria su verdadera edad; su presencia es de Rey, y en su fisonomía se lee la travesura gubernamental, y el talento político. La reina es una señora consumidita, en cuyo semblante se vislumbra un aire marcado de apacibilidad y hasta de virtud, y si se quiere hasta de mistiquez y asceticismo, con ciertas impresiones de sentimiento que no puede desechar por los atentados á las vidas de su esposo y de sus hijos. Madama Adelaida, jóven de 67 años, soltera, es un Luis Felipe vestido de muger; tanto es parecida á su hermano: la hacen señora de mucho talento. La princesa Clementina no representa los 24 años que tiene, y sin ser un Gall se conoce que no ha heredado todo el espíritu de su padre y de su tia. La Duquesa de Orleans, que en lo rubia no desmiente su pais natal de Mecklenburgo, de regular talla y pronunciadas y bastante buenas facciones, tiene toda la frescura que puede tener á los 27 años. La de Nemours jóven de 20 primaveras, de baja estatura, es sumamente agraciada, y á juzgar por su rostro debe poseer

una alma cándida y bondadosa. Los duques de Orleans y de Nemours, ambos con barba y bigote, rubio el primero y negro el segundo, uno y otro son bien parecidos y de bastante esbeltas figuras. Se les conoce educados para ganarse popularidad, y de ello puedo certificar algo habiendo tenido ocasion de fumar un cigarro del de Nemours en su compañía, sin conocersele su elevado rango si de antemano no lo hubiera sabido. En general la familia real de Francia es como decimos los españoles, una familia lucida. El príncipe de Joinville, y los duques de Aumale y Montpensier, hijos menores, no se hallaban allí.

Representáronse aquella noche dos piecitas tituladas «*La demoiselle à marier.*» y «*Bocquet, pere et fills.*» Los actores no me parecieron sobresalientes. En un entreacto se nos sirvió un refresco de helados. Yo tomando mi sorbete, colocado de pié como todos en faz de Luis Felipe, alternaba mis miradas entre él y el hermano Soult, que eran con quienes mas habia tenido que hacer en mis tareas periodísticas; y no podia menos de exclamar para mis diplomáticos botones: «¡para que se vea lo que es el mundo! Despues de tantas veces como he hecho á Luis Felipe objeto de mis gerundianas capilladas (siempre tratándole con el respeto que se merece, eso sí), héme aquí obsequiado por él, hospedado en su casa, comiéndole el pan, y regalado con sorbetes.» En seguida miraba al hermano Soult, y se me venian á la memoria aquellas co-

pillas que le canté cuando andaba buscando un ministerio, y que principiaban:

«Voto á la fuente Aganipe,
voto á San Luis, Mariscal,
voto á mi calzon de tripe,
que te hace hacer Luis Felipe
un papel original,

Mariscal. (1)

Y me reia yo como un tonto de considerar lo que era el mundo.

Concluida la funcion, nada tuvimos que hacer sino irnos á acostar, y asi se verificó, siendo testigo de la etiqueta con que la familia real se daba las buenas noches. Yo dormí mejor que un príncipe, y mejor que si hubiese sido embajador de veras.

Al dia siguiente era la gran revista. Pero no tan temprano que no tubiésemos tiempo de hacer otras cosas antes. En primer lugar con aviso que recibimos de la Reina de que se iba á celebrar la misa de familia, pasamos á la capilla, teniendo con este motivo el gusto de darnos los buenos dias *toda la familia de casa*. En seguida se nos sirvió el desayuno, y concluido salimos el compañero y yo á dar una vuelta por la poblacion. Visitamos algunos templos, vimos el castillo en que fué hecha prisionera la famosa Juana de Arco por los

(1) Capillada 144 de 17 de mayo de 1839.

ingleses en 1430, y el arco triunfal erigido por la ciudad á la entrada de los duques de Nemours despues de su casamiento, en el cual aun se leia: «*La ciudad de Compiègne á SS. AA. RR. el duque y la duquesa de Nemours.*»

Regresado que hubimos á nuestra casa, y mientras llegaba la hora de la revista, yo me entretuve en escribir una epístola á mis suscritores de España, (que á su tiempo recibirian), con la misma pluma con que este capítulo estoy escribiendo; y aqui me permitirán mis lectores que haga un pequeño acto de contricion por el único hurto que he hecho en toda mi vida, pues aunque el robar un Frai Gerundio una pluma á Luis Felipe me parece que no pasará de un pecado muy venial, y ademas he tomado varias veces agua bendita para borrarle, con todo soy muy escrupuloso en materias del séptimo mandamiento, y cuanta penitencia pueda hacer me parece poca; y sí bien conozco que la mejor penitencia en estos pecados es la restitution, conozco tambien que me falta la suficiente virtud para restituírsela; estoy dispuesto, si, á remunerarle en especie regalándole cuantas plumas guste; pero en punto á volverle la misma me reconozco impenitente, no me hallo dispuesto á renunciar el gusto de decir cuatro cosas al hermano Luis Felipe con su misma pluma cuando se ofrezca, y no me queda otro recurso que el de borrar el pecado á fuerza de oraciones, y si estas no alcanzan y me condeno... ah! no, no lo puedo creer de la misericordia

infinita de un Dios que nos conoce á Luis Felipe y á mí, y está penetrado de mis sanas intenciones.

La mañana se puso crudísima de agua y viento, y ya perdíamos las esperanzas de que pudiera efectuarse la revista; pero llegó la hora y todo se puso en movimiento; el rey no se había acobardado, y se disponía para salir. La comitiva emprendió el camino del campo de *Converlieu* donde aguardaban las tropas. Al horizonte le dió el antojo de despejarse por un rato, pero aun no habíamos llegado á dar vista al ejército, cuando el Sr. Horizonte varió de humor, frunció el ceño, y nos descargó un aguacero acompañado de viento tan recio como frío, que nos hizo desconfiar enteramente de que la revista se verificase. «Por lo menos el rey, decía yo, no podrá salir de la carretela.» Pero me engañé, pues apenas llegamos al campo ví á Luis Felipe salir del coche con toda resolución, y comodándose un capote de hule montó con la ligereza de un jóven sobre un caballo blanco que le tenían dispuesto, y seguido de varios generales también á caballo y de los coches de nuestra comitiva, dió principio á la revista de los cuerpos, que le iban saludando á su turno con el grito de: *vive le Roi!* Casi todos los revistó con el sombrero en la mano, cayendo el agua sobre su blanca cabellera que era un alabar á Dios. Puso por su mano las corbatas, y las tropas hicieron algunas evoluciones, durando el todo de la función

por espacio de mas de dos horas y media. Retirados á nuestra casa, el ejército desfiló por delante de palacio.

Yo bien me temí aquella noche una pulmonía régia, pero S. M. no tuvo novedad alguna, que no fué para mí pequeño testimonio de la robustez y fortaleza del hermano Luis Felipe.

Por la tarde aprovechamos algunos claros que hubo para pasear por el hermoso y estensísimo parque de palacio, obra de Napoleon, dirigida por él, y el mas bello acaso de todos los parques de Francia. Los prados artificiales de que abunda, dispuestos en líneas espirales dejando en medio multitud de amenos y frondosos bosquecillos, son de un efecto sorprendente; pero lo que mas admira es un deliciosísimo emparrado con verjas de hierro de una media legua de longitud. Debajo de sus enramadas y verdes bóvedas nos encontramos con *Mr. Salvandy*, nombrado ya entonces embajador de España, que paseaba con otro diplomático. Incorporámonos á ellos, ó por mejor decir, ellos se unieron á nosotros, y juntos continuamos nuestro paseo, hablando primero sobre la belleza de aquellos bosques y jardines, y recayendo despues la conversacion sobre su mision á España. Allí tuve el gusto de oír de boca del hermano *Salvandy* sus sentimientos acerca de nuestro pais, que por cierto no estan muy en armonía con los que acá hemos podido vislumbrar despues, atendido su comportamiento y tenacidad en la ruidosa cues-

tion de credenciales. Pero ya veo que no es lo mismo hablar en Compiègne debajo del emparrado del parque que obrar en Madrid en la casa-embajada de la calle del Barquillo. Y en cuanto á los términos en que venian redactadas las credenciales, que fué y está siendo todavia el gran caballo de batalla, si lo hubieran estado como las que á mi me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubieran dado lugar á tantas disputas, contestaciones y casi ruptura de amistades, ó al menos, aumento de frialdad y poca inteligencia entre ambas naciones. Otro nuevo aguacero nos hizo retirarnos.

La segunda noche no habia funcion teatral. En su defecto esperábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabía, pues asi se lo habiamos suplicado nos la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo había rehusado, esponiendo ruborosamente por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y por otra la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavia nos lisongeaba la esperanza de oirla. Pero nó, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, política por demas y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y sí una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo

lo más á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retiramos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todaviz emprendimos nuestro regreso en posta para París.

Las circunstancias del viaje de vuelta fueron un poco azarosas, y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera estendido ya demasiado en este capítulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cerca de Luis Felipe del fingido diplomático Fr. Gerundio.

El cementerio del padre Lachaise.

Un recinto que contiene *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del *Padre Lachaise* el mayor y mas notable de los muchos cementerios de París, se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuita que fué confesor de Luis XIV, era otra razon mas para interesar á los dos esclaustrados viajeros. Asi es que á pesar del poco aliciente que ofrece la visita de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion,

y no distará menos de una legua del centro. «Tomarémos, le dije á Tirabeque, una *Dama blanca*.—¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama blanca* para ir al cementerio!—Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo seria tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita*, ó una *Parisiense*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas blancas*.—Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevadas á otra parte, pero lo que es á un cementerio tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin, si es empeño de vd. opino por que llevemos dos.—Nó, con una tenemos bastante.—Pues yo pienso que una es poco, mi amo.

El simple ó no se acordaba ó no sabia que las *Damas blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisienses*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bearnesas*, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Batiñolesas*, las *Damas reunidas*, las *Tryciclas*, las *Constantinas*, las *Gacelas* y otras muchas, son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carruages de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500 ó mas berlinas, que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Damas blancas* parten de la plaza de *Carroussel* y llevan hasta el cementerio del *P. Lachaise*. Subímos pues en una de estas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho, que nos iba á llevar.

A los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andres*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, asi como de floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos. «Señor, me decia mi buen Pelegrin, toda esta gente está siempre en pecado mortal.—¡Como en pecado mortal!—Si señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no desear, ni querer ni alegrarnos del mal del prógimo, y estos están siempre deseando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, porque en el consumo vá la ganancia.

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, si bien, como le dije á él, son oficios necesarios y de consiguiente permitidos, que tal es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entremos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos

lugares de meditacion y de recuerdos. Colocado el contemplador en la cima de la colina mas elevada se presenta á su vista el mas estenso, el mas variado, el mas pintoresco y el mas rico cuadro que puede gozarse en las cercanías de París. Pudiera decirse el mas risueño, sino fuera una risa lúgubre y de muerte como la risa de la convulsion la que inspiran aquellos campos. A lo lejos se contempla una ciudad de vivos, la ciudad mas bulliciosa del mundo; á los pies un pueblo de muertos, la mansion del descanso y del reposo. Allí el movimiento, la agitacion, la bulliciosidad de un pueblo alegre y frívolo: aquí un testimonio severo de que los pueblos mas frívolos, mas dados á los espectáculos de disipacion y de recreo, no pueden menos de pensar en que hay otra vida, en que hay una religion que no pueden destruir los hombre, y que entre sus sagrados dogmas nos enseña el de la inmortalidad. Si alguno en París se hiciese ateo, éntre en el cementerio del P. Lachaise y creerá. Si alguno hubiese bebido las doctrinas del materialismo, penetre en el cementerio, vea á la madre arrodillada ante la tumba de su hijo, á la esposa evocando los manes de su esposo, escuche sus fervientes oraciones, oiga sus ardientes súplicas dirigidas al Eterno por las almas de los que fueron objeto del cariño de sus entrañas, y diga al salir si cree ó no en la vida de los espíritus inmortales. Los cementerios son los argumentos indisolubles de la existencia de una vida eterna y espiritual.

El del P. Lachaise lleva contados ya mas de cien millones de francos (mas de 400 millones de reales), lo necesario para haber podido edificar una ciudad de 40 mil habitantes. Esto podrá dar idea de su grandiosidad. En él, como en una poblacion de vivos, hay una infinidad de calles, rectas unas y tortuosas otras; y dos compañeros que se sepáran allí pasarian facilmente dos ó tres dias sin poder encontrarse. Por eso al emprender nuestro paseo de revista sepulcral encargué mucho á Tirabeque que no se apartára dos pasos de mi lado. ¡Qué variedad de sarcófagos! ¡Qué riqueza de monumentos! ¡Cuántos hombres grandes descansan allí! El suelo está cubierto de construcciones de madera, de mármol, de jaspe, de granito, de bronce, de las piedras y metales mas preciosos, y bajo mil caprichosas formas trabajados.

Allí el monumento de *Masséna*, cuyo obelisco de un solo trozo descansa sobre un cubo de mármol blanco que le sirve de pedestal. Aquí el del mariscal *Suchet*, consistente en una enorme pila cuadrangular de mármol y granito: en su faz meridional se vé el busto del guerrero, y la Historia escribiendo sus hazañas sobre un cañon. Allá el del general *Foy*, en piedra de talla, con su grueso basamento sobre el cual descansa un templete con cuatro columnas acanaladas del orden dórico. Acá el de *Casimiro Perrier*, con una soberbia estatua en bronce del grande hombre de estado, á cuyos lados se ve inscrito: «*Elocuencia, Justicia,*

Firmeza, La ley, Banco de Francia : 1837. » Mas allá el de la princesa rusa *Demiduff* adornado de diez columnas que sostienen un templo períptero tristylo. Al otro lado el de *Monge*, erigido por el reconocimiento de los alumnos de la escuela politeénica. Al otro el del célebre diputado *Manuel* arrojado de la cámara por la entereza en la emision de sus opiniones en 1825. Aquí el del fogoso patriota *Emilio Verenet*, que dejó recomendado le decorasen su tumba con la bandera tricolor. Allí el que la ciudad de París levantó á las *Victimas de julio*, con su correspondiente inscripcion de LIBERTAD, ORDEN PUBLICO. Y por todas partes obeliscos y columnas, y pirámides, y templos y capillas, erigidos á la memoria de los innumerables hombres célebres que descansan en aquella populosa ciudad.

Las tumbas de los profesores distinguidos en ciencias y artes están regularmente embellecidas con los emblemas ó atributos propios de cada ciencia ó facultad. Asi se ve por ejemplo la del estatuario *Cartellier* en medio de dos grupos de tres estatuas cada uno; debajo de las de la izquierda se lee: «*Gloria, Talento, Modestia*»; bajo las de la derecha: «*Amistad, Sabiduria, Bondad.*» La tumba del *Dr. Gall* acompaña un emblema de la *Cárneologia*, sobre el cual están inscritos los nombres de las cualidades frenológicas. Sobre la losa sepulcral de la famosa trágica *Duchesnois* se leen trozos enteros de las principales piezas que representó,

y en que sobresalió aquella inmortal actriz. Y hasta el arte alegre de música ha concurrido á dar animacion y encanto á aquella lúgubre mansion, pues sobre la tumba de *Reicha*, profesor de contrapunto en el Conservatorio, se ve una lira de piedra, y á sus lados varias composiciones músicas del contrapuntista difunto. «Señor, me dijo Tirabeque cuando se las hice notar, bien dicen que genio y figura hasta la sepultura: el diablo son los músicos: hasta al campo santo llevan la aficion á contrapuntear. Lléveme Dios cuando me muera al departamento de los músicos.—Yo no sé, Pelegrin, le dije, si escojerias el mejor lugar.»

Hay inscripciones sábias, filosóficas y sublimes; pero las hay tambien ridículas, y no pocas. Siento que hubieran borrado hacia poco una muy chistosa que decia: «*Al mejor de los esposos: al buen padre de familias: al mas honrado de los ciudadanos: al mas tierno de los amigos: á la víctima mas sensible de las persecuciones. Su inconsolable viuda sigue despachando los géneros mas esquisitos de perfumeria en la calle tal, tienda número tantos, á precios muy equitativos. Se suplica á los que visiten estos santos lugares no dejen de seguir favoreciendo su establecimiento.*»

Y tampoco se me olvidará una que decia: «*Famille RISSOAM (en francés). Mulierum exemplar et decus (en latin). Hic jacet sponsa, hic jacebit sponsus, hic jacebunt filius et nurus, hic jacebunt ex iis nati et nascituri, hic jacebit quoque M. L. Canap-*

peville, quæ per tres et quadraginta annos in me, in meum natum, præsertimque in meam conjugem accuratissime officium contulit. Meum est hoc votum. MR. FLEURI RISSOAM, *pater et avus, pharmacopeus parisiensis.* Familia de RISSOAM. Ejemplar y ornato de las mugeres. Aquí yace la esposa, aquí yacerá el esposo, aquí yacerán el hijo y la nuera, aquí yacerán los que han nacido y los que nazcan de ellos, aquí yacerá tambien M. L. Canappeville, que por cuarenta y tres años me ha cuidado con mucho esmero á mi, á mi hijo, y principalmente á mi muger. Esta es mi voluntad.—*Mr. Fleury Rissoam, padre y abuelo, boticario de Paris.*

Solo á un Farmacéutico Parisien le podia haber ocurrido la idea de tan singular epitafio.

Pasamos en seguida al sitio que llaman la *Isla de los Españoles*, donde están los sepulcros de varios españoles, célebres unos y no célebres otros.

Pero dejaremos los españoles, y á *Abelardo y Eloisa* para el siguiente capítulo, porque hoy es ya tarde para inquietarlos en sus tumbas.

La isla de los españoles:

Y ABELARDO Y ELOISA.

Grande fué nuestro contento al hallar en el principal cementerio de la capital de Francia tantos sepulcros de españoles; que yo no sé cual de las dos cosas causa mas satisfaccion, si encontrar en

pais extranjero compatriotas vivos, ó hallar sus cenizas honradas y veneradas en estraños climas.

Bajo un elegante templete de mármol coronado por una cruz y sostenido por ocho columnas reposan los restos de *D. Mariano Luis de Urquijo*, antiguo ministro de estado en España, que falleció en París el año 1817. En la parte posterior de la urna se lee:

Il fallait un temple à la vertu,

Un asile à la douleur.

Como el nombre estaba escrito en español y el epitafio en francés, ocurrióle á Tirabeque la observacion de que el hermano Urquijo era español por delante y francés por detrás, cuya observacion los versados en la historia contemporánea podrán juzgar si tenia algo de esacta ó era puramente de capricho. A su lado se leia otra inscripcion que decia:

JUANITO SEGUNDO DE SOTO Y URQUIJO.

Le 17 janvier 1837.

Este otro misto de francés y español me hizo pensar si la observacion de Tirabeque tendria algo de verdadera respecto de la familia de los Urquijos. En lo del *Juanito* no reparó Tirabeque; yo sí reparé, pero no quise llamarle la atencion.

A la tumba del médico español *Garcia Suelto* acompaña esta inscripcion honrosa:

El doctor Tomas Garcia Suelto español, médico, filósofo y poeta.

*L'humanité, la société et les muses
deplurent sa mort prémature. (1)*

—«Señor, señor, me dijo Tirabeque lleno de fuego y entusiasmo; recemos un Padre nuestro y un Ave-María por este buen español que descansa aquí. Esto me hizo notar un sepulcro en que se leía: «*Kindelan*, nacido en España, y empleado despues en el servicio de la Francia: *español, pide á Dios por el alma de un compatriota que no olvidó jamas su primera patria*»—En efecto, Pelegrin, le dije, justo es que roguemos por él.» Y pedimos por su ánima con todo el fervor que su patriótica recomendacion merecia.

Veíanse ademas otras venerables tumbas, tales como la del brigadier *D. Pedro José Fernandez de la Cuesta*, muerto en 1826; la de *Ofdrril*, en 1831; la del *Principe de Maserano*, Grande de España de primera clase; la del embajador *Duque de Fernan Nuñez*, la del marino *Guzman de Carrion*; la del sabio *Morales*; la de la *Marquesa de Arneva*; y otras mas ó menos notables, y mas ó menos grandiosas ó modestas.

Entre las sombrías calles de árboles que se elevan sobre la derecha de la capilla, é inmediato

(1) La humanidad, la sociedad y las musas lloran su prematura muerte.

á los mausoleos de *Moliere* y *Lafontaine*, se ven dos monumentos, cada uno de los cuales bastaria para llenar de orgullo al amante de las glorias españolas, sino le llenaran al mismo tiempo de ruborosa indignacion al contemplar que los restos de nuestros ingenios mas preclaros han de reposar en una tierra estraña por los injustos desdenes de sus ingratos compatricios. El primero es del distinguido cantor y compositor *Manuel Garcia*, padre de la inmortal *Malibran*, ornato y admiracion de estrangeros teatros, y de la célebre *Paulina*, que hoy accidentalmente está recogiendo artísticos lauros en los salones de la corte del pais que la vió nacer. Decora la tumba de aquel artista un relieve en bronce que representa un libro de música, en el cual se leen algunos compases del *Polo del Contrabandista*.

La siguiente inscripcion espresa de quien es el segundo monumento fúnebre.

«Aquí yace

D. Leandro Fernandez de Moratin.

insigne poeta cómico y lírico,
delicias del teatro español,

de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.

Murió en 21 de junio de 1828.

Hay algunos versos latinos dedicados á la memoria del erudito poeta lírico dramático por su buen amigo y compatriota D. *Manuel Sivlela*, que

ha querido enterrarse con su familia en el mismo monumento que encierra las cenizas de su ilustre amigo. ¡Gloria á las letras! ¡Loor á la amistad! Séale permitido, virtuosos enterrados, á un viajero compatriota vuestro, quemar un granito de incienso sobre vuestras modestas tumbas.

En seguida nos dimos á buscar el sepulcro de los dos célebres amantes *Abelardo y Eloisa*. Y para que al español que visite aquellos santos lugares no le cueste tanto trabajo encontrarle como me costó á mí, adviértole que se halla cerca de la entrada del cementerio á la mano derecha, pasados los primeros árboles. Yo no sé que especie de sensación se experimenta al acercarse á la tumba de los tiernos y desgraciados amantes cuya historia hace mas de siete siglos aprenden de memoria los jóvenes de todos países, y cuyas sentidas *cartas* nadie alcanza los 20 años sin leer.

El mausoleo es de piedra, y ha sido fabricado de las ruinas del oratorio del *Paraclete*, que *Abelardo* se hizo construir para sus solitarias meditaciones en la vida y para el descanso de sus cenizas en la muerte. Pero ni estas debían estar en un lugar retirado cerca de Nogent, ni separadas de las de su tierna amada; y juntas fueron trasladadas, y juntas reposan hoy en el cementerio de París. Sobre una elevada lápida se ven los retratos de los dos amantes de cuerpo entero en piedra, como durmiendo el sueño de la muerte. En diferentes ángulos del mausoleo hay varios relieves

que representan el acto de la profesion religiosa de Abelardo , su entierro , y otros pasages de su historia. El sepulcro está circuido de una valla tambien de piedra. Sus cuerpos están cubiertos con multitud de coronas , guirnaldas y ramos de siempre vivas que otros amantes han ido colocando como otras tantas ofrendas consagradas á aquellos dos modelos del amor. Yo Fr. Gerundio , como padre amoroso y tierno , olvidando por un momento la severidad de los preceptos monásticos , y acordándome solamente de que tambien habia pagado mi tributo á las impresiones del amor , salté la valla , y tube el gusto de colocar una corona en la cabeza de *Eloisa* , y el de arrancar unas perpétuas de otra que ya la ceñía para conservar una memoria de aquella visita funeraria.

Tirabeque me veía y se admiraba , pero al fin tambien cayó en la tentacion. Solo que por no desmentir su genio me dijo : «Señor ; cuantas absoluciones habrán negado á los muchachos los frailes españoles de nuestros tiempos por haber leído las cartas de estos dos ciudadanos!—Déjate ahora de simplezas , le respondí , que no es esta ocasion de venirme con sandeces.

Con lo cual echamos una ojeada de despedida á la tumba de *Abelardo y Eloisa* , y salimos de la ciudad de difuntos del *P. Lachaise*.

Versalles.

Fatal coincidencia es por cierto la de estos

apuntes de viage, tocarle al viagero reseñar el capítulo de *Versalles* bajo el influjo de la lastimosa relacion que nos hacen los periódicos franceses llegados por el último correo, acerca de la horrosa catástrofe que acaba de suceder en uno de los caminos de hierro que conducen de París á aquel sitio real.

Cuando esto escribo, acabo de leer este horrible acontecimiento. Dos máquinas locomotrices impulsaban el convoy que salió de *Versalles* para París á las cinco y media de la tarde del domingo 8 del corriente mayo. En el paso de *Bellevue* se rompe el eje del primer locomotor, y al desprenderse las ruedas lanza la máquina fuera del carril. Acelerado el segundo por su propio impulso y el del convoy, salta por cima del primero: sucede lo mismo con dos de los wagones descubiertos, con otros dos de la segunda clase, y con una diligencia, cuya parte delantera se sobrepone á la trasera de los carruages que la precedian. Al terrible choque se rompen los wagones, y quedan muertas y heridas varias personas. El fuego de la primera máquina se escapa del hogar y se esparce por el camino: al llegar los cinco primeros carruages á aquel ardiente brasero se incendian instantáneamente, y hombres y carros son devorados, consumidos por el fuego. Cerca de 50 desgraciados son quemados por las llamas, divididos y tostados sus miembros, en términos de hallarse apenas rastro y señal de humanas figuras;

mas de otras tantas personas quedan mortalmente heridas ó lastimosamente magulladas. Llega la funesta nueva á París, y el llanto y la consternacion cunde y se generaliza por la capital de Francia. El rey, los ministros, las autoridades todas, los facultativos se apresuran á socorrer á los desgraciados que habian quedado con vida, y los salones del castillo de *Meudon* se transforman de repente en salas de enfermería. El dolor ahoga á centenares de familias; la catástrofe ha sido horrible; las circunstancias inspiran una dolorosa curiosidad; el suceso dejará por mucho tiempo recelosas desconfianzas hácia los caminos de hierro, y hará tomar sérias y escrupulosas precauciones.

Dos son los caminos de hierro que hay de París á Versalles, llamados el de la izquierda y el de la derecha, el uno parte de la barrera de Passy, de la barrera del Infierno el otro. Regularmente los extranjeros que van por primera vez á Versalles toman uno para la ida y otro para la vuelta, para disfrutar en una jornada de la perspectiva de ambos paisajes. Asi hice yo tambien, y recuerdo haber salido de Versalles á la misma hora que partió este desgraciado convoy, y haber regresado por el mismo camino en que ha tenido lugar la catástrofe horrorosa. Este último es el que ofrece mas bellos puntos de vista. La suntuosa fábrica de porcelana de *Sevres*, el palacio y bosques de *Saint Cloud*, el castillo

de *Meudon*, las pintorescas campiñas de *Bellevue*, todo contribuye á amenizar aquel camino delicioso.

Versalles es á Paris lo que á Madrid es *Aranjuez*. No hay extranjero que se contente con visitar una vez aquel encantador é indescriptible sitio de recreo, á lo cual da facilidad la distancia de solas 4 leguas á que está de Paris, y la proporcion de los dos caminos de hierro, de cada uno de los cuales parten convoyes cada hora, y á veces cada media hora todos los dias, empleándose en el viaje unos 30 minutos poco mas ó menos. En los dias en que se sueltan los juegos de aguas, que son los primeros domingos de cada mes y todos los del otoño, se calcula en veinte mil el número de personas que cada domingo sale de París á *Versalles*, que unido á las 25000 almas de que consta la poblacion, hace que aquellos estensos é interminables jardines se pueblen de manera que llegue hasta á embarazarse el paso por sus infinitas y pintorescas calles.

La descripcion del palacio y jardines de *Versalles* necesitaria un volúmen entero, y aun seria menguada para dar á conocer toda su grandiosidad y bellezas. Es menester verlo para conocerlo. Sin embargo procuraré dar á mis lectores una pequeña y sucinta idea de lo que encierra aquella rica posesion de los reyes de Francia.

El palacio de *Versalles*, esta imponente creacion de Luis XIV, no era mas que una vasta ruina recuerdo interesante y triste de tantas prosperi-

dades y grandezas. Luis Felipe concibió el pensamiento de hacer de él la joya de la Francia, y el templo de la fortuna francesa, y emprendió la atrevida obra de una completa y soberbia reparación. Quiso despues encerrar dentro de sus muros todos los reyes, todas las creencias, todos los grandes hombres del pais, y obedeciendo á su voz se levantaron del fondo de las tumbas de San Dionisio, de las cavernas de Chateau d' Eu, del museo de los Agustinos, de todas las viejas catedrales, de todos los antiguos monasterios, de todos los templos ruinosos, todos los reyes de la primera raza, que vinieron con su corona en la cabeza y su cetro en la mano á ocupar su plaza en las largas galerías destinadas á las estátuas de mármol. Vinieron en seguida los de la edad media y siguieron los reyes de las postreras familias.

Allí ha hecho concurrir todo los hombres famosos, todas las mugeres ilustres que ha producido la Francia. Sábios, guerreros, magistrados, poetas, artistas, todos están reunidos bajo un techo en el palacio de Versalles. Luis Felipe ha hecho tambien cubrir todas las paredes de las galerías con magníficos cuadros de la historia de Francia desde el primer rey hasta nuestros dias. No hay batalla, no hay hecho notable, no hay suceso, de algun interés, que no esté representado en algun cuadro. El museo de Versalles es la historia de Francia puesta en accion. Hé aqui en resúmen lo que contiene el palacio y el órden en que conviene verlo.

La capilla con sus escaleras y vestíbulo. Salas de cuadros históricos desde Clovis hasta Luis XVI. Galerías de estatuas y bustos. Salas de cuadros en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Sala de retratos de los reyes de Francia. Sala de las residencias reales. Sala de los Grandes Almirantes. Sala de los Mariscales. Sala de los Condestables. Sala de los guerreros célebres. Sala de las campañas de 1796 hasta 1805. Sala de Napoleon. Sala de las Campañas de 1805 á 1810. Sala de Marengo. Sala de cuadros históricos desde 1792 hasta 1836. Teatro. Galerías de estatuas y bustos. Salon de Hércules. Salon de la Abundancia. Idem de Venus. Id. de Diana. Id. de Marte. Id. de Mercurio. Id. de Apolo. Id. de la Guerra. Gran galería de cristales. Salon de la Paz. Cámara de la Reina. Salon de la Reina. Salon del gran Cubierto. Sala de los guardias de la Reina. Sala de criados de á pie de la Reina. Sala de Guardias del Rey. Pequeños departamentos de la Reina. Salon del Ojo de Buey (1). Dormitorio de Luis XIV. Gabinete del Rey. Cámara de Luis XV. Sala del Meridiano. Gabinete de las Cazas. Sala de los Desayunos. Gabinete de los Ministros. Gabinete de Maintenon. Gabinete de Luis XVI. Biblioteca. Salon de las porcelanas. Sala de villar. Sala de las bagillas de oro. Sala de las Cruzadas.

(1) Asi llamada de una ventana oval practicada en el plafon de donde recibe la luz.

Sala de los Estados generales. Sala de la Consagración de Napoleon. Sala de las Campañas de 1792 á 1795. Sala de 1792. Galería de batallas. Sala de 1830. Galería de estatuas y bustos. Sala de las pinturas á la aguada. Salas de retratos históricos anteriores á 1790.

El número de cuadros históricos es de 1031. El de estatuas y bustos es de millares.

¿Y quién es capaz de describir los interminables jardines de Versalles? ¿Quién sus juegos y saltos de aguas, sus cascadas, sus estanques, sus pabellones sus grutas rústicas, sus bosquecillos y prados artificiales, sus innumerables grupos de diosas, de ninfas, de amorcillos, de sátiros, de faunos, de delfines, de tritones, de nereidas, de génios, de héroes de la gentilidad, de emperadores griegos y romanos, de oradores y filósofos, de las estaciones, de las partes del mundo, de los frutos de la tierra, de los ríos, de las aves, y de todo cuanto simbolizarse puede por medio del buril y del cincel en las piedras y en los metales? ¿Quién los vasos, y las estatuas, y las pilastras, y las columnas, y los caprichos del grande y del pequeño Trianon?

Sin embargo á pesar de la vasta estension de aquellos jardines, y de todas las bellezas en ellos reunidas, el español que los contempla admira, si, los esfuerzos del arte y la profusion de la riqueza, pero todavía recuerda con orgullo las fuentes de la Granja y los jardines de Aranjuez. Allí hay lujo

de arte, aquí hay una naturaleza pródiga. Y sobre todo no cambiaría yo un vaso de agua de la Granja por toda la de las fuentes, surtidores, estanques y canales de Versalles, por la sencilla razón de que la de la Granja limpia, fija y dá esplendor, y la de Versalles no se puede beber.

Fourier, y los fourieristas.

He aquí cómo me escribía á París una señora española desde una de las mas bellas ciudades de la Bética :

«Mi amigo Fr. Gerundio: ya que vd. se halla en la capital de Francia, y penetrada como estoy de la afición de vd. á adquirir toda clase de conocimientos que puedan contribuir al bien de la sociedad y á la felicidad del género humano, me tomo la libertad de rogarle no deje de aprovechar su estancia en esa para estudiar cuanto pueda la nueva doctrina de *Fourier*, de ese grande hombre en cuyo solo sistema se encuentra el verdadero saber, la verdadera felicidad, la única política positiva. Yo tube mi época de entusiasmo y de ilusión por la política que hoy agita los ánimos en nuestro suelo, pero aficionada á la lectura, me dieron á conocer la doctrina de *Fourier*, y quedé desencantada. Si acaso alcanzó á vd. en Madrid el «*Manifeste de l' Ecole Societaire*,» publicado por los discípulos del grande hombre, no dudo se hallará vd. muy dispuesto á abjurar de toda otra política que

la de *Fourier*. Tengo el gusto de dirigir á vd. «*El porvenir de las mugeres,*» obra de la *Escuela Societaria* y traducido por mí: el artículo adicionado que con el título de «*Una palabra á las españolas*» leerá vd. en el mismo folleto es original mio. Le he hecho sin pretensiones de ningún género, y le someto gustosa á la imparcial censura de vd.

«Esta doctrina, como todos los nuevos descubrimientos, sufre ataques é impugnaciones, y hasta sarcasmos de los que no quieren tomarse el trabajo de estudiarla, ó carecen de capacidad para comprenderla. Por lo mismo es necesaria filosofía y valor para no desmayar en sostenerla, y á mí no me falta en verdad, porque me la dá el convencimiento.»

«Yo estoy segura que con presentarse vd. á los padres de esta escuela, y decirles: «soy el redactor del *Fr. Gerundio*» bastará para que sea vd. acogido con benevolencia y hasta con distincion. Sin embargo ruego á su paternidad reverendísima visite á *Mr. Franzois Debay*, que vive «rue..... á nombre de la *Falansteriana* española, y tengo una completa confianza de que se alegrará de la visita y proporcionará á vd. entrar en relaciones con los demas individuos de la escuela... etc. etc.»

Yo habia tenido el gusto de conocer á esta señora en mi viage al mediodia de la España, y la carta descubre bastante por sí sola que su educacion, sus inclinaciones, y su instruccion en los conocimientos mas profundos de la filosofía social

no son por cierto los que suelen tener comunmente las mugeres de nuestro pais. Del sistema de *Fourrier* tenia yo algunas noticias aunque escasas, porque sus doctrinas son poco conocidas en España todavía. Así pues, me dí con mucho gusto á cumplir su encargo. Confieso que en ello no tuvo la mas mínima parte el ensayar si la *Política positiva de Fourier* me desencantaba de esta otra política no positiva que preocupa todos los ánimos en España, porque de esta me hallaba completamente desencantado ya, sin que me quedára rastro de ilusion por ella, ó por mejor decir, aun conservo alguna ilusion por cierto sistema que yo me sé y que cada uno es dueño de crearse, pero en cuanto á los hombres protesto que no me ha quedado reliquia ni señal de ilusion política.

Pasé á visitar á *Mr. Devay*, y en efecto la hermana *Falansteriana* no se habia equivocado. *Mr. Devay* me recibió tan afectuosamente como yo pudiera desear: conocia mis pobres escritos, y con sorpresa y satisfaccion mia comenzó á recitarme artículos casi enteros: él era tambien redactor de *La Falange*, periódico de la *sociedad Falansteriana* dedicado á la propagacion de las doctrinas de *Fourrier*. *Mr. Devay* habia estado en España, y como tal reunia á la urbanidad francesa la franqueza española; que los únicos franceses con quienes puede tratar un español (y sea esto dicho de paso) son los que han visitado la España y han tenido la fortuna de que se les pe-

que algo de la hermosa naturalidad, de la insinuante y generosa franqueza que distingue y singulariza y hace apreciables en todas las regiones del mundo á los privilegiados habitantes (que en esto podemos tener el orgullo de serlo) de este suelo favorito de la naturaleza. Con los franceses puros (salvo como en todo algunas escepciones) no sé si habrá español que pueda congeniar.

Hablé detenidamente con *Mr. Devay* sobre las bases de la teoría societaria de *Fourier*, y sobre el estado y altura á que se encontraban sus doctrinas, y me manifestó que en los diez años que se cuentan de su nacimiento no solo se hallan representadas en Francia por la *Falange* de París sino tambien en Inglaterra por la *Falange* de Lóndres, y en los Estados Unidos por la *Falange* de New York; y que en Alemania, en Rusia, en Suiza, en el norte de Italia cunde su propagacion por medio de los periódicos y las revistas filosóficas. En París tienen los *Fourieristas* tres periódicos dedicados al propio objeto, que son *La Falange*, el *Nuevo Mundo*, y la *Crónica del movimiento social*, y ademas hay establecida en la calle del Sena una *Librería social*, donde se imprimen, publican y despachan á módicos precios las obras de los discípulos de *Fourier*, tales como el *Almanaque social*, el *Porvenir de las mugeres*, el *Porvenir de los obreros*, la *Historia y sistema de Cárlos Fourier*, *Cálculos agronómicos*, *Resúmen de la Teoría Falansteriana*,

Bases de la política positiva y otras muchas.

Escusado es decir que cumplida mi visita volví á mi casa cargado de obras, periódicos y folletos. Si el hijo del comerciante de Besanzon, el buen *Carlos Fourier*, hubiera resucitado (porque es de saber que el gran reformista murió en 1837), y hubiese visto el cargamento que llevaba, á no dudar hubiera tenido á Fr. Gerundio por el mas apasionado de sus sectarios y por la mas firme columna de su sistema.

Al dia siguiente me honró con su visita *Mr. Devay*, y tuvo la bondad de convidarme á comer aquel dia con sus compañeros los *Socialistas*. Yo quise escusarme sin dejar de agradecer el obsequio, pero *Mr. Devay* me instó diciendo que se habia tomado la libertad de proponerlo anticipadamente á la sociedad, que ésta habia acogido la proposicion con el mayor placer, y contando con mi condescendencia me esperaban reunidos á la hora en el *Restaurant Tavernier*, Galería Valois de *Palais Royal*, donde acostumbraban á comer juntos los discípulos de Fourier el miércoles de cada semana, y justamente lo era aquel dia. Que seria una comida frugal y literaria; comida de reformadores de la sociedad, añadió con gracia *Mr. Devay*. A semejantes razones no me pareció decoroso escusarme ya, y pidiendo permiso por un momento á *Mr. Devay* salí á decir á mi lego Tirabeque que no me esperára á comer.—¿Pues á donde vá vd., mi amo, (me preguntó) sino es un secreto?—De nin-

guna manera, Pelegtin, le dije: voy á comer con los discípulos de *Fourier*.—Señor, exclamó, no hay duda de que serán aventajados los discípulos de un *Furriel*! Por fuerza serán algunos que le llevarán á vd. engañado. Créame vd., señor, no coma vd. ni con *Furrieles* ni con cabos de escuadra, que tengo para mí que los *Furrieles* de Francia no deben ser gente muy de fiar (1).—Déjame, Pelegrin, y no tengas cuidado.

Caten vds. ya, hermanos míos, á Fr. Gerundio sentado á la mesa con veinte y tantos ó treinta *Fourieristas*, entre los cuales se hallaban *Mr. Victor Considerant*, redactor en jefe de *La Falange*; *Mr. Czynski*, que lo era en jefe del *Nuevo Mundo*, y autor del *Porvenir de las mugeres*, del *Porvenir de los obreros*, de la *Historia de Polonia*, de la *Colonizacion de Argel* y otras varias obras; *Mr. Le Moine*, ingeniero en jefe de puentes y caminos y autor de la *Asociacion por Falanges*, y de los *Cálculos Agronómicos*; y otros varios escritores socialistas.

La comida fué en efecto propia de reformadores del mundo, es decir, nada opípara: la conversacion propia de literatos, animada é instructiva; mucho mas hallándose presentes un poseedor de la ciencia del Magnetismo (que me hizo el

(1) *Nota para los franceses.* Se llaman *Furrieles* en España ciertos cabos en la milicia que entienden en el ramo de alojamientos y raciones de las tropas de servicio.

obsequio de convidarme á presenciar unos experimentos que pensaba hacer en el domingo próximo), un sabio mecánico que se ocupaba de hacer ensayos para dar impulso á una gran fábrica por la presión del aire, un profesor de medicina *homeopática*, y otras notabilidades, ó por mejor decir, otras rarezas literarias y artísticas.

La conversacion giraba alternativamente sobre los efectos de la homeopatía, sobre las cualidades del vapor, sobre las propiedades del magnetismo, sobre las ventajas de los Falansterios, sobre los vicios de la Sociedad, sobre las costumbres de España, y se pronunciaban en graciosa mescolanza los nombres de *Galvani*, de *Mesmer*, y de *Puysegur*: de *Dionisio Papin*, de *Sawery*, de *Bettancourt*, de *Blasco de Garay*, de *Hahnemann*, de *Schmit*, y de *Maroncellet*, de *Fourier*, de *Epicuro* y de *San Simon*, y de todos los que han escrito de mesmerismo, de mecánica, de filosofía, de medicina y de moral. Cualquiera que hubiese entrado nos hubiera tenido por locos, y yo no sé hasta qué punto seria falso semejante juicio. Sin embargo, quizá entre aquellos que á fuerza de animacion parecian desjuiciados se encontraban los que han de hacer cambiar la faz del mundo y convertir este valle de lágrimas en paraíso terrenal que no aspira á menos la doctrina de *Fourier*.

Pero supongamos que se ha concluido ya la comida. Voy á esponer ahora lo mas brevemente posible el gran pensamiento de *Fourier*, su sistema,

y el modo de desenvolverle para hacer la felicidad del género humano.

«La sociedad humana actual, dice *Fourier*, está corrompida; la discordia, la envidia, el egoismo, la ambicion, el vil interés, todos los vicios la tienen inundada, cancerada, corroida. Cada uno de los sistemas ensayados hasta aquí para hacer de la tierra un paraíso de delicias es falso é incompleto. Nadie ha sabido salir de los castigos, de las leyes de represion para corregir los delitos; yo voy á hacer á todos los hombres virtuosos y felices sin violencia, sin repugnancia; yo voy á desterrar la pobreza del mundo, voy á hacer que todos tengan lo que les hace falta, y voy á hacer mas, voy á hacer que todos los hombres se quieran bien y vivan como hermanos: voy á hacer que todo el mundo desee trabajar, y que cuando trabaje esté en sus glorias (1). ¿Qué es ahora la sociedad? dice: cada clase está interesada en la desgracia de las demas.» En esto tiene *Fourier* razon que le sobra, y ya dije yo el otro día que medio mundo vivia de la ruina del otro medio. «El curial desea que riñan los ricos, y que haya *buenos pletitos*: el militar desea una *buena guerra* y que el plomo y el acero se vendimien siquiera la mitad de sus camaradas para poder lograr un grado: el cura desea que la

(1) Si consiguiera esto *Fourier* en España, era menester colocar un *Fourier* en cada altar mayor, aunque hubiera que declarar cesante al mismo apóstol Santiago.

guadaña aude lista, y haya *buenos entierros*: el juez desea que haya muchos y *buenos delitos*: el almacenista de granos desea que haya *buena hambre*; el arquitecto, el carpintero, el albañil desean que haya *buenos incendios*, y así todos los demás. Yo voy á reformar los hombres de tal modo, que nadie desee, que nadie pueda desear, que á nadie le convenga desear el mal de su conciudadano.» —Pues bien, mostrad como.—Ahora lo voy á demostrar yo Fr. Gerundio con Fourier y con sus discípulos mis comensales. La materia creo que es la mas interesante de cuantas en mis apuntes de viajes he tocado. Así pues, estadme atentos.

Reforma completa del mundo.

El mundo social debe ser regido por un sistema de *atraccion social*, como el mundo físico se rige por la *atraccion fisica*. Esto último lo descubrió Newton; lo primero lo ha descubierto *Fourier*. El mundo físico está perfectamente regido y gobernado por el sistema de atraccion: ¡tales manos lo amasaron! la mano misma de Dios: Newton no hizo mas que descubrir lo que ya existía. El gobierno del mundo social le desempeña tambien Dios por sí mismo en cuanto á las leyes primarias, eternas, absolutas y esenciales: pero en cuanto á las secundarias y disciplinales, les dejó á los hombres en libertad de arreglárselas como mejor les cumpliese. Asi es que cada na-

cion es dueña de gobernarse á su modo y manera (1). Pero el hecho es que ninguno hasta ahora ha dado en el *quid* del buen gobierno, porque lléveme el diablo si se han visto nunca ni se ve en el mundo mas que miserias, trabajos, flaquezas y necesidades. *Fourier* es el solo hombre que ha descubierto este gran registro, el sistema de *atraccion* que ha de convertir la tierra en un semi-cielo. Sus discípulos son los que han de obrar esta gran revolucion, y yo Fr. Gerundio que comí con ellos y he procurado estudiar á *Fourier*.

Afuera esos mezquinos sistemas de absolutismo, de democracia, de progreso, de conservacion; ó si se quiere, consérvense todos, porque yo sin oponerme á ninguno, pues ni estorban ni hacen falta al mio y todos me son indiferentes, voy á reformar el mundo en términos, que habrá todo lo siguiente: *multiplicacion de riquezas y abundancia general; igualdad absoluta de derechos sin dejar de respetar las desigualdades naturales; utilizacion de todas las pasiones; mantenimiento de todos los lazos y afecciones de familia: DESTRUCCION DE LOS INTERESES ESCLUSIVOS, ORDEN COMPLETO Y LIBERTAD COMPLETA; progreso fijo y conservacion progresiva; sustitucion del trabajo gustoso al trabajo molesto; y finalmente que nadie pueda*

(1) Si se exceptúa la España, á la cual se empeñan algunos paisanos de *Fourier* y otros que no lo son en no dejarla gozar de esta libertad que Dios le ha dado.

querer su bien particular sin querer al mismo tiempo el bien de los demas, y nadie pueda querer el mal de otro porque seria querer el suyo, que es lo mismo que haber descubierto el secreto de la felicidad en esta vida, cosa que hasta ahora pasaba por imposible. Todo por el sistema de atraccion.

Para esto era menester hacer de todos los hombres del mundo una gran *unidad social*, una gran asociacion, una gran familia, que habria de vivir en perfecta armonía y fraternidad, y de consiguiente sin ódios, sin rencores, sin pleitos, sin guerras, sin egércitos, sin cadalsos, sin cárceles, sin presidios, sin castigos, porque todos los hombres serian buenos, virtuosos y honrados. Pero como esto seria imposible plantearlo de un golpe en todo el universo, de aqui la necesidad de hacer ensayos en pequeñas asociaciones, ligadas por intereses comunes combinados de tal modo que nada faltase á cada uno de los asociados, y viviesen todos en perfecta armonía. Estas sociedades se irian multiplicando, y serían partes de la gran unidad esférica del gran congreso del mundo deliberando á nombre del globo entero.

Cada una de estas sociedades constituiria un *Falansterio* ó comun. El número menor de que podria componerse seria de 400 individuos ú 80 familias, y el número mayor de 400 familias ó 1,800 personas. Mas ó menos que estos harian imposible la armonia. Supongamos un *Falansterio* de

400 familias, compuesto de gentes de diferentes oficios, de diferentes fortunas, de diferentes aptitudes ó cualidades intelectuales, que viven dentro de un establecimiento, de un gran edificio de un pueblo-palacio distribuido en esta forma. El centro está destinado á las salas de comer, de bolsa, de consejo, de biblioteca y de estudio, y al templo ó capilla. A una de las alas están los talleres de oficios mecánicos. A la otra la hospedería, la sala de recibir, y las de baile y de recreo. Los almacenes y establos frente del edificio, y el patio de honor y plaza de maniobras entre el palacio y los almacenes. Hay tambien un patio de invierno con sus jardines. Y el todo construido de manera que las relaciones puedan ser prontas, y los cuarteles puedan recorrerse facilmente y al abrigo en el invierno.

Pues bien, supongamos esta comunidad de 400 familias que vive dentro de un *Falansterio*, y que cada uno de sus individuos lleva una parte de capital, de trabajo y de talento, ó de una sola de las tres cosas. El que concurra con mas á la asociacion, aquel recibe mas premio. El que no lleva mas que su trabajo, recibe adelantado el mínimo, que se reduce á mesa, habitacion y vestido de tercera clase; item mas el valor de su trabajo. Si estudia, si inventa, si perfecciona, entra á participar de la retribucion del talento. Allí todos han de trabajar, no ha de haber nadie que huelgue. A los niños, enfermos ó imposibilitados

se los mantiene de los fondos de la asociación, y lo que van ganando los niños con su trabajo se les conserva y garantiza sin gastos hasta la mayor edad, y para ello se les abre una cuenta en el gran libro. La tarifa de distribución á las tres facultades industriales es de esta manera: cinco duodécimos al trabajo manufacturero, cuatro al capital accionario, y tres á los conocimientos prácticos y teóricos.

Voy ahora á demostrar, yo Fr. Gerundio que hoy hablo por Fourier, que esta sociedad podria ser feliz, que no podria menos de ser feliz. Aqui de mi sistema de *atracción*. Y digo. Lo que al hombre le cansa, le molesta, le fastidia es el trabajo forzado, el obligatorio, el monótono, el excesivo y continuado. Al contrario todo trabajo voluntario y variado le divierte, le agrada, se le hace dulce. Tal es por ejemplo la caza para los aficionados. El estado normal del hombre es trabajar con utilidad y con placer. He aqui el estudio de los atractivos; he aqui el secreto del sistema de la *atracción*. Para hacer pues ameno y gustoso el trabajo se seguirian en cada *Falansterio* ó *Comun* las siguientes reglas. Primera: cada uno elegirá los trabajos á que lo llame su aptitud y su inclinacion: segunda las ocupaciones serán alternadas, sirviendo la una de desahogo y descanso á la otra: tercera: nadie se ocupará en un mismo trabajo mas de dos horas: cuarta: todos los trabajos estarán organizados por *séries* ó *clases*, *grupos* ó

géneros, y *semi-grupos* ó especies, de modo que los trabajadores siempre reunidos sean constantemente animados por la emulacion, las rivalidades y el entusiasmo: quinta: cuanto menos agradable sea un trabajo, mayor será la recompensa: sexta: las lecciones irán siempre acompañadas de la practica, y cada uno asistirá á la leccion que sea mas de su inclinacion y agrado.

Solo la vida armoniosa puede proporcionar á las *mugeres* la emancipacion moral, es decir, una independenciam de posicion que no las permita jamas *venderse*, jamas entregarse contra sus inclinaciones. Dedicadas á un trabajo gustoso y productivo, propio de su sexo, no tendrán necesidad de sacrificarse á un enlace de especulacion ó de recurso; no se verán en la precision ó en el peligro de vender su honor. Todo en fin será virtud, todo abundancia, todo gloria. Los gritos de la desesperacion y los gemidos de los desgraciados serán reemplazados por las continuas fiestas y por los cantos de alegria; la impiedad será vencida, la humanidad entonará un himno de reconocimiento á la gloria del Criador: vosotros vereis con vuestros mismos ojos este paraíso terrenal, si os prestais á adoptar el sistema de Fourier.

Tras de la creacion de un *Falansterio* vendria la de otro, y asi sucesivamente hasta que toda la sociedad humana se organizára bajo este pié. Para la fundacion de cada *Falansterio* se abririan suscripciones voluntarias por acciones de pequeñas can-

tidades que pudieran estar al alcance de los mas medianamente acomodados.

He aquí en resumen la Teoria de la reforma societaria de *Fourier*, que tanto ruido ha hecho en Francia, y que cuenta ya prosélitos en las regiones de ambos mundos. Hallándome yo en Bélgica á principios de noviembre del año pasado de 1844, se embarcaron en el Havre para el Brasil 700 *Fourrieristas* llamados por el emperador para fundar un Falansterio; les hacia los gastos de viage, y les adelantaba los fondos necesarios para dar principio á los trabajos.

Pero lo mas notable es que en nuestra España, que es donde la *Teoría social de la política positiva de Fourier* ha cundido menos, se trata tambien de formar un *Falansterio*: y á la vista tengo una esposicion que hace al Regente del Reino D. Manuel Sagrario de Beloy, vecino y propietario de Cádiz, acompañada de un proyecto de ley para la formacion de una *poblacion-palacio* ó sea *Falansterio* en los campos de *Tempul*, término de Jerez de la Frontera, y perteneciente á sus propios, cuyo territorio *le ha cedido* al efecto el *ilustre y filantrópico Ayuntamiento* de aquella ciudad. En ella promete el hermano *Beloy* (bajo las bases de 31 condiciones que espresa), construir un palacio general para 2.000 almas, en el que cada uno de sus individuos tendrá baño, caños de agua fría y caliente á todas horas, y en algunos casos comodidades de que carece el primer soberano de

Europa; que todo el palacio se iluminará por igual; que en invierno se podrá vivir de dia y de noche con ropas ligeras, pues al dirigirse á la gran fonda, á los salones, biblioteca, talleres, oficinas, iglesia, teatro etc., etc. no incomodarán los vientos, las aguas, el lodo ni el frio, pues habrá hermosas galerías de cristales cubiertas, que estarán siempre al temple de primavera; que se promete que este pueblo será una de las maravillas del mundo etc., etc. Todo con arreglo al sistema de *Fourier*.

Aqui entrevéo, yo Frai Gerundio, la influencia de la *Falansteriana* de la Bética que me escribió á París en la propagacion del sistema societario de *Fourier*. ¡Que bueno será que se dé principio á la gran reforma del mundo por Jerez de la Frontera! Pero si la creacion del Falansterio español pende de las córtes y el gobierno, ¡desgraciado el proyecto del señor Beloy.

He indicado en qué consiste la doctrina social de *Fouier*. Ahora, españoles, estudiadla. Por mi parte me he limitado hoy á esponerla brevemente: en otra ocasion acaso me ocuparé de ella, y emitiré mi pobre parecer.

Tirabeque en el Panteon.

Grandemente se gozaba mi buen lego cada vez que encontraba en Francia algun vice-versa. Paris ofrece uno muy notable en dos de sus mas suntuo-

están con los nombres de los grandes hombres que los fundaron.

esos templos, la *Magdalena* y el *Panteon*. El primero es uno de los templos mas bellos del mundo, y uno de los monumentos dignos de la grandeza y magnificencia de los romanos. Rodeado de 52 elegantes columnas corintias de 60 pies de altura, arrebatada la admiracion del espectador curioso, y testifica el buen gusto de la arquitectura francesa. Pero su forma es enteramente profana; todo lo parece menos templo cristiano; es elegante, esbelto, bellissimo, pero falto enteramente de gravedad; y á no saber que estaba dedicado al culto de una santa penitente, se tomaria por un teatro. Diez años estuvo destinado á *Templo de gloria*, y esto debia ser, ya que aquello no fuera.

El segundo (*el Panteon*) está destinado á *Templo de gloria* para los grandes hombres, y debia ser iglesia cristiana, debia ser lo que fué en un principio, el templo de *Santa Genoveva*. Pero estas dos santas han tenido que habérselas con la revolucion, y venció la que habia de haber quedado vencida, y la que habia de haber sucumbido fue la que quedó vencedora. Justicia revolucionaria. Venció pues la *Magdalena*, y se apropió el templo que por su arquitectura estaba indicado para *Panteon de hombres ilustres*. La pobre *Santa Genoveva* fué la víctima sacrificada á la revolucion de Julio, despojándola de un templo que de justicia le pertenecia, y destinando su santa casa para morada de gente *non sancta*. Asi pagaron los parisienses á su buena compatriota, la

ilustre princesa de Bravante, el servicio que les hizo cuando Atila, rey de los Hunos, invadió las Galias con un ejército formidable. Así paga el diablo á quien bien le sirve. De modo que si en el cielo se conserváran las pasiones de la tierra, *Santa Genoveva* debería llorar el desaire como una *Magdalena*, y la llorona *Magdalena* debería estarse riendo de *Santa Genoveva* como una tonta. La revolucion de Julio sería todo lo justa que se quiera con los hombres, pero á fé que con las santas no se portó muy bien.

Este vice-versa es tan notable, que á Tirabegue mismo, con ser lego, no se le pudo escapar, y es uno de los que menos favor hacen á los franceses.

Yo tenia curiosidad de ver ese famoso *Panteon* tan nombrado, y al efecto me dirigí á él con mi lego Pelegrin. El templo tiene la forma de una cruz griega, y es efectivamente magestuoso y grande. Desde que la Asamblea constituyente le metamorfoseó en templo de Gloria, se ve en su fronton representada *la Francia* distribuyendo coronas de palmas á sus grandes hombres; y sobre su friso se lee en abultadas letras de oro:

«AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE.»

A los grandes hombres la patria reconocida.

«Señor, me decia mi lego, apiñaditos deberán

estar aquí los *hombres grandes* y no tendrán mucha comodidad que digamos, porque aunque el templo es grande tambien, ellos deberán ser muchos, y por fuerza habrán de estar unos sobre otros y como peces en cesta de pescador.—Ya veremos, Pelegrin; y vamos entrando, que te detienes demasiado en la contemplacion del frontispicio.

Entramos pues, y al momento exclamó Tirabeque: «Señor, señor, válgame la Virgen, y que hombre tan grandon se ve allí en frente!» era un *Genio* colosal, con una espada en una mano y un ramo de laurel en la otra, sobre el cual se veia á Napoleon abrazando la Gloria coronada de estrellas. Ningun otro hombre grande veiamos en el templo de los Hombres Grandes. «Diga vd. buen amigo, le preguntó Tirabeque á nuestro conductor, al conductor que está siempre para recibir y guiar á los extranjeros; ¿me dará vd. razon si acaso están de paseo los Hombres Grandes que veniamos á visitar? Porque yo no veo por aqui mas que ese gigante, que dice el amo que no es hombre, sino un Geniazo muy atroz.—¡Oh! respondió nuestro guia, tomaos la molestia de bajar conmigo; allí los vereis.

Y nos condujo á las bóvedas subterráneas (*caveaux*) donde esperábamos hallar la numerosa coleccion de hombres ilustres que deseábamos ver. «He aqui, nos dijo el conductor, la tumba de *Voltaire*: ella es de precioso mármol; ved los emblemas que decoran el sepulcro de este Gran-

de hombre; un globo y una cítara.—Si señor, dijo Tirabeque; tengo noticias de este sujeto; los frailes de allá de España le querian mucho: en tiempo del Rey absoluto apenas habia sermon en que no le citáran.—Oh! precisamente; él es uno de los grandes hombres de la Francia. Tomaos la molestia de venir por aqui... Estais viendo la tumba de *Rousseau*.—Si señor, si, tambien conocemos por allá á este ciudadano.—Oh! yo no lo dudo.—Oiga vd.: parece que no se encuentra muy á gusto el mancebo, porque veo que está sacando un brazo como quien quiere salirse de la tumba.—Sí, pero reparad que ese es un brazo de madera; ¿veis que lleva una bujia encendida en la mano?—Alumbre vd. mas de cerca con la suya, porque no veo bien.—Pues es el emblema de lo que el grande hombre ilustró al mundo con la luz de las obras de su ingenio. Leed esa inscripcion:

«Ici repose l'homme de la nature et de la verité.»

Aqui yace el hombre de la naturaleza y de la verdad.

—Está bien, repuso Tirabeque, aunque eso de la verdad necesitaria alguna mas esplicacion.—Ahora venid por aqui.» Y nos condujo á otros de los departamentos subterráneos, donde habia porcion de jarrones de mármol.—«Esta urna de piedra contiene los corazones de *MM. Sers y Monard de Gales*; en esta otra urna está encerrado el co-

razon de *Hecreau de Sennarmort*; esta otra está vacia; esta otra contiene el corazon del ilustre senador....—Por lo visto, dijo Tirabeque sin dejarle concluir, vds. han ido descorazonando gente para colocar sus corazones en estos jarros. Y diga vd.: ¿se puede saber qué clase de sujetos eran todos estos descorazonados?—Oh! si señor; eran senadores, generales, condes, marqueses, abogadõs, pares de Francia ect.—¿Y todos eran hombres grandes? Porque si el ser hombre grande en Francia ha de servir para que á uno le arranquen el corazon, estoy mas contento con ser en España hombre pequeño que si fuera en Francia hombre grande.—No eran muy grandes que digamos, contestó el conductor, pero fueron ciudadanos bien reputados.—Pues crea vd., replicó Pelegrin, que de ninguno de ellos he oido hablar una palabra: no debieron ser muy grandes cuando su fama no ha llegado á mí.—Si os parece, señores, podemos salir cuando gusteis.—Qué, ¿se acabaron ya los hombres grandes?—Sí, señores, se acabaron.—¿Con qué es decir que toda la bulla de los *Hombres Grandes* del famoso *Panteon* se reduce á dos que son *Rousseau y Voltaire*? Y para eso tanta bambolla de: «á los *Grandes hombres la patria reconocida*!»—Ah! pero habrá mas.—Ah! pero ahora no los hay. Esta visto, hermano conductor, que los franceses son vds. muy ponderativos.—Calla, imprudente, le dije al oido; calla esa boca y salgamos.

Subimos otra vez á la iglesia. Nosotros caminábamos derechos hácia la salida, pero el conductor mostraba interés y empeño en llamarnos la atención hácia algun otro punto. Tirabeque y yo mirábamos, y nada se ofrecía á nuestra vista que ofreciese ya novedad. Caminábamos hácia la puerta y el conductor nos entretenia de nuevo.—¿Qué será esto, Pelegrin? le dije por lo bajo.—Señor, no sé lo que puede significar, me contestó.—Ea, pues despedámonos de este hombre.—Dios os guarde, amigo: os damos las gracias por vuestra atención.—Perdonad, señores, vos no habeis leído sin duda este escrito.» Entonces miramos á una tablita que colgada de una columna estaba, en la cual se leía:

«L' inspecteur des travaux du Pantheon certifie que les conducteurs guides n' aient autre salaire que les gratifications des personnes qui vont le voir.»

«El inspector de los trabajos del panteon certifica que los guias-conductores no tienen mas salario que las propinas de los que vienen á visitarle.»

Esto esplicaba la conducta de nuestro guía, y sus ardidés indirectos para llamarnos la atención. Yo eché mano al bolsillo riéndome de tan extraño modo de pedir, y Tirabeque con su natural marcialidad le dijo al conductor: oiga vd. señor mio, ¿para pedir una propina, se necesita andar con

esos circumloquios? Sepa vd. que somos españoles y que en España se piden las cosas clarito y sin rodeos. ¡Habrà vd. visto gazmoñeria como ella! Para decir: «¿no hay alguna cosilla para el conductor?» no es necesario andar con certificaciones ni garambainas.—Ah! perdon señor.—Qué perdon ni que as de bastos! Tome vd. ese par de francos y calle. ¡Pues para qué quiere mas renta el hombre?

Y salimos riéndonos del modo de pedir de los franceses. Ellos no piden, ni hacen memoriales; espiden un certificado para que les den. Testimonio de la franqueza del pais.

Teatro italiano.

Por la noche nos fuimos al *Teatro italiano*. ¡Hola! y que no es poca fineza llevar á un lego á un teatro donde una localidad regular cuesta 13 francos, ó sea 52 rs.; y para eso si se quiere estar á gusto hay que apresurarse á tomar posesion del asiento, porque de otra manera con arreglo á la hendita costumbre francesa del *primo capientis*, se espone uno á pagar trece francos enteros para no ver mas que la mitad del escenario. Pero de estas finezas merecia Tirabeque por los importantes servicios que en algunas ocasiones me prestaba.

El *teatro italiano*, asi llamado por ser de italianos la compañía lírica que en él trabaja, es

el segundo de París en categoría; aunque no tan grandioso y magnífico como el de la *Academia real de música*, es sumamente bello y elegante, y la sociedad que á él concurre es acaso mas escogida todavia que la de la grande ópera. Como los franceses y francesas acostumbran á vestirse de sociedad para ir al teatro, especialmente á los de primer orden, la concurrencia del *teatro italiano* representa el lujo y la elegancia de las clases de mas tono de París. La compañía distribuye el año escénico en dos temporadas ó mitades, de las cuales la de otoño ó invierno la dedica á París y la de primavera y verano á Londres. No dá mas que tres funciones cada semana, alternando con las de la *Academia real*.

Allí tubimos el gusto de oír á la *Grissi*, la *Persiani*, la *Albertazzi*, la *Amigo*, á *Tamburini*, *Mario y Lablache*, primeras notabilidades líricas de Europa, y aun del mundo. *Rubini*, el célebre *Rubini*, el rey de los tenores, que tambien habia pertenecido á aquella compañía, se habia retirado ya de la escena á gozar privada y descansadamente de las glorias y los triunfos artísticos, y de otra cosa todavia mas positiva y material para pasar el resto de su vida con decencia, de los millones que su habilidad y sus talentos líricos le habian proporcionado. Dichosos los que en este siglo filarmónico lo ganan cantando.

Sorprendióme y no poco Tirabeque cuando me dijo en uno de los entreactos: «Señor, señor,

allí estoy yo.—¡Cómo que allí estas tú! ¿Dónde? Yo no te veo mas que aquí.—No señor, no, allí arriba; mire vd. al antepecho de aquella segunda galería de palcos; ¿no me ve vd. allí escrito con letras de oro? ¿quién les habrá dicho á estos italianos que me hallo yo en París? ¿y como habia yo de pensar nunca que me habian de hacer el honor de ponerme en letras de oro, cuando creí que las de plomo de la imprenta eran ya demasiado para lo que yo merezco?—Calla, calla, simplon que tú eres, tú debes estar señando.—Señor, ¿no vé vd. allí escrito en un lado *Malibrán*, en otro *Barilli*, y otro *García*?—Eso sí.—Pues bien: no ve vd. allí cerca *Pelegrín* con todas sus letras? Pues ese ¿quién es mas que yo? ¿Tiene vd. noticia de que haya por aquí ninguno otro *Pelegrín*?—¡Ah pobre badulaque! miserable tontuelo! Lee bien, y verás que hay mas letras de las que has pensado: repara y vé que no dice *Pelegrín* sino *Pellegrini*.—Señor, eso consiste en que como son italianos han escrito mi nombre tambien á estilo de Italia.—Vaya, no has de ser majadero: creí que la temporada que llevas de París te habria civilizado mas.

Barilli y *Pellegrini* supongo que han sido dos célebres cantantes italianos que han merecido el honor de que sus nombres se inscriban en este templo de gloria lírica; y no es poca gloria, Tirabeque, para nosotros los españoles el ver tambien esculpidos aquí los nombres de dos compa-

triotas insignes cuales fueron el señor *Garcia*, aquel cuyo honroso sepulcro vimos en el cementerio del P. Lachaisse, y el de su hija la inmortal *Milibran*; y no es poca gloria, digo, que de los cuatro célebres artistas cuyos nombres se ven aqui grabados en bronce, dos sean compatriotas nuestros.

Quedóse Tirabeque un poco mustio, si bien no podia dejar de serle satisfactoria la fama y reputacion artística de dos paisanos que á tan distinguido honor se habian hecho acreedores. Y concluida la funcion salimos admirados de las extraordinarias facultades, y de la robusta, pastosa y suave voz del gefe de los bajos cantantes *Lablache*, y no tan satisfechos como esperábamos de la fama y mérito que habiamos oido dar á *Tamburini*.

La prision de muchachos.

El estado de las prisiones y el sistema carcelario es una de las cosas que prueban mas el buen ó mal gobierno de un pais. En España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cacaña estar preso, y ha llegado á cuestionarse si el estado escesivamente brillante y cómodo de las prisiones desmoraliza ya indirectamente la sociedad en vez de corregirla, pues hay hombres que cometen delitos con el fin de que los encarcelen.

Para visitar las cárceles de París se necesita una permision ó licencia especial del Prefecto, pero se consigue facilmente. He aqui los términos en que están concebidas.—«Prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto de Policía, autoriza á los directores de las prisiones del Sena á dar entrada en estos establecimientos el dia que se presente á visitarlos á *Mr N.....* Los señores directores le dispensarán todas las facilidades compatibles con su deber y responsabilidad. Anotarán en esta licencia el dia en que les sea presentada; y el director que la reciba el último, la retendrá para volverla á enviar á la Prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto, *Deupui*.

Cada cárcel de París, está destinada á detenidos de diferente condicion, edad, sexo y delitos. La de *Santa Pelagia* por ejemplo, en que antes se encerraba á los perseguidos por deudas, está ahora destinada á los condenados por delitos políticos, á algunos prevenidos de robo, y á tal cual individuo condenado á una corta detencion. En la *Consergeria* se encierran los acusados que esperan el fallo de la *Cour d' Assises*. La de la *Abadia de San German* está destinada á los militares prevenidos de crímenes de la competencia de los consejos de Guerra: esta es una prision estremadamente fuerte. La de la *Deuda* es la que ha reemplazado á la de *Santa Pelagia*. La de *San Lázaro* es la casa de detencion para mugeres condenadas á prision temporal ó perpétua: es una de las mejores de París, y

las detenidas se emplean en trabajos propios de su sexo, que al paso que las preservan del enojo y la desesperacion, y les endulzan la privacion de la libertad, les preparan recursos para el dia en que hayan de recobrarla. La de la *Pequeña fuerza* está destinada á las prostitutas, á quienes se ocupa en hilar lana ó algodón: el reglamento de esta carcel es sumamente severo. La de la *Roquette* ó *Nouveau Bicetre* está dedicada á los sentenciados á muerte ó á penas corporales y duras hasta que salen á sufrir su castigo. En la *Penitenciaria de jóvenes detenidos* se encierra á los muchachos de 7 á 14 años por via de correccion y por tiempo determinado. Y así de las demas prisiones.

Las cárceles de Paris se han mejorado estraordinariamente de algun tiempo á esta parte, tanto respecto al estado sanitario como al tratamiento que en ella se dá á los presos. Para prueba de ello, y en beneficio de la brevedad que exigen unas ligeras observaciones de viage, hablaré solo de dos de ellas, que como las otras tuve el gusto de visitar en compañía de mi Tirabeque. Ambas están junto al cementerio del P. Lachaise, enfrente una de otra: son las dos últimas que he citado.

Cuando Tirabeque supo que entraba en el depósito de rematados á llevar la cadena y á sufrir la pena capital, le entró cierto sudorcillo de miedo que en vano procuraba disimular. El edificio consta de dos pisos altos, donde se hallan los cuartos ó celditas para cada preso: en el piso bajo estan

los talleres, refectorio, capilla etc.; en medio hay un gran patio cuadrado: el establecimiento puede contener 3.000 presos.

¿Qué tienes, Pelegrin?—Nada, señor; el poquillo de respeto con que siempre mira uno á estos colegiales mayores. «El conserge nos condujo á uno de los talleres, donde habria sobre 20 ó 30 presos trabajando en obras de sastrería. A nuestra entrada todos se pusieron en pie, descubriendo sus cabezas y teniendo sus gorritas en la mano. Aquel acto de urbanidad y respeto no dejó de tranquilizar un tanto la zozobrosa inquietud de Tirabeque. Examinamos ligeramente sus obras, permaneciendo entretanto los presos en la misma humilde y respetuosa actitud. «Señor, me decia Tirabeque al oido, ¿estos son presos, ó son los sastres de la casa?—Sí, los sastres de la casa son; pero tan humildes como los ves, son tambien de los presos, acaso son grandes criminales, acaso facinerosos y asesinos.—Señor, si parecen sastres de tijera honrada.—Hé ahí, Pelegrin, los efectos de un buen gobierno carcelario.

Pasamos en seguida á los talleres de herrería, de zapatería, de carpintería y demas. En este último vimos trabajar obras sumamente delicadas y de muchísimo gusto; neceséres, cajas, pupitres, almohadillitas para señora, adornadas de embuidos de muchísimo y muy minucioso trabajo formando elegantes dibujos. Tirabeque se quedó asombrado de ver tan esquisitos trabajos, y á mí me sucedió

lo mismo. En todos los talleres fuimos recibidos con iguales muestras de respetuosa y humilde atencion. Subimos á ver las celdas, donde admiramos la limpieza y el aseo, y mas que todo la decencia y comodidad de las camas. En seguida visitamos la cocina, que hallamos mas limpia y aseada que la de nuestros antiguos conventos; probamos las viandas, y convenimos en que podian comerse mejor que los almodrotos que nos hacian nuestros cocineros del claustro.

Pero la prision en que mas hallamos que admirar fue la de los *muchachos*, ó sea de *jóvenes detenidos* que está enfrente. El edificio parece mas bien un castillo feudal que una cárcel. Es un sexágono regular, en cada uno de cuyos ángulos iguales descuella una torre cuadrada. Consta de otros tantos departamentos de tres pisos cada uno, con otros tantos patios. Cada uno de estos seis departamentos está aislado de los otros, y en medio hay una especie de rotonda desde la cual se dominan todos. Cuando nosotros visitamos esta cárcel habria unos quinientos jóvenes presos, todos de 7 á 14 años; cada uno vive y trabaja separadamente en su celda, conforme al sistema de aislamiento del célebre Bentham. Los de un departamento no se rozan ni comunican para nada con los de otro, y aun los que habitan en uno mismo no se conocen por sus nombres, sino por el número con que á cada uno se señala. Trabajan todo el dia, y solo cada dos dias se concede á cada preso un cuarto

de hora de recreo en el patio; pero cada uno juega solo, cada uno tiene su cuarto de hora diferente; no se reunen sino para oír misa en la capilla y para recibir las esplicaciones de doctrina cristiana en la rotonda del medio. En cada manzana de celdas hay continuamente un vigilante que inspecciona los trabajos de la seccion que está á su cuidado, y asiste y suministra á cada preso lo que necesita para sus trabajos. La vigilancia es rígida; ningun preso podria holgar seis minutos sin conocimiento del inspector, y sin que le siguiera inmediatamente el castigo; pero el socorro en cualquier indisposicion, en cualquier necesidad que se les ocurra, es tambien pronto y seguro; el vigilante no falta nunca de allí; al menor llamamiento de un preso acude en el minuto. Estos vigilantes (*surveillants*) son todos retirados del ejército, lo mismo que los conserges y demas empleados del establecimiento escogidos por su moralidad.

El que á nosotros nos guiaba era un hombre sumamente fino, atento é instruido. Nos hacia las esplicaciones con la mayor minuciosidad y con una amabilidad que no dejaba que apetecer. No hubo seccion que no visitáramos; en vano fue indicarle varias veces, en las tres largas horas, que se estaba molestando demasiado por nosotros; su respuesta era siempre, que en ello no hacia mas que cumplir su deber, que aquella era su obligacion, y que ademas tenia gusto en que los estrangeros á quienes tenia el honor de guiar no dejarán de in-

formarse de todo cuanto al establecimiento pertenecía. ¡Cuántas veces me acordé de la general aspereza de nuestros alcaides! Bien que esto, atendido el estado de nuestras cárceles es un bien; y aun deberían poseer en grado mas eminente esta cualidad para que nadie viese lo que es afrentoso ver.

No hay género de trabajo á que no se dediquen aquellos jóvenes, segun las inclinaciones de cada uno. Allí se fabrica toda clase de ropa y de calzado, de tegidos, de cerrajería, de botonería, de ebanistería, de cincelería, de hebillería, etc. etc.: lo mismo se elaboran telas de hilo, seda y estambre, que instrumentos de hierro, bronce y acero, que muebles de madera, y artefactos de todo género. Allí ví cincelar esas figuras y grupos de bronce que sirven de remate y adorno á los relojes de mesa; allí ví trabajar esos instrumentos músicos que llaman *acordiones*, de los cuales habia un bien surtido almacen de todos tamaños, que tocaban tambien los presos con maestría; y por este estilo otra porcion de manufacturas, de que se surten varias casas de comercio de París, y de cuyos productos parte se destina á beneficio del establecimiento y parte se deposita en la caja de ahorros de cada preso, para que el dia que salga de la prision pueda contar con un pequeño capital.

Divertida en gran manera fue nuestra visita carcelaria con las preguntas que Tirabeque ó yo

hacíamos á los chicos, segun que en cada celda entrábamos, y con las respuestas que ellos nos daban. «Oyes, niño, ¿por qué estás tú aquí?—Yo, por vago, nos respondia con admirable candidez. —¿Qué edad tienes?—Ocho años.—¿Y qué sabes hacer?—Hago cadenitas de alambre de varias clases (y todo esto sin dejar de trabajar).—¿Y cuánto tiempo llevas de prision?—Cuatro meses.—¿Y cuánto te falta?—Cuatro años, menos el tiempo que llevo aquí.—Pasábamos á otra celda, y preguntábamos. ¿Qué edad tienes tú, niño?—Ocho años y medio.—¿Y por qué estás en la prision, picarillo?—Por indócil.—¿Qué sabes hacer?—Hebilitas y llaves de reloj.—¿Por cuánto tiempo estás preso?—Por seis años: llevo ya mas de uno en ella.—Enseña, enseña á estos señores, le decia el conserge, las muestras de escritura. Sabed que este niño ha ganado el último premio de escribir.»

Esto nos dió á conocer la esmerada enseñanza de primeras letras que recibian los jóvenes penitenciados. «Diga vd., señor conserge, le preguntó mi Pelegrin: supongo que les darán á vds. mucho que hacer estos diablejos, porque aquí vendrá lo peor de cada casa.—Viene en efecto, pero es admirable el cambio que en ellos produce este sistema desde el momento que entran en la prision. Como desde luego se ven aislados, como nadie se les presenta ni les habla sino los gefes é inspectores del establecimiento, y los maestros de religion, de primeras letras y de su oficio res-

pectivo, y como siempre se los tiene ocupados, adquieren una docilidad admirable, y apenas se ofrece castigarlos alguna vez. ¿Y vos no teneis en España (dijo dirigiéndose á mi) establecimientos de esta clase?—Si, le contesté; en Madrid se ha creado uno el año pasado, y se proyecta crear otros.» Tirabeque iba á echarme á perder la contestacion, pero le lancé una mirada que le hizo temblar y calló como un muerto.

Al despedirnos quise poner en la mano de nuestro amable conductor la decente propina de que era digno. Pero de tal manera y con tales razones de delicadeza la rehusó, que hube de desistir, y aun de pedirle mil perdones. Unico ejemplar de este género que se me presentó en toda la Francia.

Salímos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban 500 jóvenes, que hubieran sido otras tantas cárcomas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuadruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaria* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos: ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas politicas, pensáran en crear establecimientos de esta clase!

La ermita y el pabellon de Rousseau.

Una de las escursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en Paris es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca como por hallarse allí la célebre *Ermita de Rousseau*, su *Pabellon* y otros no menos curiosos monumentos.

El dia que se destine á esta escursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruages que parten diariamente cada media hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 rs. (75 céntimos); desde *Saint Denis á Montmorency* se apresta otro carruage, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta expedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

Montmorency está situada en una altura que domina el valle del mismo nombre, valle feracísimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes y baños de aguas sulfurosas, la casa de *Catinat* y el famoso lago de *Enghien*, al cual en las fiestas patronales tienen

costumbre los elegantes parisiens de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanías de París.

Nosotros habiamos emprendido nuestra viajata ni mas ni menos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle. Pero confiados en el adagio español, «preguntando se vá á Roma,» preguntando á unos y á otros logramos dar con la famosa *Ermita* (*l'ermitage*), que está cerca del bosque llamado *el castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardin contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo* y un mausoléo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazon de leon*, que habitó tambien aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres. «Aquí, decía uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna.—Esta es la morada, decía otro, que le proporcionó su querida *Madama de Epinay* cuando

le dijo: «oso mio, ahí tienes tu asilo; tú le has escogido y la amistad te le ofrece.» Esta puede llamarse el regalo del amor.—Si, añadí yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de Houdetot, cuñada de la Epinay, cuyos locos amores le acarrearón los disgustos que era natural le produgesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con Diderot, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de Warens, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar.»

Tirabeque, que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo: señor, por lo que vds. hablan, ese hombre era de aquellos de «tantas veo, tantas quiero.» ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTEON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo?—El mismo, Pelegrin.—Pues señor, dígole á vd. que por sus luces no diera yo seis maravedís.—Pues aun no sabes lo mejor. Mira: aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que él llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de París: y de la hija refieren que era tan estúpida que nunca pudo contar por su órden los meses del año, y le sucedia tambien lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de

reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró tambien de aquella *gran muger*, y la *antorcha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre antes de casarse con ella.— Pues señor, me gusta la vida que hacía el *santo Ermitaño*. — Para que veas, Pelegrin, como los hombres mas grandes son los que incurren tambien en las mas grandes flaquezas. Sin embargo, aunque la vida de *Rousseau* tuvo periodos que no fueron sino un tejido de aventuras y hechos inmorales, tuvo tambien el hijo del relojero de Ginebra otros periodos de heroismo, y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes. *Rousseau* tuvo mucho de bueno y mucho de malo: como literato calavera, su vida fue una série de desgracias y de fortunones, de persecuciones y proteccion: como filósofo estravagante, tuvo rarezas sin cuento y rasgos de genio privilegiado y de hombre vulgar.

Señor, y estos hombres son los que despues de muertos son venerados mas que si fueran santos, y todo el mundo se hace lenguas de ellos, y los colocan en los grandes panteones, y vienen los estrangeros á visitar su ermita como si fuese la ermita de S. Pablo ó el Santo Sepulcro de Jesucristo! ¡Válgame Dios, mi amo y cuánto aprende uno y cuánto se desengaña en los viages!— Para eso no es necesario viajar, Pelegrin; porque tambien en España como en todas partes del mundo acaece detestar los hombres á tal ilustrado

sugeto en vida por sus vicios, y despues de muerto hacerle una media apoteosis. En todos tiempos ha sudedido asi. No hay cosa como morirse. Tirabeque: la muerte es una pintura que hace mucho favor á algunos retratos, pues con su negro pincel suele borrar lo malo y dejar solamente lo bueno.

Si á vds. les parece, dijo uno de los compañeros, podemos pasar á ver el *Pabellon*.—Cuando vds. gusten, les respondí.» Y nos dirigimos al pueblo, donde nos habian informado se hallaba.

Acusado el filósofo de Ginebra de traicion por la mayor parte de sus amigos, y creyéndose cercado de lazos y emboscadas, se trasladó en 1758 en el rigor del invierno á una pobre habitacion cuyo techo de tablas podridas estaba amenazando ruina y la cual le cedió su amigo el duque de Montmorency. Esto es lo que hoy se llama el *Pabellon de Rousseau*. Tomando lenguas fuimos conducidos á una humilde casita, que estaba cerrada. Usando de la libertad de estrangeros y de la franqueza española, llamamos, y salió á respondernos una vieja cuya fachada no dejaba de consonar con la de la casa. Nos preguntó qué se nos ofrecia, y le respondimos que éramos cuatro estrangeros que tendriamos gusto en visitar el *Pabellon del grande hombre*, si en ello no habia inconveniente. Con su otorgamiento de concesion entramos en un pequeño pasillo descubierto que conducia á la casita. Sobre el dintel de la puerta

se leía la siguiente inscripción, de la cual lo marcado con puntos estaba borrado.

«... llamado transportado el 15 de diciembre de 1738 por sus amigos el difunto Mariscal de Luxemburgo propietario del castillo de Montmorency y el difunto príncipe de Conty, que quisieron sustraerle al decreto de arresto lanzado contra él el 8 del mismo mes por el parlamento de Paris despues de la publicacion del *Emilio*. Él escribia el 7 á uno de sus amigos en estos términos: «He dado gloria á Dios, he hablado para el bien de los hombres : por una tan noble causa no rehusaré jamas el sufrir : hoy se vuelve á abrir el parlamento; espero tranquilo lo que guste decretar.»

Debajo de esta inscripción se añadía, «que él habia escrito alli el *Contrato Social*, una carta al Parlamento, y que habia dado la última mano á su *Julia*.»

La vieja se nos habia retirado, pero no por eso dejamos nosotros de irnos internando con nuestra franqueza española (y á fé que fue la que nos valió pues de otro modo nos hubiéramos quedado sin verlo). Encontrámonos en una cocina, donde se hallaba nuestra vieja, (que en verdad no era la mas digna sustituta de la *Nueva Eloisa*) ocupada en atizar sus pucheros. «Madama, ¿se pasa por aqui al *Pabellon*?—Si señores, si-

gan vds. por ahí, que allá voy yo.» Entramos pues en el famoso *Pabellon*, que es una especie de pequeño terraplen con su emparrado y sus árboles á la orilla: á uno de sus extremos habia una mesa redonda de piedra, con una plancha de bronce embutida en medio, en que se leia; «*Aquí es donde ha pasado los bellos dias un grande hombre: veinte diversas obras maestras han señalado su curso; aqui nacieron el Saint-Preux y la Julia, y esta simple piedra es el altar del genio.*—El 27 de marzo de 1787.—Gabriel Rissard.

«He aqui, la dije á mis amigos, donde nacieron aquellas dos célebres obras, de las cuales decia el mismo *Rousseau*: «*El que no idolatre á mi JULIA, no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de SAINT PREUX no puede serlo mio.*»—En efecto, me respondió uno de ellos; pero segun la inscripcion de la puerta tambien nació aqui aquella obra destructora de toda organizacion política existente.—¿Habla vd. del *Contrato Social*? le preguntó el otro compatriota.—Si señor.—Pues amigo, perdone vd. que para mí es el mas acertado código de instituciones políticas que se ha escrito: él fué el que adoptó la Convencion haciendo á su autor el merecido honor de colocar su busto en el salon de sesiones.—Pues yo detesto sus doctrinas fundadas sobre la soberanía nacional.—Cabalmente es por lo que á mi me gustan: la soberanía de todos es la única ley omnipotente.—Mejor dirá vd. que

es el principio subversivo de toda sociedad.— Asi hablan los retrógrados.—Y como vd. piensan los anarquistas.

Asi se iban esplicando mis compañeros de expedicion, los cuales no hay que decir el partido político á que cada uno pertenecia.

La cuestion política los iba acalorando en términos que temí que la polémica tuviera un resultado disgustoso. ¡Achaque fatal de esta época de discordias políticas! Viven dos españoles en la mas envidiable y fraternal armonía; hasta que se suscita una cuestion política cualquiera: no se necesita mas para que la buena armonía se la lleve el diablo, y falte poco, si algo falta, para que anden al morro los mismos que fuera de la maldita política serian buenos amigos. Mi mediacion y la entrada de la vieja cortaron la fastidiosa disputa. «Vengan vds., si gustan, nos dijo ésta, al gabinete del grande hombre.» Y nos llevó á una piececita que está al lado del *Pabellon*.

Allí nos enseñó el *fac-símile* de una carta de *Rousseau* á Mr. Latour, pintor del rey, en octubre de 1764 con ocasion de haberle enviado su retrato, la cual no deja de ser curiosa. El gabinete está circundado de cuadros, de retratos de las personas con quienes habia tenido relaciones de amistad Juan Jacobo: entre ellos tengo presente que se hallaban los de *Franklin*, *D'Alambert*, *David Hume*, *Beaumont*, *Voltaire*, *Diderot*, *Mad. Geoffrin*, *Miguel Angel* y otros varios, los cuales ha tenido

el gusto de reunir en aquel cuartucho *Mr. Bidoc*, hoy dueño de la casa.

— Concluida nuestra visita, y alargando Tirabeque de muy mala gana una espresion á la vieja, nos fuimos á tomar un refrigerio al hotel del *Gran Ciervo*. Durante la refeccion rodó la conversacion sobre las cualidades del filósofo cuyas viviendas acabábamos de visitar. Uno de los compañeros le tenia por un hombre cabal, y podia decirse que era uno de esos que llama Grimm *verdaderos devotos de Juan Santiago*. El otro la tomaba por la inversa, y para él no era *Rousseau* mas que un hombre sedicioso é inmoral. Por mi parte fuí siempre y soy ahora de la opinion de uno de sus biógrafos que dice: «el carácter moral de este hombre célebre parece imposible de analizar, porque es un compuesto de elementos tan encontrados que admira verlos reunidos en un solo hombre.» Tirabeque tambien echaba por el atajo, y tomando parte en el juicio de calificacion decia: Señor, él seria todo lo grande que le quieran hacer los franceses, pero para mí el hombre que se enamora de una criada tan tonta que no entendia las horas de un reloj, tiene hecha la pología.» Echámonos todos á reir del juicio crítico de Tirabeque; al mismo tiempo sonó una corneta de piston; salimos á ver, y era la del cochero que avisaba ser la hora de regresar á *Saint-Denis*; con lo cual acordamos trasladar nuestras cuatro humanidades de la mesa al carruaje, y á los dos minutos ya estábamos en camino.

Saint-Denis.

Como decia Tirabeque, el ir á visitar los sepulcros de los reyes de Francia no impedia reparar lo que se hallase al paso; y en efecto á la entrada de la poblacion nos hizo notar el retumbante rótulo de una cantina que decia: «*Cantina del fuerte de la doble corona del Norte.*» Mire vd. señor, añadia, que llamar á una cantina «*del fuerte de la doble corona del Norte*» no les ocurre mas que á los franceses». En efecto es asi, y esto bastará para que el lector se figure los altisonantes títulos con que ellos bautizan cualquier insignificante establecimiento.

La pequeña ciudad de *Saint-Denis* es poblacion de unos 5.000 habitantes: tiene muchas y escelentes fábricas de manufacturas, y un colegio de educacion para 500 señoritas, hijas de individuos de la Legion de Honor. Pero lo notable en *Saint-Denis* es su hermosa y vasta catedral gótica. Cuando nosotros estuvimos se hallaba en reparacion. Un cabildo de 10 obispos y 24 canónigos ha reemplazado á los cenobitas de la antigua y célebre Abadia. Destinada á sepulcro de los reyes de Francia desde Godoberto I, fué profanada y destruida por la revolucion, quedando sin techo, sin altares, sin reliquias y sin tesoro. Despues ha sido reedificada, y hoy se encuentra en mas brillante estado que nunca. Los restos de los monarcas destrozados en aquella épo-

ca calamitosa han vuelto á encontrar allí un asilo, y se han agregado las cenizas de Luis XVI, de la reina María Antonieta y de sus tias, y los despojos de Luis XVIII y del duque de Berri.

Nuestro conductor empezó enseñándonos los sepulcros de mármol que decoran el cuerpo de la suntuosa iglesia, especialmente los de los reyes Enrique II y su muger, que se hallan á la izquierda, y los de Francisco I y su muger que se encuentran á la derecha del altar mayor; cada uno de estos monarcas descansa al lado de su esposa, y todos cuatro están desnudos como su madre los parió, única cosa en que los reyes nacen iguales á los demas hombres. En derredor del sepulcro de Francisco I están retratadas en bajos relieves todas las batallas del gran monarca. Yo me puse á examinarlas despacio por la curiosidad de ver si encontraba la famosa batalla del *sitio de Pavía*, donde Francisco I quedó prisionero del emperador Cárlos I de España, y no la hallé. Entonces pregunté al conductor (maliciosamente en verdad,) «¿podreis decirme cual de estas es la batalla de *Pavía*?—Ah! me respondió: perdonad; la batalla de *Pavía* no está aquí; todo el espacio le han ocupado las otras, no ha quedado lugar para ella.» Todos á la una admiramos la sutileza de la respuesta, y bromeábanme mis compañeros compatriotas diciéndome que habia encontrado con la horma de mi zapato, no pudiendo dejar de reconocer yo mismo el mérito de la

ingeniosa y pronta evasiva del francés.

En seguida nos condujo á las catacumbas ó óbvepas subterráneas, donde descansa un pueblo entero de reyes en magníficos y costosos mausoleos. Honda y sublime en la sensacion que se experimenta al contemplar las tumbas de los monarcas de quince siglos, al repasar las páginas de mármol de aquella larga cronología de reyes, en que á cada paso se encuentran recuerdos históricos y monumentos de príncipes de sangre española. Pero lo que se nos hizo mas notable á todos fué hallar el sepulcro y estatua de Luis XVII, de aquel jóven y desgraciado príncipe, hijo de los infortunados Luis XVI y María Antonieta, víctima de la crueldad revolucionaria.

Era ya tarde, y la necesidad de regresar á Paris puso término á aquella importante revista, que suspendimos con ánimo resuelto de hacerla otro dia mas despacio, como lo ejecuté por mi parte, y como aconsejo á todo español que lo verifique, pues no debe visitarse menos que dos veces la interesantísima y memorable catedral de *Saint Denis*.

La gran Muralla.

Señores, nos decia Tirabeque en el camino, saquen vds. los relojes—¿Y para qué? le dije yo; á las cinco en punto hemos salido de Saint Denis.—No señor, no es para saber á qué hora hemos

salido; es por una curiosidad: á ver si se pasa un minuto sin que encontremos algun carruaje.» En efecto, es tal y tan activa la comunicacion de Saint-Denis con la capital, que con dificultad, especialmente á la caida de la tarde, hora en que salen tambien las diligencias de Paris que van en aquella direccion, con dificultad, digo, se pasará un minuto ni aun medio sin encontrar algun carruaje en el espacio de las dos leguas. Puede decirse que no se interrumpe la línea que forman entre los de ida y los de vuelta. Los oidos padecen considerablemente con aquel ruido insoponible.

Una de las cosas que en esta jornada fueron objeto de nuestra conversacion y de nuestras reflexiones fue la obra de la *gran muralla de Paris*, esa obra gigantesca, concebida y proyectada por Luis Felipe, y aprobada por las Cámaras despues de tantos y tan acalorados debates. Esta obra colosal se está llevando á efecto con actividad y con teson. A la distancia de media legua ó tres cuartos de las *barreras* ó puertas de la ciudad, en cualquier direccion que se salga se ven los trabajos de esa obra que ha de producir un cambio en la importancia militar y política de aquella inmensa poblacion, no sabemos si para bien ó para mal suyo, si para bien ó para mal de la Francia entera, si para su libertad ó para su esclavitud.

Creo que no bajará de doce ó catorce leguas

la zona que comprenderá la muralla con sus fortines avanzados, y que no será de menos de sesenta, ú ochenta mil hombres el ejército necesario para defender el amurallado pueblo de una invasión. Los millones de francos que se lleva invertidos, y los que se invertirán en la construcción de tan vastísima muralla, el lector los podrá calcular, si cálculo hay que abarcarlo pueda. Nosotros admirábamos unánimemente la docilidad de un millón de corderos que se dejan encerrar dentro de aquel gran redil, y la atrevida resolución del pastor que le hace fabricar para su ilustrado rebaño. Y haciendo esta reflexión llegamos á Paris.

Un culto raro.

Ofrecí hablar de un culto religioso, el que mas me ha llamado la atención de cuantos cultos vi en Francia, Holanda y Alemania, y voy á cumplirlo.

Yo habia visto anunciado el culto de la *iglesia Católica francesa* en Paris, sin otra circunstancia que la de celebrarse los oficios en *idioma francés*, y aunque creí que seria esta sola la novedad que ofreciera, determiné dedicar á él la mañana del domingo en compañía de Tirabeque: se entiende, despues de haber cumplido nuestras obligaciones cristianas á lo católico rancio español. A las doce, hora en que se anunciaba la

misa, ya estábamos los dos en el n.º 59 del *Faubourg-Saint-Martin*, donde se halla la iglesia.

Desde luego nos causó estrañeza encontrar en el pórtico una mesa cubierta de libritos y folletos, que despachaba una muger, con arreglo á la costumbre general de despacharse todo por femeninas manos. Me acerqué á examinar los escritos y hallé que eran el *Catecismo de la Iglesia católica francesa*, el *Nouvel Eucologe*, ó nuevo Ordinario de la Misa; varios discursos, entre ellos uno sobre el *Celibato de los sacerdotes*, el prospecto y primer número de un periódico para la propagacion de las doctrinas de la nueva iglesia, todo escrito por su primado el *abate Chatel*, junto con su biografia y una coleccion de estampas que representaban á este *obispo fundador* en actitud de predicar á los fieles. De todos tomé un ejemplar; y mientras salia el celebrante á decir la misa me puse á leer con viva curiosidad, lo primero el mencionado *Catecismo*, donde esperaba hallar los principios que constituian la creencia de esta nueva religion, que bien puede llamarse nueva, puesto que empezó á proclamarse en 1831. A ello me alentaba Tirabeque diciendome: «lea vd., señor, lea vd. á prisa, que tengo para mi que hemos de ver hoy unas heregias muy raras en este templo.»

No me engañé efectivamente. Hé aqui el *símbolo de la iglesia francesa*, segun consta en el capítulo 4.º del *Catecismo*.

«1.º *Creo* en un Dios, solo poderoso, solo justo, solo inmutable, solo bueno, que recompensa eternamente y castiga segun la gravedad del mal que se ha hecho.»

«2.º *Creo* que el hombre está dotado de una alma inmortal que volverá á entrar en el seno de Dios cuando sea digna de ello.»

—Señor, hasta ahora parece que no vamos mal, y que esta es gente de razon. Siga vd. otro poco á ver, que estos franceses suelen principiar con buenas palabras, y concluir con malas obras.

«3.º *Creo* que el bien viene de Dios, y el mal de las imperfecciones del hombre.»

«4.º *Creo* que no hay mas religion verdadera, buena y útil, que la religion natural grabada en el corazon de todos los hombres.»

—¿Lo vé vd., mi amo? Cuando yo digo que nos esperaba ver muchas heregías en este templo....—Deja, que esto se presenta curioso.

«5.º *Creo* que Jesucristo, en razon á la sublimidad de su doctrina y de su moral, y particularmente por consideracion á su ilimitado amor á la humanidad, debe ser mirado como un modelo de virtud, y honorificado como tal.»

«6.º *Creo* que el hombre puede salvarse en todas las religiones, cualquiera que sea, con tal que su creencia sea de buena fé.»

¿Qué le va á vd. pareciendo de la doctrinita, mi amo?—Ya lo puedes suponer, Pelegrin; pero concluyamos con los artículos de este *Credo*.

«7.º *Creo* que todo el fondo de la religion y de la moral consiste en creer en Dios y amar al prógimo.»

8.º *Creo* que se pueden resarcir las faltas por medio de las buenas obras, que son la sola penitencia agradable á Dios y útil á la sociedad.

«9.º *Creo* que el hombre está obligado á examinar algunas veces su conciencia, y á confesarse á Dios á fin de hacerse mejor.

«10.º *Creo* que debiendo la criatura un tributo de homenaje y adoracion al Criador, la oracion y el culto exterior son obligatorios á todo hombre que cree en Dios.»

Hé aquí, Pelegrin, los diez artículos de la fé de esta iglesia! son cuatro menos que los nuestros.—Y en verdad, mi amo, que pueden arder en un candil. ¿Y tienen mandamientos y sacramentos como nosotros?—Ahora lo veré..... Sí: los mismos. Pero escucha lo que dice de Jesucristo en el capítulo 3.º

«*Preg.* ¿Quién es Jesucristo?

«*Resp.* Jesucristo es el hijo de José y de Maria, y el fundador de la religion cristiana.

«*Preg.* ¿Qué hay de notable en la vida y en la muerte de Jesucristo?

«*Resp.* Jesucristo durante su vida se atrevió á decir y á practicar lo que nadie antes que él habia tenido valor de enseñar, y menos de practicar.

«*Preg.* ¿Qué enseñó pues, y que practicó que

le haya merecido esta preeminencia que los cristianos le dan sobre todos los hombres?

«*Resp.* Enseñó y practicó la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

«*Preg.* ¿Y por qué?

«*Resp.* ¿Porqué proclamó por todo dogma, por toda creencia, por toda religion, la ley natural, nada mas que la ley natural.»

Hasta aquí no tenemos una gran novedad en el culto religioso de esta iglesia, porque no es nuevo en el mundo el que haya sectarios de una religion puramente natural. Pero ya va á dar principio la *misa*, y aquí empieza la originalidad y la extravagancia.

Misa original.

El pueblo espera ya la salida del celebrante (este pueblo serian unas 600 personas): hombres y mugeres, cada uno tiene en la mano su *Eucologio* ú *Ordinario* de la *misa*: Fr. Gerundio y Tirabeque se hallan sentados entre el pueblo *católico francés*: el abate *Fernando Francisco Chatel*, fundador de la *Iglesia católica francesa* y nombrado por los votos de los fieles *Obispo Primado* de ella, sale vestido de capisayos y se sienta en un banco al lado del altar mayor, acompañado de su pro-secretario *Mr. Bonnet*; óyense las voces de un organillo que hay colocado á la izquierda del altar mayor; sale el celebrante *Mr. Vandelier*, vicario general

honorario, revestido de un traje en nada parecido al de nuestros celebrantes; los ojos de Tirabeque se clavan en él, su boca se entreabre naturalmente al impulso de la curiosidad, y empieza el sacerdote á cantar el *Introibo ad altare Dei* en estos términos:

*Penetrés de respect, aprochons de l' autel,
du Dieu dont l' univers est le trône immortel.*

A lo cual respondia el pueblo tambien cantando:

*Du Dieu qui nous remplit de joie et de tendresse,
et répand dans nos cœurs la plus vive allegrese.*

SACERDOTE.—*Dieu juste! en ce moment daigne
exaucer non cœur,
ramene á la vertu l' homme injuste et trompeur.*

PUEBLO.—*En te priant, Seigneur, que notre dmc
est raviel!*

*Ta grace est notre bien, notre espoir, notre
vie etc.*

que puede traducirse:

SACERDOTE.—Con respeto profundo
lleguemos al altar
de Dios, que tiene al orbe
por su trono inmortal.

PUEBLO.—De ese Dios que nos llena
de gozo y de ternura;
y en nuestros corazones
derrama la ventura.

SACERDOTE.—Dios mio! en este instante
oye mi corazón,
y á la virtud convierte
al hombre engañador.

PUEBLO.—Orando á tí, Dios mio,
nuestra alma se arrebató;
tu gracia es nuestra vida,
nuestro bien es tu gracia etc.

El sacerdote sube al altar y entona algunas oraciones en prosa y verso. Hé aquí como canta los *Kiries* el coro de fieles.

*Bien faiteur tout-puissant!
L'homme reconnaissant
bénit, á chaque instant,
ta bonté paternelle!*

*La douceur,
le bonheur,
pour notre áme immortelle,
est de t'aimer,
te révérer,
et toujours t'adorer.*

¡Oh Dios onipotentel
El hombre reverente
bendice eternamente
tu bondad paternal!

La dulzura
la ventura
para un alma inmortal,
es adorarte,
reverenciarte,
y siempre, siempre amarte.

Seguia otra estrofa. Del mismo modo cantó el pueblo la *Gloria* tambien en verso, é igualmente la *Epístola* el celebrante. Los himnos coreados, cantados por las dulces voces de las mugeres, que se conocía estar muy prácticas y muy ensayadas en los diferentes aires de la música, y acompañados del organillo, hacian un efecto sumamente agradable. Tirabeque echaba tambien de cuando en cuando sus piadas, pero tan desacordes que llamaba la atencion de los fieles. «No cantes, Pelegrin, le decia yo por lo bajo: ¿no ves que desafinas?—Algo me parece que desafino, señor, pero debe consistir en que esta religion no está por la misma música que la nuestra.» Y luego añadía: «mi amo, estos *kiries* y estas *epístolas* no los conoce el padre que los engendró: ¿quién habia de creer que *Kirieleyson* se decia en francés *bienfetor tupuisán*? Pero al fin hasta ahora no parece que cantan cosas malas.»

En esto entonó el sacerdote una oracion diciendo: «*PRIONS.—Oh mon Dieu...!*—Señor, me decia Tirabeque, el *mon Diú* bien lo entiendo, y esto es muy propio de los franceses, hacer el

mondiú aunque sea en la misa; pero el *Prión* lléveme el diablo si sé lo que quiere decir.—*Prions*, Tirabeque, quiere decir *Oremus*.—Vaya: vaya, mi amo, esto ya es estropear las cosas: imposible es que esta religion sea buena, y que á Dios le gusten estos *Priones* ó *Priorones* ó como ellos dicen.»

Pero lo peor fué cuando oyó al celebrante empezar el *evangelio* diciendo: «*Evangelio segun la version atribuida á San Lucas*.»—¡Atribuida dice, mi amo! Señor cura, eso ya pasa de raya: el evangelio de San Lucas.....—Calla, maldito, le dije yo; tú me estás comprometiendo.» A este tiempo llegó el *Suizo* ó gendarme de iglesia, y le intimó que si otra vez volvía á alzar la voz, se vería precisado á hacerle salir del templo. Afortunadamente Tirabeque se habia espresado en español, y no habia conocido el *Suizo* toda la trascendencia de sus palabras, que sinó no se hubiera contentado con un apercebimiento.

Despues del *evangelio* subió *Mr. Bonnet* al púlpito á predicar: mientras á él se encaminaba cantaba el pueblo lo siguiente:

*Va, ministre du tout puissant,
du Dieu juste, du Dieu clement,
annoncer la sainte parole,
qui fortifie et qui console!
Que l'Evangile de Jesus
nous offre le touchant symbole!*

*En son nom, dans nos cœurs emus,
repands les germes des vertus.*

«Vé, ministro del Todopoderoso, del Dios justo, del Dios elemente, á anunciar la divina «palabra que fortifica y consuela! Que el Evangelio de Jesus nos ofrezca el interesante símbolo! «En nombre suyo derrama los gérmenes de las «virtudes en nuestros enternecidos corazones.»

El sermón fué *leído*: su tema era: «Dios Y LA LIBERTAD.» El discurso se redujo á referir los horrores y mortandades que en todos tiempos se habian cometido bajo la capa de la religion católica, entendida como la comprende la generalidad de los hombres: que la religion *católica francesa* fundada por el abate Chatel repudiaba, anatematizaba ese sistema de intolerancia y de rigorismo; que sus armas eran la dulzura y mansedumbre evangélica, sus medios la persuasion y el convencimiento: que ella admitia en su seno á todos los que diesen culto á Dios é hiciesen bien á la humanidad, cualquiera que en lo demas fuese su creencia: que Dios habia regalado á los pueblos la libertad política y la libertad religiosa: concluyendo con declamar mucho en favor de la libertad. Por supuesto que en la reseña de las persecuciones horrosas por causa de la religion hizo un papel muy principal la inquisicion de España. Tirabeque cada vez que oia nombrar la Espa-

ña, sin entender lo que de ella decia, me indicaba tentaciones de arrojar el libro á la cara al predicador, porque estaba convencido que de ella no diria cosa buena, mucho mas cuando despues de nombrada la España, solia añadir. *«quel horreur, mon Dieu!»*—Si no fuera por mi amo y por el *Suizo*, me decia por lo bajo, yo te daria el *mondiu* y el *horror*.»

Durante el sermon presenciarnos una escena que nos hizo mucha gracia. La muger, que como es de costumbre en todos los templos franceses, recoge la contribucion de asientos ó sillas, salió á hacer su recaudacion por la iglesia, y con una bolsita en la mano recorría las filas en requisicion de los dos *sous*. Al mismo tiempo el obispo con otra bolsa se ocupaba en ir recogiendo limosna para los pobres de la *iglesia católica francesa*. Unas veces iba el obispo delante de la muger, y otras la muger delante del obispo, y en ocasiones se encontraban en una misma fila de asientos, recaudando la una la contribucion ordinaria forzosa y el otro la extraordinaria gratuita. «Señor, me decia Tirabeque: ¿mandará tambien esta ceremonia la religion natural?»

Concluido el sermon, mientras el predicador se restituia á su antiguo asiento, cantaba el pueblo á coro.

Celebrons la Divinité!

Gloire á l' auguste verité

*qui repand, du haut de la chaire,
su clarté vive et salutaire!
Qu' en tous lieux, au nom du Seigneur,
elle régne en fin sur la terre;
du fanatisme et de l' erreur
que l' Evangile soit vainqueur....!*

«Celebremos la divinidad. ¡Gloria á la verdad
«augusta que derrama desde lo alto de la cáte-
«dra su claridad viva y saludable! Que reine en
«fin en todos los ángulos del mundo el nombre
«del Señor, y que el Evangelio salga vencedor
«del error y del fanatismo....!»

El *Credo*, el *Ofertorio*, el *Cánon*, todo era en verso, todo cantado, y siento que la naturaleza de unas observaciones de viaje no me permitan copiar algunos himnos de particular belleza y singular mérito poético, tanto que no vacilaré en afirmar que los versos del abate Chatel no ceden en dulzura y dignidad á los de Racine.

Concluyó la misa cantando todo el pueblo á coro:

*Jurons, Franzais, jurons, par le fils de Marie'
d' adorer le Seigneur, de servir la patrie.
Ces nobles sentiments, dans tous les cœurs franzais;
soutenus par l' honneur, regneront á jamais.*

«Juremos, franceses, juremos por el hijo de
«María adorar al señor y servir á nuestra patria.

«Estos nobles sentimientos, sostenidos por el honor, reinarán por siempre en los corazones de todos los franceses.

Terminado el sacrificio, se puso en pie el *Obispo primado*, y tomando la palabra anunció á sus fieles, que auxiliado de algunos colaboradores habia empezado á publicar un *periódico*, cuyo prospecto y primer número habrian visto ya, con el objeto de propagar las verdaderas doctrinas de la nueva iglesia. Y en una larga arenga les esplicó las bases y condiciones del periódico, y les invitó á suscribirse á él para que de este modo contribuyesen al sostenimiento y propaganda de la nueva religion. Y en efecto, allí mismo se recogieron bastantes suscripciones.—Aprenda vd., señor, aprenda v.l. á agenciarse suscripciones. Vaya, el diablo son estos obispos hereges.—Calla, y vámonos, que si te oyen esta palabra, de seguro en lugar de dormir en el hotel, nos llevan derechos á pasar la noche en el *Depósito de la Prefectura de Policia*.

Misa por Napoleon.

Napoleon es el hombre-Dios de la Francia: y aun habrá franceses que no crean en Dios y adoren en Napoleon. ¿«Y cómo pensais los Españoles de Napoleon? me preguntó en el discurso de una conversacion un francés.—«Prescindiendo, le con-

testé, de la cuestion española, en la cual me permitireis que no pueda elogiar su conducta, por lo demas los españoles reconocemos que fué un grande hombre, el hombre del siglo, y que tendrá pocos semejantes en ningun tiempo.

—¡Oh, mi querido español! Permitidme la libertad de abrazaros.» Y me estrechó tan apretadamente y con tanto entusiasmo como pudiera estrechar el mas ardiente enamorado al objeto de sus amores.

Napoleon se encuentra en Francia en todos los lugares y bajo todas formas. En calles, en paseos, en caminos, en monumentos públicos, en casas particulares, en edificios del estado, en fondas, en jardines, en soberbios salones, en tabernas humildes, en ciudades, en aldeas, en casas de campo, donde quiera que se dirija la vista, infaliblemente se ha de ver un Napoleon, ó en estampa, ó en bronce, ó en mármol, ó en yeso, ó en tela, ó en inscripcion, ó en estatua ó en relieve ó de cualquier modo que sea. Faltaba que se hubiera dedicado una *misa*, y esto lo ha hecho la *Iglesia católica francesa*.

He aqui algunas de las oraciones de la *Misa de aniversario por Napoleon*, tal como se encuentra en el misal del abate Châtel.

INTROITO.—Padre de todos los hombres! protector de las naciones! por tu poder, en el último siglo apareció entre nosotros un grande hombre! por tí fue destinado á hacer la felicidad de la Francia! Su vasto genio debia hacerla célebre,

y ya de oriente á ocaso se la llamaba la gran nacion! Si la noble tarea del grande hombre no ha podido cumplirse, á lo menos dió la noble señal de una alta civilizacion, y los pueblos la han comprendido! Gloria te sea dada por tus beneficios!

EPÍSTOLA A LOS CRISTIANOS.—HERMANOS míos, celebremos el aniversario del hombre mas grande que acaso salió jamas de las manos del Criador! Su fama nos aparece brillante con aquella gloria humana que dispensa á su voluntad el que es fuente fecunda de toda gloria y de todas las virtudes!.. ¡Tolon! ¡Lodi! ¡Arcole! ¡Montebello! ¡Pirámides! ¡Marengo! ¡Ulmi! ¡Austerlitz! ¡Eylaul! ¡Friedland! ¡Essling! ¡Wagram! Cada una de estas sonoras palabras forman uno de los principales rayos de su esplendente aureola, y reimprime en nuestros corazones franceses el recuerdo de una victoria! Algunos rayos oscurecidos nos ofrecen, es verdad, las voces siniestras de *invasion* y de *Waterlloo*; pero apesar de la fúnebre venda que las cubre, Fleurus y Montmirail les reflejan bastante gloria para eclipsar aun la de todos los enemigos que se reunieron para derribar al grande hombre, y emplearon tan vergonzosos medios para hundir á este ser prodigioso cuya planta pisó tantas veces sus coronas, que si él no hubiera mandado nunca mas que franceses, hubiera sometido el mundo y asegurado la felicidad de los pueblos (1); idea su-

(1) Allá va esa fanfarronada.

blime que acariciaba su grande alma, y que su genio y su brio hubieran realizado, si la afrentosa traicion de los que le eran mas queridos no hubiera venido á poner límites en su inmensa carrera al grande, al inmortal Napoleon! El era hombre: como tal cometió faltas; y estas faltas hermanos míos, fueron grandes: pero opongámosle su genio, el Código civil, el puerto de Chesbourg, el de Amberes, los caminos milagrosos del monte Cenis, el de Simplon, la Francia, tan grande y tan gloriosa, cuando él la conducia á la victoria; y creamos que si sus grandes acciones y sus faltas han sido pesadas en la balanza inmortal, el alma del gran Napoleon debe gozar en el seno de Dios de la felicidad que recompensa las virtudes en la celeste morada.

A la *epístola* sigue un himno, que por su mérito me parece digno de copiarse.

Napoleon n' est plus; une froide poussiere
est ce qui reste, ¡hélas! á cet illustre nom!
Français! ce roides rois n' est plus qu' un peu de terre!
Donnons un souvenir au grand Napoleon!

A tes mânes, salut toi qui fis de la France,
quand tu la gouvernas, la grande nation!
Les cœurs de tes hauts faits gardent la souvenance,
et disent: Gloire, honneur au grand Napoleon.

Si tu fus un héros dans les champs de carnage,
ton cœur connut aussi la douce émotion
que cause le bienfait quand il est notre ouvrage!

Tendre et doux souvenir au grand Napoleon!

Trahí, persecuté par un destin barbare,
sur un rocher desert un cruel abandon
afait briller en toi la grandeur la plus rare!
Honneur, cent fois honneur au gran Napoleon!

Ah! puissions nous bientôt au pied de ta colombe
sur ton urne funèbre inclinant notre front,
répéter en t'offrant une simple couronne,
eternel souvenir au grand Napoleon!

«Napoleon no existe: un polvo frio es lo que queda ¡ay de mí! á su ilustre nombre! Franceses! aquel rey de reyes no es ya mas que un poco de tierra! Dedicamos un recuerdo al Gran Napoleon!

«Salud á tus manes! Tú que hiciste á la Francia mientras la gobernaste, la gran nacion! Los corazones guardan la memoria de tus altos hechos, y dicen: «Gloria, honor al gran Napoleon!

«Si fuiste un héroe en los campos de la matanza, tu corazon conoció tambien la dulce emocion que causa el hacer bien. ¡Tierna y dulce memoria al gran Napoleon!

«Vendido, perseguido por un destino bárbaro, en una roca desierta el cruel abandono ha hecho resaltar la grandeza de tu aima. ¡Honor, cien veces honor al gran Napoleon!

«Ah! Ojalá que pudiéramos pronto al pie de tu columna inclinando nuestra frente sobre tu urna

fúnebre, repetir, ofreciéndote una sencilla corona:
«eterna memoria al gran Napoleón!»

Por este estilo las demas oraciones. En el himno del *Prefacio* se leen estos hiperbólicos versos:

Dont le plus bel elege est son auguste nom!
¿Qué dire apres avoir nommé Napoleón?

Asi honra la Francia á su grande hombre. Sin embargo Tirabeque decia que por la misa de Napoleón no daría dos rs. y medio, que es el minimum á que las tomaban en el convento los frailes de misa y olla.

El Principe de la Paz.

Hé aqui uno de los documentos históricos que ví con mas interés en París. Hallábame, yo Fray Gerundio, en casa de uno de aquellos ricos capitalistas españoles que huyendò los peligros y calamidades de las guerras de América vinieron á principios del siglo con ánimo de establecerse con sus capitales en su pais natal, y á quienes una de las infinitas estupideces del gobierno absoluto cerró casi directamente las puertas de la madre patria, obligándolos á fijarse en pais extranjero, donde han sido y están siendo otros tantos manantiales de prosperidad y otros tantos testimonios de la incomprensible necedad y estólida ingratitud de nuestros gober-

nantes de aquel tiempo: de aquellos españoles honrados á quienes en mi viage he oido suspirar mil veces ansiando el momento de poder volver á su patria seguidos de unos capitales pingües que puestos en circulacion darian á este amortiguado pais una reanimacion y una vida que tanto ha menester, pero á quienes detiene en tan santo pensamiento la falta de la órden y seguridad, madre de la confianza y fundamento de la riqueza pública, seguridad y confianza, que por nuestro mal cada dia vemos menos probable y mas remota.

Hallábame, digo, en casa de unos de estos ricos hispanos-americanos, cuando entró un anciano, cuyo gentil continente, animado semblante y nevados cabellos, al tiempo que presentaban cierto aire de magestuosa dignidad revelaban todavia marcadas huellas de la frescura de su pasada juventud, semejante á aquel otro de quien decia el poeta:

«Y al traves de los rasgos y perfiles
de su vetusto rostro, se leia
la fresca lozanía
que debió embellecerle en sus abriles.»

Era este personaje el célebre en los fastos españoles *D. Manuel de Godoy*, PRINCIPE DE LA PAZ. Al descubrimiento de su nombre se agolparon instantaneamente en mi imaginacion todas las reminiscencias que no podia menos de inspirar aquella historia viva de España del primer tercio de este

siglo, aquel animado compendio de los memorables sucesos que hicieron cambiar la faz de esta nacion, y que pueden considerarse como el primer hilo de la madeja en que seguidamente nos hemos ido enredando, y cuyo último cabo nadie es capaz de preveer á donde nos conducirá.

Contemplaba yo con ávida curiosidad aquel documento contemporáneo en su postrera página, (documento que no sé si ha sido juzgado hasta ahora con exactitud por la generalidad de los españoles) hasta que nuestro compatriota nos dió á conocer mutuamente el uno al otro, y entonces se entabló un franco coloquio entre el Príncipe de la Paz y Fr. Gerundio, girando al principio la conversacion sobre los *sucesos de octubre* en España, que en aquella sazón tenían en expectativa á toda Europa, y de cuyo curso se esperaban con ansiedad noticias en París. El Príncipe discurría sobre aquellos acaecimientos y sobre la situacion de España con la claridad y buena razon de quien ya no habia de participar de sus resultados cualesquiera que fuesen, y lamentaba los males del país lo mismo que si él no le hubiera causado ningunos.

Como entre españoles se tarda poco en adquirir confianza, yo le hablé en seguida de sus *Memorias*, y conocí que no le desagradaba al autor el juicio que yo hacia del mérito de su obra. ¡Pero cual fué mi sorpresa al ver que no solo manifestó no serle desconocidas mis *Capilladas*, sinó que me

citó sonriendo cierto parrasito que muy á los principios de mis tareas periodísticas habia yo puesto, directamente alusivo á él «Ahora podrá Fr. Gerundio, me dijo, hablar con entero conocimiento acerca de la nariz del Príncipe de la Paz.»

Confieso que me dejó un poco turbado á pesar de la suave sonrisa con que acompañó el picante recuerdo. El párrafo á que aludía decia así (en el tomo 1.º página 102, capillada 7.): «Si la nariz «de don Manolito, esto es, de S. A. el Príncipe «de la Paz, hubiera sido roma, ó bien abundosa «ó redundante como la que á su Divina Magestad «de plugo colocar en el rostro de Fr. Gerundio, ó «como la del mismo Carlos IV, ¿quién sabe si el «susodicho don Manuel hubiera privado tan ínti- «mamente con la reina nuestra señora la madre «del rey nuestro señor don Fernando VII (Q. D. «D. G.)? Puede ser que nó; y en este caso que «de posible nadie le apea (porque tengo entendido «que los ojos de la señora no se enamoraban de «lagañas), ni el valido tuviera como tuvo que en- «volverse en la estera allá en Aranjuez, ni quizá «hubiera habido abdicacion, ni proclamacion, ni «guerra, ni cortes: Dios sabe lo que habria. ¿Y «qué habria ahora? Para adivinarlo estamos. Con «que no podemos definir lo que hay de presente, «si es que hay algo, ni quien lo hace, si es que «cada uno no deshace lo que puede, ¡y sabriamos «el porvenir hipotético solo por conjeturas y adi- «vinaciones!»

Figúrese el discreto lector si el parrafito tenía ó no su poquito de *intrínquilis* para que la cita hecha por boca misma del interesado, y de un interesado á quien veía por primera vez, dejara de colorear un poco las megillas Gerundianas. Sin embargo, el partido que me quedaba que tomar no era dudoso, á saber el de ratificar el aserto con otra sonrisa análoga á la suya, ó lo que se llama echarlo á broma.

Despreocupado y filosófico se mostró á fé mia el hermano *Godoy* en las esplicaciones á que este incidente dió lugar, y puedo decir que tuve una satisfaccion en oírle discurrir sobre su pasada grandeza y sobre su humilde situacion presente. En efecto aquel monstruo de la fortuna, aquel favorito privilegiado del capricho que habia llegado á ser un monarca sin corona, que habia tenido en su mano todas y mas que todas las preeminencias de la magestad sin el peso y la responsabilidad del cetro, y que despues se ha visto en el caso de coserse por su misma mano los pantalones en una pobre é ignorada habitacion en la capital de un reino estraño (que á tal grado de pobreza se ha visto reducido en alguna ocasion el que en otro tiempo eclipsó con su lujo el brillo de los reyes de España), habla y se produce, y se conduce y obra como un verdadero filósofo. No solamente manifiesta una conformidad y resignacion admirable, sino que su humor es generalmente festivo, lo mismo ahora que vive de una

corta pensioncilla que le da lo preciso solamente para subsistir, sino cuando se ha encontrado en el estado de estrechez que acabo de indicar. Su trato es dulce y su conversacion revela un entendimiento despejado.

En cuanto á las consecuencias que ha traído á la España su pasada elevacion, su conducta como político y como privado, y los primeros pasos que atrevidamente dió en la carrera de las reformas, quédese esto para el historiador crítico; que si hay en España un Gibbon ó un Montesquieu que escriba sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de nuestra nacion como aquellos lo hicieron sobre el engrandecimiento y caida de los romanos, él será á quien incumba desmenuzarlo y calificarlo.

Animado con la confianza que me inspiraba, me atreví á tomarme con él la libertad que mas puede probar la amabilidad y despreocupacion de un viejo, que es la de preguntarle cuantos años tiene. Pero sin mostrarse sentido de la pregunta me respondió que tenia los 75 cumplidos. Su semblante sin embargo conserva animacion, su tez es tersa, su color sano; y en cuanto á facultades intelectuales, voto á mi santo hábito que la cita de aquel parrafito demostró que conservaba el órgano de la retentiva en mejor estado del que á mi serenidad en aquella ocasion conviniera. En punto al físico fisiognómico, sus facciones son bastantes pronunciadas, y la nariz acaso calza

todavía algunos puntos mas que la de Fr. Gerundio de que mas de una vez he hecho honorífica mencion, y que á su presencia bajó algunos grados de vanidad.

El hermano Godoy pues, es uno de aquellos pocos ejemplares que la providencia deja vivir setenta y seis años para que el hombre pensador aprenda á apreciar los caprichos de la fortuna: es una leccion viva de lo que suele dar de sí esta señora, y un desengaño auténtico de lo que hay que fiar en este pícaro y percedero mundo.

Viendo al hermano *Godoy*,
dije para mi capilla:
¡«Oh flor de la maravilla!
¡lo que va de ayer á hoy!

Mi Retrato.

Habíanme aconsejado algunos amigos compatriotas que aprovechara la ocasion de hallarme en París para hacerme litografiar: y aunque yo estaba cansado ya de someter mi gerundiano rostro á ese género de despotismo contra el cual no hay revolucion que se atreva, el de los retratistas, accedí á sufrir la duodécima esclavitud facial, aunque no fuese sino por experimentar en cabeza propia á los artistas franceses. Al efecto tomé consejo de nuestro distinguido pintor D. Genaro Villaamil, que se hallaba y continúa en París

publicando la *España artística y monumental*, obra maestra y de singularísimo mérito que le ha dado á conocer ventajosamente en la capital de Francia, y de la cual recoge abundante gloria el artista y no poco honor la España. El hermano Villaamil me dirigió á uno de los litógrafos de mas antigua fama y reputacion en París, *Mr. Grevedon* que vive *rue des Martirs* núm 17.

Ya está Fr. Gerundio en la sala de estudio de *Mr. Grevedon*, dispuesto á no apartarse una línea de las estrechas órdenes de la soberanía artística. Las paredes del salon estaban como era natural cubiertas de egemplares de las obras que á su juicio le hacían mas honor. «¿Y no habeis retratado acaso, le pregunté, alguno ó algunos españoles?—Ah, sí, me respondió; alli teneis dos, juntos los he puesto: veamos si los conoceis.—En efecto, lo conozco, y esto os acredita bastante para mi. Este es el conde de Toreno... esta es la Marquesa de Villagarcía.—¡Oh! yo me felicito de que los hayais conocido al primer golpe de vista. Ahora tomaos la molestia de sentaros. Un poquito mas allá... ahí volved un poco el cuerpo á la izquierda; inclinad un tantico la cabeza á la derecha....esperad.... así fijada la vista en *Mr. el conde de Toreno*. Está bien.»

La maldita casualidad de haberme tocado clavar la vista ya en uno ya en otro de los dos únicos retratos españoles de *Mr. Grevedon* tan de hito en hito como se sabe que es menester, influ-

yó lo que ni el artista ni yo pudiéramos imaginar en el mio, y dió ocasion á incidentes curiosos y notables por demas.

La detenida contemplacion de Toreño me suscitaba ideas y memorias, que sin que yo pudiese advertirlo necesariamente habian de dar á mi fisonomía una actitud y carácter no muy apropiado para favorecerla, pero cuyos trozos se iban retratando en la piedra litográfica. La naturaleza de las impresiones que Toreño me causaba hacía que, sin advertirlo tambien se fuese inclinando la visual insensiblemente hácia la derecha, y entonces sin duda el semblante adquiria una animacion que trasladada á la piedra no debia armonizar mucho con los rasgos anteriores. Tan luego como el artista lo advertia, «perdonad, me decia, no mireis á Madama la Marquesa, mirad á Mr. el Conde.

Yo le obedecia, y tornábase otra vez hácia Toreño.

«Vos podeis hablar, me decia Mr. Grevedon, con tal que no volvais la cabeza.» Y sin duda por obligarme á no alterar la posicion, «¡oh, me dijo; Mr. el conde de Toreño creo que es el gran financiero de España: á lo menos así me ha sido dicho.—Ciertamente, le respondí, no os han engañado.—Muy bien (continuó)! Entonces la España seria feliz si Mr. el Conde estuviera encargado del ministerio de las *finanzas*. ¿Por qué no lo está pues?—Por causas que yo recuerdo en

este momento, pero que siento no poder explicaros, porque como habreis advertido no poseo bien el idioma francés.—Perdonad, vos le hablais perfectamente (1); yo os comprendo todo lo que me decís. Y Mr. el Conde debe ser sugeto muy rico, porque ya sabeis que en París es muy difícil hacerse notar por el lujo, y Mr. el Conde llama la atencion en París por el fausto que gasta..... ¡Oh diablo! Vos poneis el semblante muy serio; parece que estais enfadado; procurad estar mas risueño, porque sinó el retrato no os hará favor.»

Entonces yo me volví un poquito hácia el de la Villagarcía, y el rostro gerundiano debió recobrar mucha animacion, pues me dijo el artista: «asi, así, estais bien; solo que habeis inclinado un poco la vista á la derecha: torcedla un poquito, y conservad la fisonomía en la misma actitud.—Ah, eso será difícil, le respondí.—Sin duda, me dijo sonriéndose, os agrada mas mirar al retrato de madama la marquesa: madama es una bella muger, ¿no es verdad?—Ciertamente.—Pero Mr. el Conde sería el ministro que podria sacar á la España de los apuros financieros en que dicen vuestros diarios que está..... ¡Oh diablo! Otra vez habeis arrugado el ceño. Este retrato no vá á mi gusto: cuando entrasteis en mi estudio no erais asi; y cuando volveis un poco

(1) Esto dicen siempre los franceses, aunque vean estropear lastimosamente el idioma.

la cabeza tampoco sois así.—Pues Mr. Grevedon, si quereis retratarme tal cual soy, hacedme la gracia de colocarme en otro sitio, ó de trasladar á otra parte el retrato del gran financiero.—¡Oh qué bizarrería! Con nadie me ha sucedido cosa tal. ¿Acaso está mal hecho?—Todo al contrario; está muy bien: pero los recuerdos que me suscita de ciertos billetes del tesoro, y de ciertos *agios ó teos*.....—¿Y qué es eso de *agios-ó-teos*?—Nada; es una cosa que vos no comprendéis, porque es peculiar de España.—Está bien; le quitaré, pero el caso es que me habeis hecho perder esta piedra.—Eso no importa: poned otra, y se os pagará lo que calculeis que merece el trabajo perdido.

Quitó Mr. Grevedon el retrato del hermoso conde y se dió principio de nuevo al mio. Ya iba bastante adelantada la obra cuando le ocurrió al artista decirme: «vos, Monsieur, me podreis explicar lo que son los *toreadores* de España.»—«Os lo explicaré de la manera que me sea posible.» Y me puse á hacerle la explicacion de lo que son nuestras corridas de toros. Pero como yo no era un maestro en el idioma, y por otra parte las voces tennicas de la tauromaquia no son de las que se puede aprender á traducir por los libros, me veia y me deseaba para haber de darle una idea siquiera aproximada de lo que es esta fiesta nacional. «¿Me comprendeis? le preguntaba yo.—Oh, si, todo os lo comprendo.

Y despues que juegan con los toros, ¿cómo los matán? ¿á pistola?—Ah, no señor, con espada y brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.»

Esto le parecia increíble, y las demostraciones de admiracion y horripilacion que hacia eran tales que me daba temores de que la exactitud de la obra se resistiese algo de ellas. Pero la sorpresa mia fué cuando despues de tantas explicaciones, despues de una conversacion tan larga me preguntó con un aire admirable de candidez é ingenuidad; «decidme, Monsiur, ¿y los toros se juegan en los teatros?» A esta pregunta salté de la silla, y aun si me hubiera dejado llevar del genio se la hubiera arrojado á no haber venido á templarme dos reflexiones, la de la sencillez del interrogante, y la de considerar que otros franceses que tenian mas motivos de conocer la España me habian hecho en otras ocasiones preguntas no menos desatinadas que aquella. —Vos os habeis alterado, me dijo.—No, es que me ha picado una pulga, y los españoles somos muy sensibles á las picadas de estos insectos, ó por mejor decir, tenemos muy malas pulgas.»

Sentado otra vez en la silla de la paciencia, me preguntó M. Grevedon qué eran las *manolas*. Las *manolas* y los *toreadores* son las dos cosas porque pregunta todo estrangero á cualquier español. No se engañará el lector que suponga que las ideas que Mr. Grevedon tenia de las *manolas* eran poco mas ó menos que las que tenía de los *toreadores*. «Yo

he leído, me dijo, en el *Bosquejo de España* de Mr. el baron Carlos Dembowi que las *manolas* tienen por signo de buen agüero encontrar un perro negro, y por de agüero funesto hallar un perro blanco ó pinto.—Lo que tienen por de siniestro agüero, le dije, es encontrar un francés.—¡Oh diablo! ¡que decís!—Ciertamente. Por eso no pueden ver á los franceses.—¡Oh! que diablo de *manolas*! Y si es cierto, como cuenta el mismo Barón que llevan todas el puñal en la liga ó en la cintura, no podrá ningun francés andar por Madrid sin ir muy armado.—Eso por supuesto.—¡Cáspita con madamas las *manolas*!»

Así me divertia yo con Mr. Grevedon, ya que tan estrambóticas ideas tenia (¡como todos sus paisanos!) de nuestras costumbres.

El retrato se concluyó, y bien fuese por haber dejado el de la distinguida española en que por reemplazo de Toreno tenia que fijar la vista, bien por la influencia de las sensaciones que imprimieran en el rostro gerundiano los agradables recuerdos de las costumbres patrias, que me sirvieron de entretenimiento durante la operacion, lo cierto es que el retrato gerundiano parisien, que á estas fechas andará rodando por las provincias de España, resultó (sea dicho sin modestia) mas favorecido por el lapiz de Mr. Grevedon, que lo fue por la mano del supremo Criador el original. Siendo lo mas triste de todo el no poder enmendar la plana á la providencia en la obra gerundiano humanal que pro-

ducir le plugo, y en que bien pudiera haberse lucido mas, puesto que lo mismo le costaba, aunque me hubiera costado á mí pagarla doble que la de Mr. Grevedon.

Lo mucho que queda.

Un tomo en folio mayor, no que en octavo prolongado fuera menester para haber de mencionar todas y cada una de las cosas notables que ofrece París al estrangero observador: y acaécele al viajero que intenta consignar sus apuntes, recuerdos ú observaciones lo propio que al pecador abandonado (salva sea la comparacion) que pasa una larga serie de años dando larga rienda á los vicios sin cuidarse de confesar sus culpas, que cuando una vez se arrepiente y se resuelve á confesarlas, no puede hacerlo sino en conjunto y por mayor, y siempre es menos lo que confiesa que lo deja de confesar.

Asi me acontece, á mi Fr. Gerundio, y asi sospecho tiene que acontecer á todo el que quiera reducir á volúmen la abundosa é inagotable materia que suministra aquella inmensa poblacion; que por mucho que diga, siempre es mas lo que le queda por decir; y no pocas veces cuando cree próximo el término de su obra, si hace un pequeño examen rememorativo, se topa con que se le quedó trasconejado en los senos y rincones de la primera potencia lo de mas bulto y gravedad.

Por tanto, sin perjuicio de anotar á mi regreso

por París del viaje á Bélgica, Holanda y orillas del Rhin lo que al paso se me recuerde y ocurra, indicaré ligeramente á mis lectores varios de los muchos otros monumentos y curiosidades que todo extranjero vé ó debe ver en París.

El Louvre.

A la orilla del Sena, y contiguo al palacio de *Tullerías*, con el que hay proyecto de unirle por la plaza de *Carroussel*, se encuentra el palacio del *Louvre*, el mas grande palacio, á decir de los franceses, que han edificado jamas los hombres, con su celebrada columnata; y con su estensísima *galeria de pinturas*, la mas larga que diz se conoce en el universo, y no lo estrañaré, porque apenas hay vista que la abarque de un extremo á otro; y sería tambien la mas bella del mundo sino fuera tan irregular. Es la que sirve principalmente de *Museo Real*, y de consiguiente es una coleccion inmensa de cuadros de los mas célebres pintores de todas las escuelas. En cualquier dia que el extranjero visite la *Galeria de pinturas del Louvre* esté seguro de encontrar una numerosa concurrencia de curiosos espectadores, asi como multitud de artistas copiando cuadros, y el español notará con agradable sorpresa las muchas jóvenes señoritas que hallará siempre manejando el pincel con maestria y aplicacion. En las diferentes ocasiones que yo visité la gran galeria, tube el gusto de ver

siempre á un padre y tres hijas copiando á un tiempo una virgen de Murillo en otros tantos lienzos de diferente tamaño.

Pero lo mas interesante y curioso que para un español tiene el palacio del *Louvre*, y no sé si diga lo mas disgustoso ó lo mas agradable, porque disgusto y placer se experimenta simultáneamente, es la parte llamada *Museo español* que consiste en *cinco salas* del segundo piso llenas de cuadros *esclusivamente españoles*, obras de Murillo, de Cano, de Zurbaran, de Velazquez, y de otros distinguidos artistas compatriotas nuestros. Entre ellas las hay de un mérito singular, y las hay tambien que testifican haber echado los señores franceses en España siempre que han podido la red barredera, arrebañando con todo lo que han encontrado *en proporcion*, bueno con mediano y duro con maduro, siguiendo sin duda la máxima de que en recoger no hay engaño. Si alguno no quiere creer todavia en el *apego* que han mostrado siempre los franceses á las *cosas de España*, vaya al *Louvre*, visite las *cinco salas del Museo español*, y se convencerá: allí están de manifiesto para que nadie alegue ignorancia. Algunos de los que aquello veiamos, nos consolábamos con la idea de que no era malo estuviesen allí las obras de nuestros inmortales artistas para que sirviesen de honrosa muestra á todos los extranjeros de los genios sublimes que la España ha producido en el noble arte de la pintura. Pero

Tirabeque no entraba por esta reflexion, y decia que si San Pedro estaba bien en Roma, bien estaba tambien cada cosa en su lugar, y que el lugar de aquellos ricos cuadros era la España, y no otra parte alguna de *extrangis*: y comentando á su modo aquella máxima del derecho: *«res, ubicumque sit, domino suo clamat,»* añadia lleno de fuego patrio: «digo y repito que esto es nuestro y que no veo razon para que esto esté aquí: no señor, yo lo reclamo á nombre de la España y de la ley de Dios.»

En vano era hacerle cargos de que pudiera muy bien haber sido adquirido por donacion ó por venta ó por cualquier otro legítimo título; no habia reflexiones para él; en nada de esto creia, y nos hubiera comprometido á no haberle arrancado de alli y conducido á las *Salas de la Marina* que están en el mismo piso, depósito y coleccion de modelos de toda clase de embarcaciones, de instrumentos náuticos, de arsenales, de puentes, de máquinas, y de todo lo que á la marina pertenece y atañe, y que constituye una de las riquezas del *Louvre*.

Pasamos por las salas de las momias, de los dioses egipcios, de los vasos etruscos, y de los objetos hallados en las ruinas de Herculano y de Pompeya, y descendimos á los salones bajos de las estatuas, bustos, relieves, altares, baños, candelabros, tumbas, vasos, columnas y demas antigüedades egipcias, griegas y romanas, de que hay

una preciosísima y abundantísima colección, siendo incalculable la riqueza que en los ramos de pintura y escultura encierra el magnífico palacio del *Louvre*. En él tiene el extranjero donde pasar entretenidamente muchos días; y cuente con que no le bastarán ni tres ni cuatro visitas para formar una pequeña idea de las preciosidades que aquel palacio contiene.

Sin embargo, respecto á Museo de pinturas, me ratifiqué en la idea de que nada tiene que envidiar el Museo de Madrid á los mas ricos del extranjero, á pesar de todos los saqueos que ha sufrido.

Templos.

Los mas notables de París ademas de la *Magdalena* y el *Panteon*, son los siguientes:

Notre Dame ó la catedral, ó sea la *Basilica de Nuestra Señora*; era *Notre Dame de París* de *Victor Hugo*, mas curiosa para leida en las páginas del poeta, que para vista en su material estructura, pues no pasa de una catedral gótica, antigua, magestuosa, imponente y severa en su conjunto, pero en cuyos detalles dudo que no sean mas las irregularidades que las bellezas, y que no sobrepuje la *bizarrería* á la elegancia.

San Sulpicio, con sus dos torres, de desigual altura, en que estan colocados los telégrafos, su magestuoso pórtico, sus vastas naves, su historiado púlpito, y sus altares desnudos.

San Roque, con su concurrencia aristocrático cristiana, su profusion de adornos, sus decoraciones teatrales, su magnífica y esbelta cátedra y sus cuadros sagrados y profanos. En esta iglesia se confesó Tirabeque, aprovechándose del aviso que vió en un confesonario, en que anunciaba administrarse el sacramento de la penitencia en español.

Nuestra Señora de Loreto, con su abundancia y riqueza de cuadros hechos allí y para allí, y con sus adornos de moda, que le constituyen como un templo de elegancia ó como una capilla del buen gusto. *Nuestra Señora de Loreto*, por su situacion cerca y en frente del Boulevard y al remate de la concurrida calle *Lafitte*, viene á ser á París lo que es á Madrid la iglesia del *Buen Suceso*.

Saint-Germain L' Auxerrois, templo enteramente gótico en un principio, y en el que se ha querido enmaridar en las reparaciones posteriores el género arabesco con las bellezas regulares del estilo griego. El extranjero que visite esta iglesia no debe dejar de fijar la atencion en el altar de madera de la capilla de Nuestra Sra. de la Compasion, obra delicada de filigrana que pretesto le admirará. Mucho le dió en que entender á Tirabeque haberse encontrado en esta iglesia con dos patronos: *San German*, Patrono 1.º, y *San Vicente Diacono*, patrono 2.º: escala de patronatos nueva para él como si los templos cristianos (decia) se hubiesen de regir á estilo de los distritos militares de

España con su capitán general y su segundo cabo.

San Nicolas de los Campos, en cuyo pórtico se ven colocadas tiendas de bisutería, de cintería, de fósforos y otros utensilios tan apropósito como estos para adornar la entrada de un templo cristiano. Aviso á los que creen que en las iglesias de Francia todo es religiosa severidad.

El *Val de Gracia*, templo de un hospital militar donde hallamos su sacristán aun mas enciclopédico en su traje que el *Sacristán de San Ignacio* de Madrid que me dió en el año 39 materia para un artículo en la capillada 124; pues si el de San Ignacio era un tratado de incoherencia, voto á mi padre San Francisco que el de *Val de-Grace* no le iba en zaga, antes le escedia mucho en la desacorde mistura de su vestimenta; y sinó que me digan la armonía que hay entre un bonete negro, un mandil blanco de cocina y una chaqueta militar. «Señor, decia Tirabeque, en todas partes cuecen habas, y en Francia á calderadas.»

El viajero es muy dueño de visitar á *Nuestra señora de las Victorias*, *san Eustaquio*, *San Vicente de Paul*, *la Sorbona*, *San Severino*, y todos los demas templos que guste, pero pienso que no hallará en ellos gran novedad; y notará en la arquitectura de los templos modernos franceses mucha elegancia y mucha solidez, pero tambien mucha monotonía: todos son por un mismo estilo.

Columnas.

Algunas pudieran llenarse con la descripción, no diré de todas las columnas de honor ó de triunfo que hay en París, sino solo de las dos principales y mas suntuosas, á saber, la de la plaza Vendôme y la de Julio.

Colocada la primera en medio de una plaza octógona, en que desembocan dos de las mas anchas y hermosas calles, la de Castiglione y la de la Paz, atrae magestuosamente y desde una larga distancia las miradas del extranjero. Es una dozava parte mas grande que la columna de Trajano en Roma. El objeto de este monumento colosal le esplica bien la inscripcion latina que se lee sobre la puerta, y cuyo sentido es:

«Napoleon, emperador augusto, consagró á la gloria del grande ejército este monumento hecho de cañones cogidos en la guerra contra el Austria, que fué terminada bajo su mando, en tres meses el año 1805.»

El molde es de piedra de talla, y está revestido por su parte exterior de láminas de bronce que le ciñen veinte y dos veces en línea espiral, y en las cuales se hallan representadas en bajos relieves todas las batallas y acciones memorables de aquella prodigiosa campaña. Súbese por una escalera interior de 176 peldaños á una galería que rodea su capitel; y constituye el remate de la columna una estatua colosal de Bonaparte, de 10 á 11 pies

de altura, vestido con el largo leviton y el sombrero de tres picos que de ordinario usaba el gran capitán.

La *columna de Julio* en la plaza de la *Bastilla* fué erigida en honor de las víctimas de la revolución de Julio de 1830, y en su derredor se ven esculpidos en letras de oro mas de quinientos nombres de otras tantas víctimas de los tres dias. Es bastante mas alta que la columna *Vendôme*, como que su escalera interior, toda de bronce, y por la cual pueden subir dos personas apareadas con toda comodidad, consta de 210 escalones. Para calcular su elevacion bastará decir que sobre su capitel hay un Genio alado en bronce dorado que representa la Libertad, el cual mirado desde abajo parece un juguete con alas, y sin embargo tiene doce pies y cuatro pulgadas de altura.

Este soberbio monumento está hecho de piezas ensartadas á tornillo, y la columna colosal de *Julio* podria trasladarse á cualquier punto que se quisiera; siendo lo mas admirable de todo que por debajo de esta obra de tan enormísimo é incalculable peso corre un canal.

Los franceses han querido sobrepasar en estas dos columnas la magnificencia de los romanos, y lo han conseguido.

Palacios.

Ademas de los que van mencionados en el dis-

curso de estos apuntes de viage, merecen ser visitados el de *Luxembourg* ó de la cámara de los Pares, con su museo y sus magníficos jardines; el de las *Bellas Artes*, el de las *Termas*, el de la *Legion de Honor*, el de la *Justicia*, el de la *Bolsa*, el de *Borbon*, y otros varios, cada uno de los cuales ofrece materia vasta para largas observaciones, incompatibles con la ligera reseña que puede encerrar un volúmen.

Museos.

Sin contar el del *Louvre*, de que acabo de hacer mérito, y los infinitos museos particulares de que abunda París, aun puede recorrer el extranjero el de *Artillería*, el de *Antigüedades*, el de *Escultura francesa* (en cuyo arte, sea dicho de paso, no me parecen muy aventajados los vecinos); el museo *Naval*, el de *Dibujo*, el de *Historia natural*, y otros diferentes que no recuerdo ahora.

Bibliotecas.

Confieso que desde mi llegada á París habia hecho ánimo resuelto de no dejar biblioteca alguna por visitar; ánimo é intencion que como yo formarán acaso todos los aficionados á las letras y á la bibliografía. Mas aconsejo al que con tan buena resolucion llegue, que si ha de llevar á cabo procure dar principio por la del *Arsenal*, ó por la

del *Hotel de ville* ó por la de *Mazarin*, ó por la de *Artes y oficios*, ó por cualquiera otra, y recorrerlas todas antes de visitar la *Biblioteca del Rey* de la calle de *Richelieu*: porque si principia por aquel gran depósito del saber humano, si ve antes aquel inmenso almacén de las producciones científicas y literarias de los hombres de todos los siglos y de todas las comarcas de la tierra, aquellos ochocientos mil volúmenes impresos, aquellos setenta y dos mil manuscritos, aquellos cinco mil tomos de grabados, y aquella colección monstruosa de monedas y medallas de todas las edades, se encontrará desanimado y desfallecido para ver ya toda otra biblioteca que no sea la *Biblioteca Real* como á mi me aconteció.

Academias y sociedades literarias y de beneficencia.

Larga tarea se impusiera á fé mia el aficionado á este género de estudios, si quisiera revistar en poco tiempo, si á costa de una corta estancia en París pretendiera sacar el provecho que pueden darle el estudio y conocimientos de tantas academias y sociedades científicas, literarias y filantrópicas como le ofrece aquella populosa capital. Consulte pues el viajero con sus inclinaciones, ó con los deberes de su profesion, ó con las conveniencias de su posición social, y en la imposibilidad de estudiarlas todas, á no sentar por mucho tiempo

los reales en París, bueno es que lleve meditado las que entre en esta larga nómina le pueda convenir escoger.

Sociedad *Biblica*, sociedad *Asiática*, id. de *Anticuarios*, id. de los *Hijos de apolo*, id. Académica de *Escritura*, id. de *Amigos de las Artes*, id. *Católica de los buenos libros*, id. de *Agricultura*, id. de *Horticultura*, id. de *Geografía*, id. de la *Caridad maternal*, id. de la *Moral cristiana*, id. de *Fomento de la industria nacional*, id. de *Medicina de París*, id. de *Medicina práctica*, id. *Médico filantrópica*, id. de *Farmacia*, id. de *Socorros mútuos entre obreros*, id. de *buenos libros*. id. *Gramatical*, id. *Helvética de beneficencia*, id. *Filantrópica*, id. *Filomática*, id. *Politécnica*, id. de *Instrucción elemental*, id. de *Mejoramiento de cárceles*, id. de *establecimiento de salas de asilo para la infancia*, id. de *Alivio y socorro de presos*.

Academia *francesa*, id. real de *Bellas artes*, id. de las *Inscripciones*, id. de *Medicina*, id. de *Lenguas*, id. de *Música*, id. de *Ciencias*, id. *Universitaria de París etc. etc.* amen de los infinitos colegios, escuelas, institutos, gimnasios y ateneos donde podrá pasar ratos de mucho deleite y de mucho aprovechamiento el que aprovechamiento y deleite á su espíritu quisiese dar.

Y muchas otras cosas.

De estas las hay que generalmente todo es-

;

frangero, por poco curioso que sea las vé. Tal es el *Jardin de plantas*, con sus estensísimos gabinetes de Mineralogia y de Historia natural, con sus parques, sus jardines, sus montañas, sus estufas; con su muchedumbre de casas y jaulas de fieras y animaluchos, y cuadrúpedos, y aves, y reptiles de todas castas, y con su galeria circular enrejada de alambre, dentro de la cual juguetean, y suben, y bajan, y triscan y retozan mas de 200 monos, que sirven de continuo recreamiento y solaz á una muchedumbre de espectadores bobalicones, género que por lo que he observado abunda por todos los países del mundo, y cuyo número aumentó Tirabeque mas de cuatro dias.

Las hay tambien que no las visitan todos, sin embargo que todos las debieran visitar, tales como la *Fábrica de tapices de los Gobelinos* y la de *Porcelana de Sevres*; lo mejor y mas admirable que en su respectiva línea se conoce acaso en el universo, y cuyos artefactos no sé si asombran mas cuando se los vé hechos ó cuando se los vé elaborar.

Tampoco visitan todos, y todos debieran visitar la *Institucion de jóvenes ciegos*, donde se ve el grado de instruccion que puede llegar á darse y que se dá en efecto á los infelices que nacen privados del sentido de la vista, y donde seria de desear que hubiera un conserge mas amable, y que no hiciera al pobre estrangero dar tantos paseos y repetir el viage tantas veces para lograr ver el colegio. Y si alguno visitase tambien como

debe visitar, el *Hospital de ciegos adultos*, llamado de *Quinze-Vingts*, que sirve de asilo á 300 ciegos que ejecutan obras sumamente curiosas, guárdese de que le introduzcan en la habitacion de *Mr. Galliod*, porque con su calendario perpétuo de propia invencion, con su sistema de conocer los dias por los dedos, sus obras impresas, su caja para operaciones matemáticas, sus crucechitas de piezas intrincadas y su charla interminable y sempiterna, le hará pasar allí *velis-nolis* las horas muertas, y se le marchará el dia en la celda del hermano *Galliod* sin poder ver las obras de manos de los demas ciegos.

Lo que los ciegos ni Fr. Gerundio ven, ni logran ver ya nadie en París son las famosas

Catacumbas.

Las *catacumbas* son unos vastos subterráneos que sirven de fúnebre depósito á mas de siete millones de cadáveres cuyos huesos se hallan ordenados en tal disposicion, que con ellos se han formado puertas, arcos, paredes, calles enteras que corresponden debajo de tierra á otras tantas calles de la poblacion. El cuartel del Observatorio, el Panteon, el Luxemburgo, las calles de S. Sulpicio, Santiago, de La Harpe, del Infierno, de Tournon, y otras muchas están fundadas sobre aquellos abismos subterráneos, que están á 90 pies de profundidad de la superficie del suelo. Tres

órdenes de calaveras forman como la cornisa de aquellas murallas de huesos, que constituyen largas galerías, llenas de inscripciones fúnebres, de altares, de cruces colocadas de trecho en trecho. La sala llamada del *Memento*, la fuente de la Samaritana, todo es allí misterioso y lúgubre. ¿Quién entrará en aquel imperio de la muerte sin experimentar un sudor frío, sin que su espíritu se abata y anonade á la contemplacion de aquella ciudad subterránea edificada con los despojos de treinta ó cuarenta generaciones? ¡Pensamiento asombroso y raro, y obra pasmosa y terrible de que pienso no haya ejemplar en el mundo, la de haber construido una poblacion de huesos debajo de otra poblacion de vivos!

En el dia no se concede á nadie absolutamente permiso para visitar las *Catacumbas* sin duda por las muchas desgracias que á los curiosos han ocasionado las impresiones fuertes que no pueden menos de experimentarse en aquella mansion de terror.

Postas, correos, correspondencia pública.

El servicio de la correspondencia pública en un pueblo de la estension de París necesitaba una organizacion ingeniosa y estudiada para que pudiese hacer con rapidez, regularidad y concierto, y esta organizacion ha sabido dársela el gobierno frances

con admirable comodidad de naturales y extranjeros.

Ademas de la Direccion general, ó Gran Posta ó *Poste restante*, sita en la calle de *Juan Jacobo Rousseau*, hay en París otras doce *Petites Postes*, que son otras tantas administraciones generales distribuidas en otros tantos barrios, en las cuales se recibe y franquea para Francia y el extranjero, ni mas ni menos que en la *Grande Poste* ó direccion general. Para la correspondencia dentro del casco de la poblacion y comarcas vecinas hay establecidas 225 estafetas, de donde se recoge y reparte á diferentes horas del dia, por cuyo medio se logra la mas rápida, facil y activa comunicacion entre los mas apartados barrios ó cuarteles de París.

Los carteros (factores) concurren á determinadas horas y en elegantes carruages al gran patio de la Direccion general á recoger las correspondencia para la competente distribucion; vuelven á salir en sus coches, y cada uno se va quedando en el barrio, cuartel ó distrito que está á su cargo.

Las oficinas de franqueo están abiertas diariamente desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y hasta las dos los dias festivos. A las seis parten todos los dias de la direccion general las *Malles Postes* ó coches del correo para todos los puntos de Francia, y es una de las cosas mas curiosas de París el ver salir del patio de correos á una misma hora tantísimos coches con

la correspondencia para todos los puntos del globo llamando cada conductor á sus viajeros, y rompiendo la marcha con su toque de trompeta, que semeja aquello un pepueño juicio final.

El gasto de correo es uno de los renglones no despreciables con que tiene que contar el español en Paris. Cinco rs. poco mas ó menos cuesta cada carta sencilla que se dirige, y otro tanto cada una que se recibe de España. Un solo medio pliego que se añade hace subir el precio considerablemente.

Y dije «con que tenia que contar el *español*» porque los belgas por ejemplo y los holandeses no tienen que franquear, en virtud de tratados ó convenios mútuos entre sus respectivos gobiernos; y bien podia el de España agenciar á su imitacion igual convenio porque asi es de justicia, tanto mas cuanto en la tarifa que rige salimos perjudicados los españoles y gananciosos los franceses, como por fortuna nuestra nos sucede en todas las cosas menos en esto.

Caracter y costumbres de los franceses.

Reconozco que para penetrar y conocer á fondo la índole de un pueblo no basta una residencia de corto tiempo en él, por mas que se procure estudiarle con esmero. No obstante, los pueblos como los hombres tienen su fisonomía mas ó menos marcada, en la cual si bien no es

posible sondear al primer golpe de vista la naturaleza y cualidades al pormenor del espíritu que la anima, se descubren sin embargo ciertos rasgos característicos que bastan á distinguirla de todas las demas.

Voy á ver si acierto á guzgar con imparcialidad, sin espíritu de prevencion, sin hostilidad ni apasionamiento el genio y caracter del pueblo francés, tal como mi limitada penetracion y las escasas relaciones de un viajante extranjero le hicieron aparecer á mis lectores.

Los franceses como los hombres de todos los paises tienen cualidades buenas y malas, y tiénelas tambien que parece envolver contradiccion entre sí mismas; sus *vice-versas*, por usar de la espresion con que he solido calificar las anomalías que tan frecuentemente se observan en nuestra España.

Por de contado la cualidad radical de los franceses de este siglo, la que descuella entre todas, la que sirve de móvil á todas sus operaciones y les imprime su sello, es un individualismo eminente, un egoismo refinado, pero egoismo cuyo norte fijo son los goces positivos de la vida, y cuyos medios por consecuencia son los intereses materiales, el dinero, los francos. A los francos sacrifica un francés su reposo, su orgullo y sus afecciones. Estos tres efectos del positivismo, que procuraré ir demostrando, y que parece no pueden conducir á nada bueno, son sin embargo

principio y origen de no pocas acciones recomendables, que algunas veces me han hecho dudar, á mí Fr. Gerundio, de la verdad de aquel axioma: «*non potest mala causa bonos effectus producere*; no puede una mala causa producir buenos efectos.» Y si no hubiera sido un autor inspirado é infalible el que dijo que el árbol malo no puede dar frutos buenos, me haria tambien dudar del aserto el resultado que produce en los franceses el principio del interés.

He dicho que un frances sacrifica *su reposo* á los francos, al deseo de adquirir, y así es la verdad. Pero esto mismo los hace laboriosos y aplicados, esto mismo los hace ingeniosos é inventores, esto mismo promueve entre ellos la emulacion y la rivalidad, manantiales de la riqueza y del progreso y adelantos de la industria y de las artes; porque el que mas asidua y cuidadosamente trabaja, el que mejor elabora sus artículos, el que inventa cosas mas útiles, aquel gana mas francos, aquel recibe mas premio. Para lo cual cuentan tambien, y no es poco contar, con la solicitud de un gobierno (y en esto quisiera yo que paráran mientes los gobernantes de nuestra España) que no deja por premiar invento alguno artístico de que puedan reportar los hombres provecho ó comodidad. Desde el que inventa una nueva y complicada máquina de fabricacion que causa una revolucion completa en la mecánica, hasta el que descubre un método mas sen-

cillo ó mas económico de espantar las moscas ó de esterminar las pulgas, puede estar seguro de ser premiado por el gobierno con un *brevet d'invention*. El que encuentre el medio de aplicar la presion atmosférica á la locomocion, como el que inventa una nueva forma de fósforos ó de pajuelas; el que halle el secreto de dar direccion á los globos aerostáticos, como el que descubra mejor unto ó betun de botas, todos obtienen su respectiva cédula de premio, su competente privilegio de invencion. De aquí la multitud de rótulos en los establecimientos artísticos é industriales de Francia: «*Brevet d'invention: Brevet-té du Roi.*» De aquí la aplicacion y laboriosidad de los franceses, hijos del egoismo y del interés por un lado, y de la sabiduría del gobierno por otro, que sabe sacar partido de este egoismo y de este interes. Efecto bueno, que nace de una causa buena y de otra mala, asi como de semejantes y opuestas causas, loable la una y vituperable la otra, nace la fatal apatía y el consiguiente atraso de nuestra industria, á saber, del excesivo desprendimiento y generosidad española que contrasta admirablemente con el egoismo frances, y de una vergonzosa desatencion á la aplicacion y al invento de los artistas por parte del gobierno de acá, que choca maravillosamente con el sistema de gobierno de allá.

¿Por qué las mugeres en Francia se sugetan dia y noche al potro de un mostrador, ó se

desojan y se desdedan ante un bastidor á fuerza de bordar ó de coser, ó se hacen esclavas de un libro de contabilidad y se afanan, y sudan, y reman y ejercen y hacen toda clase de oficios y menesteres, sin reparar en que sean masculinos, ó femeninos, ó neutros? Por adquirirse una posicion independiente, me contestará un francés. Por ganar francos, diré yó, y ambos diremos bien, porque aquella independendencia servil á que antes se sugetan por adquirir francos conduce á la independendencia que los francos les proporcionan despues.

Sin embargo, estos dos efectos del egoismo producen dos bienes á la sociedad, el de hacer útil y productivo el bello sexo, que en otras partes no es mas que consumidor, y el evitar con la ocupacion continúa los vicios y desmanes á que conduce la ociosidad. En España el trabajar es virtud, en Francia es egoismo, es una cucaña. Pero está visto que el egoismo tiene mas fuerza para hacer trabajar que la virtud.

Orgullo. Los franceses no tienen orgullo: esto es muy bueno. Pero es por que le sacrifican al interés; esto ya muda de especie. Cuando Tirabeque y yo vimos por primera vez en una de las calles principales de Paris á un hombre que vestia levita y á una mujer que gastaba papalina uncidos á guisa de un par de mulas tirando de una carreta que llevaba algunos cubetos de vinos, nos santiguamos á un tiempo en señal de admiracion.

Y no menos nos admiraba el observar que nadie les hacia caso ni fijaba mientes en ellos. Pero no tardamos en conocer la causa de esta indiferencia, ni tardamos en tenerla nosotros mismos, puesto que era una cosa diaria y corriente en Paris.

«Señor, me dijo en aquella ocasion Tirabegue, de buena gana le sacudia un bofeton de buena mano á ese hombre, para que otra vez no hiciera un oficio tan bajo como ese.—Oh! le contestó un francés despreocupado que nos acompañaba, él se le dejaria dar muy gustoso.—¿Qué es lo que vd. dice? ¿Se burla vd.?—De ninguna manera. Vos tendriais que darle 25 francos en indemnizacion, y él se dejaria pegar con mucho gusto á fin de ganarse los 25 francos á tan poca costa.—Pues mire vd.; en España 25 pesetas y aun 25 onzas darian algunos....—¿Por recibir un bofeton?—No señor, por darle.»

El oficio bajo para los franceses es el que no produce francos. Y este principio es muy provechoso para los estrangeros, porque á él se debe encontrar en todas partes quien sirva con tanta obsequiosidad, amabilidad y esmero, que no hay con qué compararlo. Se estudian los gustos, se quiere adivinar los pensamientos, se previenen las necesidades, se escitan los antojos, se disputa cómo satisfacer los caprichos, y se cuestiona la primacia entre los aspirantes al alto honor de servir al estrangero. En los hoteles, se pelean

entre sí los *garzones* sobre quien ha de ser el primero en tomar la maleta y ofrecer sus servicios al huesped. En los *restaurants*, cada *garzon* convida á sentarse en alguna de las mesas del distrito de su cargo, y recibe un placer inesplicable con la aceptacion, y se desvive y esmera con la esperanza de los cuatro *sous* de gratificacion. —Se va á subir á un coche, y jamas deja de aparecerse como por ensalmo un ciudadano para abrir la portezuela y preparar el estribo: dos *sous* le vale la operacion. Donde quiera que se ofrezca apearse, no bien ha parado el coche, una mano invisible parece que ha venido pegada al pestillo de la puerta; ábrese, y se aparece otro ciudadano dispuesto á servir de sosten al que se va á apearse: otros dos *sous* cuesta la obsequiosa fineza.

¿Se vuelve de una expedicion? Al salir del carruage se encontrará de seguro á tres ó cuatro satélites con sus cepillos en la mano dispuestos á limpiar al viagero el polvo que cogió en el camino, y no se me olvidará un dia que volviendo por el *Boulevard Poisoniere* cansado de dar un paseo á pie, me vi sorprendido por un atento ciudadano que dirigiéndoseme con una silla en la mano: «Monsieur, me dijo, vos parece que venis fatigado, y os será muy conveniente descansar: tened si gustais.» Acepté el generoso ofrecimiento, me senté un rato al cabo del cual me levanté, le alargué cuatro *sous*, y creí que se deshacia el

hombre en cumplidos y demostraciones de agradecimiento.»

No hay que buscar en Francia este tipo de pobres soberbios, y de entonados tontos tan frecuentes en España, que se dejarán morir en un rincón transidos de hambre antes que ejercer una ocupación que desdiga de la noble alcurnia de que descienden ó de la primera educación que recibieron. Aquí la preocupación es ya una risible necesidad que cuesta muy cara: allí la despreocupación lleva ya hasta la bajeza ridícula, que cuesta muy barata.

La falta de orgullo en los franceses nacida de la sombra de la afición á los francos, engendra no obstante en ellos una cualidad que á fuerza de hábito ha llegado á ser una virtud, á saber, la amabilidad. En los comercios, en los hoteles, en toda clase de establecimientos se experimenta una amabilidad seductora, que resalta más, como es también más propio en el bello sexo. Ni una mala respuesta, ni una contestación áspera, ni una demostración de enojo ó de molestia, por más que ó se les importune en el ragatéo, ó se pasen algo los límites de la fina y decorosa galantería ó se corresponda mal á la dulzura con que hacen sus ofrecimientos.

Concederé de buen grado que esta amabilidad sea una dulce guerra que se hace á los bolsillos. Tanto es no obstante el influjo que en el corazón del hombre ejerce la mimosa y bien manejada zalamería, que rinde gustoso las armas al blando é

ingenioso ataque, y entrega sin replicar los pertrechos de la fortaleza numismática. En España se pide gruñendo y se paga rabiando: en Francia se sonsaca halagando y se contribuye sonriendo. Aquí le pedirán á uno el justo precio y se resiente del modo, allí le desplumarán á uno, y se ve obligado á dar las gracias por la manera.

Pero no es solo en la clase mercante donde se encuentra esta amabilidad; ella ha llegado á hacerse parte de la general educacion, y se nota en todo el trato social. Y una de las cosas en que el extranjero advierte y agradece mas esta agradable finura es en la prudente tolerancia con que los franceses sufren que se maltrate su idioma. No hay que temer que un francés se ria ó burle por mas solecismos que cometa, por mas disparates que diga el que no conoce la lengua. Al contrario ellos ayudan siempre al extranjero novicio, procuran facilitarle la esplicacion, y adivinándole muchas veces el pensamiento, en lo cual tienen una práctica y una penetracion exquisita, se complacen en sacarle de mil embarazos.

La misma recomendable afabilidad se nota cada y cuando el extranjero necesita ser guiado en todo lo que ignora ó no conoce. ¿Se preguntan las señas de una calle ó de una casa? La *dame au comptoir* descende de su alto solio y el artesano suspende los trabajos de su taller para salir á informar al extranjero tan minuciosamente como informarle pueden. Y á mas le dan muchas

veces las gracias por haberles preguntado, porque los franceses dan las gracias por todo, así como por todo piden perdón, y á todo acompañan el consabido «*s' il vous plait*, si vd. gusta.» De manera que el *merci* el *s' il vous plait*, y el *pardon* son las tres palabras que *semper et pro semper* se oyen en boca de todo francés: sin ellas no acertarian á hablar. Tirabeque habia entrado tan de lleno en la fórmula que muchas veces cuando alguno le decia: «vos sois estrangero,» respondia él «*coui monsieur, s' il vous plait*.—Italiano acaso?—*Pardon, Monsieur, spagnol s' il vous plait*.—Ha, yo habia creído que seriais Italiano.—*Merci bien Monsieur*.»

En las puertas de las oficinas, de los escritorios etc. se ve por lo comun escritas en letras de bronce estas palabras: «FERMEZ LA PORTE. S. V. P.» las iniciales significan *s' il vous plait* cierre vd. la puerta si vd. gusta.» Los conductores de postas ó diligencias que son los hombres mas despóticos que se conocen, avisan de esta manera á los viajeros: «*allons, Messieurs, en voiture, s' il vous plait*: vamos, señores, al coche, si vds. gustan.» Este «*si vds. gustan*» equivale á decir, «y sino se quedarán vds. ahí, porque yo no tengo consideraciones con nadie y por nadie espero.»

En cuanto al «*pardon*» ya puede un francés molestar, empujar, magullar un pie, ó romper las narices á otro; que con decir «*pardon Monsieur*» no necesita mas salvaguardia para ser absuelto de culpa y pena. Pero lo notable y par-

ricular es que no solo pide perdón la parte activa ú ofendente, sino que el magullado, pisado ó contundido pide tambien perdón á su vez; y el contratiempo que á un español haria prorrumpir en una letania de interjecciones al uso del país, y produciría acaso una colision de graves consecuencias entre ofendente y ofendido, entre dos franceses no tiene mas resultado que pedirse mutuamente perdón, y aqui tuvo fin la escena.

Recuerdo que hallándome en el teatro de la Academia real de música, venia un francés saltando de asiento en asiento (¡costumbre infame teatral!) y al llegar cerca de mí resbaló, cayó, y se rompió un brazo. «*Pardon, Monsieur,*» me dijo, en medio del dolor que es de suponer y del divertido humor de que le pondria la catástrofe. Confieso que no pude remediar el que se me soltára la risa; y Tirabeque que junto á mi estaba me dijo: «Señor, ¿con que se ha estropeado un brazo y le pide á vd. perdón? Pues á vd. ¿en qué le ha ofendido?—Sin duda en que me ha tocado con el sombrero.»

Es hasta donde pueden llevar los franceses la amabilidad y falta de orgullo.

Afecciones. Dije que los franceses de este siglo sacrificaban sus afecciones al egoismo ó interés individual. En efecto, no sé si me equivocaré, ni si será aventurado el decir que de cien matrimonios que se concierten en dos de ellos entrará para algo el amor, y los noventa y ocho

se harán á guisa de especulacion mercantil. Con lo cual está muy en consonancia y armonía ser el matrimonio en Francia un contrato civil que se sanciona ante el *Maire* ó alcalde, requisito que basta para su validez, y despues se solemniza ó eleva á sacramento eclesiástico con la bendicion sacerdotal que se recibe ó no *ad libitum* de los contrayentes.

Hasta qué punto se observe allí la comunidad de bienes que establece entre dos cónyuges el santo matrimonio, pruébalo la conversacion del *mío* y el *tuyo*, entre marido y muger. Bien que no es maravilla que esto suceda, cuando entre padres é hijos desde que estos nacen, se llevan una escrupulosa cuenta y razon, como pudiera llevarse entre socios de una empresa en comandita, ó entre el principal y dependientes de una casa de comercio; y las asistencias filiales, bien alimenticias, bien con destino á la educacion ó carrera que les den, figuran y van aumentanto las partidas de haber en el libro del padre-administrador para cuando llegue el caso de hacer los dividendos ó la distribucion del peculio. Juzgue el piadoso moralista si el sistema es apropiado para íntimar y consolidar las facciones paternas, filiales y conyugales.

No me parece tampoco lo mas conforme y lo mas compatible con la unidad de almas que entre dos esposos requirió el divino fundador del matrimonio, cuando dijo: *«et adhærebit uxori suæ*

:

et erunt duo in carne una,» la etiqueta con que de ordinario se tratan en Francia marido y muger, de que es, hasta prueba la ceremoniosa nomenclatura de «*Madame*» que para dirigirse ó llamar á su muger usan no pocos casados. Singular antítesis y reparable contraste con el *sans-fason* y con el *á la buena de Dios* con que en este nuestro pais suelen tratarse muchos cónyuges desde el punto y hora que se dan posesion mutua del matrimonio; que llega á ser tanta la confianza y la lisura y la franqueza que entre ellos se establece que se creen dispensados de toda recíproca consideracion; lo cual pienso que tampoco entró en las intenciones de que mandó la union del varon y la hembra, ni lo tengo por el medio mas apropósito para el mantenimiento de las ilusiones y del *suum unicuique jus* pudiéndose pecar en esto como en todo, tanto por carta de menos como por carta de mas.

Que en los matrimonios franceses entre de ordinario para poco el amor, encuéntrolo, yo Fr. Gerundio, muy natural y muy en armonía con sus otras costumbres y modos de vivir adoptados. En primer lugar, por el principio indicado del general apego á la *numerata pecunia*, palanca y móvil del edificio social francés. En segundo lugar, por las menos ocasiones y menor facilidad que dá á los jóvenes la falta de confianza y franqueza en el trato para entablar y proseguir las negociaciones amorosas, puesto que si el trato es el que engendra el

cariño, mal puede nacer y desarrollarse y crecer este cariño en un jóven que desde luego encuentra obstáculos y dificultades para penetrar en el *sancta sanctorum* de la familia donde hay otra jóven; y que si lo consigue, acaso á las dos ó tres visitas es requerido de tomar una resolución definitiva; ó lo que es lo mismo en la gramática vulgar, de errar ó dejar el banco, lo que equivale también á intimarle un *elijan*, entre llevarse la niña ó dejar la casa.

En tercer lugar, porque á ello contribuye y no poco, la facilidad que los francos dan á todo francés de poder vivir matrimonialmente *vel quasi*, asociándose temporal é indefinidamente *quoad torum et habitationem*, sin la traba de la indisolubilidad, á una de esas mugeres que ellos llaman *femmes entretenues*, mugeres entretenidas; tipo que si bien por desgracia no es desconocido en otros países, pero no tiene el carácter de consentimiento legal que tiene allí, y que como decia Tirabeque, lleve el diablo semejantes entretenimientos.

En cuarto lugar, por el sistema sabido de establecimientos públicos con que los franceses han querido, dicen, moralizar el vicio, y cuyo efecto inmediato es también alejar las ocasiones del trato íntimo y familiar, que si bien á veces conduce á escollos y resbaladeros peligrosos, es muchas mas, conducido con prudencia, el principio y origen de un cariño decoroso y de un amor honesto, que

unido al conocimiento que proporciona de las buenas cualidades de una persona, debiera ser siempre el fundamento de todo enlace matrimonial. Pero esta es consideracion que no pesa nada en un pais donde los matrimonios los hacen,... los francos con que cuenta cada uno.

Paréceme que queda probado que los franceses sacrifican su reposo, su orgullo y sus afecciones al principio del positivismo material, al egoismo del individuo, á los francos. Contentárame yo ahora con poder decir: «*non taliter contingit in nostra natione*: no sucede así en nuestra España.» Pero precisamente los españoles tenemos tal tino para la imitacion, tal acierto para la aclimatacion de las costumbres exóticas, que regularmente nos traemos lo malo y dejamos lo bueno; y el sistema del positivismo se va inoculando tan prodigiosamente en el pais de la generosidad y del desprendimiento, que si Dios permite (y por los síntomas parece ser esa su intencion) que sigamos así otro poco, no tardaremos en nivelarnos con nuestros vecinos, ó en escederlos quizá, porque nosotros puestos á progresar avanzamos que es una maravilla. No hemos adoptado el sistema de premiar de su gobierno, no hemos tomado su laboriosidad, pero nos vamos apropiando su egoismo: y si perdemos la bella cordialidad, la hermosa franqueza, la inapreciable cualidad de amigos estrañables y de generosos hasta en la enemistad, que hace de la España el pueblo del corazon y de los nobles afectos, y cuya sola

prenda basta para que desde cualquier otro país del mundo esté siempre un español suspirando por la amada patria con todo su atraso y con todas sus calamidades y sus desarreglos políticos, entonces *factum est de nobis*, perdimos lo mejor que nos había regalado la providencia.

En una cosa tienen los franceses un orgullo harto subido de punto. Esta cosa se explica por estas frases que no omite ningún francés que escriba de ciencias, de política, ó de industria: «Esta gran nación que marcha al frente de la civilización europea.» «La Francia, que va delante de todas las naciones en la industria y en las artes.... etc.» Yo no entraré ahora á calificar hasta qué punto sea fundada ó infundada esta vanidad, que pienso tiene de todo: título solamente como uno de los rasgos que caracterizan al pueblo francés de este siglo.

Varios vice-versas.

Los franceses tienen fama de ligeros, versátiles, vivos, y de consiguiente de hombres de poca espera. Sin embargo estos mismos franceses se encaminan á las cinco de la tarde á un teatro cuya función principia á las seis y media. Se colocan á la puerta en dos filas unos tras otros según van llegando, lo cual llaman hacer *cola*. El objeto de esta *cola* es tomar la vez para conquistarse el mejor asiento de cada localidad (con arreglo á la infame distribución de las localida-

des teatrales), por cuyo medio se economizan tambien algun franco. Al cabo de la hora y media de *cola* entran y los ligeros y vivarachos franceses tienen flema y pachorra para ver en una noche un drama en cinco actos, una comedia en tres, un vaudeville en uno, y un baile grotesco, y para servir de prensa á una banquetta ó una silla desde la seis y media hasta las doce. Esto no se esplica sino por la regla de los *vice-versas* y por su escesiva pasion á los espectáculos.

Créese generalmente en España que cada francés ha de ser un figurin de modas, puesto que de allí nos vienen, y de allí salen para derramarse é inundar toda la haz de la tierra. Sin embargo por un *vice-versa* muy notable se ven muchos mas figurines ambulantes de ambos sexos por las calles y paseos de Madrid que por las de la capital de Francia, mucho mas esmero y mas exagerada elegancia en vestir. Bien es verdad que los franceses y francesas generalmente por las calles no andan *vestidos*, y solo se *visten* para las *soirées* y visitas de etiqueta, y entonces no se los vé porque van en coche. Ningun Parisien ó Parisienne que vaya *vestido* va á pié, y esto no por lujo sino por necesidad y economía, porque en las siempre húmedas y lodosas calles de París, siempre baqueteadas de carruages y de gente, hay un continuo é inminentísimo peligro de encontrarse inutilizado de un salpicon cualquier

trapito de algun valor, y la economía del coche costaria un *plus ultra* de francos que se trata de evitar.

Vístense tambien los Parisiens para asistir á los teatros, especialmente al Italiano y al de la Academia Real, donde el brazo desnudo en las señoras (que en el código indumentario femenino se llama ir muy *vestidas* las que van mas *desnudas*) y el guante blanco en los caballeros son casi de ordenanza.

Ni fuera de estrañar tampoco que en la cuna de las modas fuese donde menos esmero y afan hubiera por ellas, puesto que por otro *vice-versa internacional* sucede que no usándose en Francia mantillas ni abanicos, se estan surtiendo de Francia nuestros comerciantes españoles de abanicos y mantillas, en lo cual dejo á la consideracion de los que intervengan en la ley de aranceles y de los directores de aduanas y resguardos el favor que resulta á la industria nacional.

Pasan los franceses por garrulos ó charlatanes. Sin embargo por otro *vice-versa* del pais, cuando van de viage andan y callan, y en las mesas callan y comen. Pero no en vano tienen reputacion de lo primero siempre que lo creen necesario para la atraccion de los francos.

Varios otros *vice-versas* quedan notados en el discurso de estos apuntes de observaciones.

Otras cosillas sueltas.

Los franceses son espirituosos, entusiastas, de fácil comprension y de imaginacion viva, pero poco previsores: ven mucho para hoy y poco para mañana. Aunque egoistas, no son generalmente avaros, porque su aficion á los goces de la vida les hace gastar lo que adquieren. Y esta misma adquisibilidad y este mismo apego á la fruicion, cuando ó no pueden satisfacer tantos goces como se han propuesto, ó no encuentran ya nuevos goces que inventar, los conduce á la desesperacion ó al hastío, y por consecuencia al suicidio.

La lectura es una de las aficiones, que tambien ha llegado á hacerse una de las necesidades de los franceses. Mas de cien diarios de todas las materias se publican en Paris, y los gabinetes de lectura, los cafés, los teatros, los hoteles, todo lo inundan los periódicos. Allí todo el mundo lee; la clase alta, la media, el pueblo, no hay nadie que no lea; y hasta los cocheros de alquiler entretienen los ratos de estacionamiento en ojear una novelita, en foliar una comedia, ó en repasar una fisiología. Bien es verdad que tambien todo el mundo escribe bien ó mal, de lo que conoce ó de lo que no conoce, en lo cual suelen no ser muy escrupulosos los vecinos, antes sí un tanto arrojados; y á no hallar ya cosa nueva de que escribir, publican *la vida privada de Napoleon, los amores secretos de Lord Byron*

El arte de seducir y otros artes peores ó menos decentes, que se hallan de manifiesto con sus correspondientes láminas en los *Boulevarts* de los *Capuchinos* y de la *Magdalena*.

Otra de las cosas que marcan y caracterizan al pueblo francés es el rotulage de las tiendas: «A la gran campana, á la bola de oro; al almacén del Olimpo, á la pluma encantada: al gran Tamerlan: al cisne misterioso: al aguila negra: á la estrella del norte: al anillo de Saturno: al gigante Gedeon: á las tres Gracias: á las mil columnas: á la redención del mundo: al ángel exterminador; y mil y cien mil y un millón de títulos mas pomposos y extravagantes que estos, con que bautizan si se ofrece una tienda de aceite y vinagre ó un almacén de ropas de desechos.

Historia de mi baston.

Yo que soy de aquellos hombres que no aciertan á andar con los pies sin llevar algun cachivache en la mano habia comprado en Burdeos un baston ó sea un palo de sarmiento que me costó diez cuartos. Pues bien, esta alhaja, que es una de las prendas que conservo como uno de los recuerdos históricos de mi viaje, me tenia ya de coste á los tres meses cinco duros. Este secreto, esta habilidad para sacar contribuciones indirectas, solo la poseen los franceses.

Es el caso que allí no se puede entrar en ningú-

na parte con baston : al entrar en el teatro, en el museo, en la biblioteca, en el hospital, en la carcel, en el templo, hay que dejar el baston en la oficina destinado al efecto, y no se recoje sin entregar en mano del depositario recaudador dos sous, tres sous, ó cuatro ó seis sous, que al cabo del trimestre vienen á sumar la cantidad de 25 francos por lo menos con que ha aumentado el extranjero investigador las rentas públicas de la Francia. Esta contribucion pudiera ahorrarse con renunciar á este utensilio innecesario; pero el cálculo de los franceses todo lo ha previsto, y ha tenido á bien imponer el mismo gravámen sobre los paraguas, y como la Francia es un pais donde llueve con tanta frecuencia que hace el susodicho mueble cuasi de diaria necesidad, la contribucion indirecta viene á ser sobre corta diferencia la misma.

Este ingenioso medio de sacar los francos no es mas que uno de tantos otros *ejusdem generis et speciei*, que no harán mal en tener presentes los que se propongan visitar el pais para el competente avance bursatil que debe preceder.

Y voy á salir.

Omito pues mis escursiones á *Saint-Cloud*, á *Fontenbleau*, y á otros puntos, como muchas otras observaciones que se quedan por apuntar, en gracia de las 500 páginas que lleva ya este tomo, y dispóngome á salir de París en compañía de mi

inseparable lego Tirabeque. Tenemos ya entregados los cien francos que nos cuestan los dos billetes de diligencia para Bruselas, vamos al despacho mensagerias reales de Nuestra Señora de las Victorias, entramos en nuestro carruage, suenan las doce, la última campanada se confunde con el *híu* del conductor, emprenden los caballos su compasada marcha; ponémonos en camino en medio de una densa niebla, y llegamos á comer á *Pe-ronne*, pequeña ciudad llamada *la doncella*, porque nunca ha sido conquistada, y donde murió prisionero Carlos el Simple que fué la última y la mas solemne simpleza que cometió. Allí tubimos el gusto de hallarnos con otros dos españoles que llevaban la misma ruta.

Y me páro al instante.

A las dos de la mañana estábamos en *Cambray*, ciudad de cerca de 16,000 habitantes, donde se hizo el famoso tratado de paz de 1529 entre Francisco I y Carlos V. El ser de nóche y el habernos detenido pocos momentos me privó del gusto de ver el monumento que se ha erigido en honor del inmortal Fenelon.

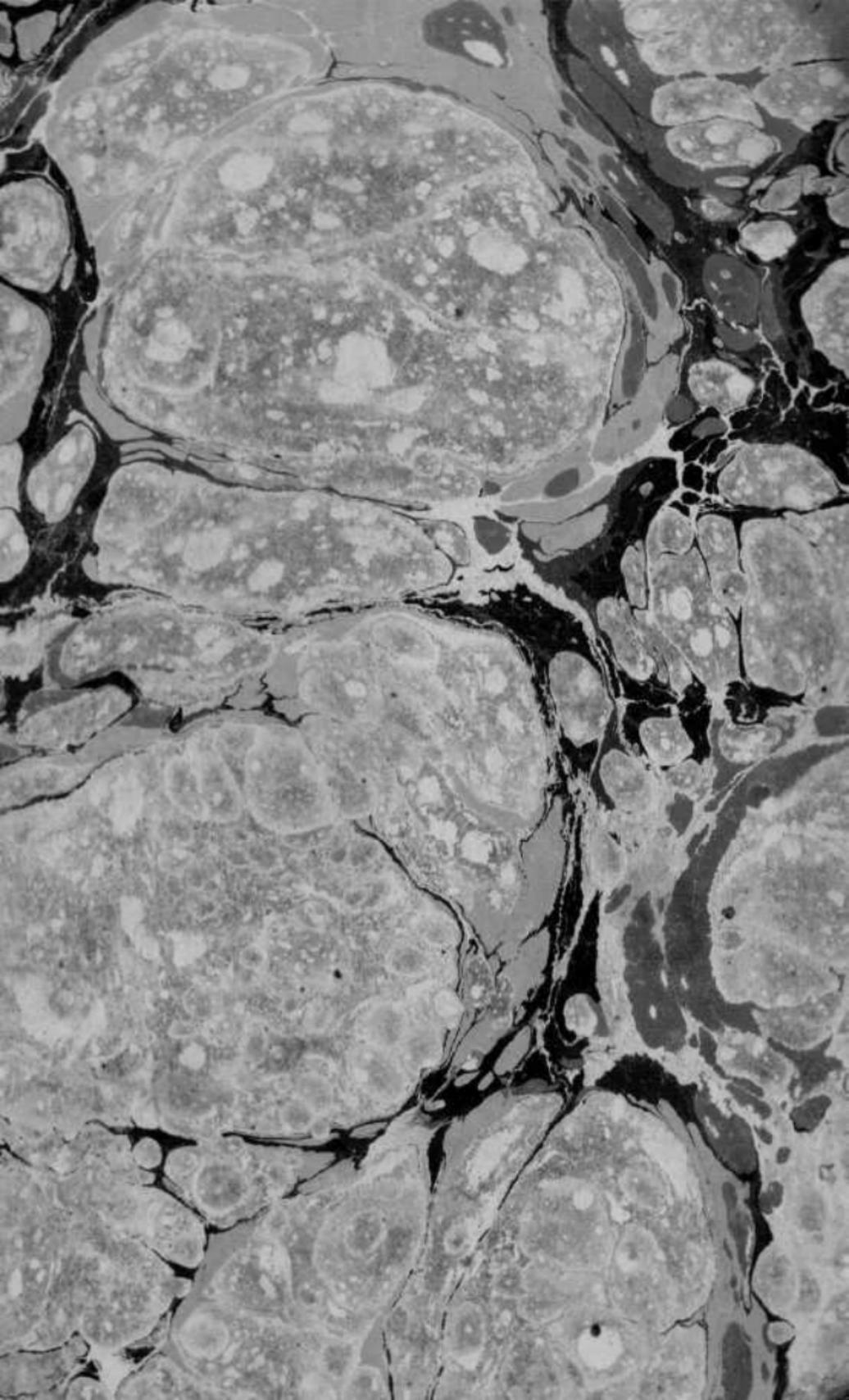
Serian como las nueve cuando llegamos á *Valenciennes*, ciudad fuerte como fronteriza ya, dividida por el escalda en dos partes desiguales, una de las mas manufactureras de la Francia, y notable por sus fortificaciones y por su casa consistorial.

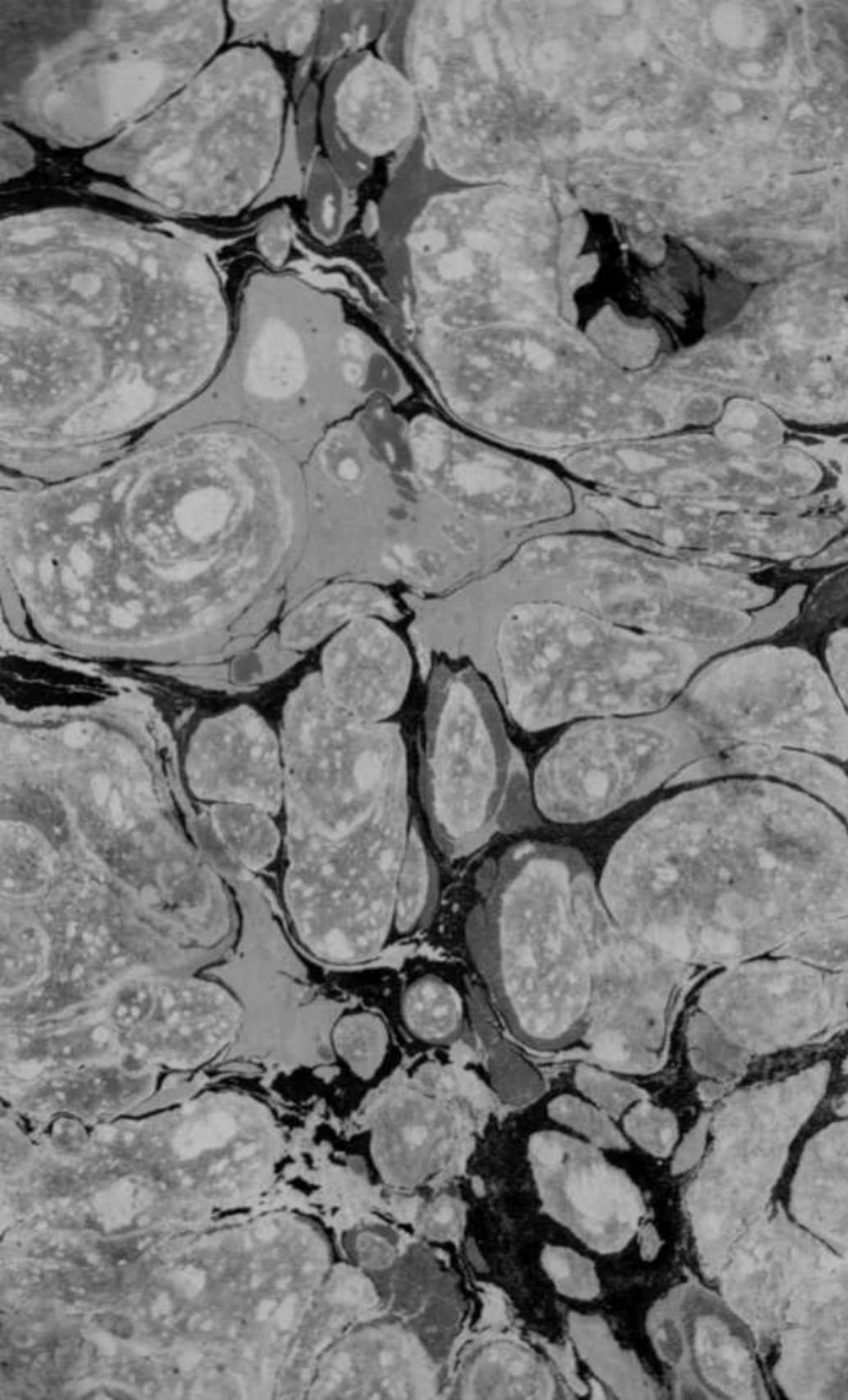
«Descendez, Messieurs, si il vous plait,» nos dijo el conductor á eso de las doce. — ¡Pues con qué motivo bajamos aqui?—Porque hay que dar los pasaportes y que entregar los equipajes para el registro.» Era que nos hallábamos en *Quiervrain*, primer pueblo de Bélgica, y primera línea de aduanas.

Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana Belga para que registren los bagages tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viajeros, que proseguirán su marcha sino tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.

FIN DEL TOMO 1.









VIAJES
DE FR.
GERUNDIO

G 42160